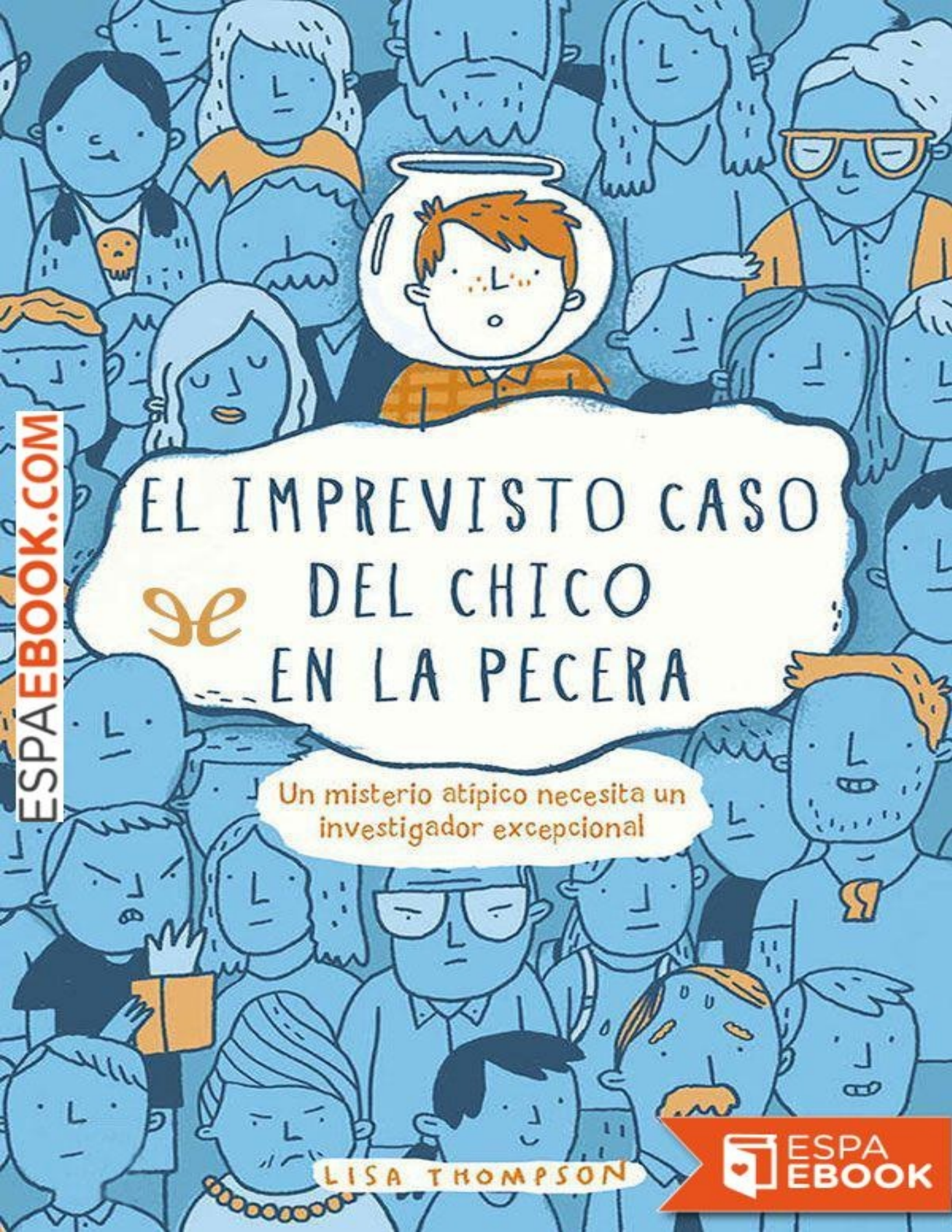




EL IMPREVISTO CASO DEL CHICO EN LA PECERA

Un misterio atípico necesita un
investigador excepcional

LISA THOMPSON



ESPA
EBOOK

La vida de Matthew Corbin, un chico de doce años con trastorno obsesivo-compulsivo, transcurre en la más absoluta pulcritud e intimidad: su pánico a los gérmenes le obliga a vivir encerrado en su habitación. Convencido de que el mínimo trato con otras personas puede contagiarle alguna enfermedad, Matthew pasa los días mirando el mundo a través de la ventana.

Sin embargo, un hecho imprevisto sacude su existencia: un niño ha desaparecido en el vecindario, y solo Matthew puede haber visto algún indicio revelador. Sus dotes de observación y su capacidad de deducción serán el único instrumento de que dispone para desvelar el misterio. Pero ¿será capaz de atreverse a salir de su habitación para resolverlo?



Lisa Thompson

El imprevisto caso del chico en la pecera

ePub r1.0

Titivillus 28.04.2018

Título original: *The Goldfish Boy*

Lisa Thompson, 2017

Traducción: Isabel Murillo

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en espaebok.com

PROYECTO SCRIPTORIUM



Más libros,
más libres



ANIVERSARIO

EDICIÓN CONMEMORATIVA

Para mamá y para Lynne

La llegada

El señor Charles tenía la coronilla quemada por el sol.

Lo vi mientras examinaba sus rosas. Estudiaba las flores una a una y sacudía un poco las más grandes para comprobar si se les caía algún pétalo. Tenía la calva roja como un tomate, un círculo brillante rodeado de pelo blanco y esponjoso. Con este calor tendría que haberse puesto un sombrero, pero imagino que cuando estás ocupado haciendo cosas no te das ni cuenta de que se te está quemando la cabeza.

Pero yo sí me percaté.

Desde la ventana me doy cuenta de muchas cosas.

No es que estuviera haciendo algo malo. Simplemente observaba a los vecinos para pasar el tiempo, eso es todo; lo cual no tiene nada que ver con ser fisgón. Y tampoco creo que a mis vecinos les importara. De vez en cuando, Jack Bishop, el del número cinco, me gritaba cosas; cosas como «bicho raro», «friki» o «pirado». Hacía mucho tiempo que no me llamaba «Matthew», pero como era un idiota la verdad es que me daba igual cómo me llamase.

Yo vivía en una tranquila calle sin salida de una ciudad llena de gente que decía que era estupendo no vivir en el gigantesco y apestoso Londres, pero que luego perdía desesperadamente gran parte de la mañana para llegar allí.

En nuestra pequeña calle había siete casas. Seis eran exactamente iguales, con ventanas mirador cuadradas, puertas de entrada de PVC y paredes encaladas. Pero la séptima casa, metida entre la número tres y la número cinco, era muy diferente. Construida con ladrillos de color rojo sangre, la Rectoría parecía un invitado a una fiesta de Halloween en la que nadie más se había tomado la

molestia de disfrazarse. La puerta de entrada era negra y tenía dos ventanas triangulares en la parte superior que estaban tapadas por dentro con lo que parecían cartones. Imposible saber si los habían puesto allí para evitar las corrientes de aire o para que nadie viera el interior.

Papá me había contado que hace veinte años, cuando se construyeron nuestras casas, un promotor intentó cargarse la Rectoría, pero que sus cimientos de cien años de antigüedad se resistieron a ser desenterrados del suelo y el edificio logró mantenerse en su sitio como una muela podrida. La viuda del pastor, la Vieja Nina, seguía viviendo allí, pero casi nunca la veía. Al otro lado de la ventana del salón había una lámpara que dejaba encendida día y noche, una bola brillante de color naranja detrás de las cortinas grises. Mamá decía que mantenía una actitud discreta porque le daba miedo que los de la iglesia la echaran de allí, ya que al haber muerto el marido aquella ya no era su casa. En la escalera de acceso tenía tres macetas con flores que regaba cada día a las diez en punto.

Yo la observaba a ella y a los demás vecinos desde la habitación que daba a la parte delantera de la casa. Me gustaba estar allí. Las paredes de color limón estaban aún limpias y relucientes, y conservaba la sensación de estar recién decorada, por mucho que ya hubieran pasado cinco años. Mamá y papá la llamaban *la oficina* porque era el lugar donde teníamos el ordenador, aunque en realidad todos la conocíamos como *la habitación del bebé*. En el techo, en una esquina, había un móvil de esos que se cuelgan encima de las cunas, hecho con seis elefantitos de tela rayada que bailaban sin sentido encima de una torre de cajas cerradas y bolsas. Mamá lo había colgado en cuanto había llegado a casa después de su maratón de compras, a pesar de que papá le hubiera dicho que traía mala suerte.

«No seas tonto, Brian. Tenemos que comprobar que funciona, ¿no?».

Le había dado cuerda y todos nos habíamos quedado mirando cómo los elefantes daban vueltas al son de *Campanitas del lugar*. Cuando la música paró, recuerdo que aplaudí (por aquel entonces tenía solo siete años, y cuando tienes esa edad haces tonterías de ese estilo). Mamá dijo que ya arreglaría las compras en otro momento, pero nunca lo hizo. Las bolsas siguen allí donde las dejó: pañales, biberones, un esterilizador, un monitor para vigilar al bebé, camisetitas. Todo lo que mi hermano habría necesitado de no... bueno, si estuviera vivo.

La oficina tenía una ventana que daba a la calle, y vi a mis vecinos empezar su jornada:

9.30 h: El señor Charles está otra vez podando los rosales. Utiliza unas tijeras nuevas con mango de color rojo. Tiene la coronilla quemada por el sol.

El señor Charles podía tener entre sesenta y cinco y noventa y cinco años. Nunca envejecía. En mi opinión, había encontrado una edad que le gustaba y se había plantado allí.

9.36 h: Gordon y Penny Sullivan salen del número uno. Gordon entra en el coche mientras Penny saluda al señor Charles desde la otra acera.

El señor Charles le devolvió el saludo e hizo girar las tijeras de podar como si fuese un vaquero, luego disparó al aire tres veces y las hojas metálicas brillaron bajo el sol. Penny rio. Entrecerró los ojos y levantó una mano para protegérselos del resplandor, pero entonces su expresión cambió. Había visto algo: a mí. El señor Charles siguió la dirección de su mirada y ambos vieron que yo los observaba desde la ventana. Con el corazón acelerado, me aparté rápidamente de su ángulo de visión. Esperé a que el coche de Gordon saliera marcha atrás de la calle y volví a asomarme a la ventana.

9.42 h: Penny y Gordon se marchan a hacer la compra semanal en el supermercado.

9.44 h: Melody Bird sale del número tres arrastrando a *Frankie*, su perro salchicha.

Era fin de semana, lo que significaba que Melody tenía que sacar al perro a pasear. Su madre, Claudia, lo hacía entre semana, aunque no sé ni por qué se tomaban la molestia: daba la impresión de que no le gustaba salir en absoluto y se pasaba todo el rato queriendo dar media vuelta para volver a casa. Melody

caminaba a la par que intentaba sacarse alguna cosa de la manga de su jersey negro de lana, y se detenía cada tres pasos para que el perro la alcanzara. Podría decirse que vivía dentro de aquel jersey negro, aunque afuera estuviésemos a treinta grados. Se pararon un momento al lado de una farola, que *Frankie* olisqueó antes de clavar las patas en el suelo e intentar de nuevo volver a casa, pero Melody tiró de él y desaparecieron por el callejón que daba al cementerio que había detrás de la Rectoría.

9.50 h: Se abre la puerta del número siete y aparecen los «recién casados».

El señor Jenkins y su mujer, Hannah, vivían en la casa contigua a la nuestra, por el lado donde no tenemos ningún edificio adosado. Eran conocidos en nuestra urbanización como los *recién casados*, por mucho que ya llevaran cuatro años de matrimonio. Hannah siempre sonreía, incluso sabiendo que no la miraba nadie.

—No sé si te sentará bien salir a correr con este calor, Rory —dijo sonriendo.

El señor Jenkins le hizo caso omiso y levantó un brazo para estirarlo a continuación hacia un lado. Daba clase de educación física en mi colegio y, en su opinión, si no hacías deporte, tu existencia no tenía sentido. Era evidente que yo formaba parte de su lista de *donnadies* y hacía lo posible por pasar desapercibido.

Con una camiseta blanca ceñida y pantalón corto azul, avanzó por el camino de acceso a su casa con las manos en las caderas.

—No tardes mucho —dijo Hannah—. Aún tenemos que decidir lo de la sillita del coche, acuérdate.

El señor Jenkins respondió refunfuñando. Me fijé en ella y, al ver aquella barriga de embarazada tan grande, me eché hacia atrás. Descansó la mano en el vientre, ensayó unos golpecitos rítmicos, dio media vuelta y entró en la casa. Solo entonces solté el aire que había estado reteniendo.

El señor Jenkins echó a correr hacia High Street y saludó con la mano al señor Charles, que estaba tan ocupado con sus flores que ni lo vio. Estudiaba las rosas una a una y, vistas desde allí, parecían algodón de azúcar de color rosa ondulándose al viento en un puesto de feria. Las que no estaban a la altura de las

circunstancias, las cortaba y las tiraba en una maceta de plástico. Cuando hubo terminado, regresó dando la vuelta a la casa, con su maceta de rosas muertas.

10.00 h: Ni rastro de la Vieja Nina regando sus macetas.

No era de extrañar que no la hubiera visto aún, teniendo en cuenta lo concurrida que había estado la calle esa mañana.

Se abrió entonces la puerta del número cinco y apareció un niño de mi edad. Recorrió el camino de acceso de su casa y miró solamente en una dirección. Hacia mí. Esta vez no me escondí, sino que me mantuve en mi lugar y me quedé mirándolo. Se detuvo delante de nuestra casa, echó la cabeza hacia atrás y emitió un sonido de gárgaras grotesco antes de arrojar un escupitajo en nuestra entrada. Disimulando el asco que me daba, hice como si lo aplaudiera. El niño frunció el ceño al ver mi reacción y rápidamente puse las manos a mi espalda. Después de arrearle un buen puntapié a la pared de nuestra casa, dio media vuelta y se marchó.

10.30 h: Jake Bishop sigue siendo idiota.

En cuanto Jake se hubo marchado, ya no hubo mucho más que ver. El señor Jenkins volvió de correr, la camiseta blanca oscurecida por el sudor. Penny y Gordon Sullivan descargaron once bolsas de la compra del maletero del coche. Melody volvió de pasear al perro con *Frankie* bajo un brazo; el perro parecía encantadísimo.

Y la urbanización se quedó en silencio.

Hasta que la puerta de la Rectoría se abrió muy despacio.

10.40 h: La Vieja Nina está en la escalera de entrada a su casa; parece nerviosa. Lleva en la mano la regadera plateada.

La anciana iba vestida con falda negra, blusa *beige* y una chaqueta de punto de color melocotón. Siempre echaba agua a cada maceta en el tiempo que se

tarda en contar hasta cinco y luego pasaba a la siguiente. Mientras regaba, no dejaba de mirar alrededor. Acababa de empezar a regar la última maceta cuando entró un coche en la calle. La anciana dejó la regadera en el suelo, entró en casa y cerró de un portazo.

El coche que acababa de entrar en la calle era uno de esos que papá decía que cuesta «una pequeña hipoteca». No era de ninguno de los vecinos. Estaba tan reluciente que las casas se reflejaban en las puertas negras. Se detuvo delante del número once. Cogí mi libreta y observé, a la espera de que se abrieran las puertas.

10.45 h. En la urbanización acaba de entrar un coche negro de lo más pijo. No lo había visto nunca, y ha aparcado delante de la casa de al lado. ¿Tendrá visita el señor Charles?

La situación era muy interesante. Conocía de cabo a rabo los horarios de los vecinos y, al parecer, alguien tenía visita. Intenté mirar qué había en el interior del coche, pero tenía los cristales tintados y no se veía nada. Se abrió la puerta del conductor.

Salió una mujer, con unas gafas de sol tan grandes que le tapaban casi toda la cara, y miró a su alrededor. Se apartó el pelo de la cara y cerró la puerta.

Apareció el señor Charles y echó a andar con rapidez por el camino de su casa, secándose las manos con la camisa.

—¡Cariño! —dijo, extendiendo sus brazos bronceados hacia la mujer.

—Hola, papá.

Ella lo mantuvo a distancia y dirigió la mejilla hacia él para que se la besase. Regresó al coche y abrió la puerta de atrás. Y entonces salió una niña de unos seis años de edad con una muñeca de porcelana. Me pegué a la ventana, pero no logré captar todo lo que decían.

—¡... debe de ser Casey! ¿Y esta quién es? ¿Viene para quedarse?

El señor Charles fue a acariciar el pelo de la muñeca, pero la niña la apartó para que no pudiese alcanzarla. La muñeca parecía sacada de una tienda de antigüedades, no era un juguete. La mujer de las gafas de sol gigantes salió de nuevo del asiento trasero del coche con un niño rubio que depositó en la acera. El señor Charles le tendió la mano al pequeñajo.

—Encantado de conocerte, Teddy. Soy tu abuelo.

El niño abrazaba una manta azul celeste y la frotaba contra su mejilla a la vez que miraba fijamente la mano arrugada que se extendía hacia él. La mano se quedó colgando con torpeza entre ellos hasta que Charles lo dejó correr y decidió ayudar a su hija con el equipaje. Hablaron un rato, pero como estaban de espaldas a mí no pude oír qué decían.

La mujer dejó dos maletas negras junto a la verja y entonces cogió la cara de los niños entre las manos para decirles algo y luego estamparles un rápido beso en la frente. Presionó el brazo del señor Charles y volvió a entrar en el coche. El motor cobró vida y el coche oscuro y reluciente recorrió lentamente en marcha atrás nuestra calle. Los tres se quedaron mirándolo hasta que se perdió de vista.

—¡Estupendo! Ahora entraremos en casa, ¿vale?

El señor Charles agitó los brazos hacia los niños y, con una sonrisa de loco, los guio como ovejas hacia la casa. El niño se detuvo y, sin separar la manta de la mejilla, se agachó con la intención de coger una de las rosas que flanqueaban el camino de acceso.

—¡Ah, ah, ah, esto no se toca! —dijo su abuelo, y volvió a agitar los brazos para conducirlos hacia la puerta.

Un minuto después, el señor Charles volvía a salir para meter las dos maletas negras. Levantó la vista hacia mí y me aparté rápidamente, pero no sin antes percatarme de que la sonrisa se había esfumado.

Mi caja secreta

Debajo de la cama tenía una caja secreta.

Me encantaría poder decir que era una caja de madera antigua que me había encontrado enterrada en el jardín, que me había llevado a la habitación sin contárselo a nadie y que había escondido bajo el edredón. Y que seguía allí, pacientemente, con tesoros encerrados en su interior. En cuanto supiera que podía confiar en ti, te daría permiso para estar a mi lado cuando, con mucho cuidado, abriera la desvencijada tapa. Entonces caerían sobre la moqueta un montón de fragmentos de barro seco, pero, por una vez, me daría igual. Y tú te quedarías boquiabierto, los ojos de par en par, al descubrir las riquezas que guardaba en su interior.

Ojalá mi caja secreta fuera así. Pero no era el caso.

Mi caja era fría. Era de cartón blanco y gris, y tenía el tamaño y la forma de una pequeña caja de zapatos con un agujero ovalado en la parte superior. En los laterales llevaba impreso el nombre del fabricante, y en cada esquina inferior se leía escrito en negrita:

Contenido: 100

Diría que quedaban probablemente unos treinta.

Cuando digo «probablemente» quiero decir «exactamente». Quedaban exactamente treinta.

Mamá conocía la existencia de mi caja secreta, pero papá no. De saberlo, se habría enfadado. No tanto conmigo, sino con mamá. Por *alentarme*.

«No está bien, Sheila. Pero ¿qué haces dándole esas cosas, eh? Lo único que consigues con esto es que empeore».

Así reaccionaría papá.

No entendería que la vida para mí, en este momento, sin esa caja, sería imposible.

Yo vivía con mi caja secreta bajo la cama, en el número nueve de Chestnut Close. Era una casa adosada muy normal, con tres dormitorios, un baño, una cocina-comedor y un jardín trasero de forma oblonga (césped en su mayoría) con un cobertizo y un porche cubierto. Hasta muy recientemente, en el porche cubierto había un sofá de mimbre y unos sillones a juego, pero ahora ocupaba su sitio una mesa de billar nueva. Hacía cuestión de un par de semanas, había visto desde mi habitación cómo la descargaban los transportistas y, desde entonces, papá me preguntaba a diario si me apetecía jugar una partidita.

Y nunca me apetecía.

Si miraba desde la ventana de mi habitación, y si la persianilla del tejado del porche estaba colocada en la posición adecuada, podía ver a papá jugando al billar solo. El día anterior, había levantado la vista y me había pillado. Yo me había escondido detrás de las cortinas, pero a los quince segundos estaba aporreando mi puerta.

—¿Por qué no bajas, hijo? Anda, concédele una partida a tu padre.

—Hoy no, papá, gracias.

Después de eso se había ido. Yo entendía lo que pretendía, pero sinceramente... ¿billar? ¿De dónde habría sacado esa idea? Y, además, yo había decidido que nunca, jamás, volvería a entrar en el porche cubierto. *Nigel*, nuestro gato, había vomitado infinidad de tripas de pájaro y de rata sobre aquellas baldosas blancas y frías. ¿Te imaginas andar arrastrándote por allí? Con el calor del verano aquello tenía que ser un hervidero de enfermedades. Y como si quisiera pulverizar las mínimas ganas que yo pudiera tener de sumarme a papá en eso de darle a unas bolas, *Nigel* había decidido adoptar la mesa de billar como lugar favorito para echar la siesta. Cada día se tumbaba sobre el paño verde como si fuera a ser sacrificado a los Dioses del Billar. La única manera de limpiar aquella mesa era rociándola con desinfectante, y yo no era tan imbécil como para intentarlo. Y eso que la mesa tenía que haberle costado un mogollón de dinero a papá.

Mi habitación era la mejor parte de la casa. Era segura. Estaba libre de gérmenes. Fuera de ella, las cosas eran peligrosas. Era como si la gente no

alcanzara a entender que suciedad equivalía a gérmenes, que gérmenes equivalían a enfermedad y que enfermedad equivalía a muerte. Pensándolo un poco, era de lo más evidente. Yo necesitaba que todo fuera correcto, y en mi habitación tenía el control absoluto. Lo único que tenía que hacer era mantenerla al día. Como pasaba tanto tiempo en mi habitación, conocía a la perfección ese espacio. Por ejemplo:

- 1) La pata delantera derecha de la mesilla de noche estaba suelta y en un ángulo raro.
- 2) La pintura de debajo del alféizar de la ventana se estaba descascarillando, un hecho que mi afán por la limpieza empeoraba más si cabe.
- 3) En una esquina justo encima de la cama había un fragmento de papel pintado que, mirado desde un determinado ángulo, parecía un león.

No era un león fiero, tipo «el rey de la selva», sino un león gracioso, como de goma. Tenía la melena desaliñada, el morro alargado y un ojo caído; imagino que un papel de pared con relieve con tropecientas capas de pintura encima podía acabar provocándote ese efecto. A veces le hablaba. Sabía que eso de hablarle a un objeto era de estar un poco chiflado, pero estaba seguro de que por algún lado había un libro de texto donde decía que lo que me estaba pasando era completamente normal:

«Alrededor del Día Diez, es inevitable que la desgraciada persona que ha elegido pasar la mayor parte de su vida en el interior se aburra hasta tal punto que empiece a hablar con los objetos de su entorno. Se trata de un hecho normal que no tendría que ser causa de preocupación».

En mi caso fue el Día Ocho. Me había vuelto a quedar en casa y no había ido al colegio. Tenía una mala tarde y noté que los ojos del León del Papel Pintado me miraban desde su esquina. Supe al instante quién era. Yo llevaba ya un tiempo mirándolo de vez en cuando, queriéndole decir alguna cosa pero sin permitírmelo. Al final, llegué a un punto en el que no pude contenerme más.

«¡Sé en qué estás pensando! Estás pensando: “Ay, pobre Matthew, todo el día encerrado en casa, ¿a que es una tragedia? ¿Por qué no va al colegio? ¿Por qué no sale y hace alguna cosa?”. Pues ten claro que eso NO va a pasar, así que NO

te tomes la molestia de preocuparte por mí, ¿entendido?».

En cuanto le dije lo que le quería decir, me quedé más tranquilo. Me sentí como si acabara de salir vencedor en una discusión con él. Sentí que se había convertido simplemente en algo con lo que hablar de vez en cuando, como mamá cuando le hablaba al gato. No era nada raro. Habría sido raro si me hubiera respondido. Pero eso nunca había pasado.

Evidentemente, nadie sabía que hablaba con él. Era otro de mis pequeños secretos. De hecho, todo lo de la limpieza era un secreto, hasta hace poco. Mi amigo Tom había sido el primero en percatarse de que pasaba algo. Yo había ido al lavabo durante la clase de ciencias y, cuando regresé a la mesa, se quedó mirándome con la cabeza apoyada en el puño cerrado.

—¿Qué pasa, Matt?

Lo miré.

—¿A qué te refieres?

Tom se acercó para hablarme en voz baja.

—Lo del lavabo. Has ido en todas las clases y también durante el descanso. ¿Te encuentras bien?

Había ido a lavarme las manos. Eso es lo que había hecho. Nunca me parecían lo bastante limpias, y por eso tenía que volver a lavármelas para intentar quitarles los gérmenes. Abrí la boca dispuesto a explicárselo, pero comprendí que no sabía cómo decírselo, de modo que me limité a encogerme de hombros y seguir con mis tareas. Dejé de ir al colegio después de eso.

Ahora que estaba en casa lo controlaba todo mucho mejor y podía limpiar las cosas siempre que me apetecía. El cuarto de baño era lo que más estrés me provocaba, porque cada vez que entraba me daba cuenta de que estaba infestado de gérmenes. Hacía un par de semanas, me había dejado llevar mientras mamá estaba en el trabajo y se me había pasado la tarde sin darme ni cuenta y mamá estaba ya de vuelta en casa, en el umbral de la puerta, mirándome boquiabierto mientras limpiaba el interior de los grifos con bolas de algodón empapadas en lejía.

—Pero ¿qué demonios haces, Matthew?

Observó las baldosas blancas y resplandecientes. Puso una cara que ni que hubiera estado pintando grafitis por todas partes.

—Esto no está bien... Para, ya basta.

Dio un paso al frente. Yo di un paso hacia atrás y noté el lavabo clavado en la espalda.

—Matthew, tienes que hablarme sobre esto. ¿Qué pasa? Y mira esas pobres manos...

Intentó tocarme, pero hice un gesto de negación con la cabeza.

—Quédate ahí, mamá. No te acerques más.

—Pero, Matty, solo quiero mirarte la piel. ¿Son ampollas eso? Parece como si estuvieran supurando...

Escondí las manos debajo de las axilas.

—¿Están quemadas, Matthew? ¿Te has quemado las manos? No puedes echarle lejía en las manos, cariño.

—Están bien, déjame en paz.

Pasé rápidamente por su lado, me metí en la habitación y cerré la puerta a mis espaldas. Me tumbé en la cama. Cuando saqué las manos de debajo de los brazos, me ardían. Mamá se quedó al otro lado de la puerta. Sabía que era mejor no entrar.

—Cariño, ¿hay algo que pueda hacer por ti? Dímelo, por favor. Por favor, Matthew. Papá y yo no podemos seguir así. Hoy han vuelto a llamar del colegio. No puedo seguir contándoles que... que tienes un virus...

Emitió un sonido ahogado, como si de repente hubiera olvidado cómo se hace para respirar. Cerré los ojos y le grité una sola palabra:

—Guantes.

Silencio.

—¿Qué?

—Guantes de látex. Desechables. Es lo único que necesito, mamá. ¿Vale? Y ahora, ¿puedes dejarme tranquilo? ¡Por favor!

—De acuerdo. Veré... veré qué puedo hacer...

Y eso fue todo.

Era la caja secreta que guardaba bajo la cama. No era la caja cubierta de polvo de un tesoro, sino una caja de cien guantes desechables de látex, en la que ya solo quedaban quince pares. Un acuerdo secreto entre mamá y yo: ella me suministraría guantes y yo dejaría de quemarme la piel con lejía.

No era necesario contárselo a papá; él no lo entendería.

3

El estanque

Me puse unos guantes (quedaban catorce) y rocié la parte superior de la estantería con un spray antibacteriano que había robado de debajo del lavabo.

—Mira cómo está el jardín del señor Charles. Seguro que se encuentra muy enfadado —le dije al León del Papel Pintado mientras limpiaba.

Los niños habían necesitado solo un día para destrozarlo. Una monstruosa lluvia de juguetes había inundado el césped siempre immaculado. Cubos, palas, pelotas de todos los tamaños, cochecitos de plástico, tres cuerdas para saltar a la comba y una manta de pícnic de cuadros azules cubrían la tupida hierba verde. Cogí la libreta.

13.15 h: Teddy, el nieto del señor Charles, está jugando en el jardín de su casa. No se ve ni rastro de su hermana, Casey.

Teddy estaba agachado al lado de un parterre de flores y hurgaba alguna cosa con un palo. Forcé la vista y me encogí de asco cuando vi lo que era. Un pajarito muerto, de esos calvos, con los ojos protuberantes y apenas abiertos de un recién nacido. Cogió entonces una pala de plástico de color naranja, se arrodilló en la hierba y la pasó por debajo del pájaro para recogerlo. Dejé aparcada la limpieza para observar.

Le costó un poco incorporarse sin que se le cayera el pájaro, pero al final Teddy lo consiguió y echó a correr hacia el estanque. Se detuvo a más de un metro y arrojó por los aires al pájaro, que dio un par de volteretas hasta caer al

agua y desaparecer bajo la superficie. Hubo un par de destellos anaranjados cuando el pez del señor Charles se lanzó a toda velocidad hacia el fondo. Teddy se quedó mirando un rato el agua, tal vez para ver si el polluelo muerto aparecía flotando, y luego regresó al parterre de flores y empezó a cavar con la pala. Yo cogí un libro y empecé a hojearlo, sin dejar de echarle el ojo de vez en cuando al jardín.

Entonces apareció Casey con una bolsa de plástico y la muñeca de porcelana que le había visto cuando llegó. Teddy se puso a saltar y a correr hacia su hermana.

—¡Casey! ¡Casey! ¡Un pájaro muerto!

Comportándose como si su hermano fuera invisible, Casey tiró de la manta de pícnic de cuadros para ponerla a la sombra y Teddy siguió bailando a su alrededor.

—¡Un pájaro, Casey! ¡Muerto!

Pronunció la palabra a gritos, como si eso fuera a ayudarlo a que ella lo entendiese. Imaginé que ahora se arrepentía de haberlo arrojado al estanque, que antes podría habérselo enseñado a su hermana.

—Vete —dijo Casey.

Colocó la muñeca de cara blanca en el centro de la manta y le colocó las piernas para que se quedara sentada. Volcó entonces el contenido de la bolsa de plástico y cayó sobre la manta un diluvio de cintas, cepillos y horquillas.

—Casey. ¡Está muerto! ¡Está MUERTO, Casey!

Teddy corrió hasta el estanque. Señaló el agua y empezó a dar brincos. Casey lo miró un momento y se puso a buscar entre sus accesorios de peluquería; dispuso en una fila los varios cepillos y peines y empezó a ponerle cintas a la muñeca. Teddy regresó y se sentó junto a su hermana. Eligió un cepillo de color morado e intentó pasárselo por el pelo, pero lo cogió mal y acabó rascándose la cara.

Casey le dijo alguna cosa y le cogió el cepillo con brusquedad. El niño se levantó y volvió al parterre. Se puso en cuclillas y miró debajo de las plantas; a lo mejor buscaba más pájaros muertos para enseñárselos a su hermana. Casey se envolvió las piernas con la falda rosa que llevaba y empezó a hablar con la muñeca mientras le cepillaba el pelo.

El corazón me latía con fuerza. Ver a aquel polluelo muerto y saber todas las enfermedades que debía de llevar encima aún me hacía sentir peor. Por mucho que estuviera observando desde la casa de al lado, mi cerebro estaba abrumado

por la idea de que los gérmenes pudieran extenderse hasta mi habitación y meterse en todos los agujeritos que encontraran. Nadie se da cuenta de que una mota de polvo puede transformarse rápidamente en una infección. Son cosas que tienen un efecto dominó, y si no voy con cuidado, tendría que pasarme el día limpiando. Me aparté de la ventana y me concentré en sacar todos los libros de la estantería para quitarles el polvo de la tapa y del lomo.

Iba por el tercer libro cuando oí un grito en el exterior. Teddy estaba tumbado bocarriba en la manta y Casey tiraba de él por el tobillo para sacarlo de allí. En cuanto lo tuvo en la hierba, le soltó el pie sin ningún remilgo y volvió con la muñeca. Teddy se quedó quieto un momento, mirando el cielo azul, antes de levantarse y abalanzarse sobre la muñeca de porcelana. La agarró por los pelos y, arrastrándola por el suelo, corrió con ella hacia el estanque. Casey se quedó sentada, boquiabierta de puro asombro. Su cerebro tardó unos segundos en procesar lo que estaba pasando y, cuando lo consiguió, Casey gritó con todas sus fuerzas:

—¡DEVUÉLVEMELA AHORA MISMO!

El niño se dio la vuelta, la muñeca colgándole de la mano con las piernas proyectadas en ángulos inverosímiles. Nadie se movió.

—¡No, Teddy! ¡Mamá me la regaló a mí!

Casey suplicó con voz temblorosa.

A lo mejor Teddy solo buscaba venganza por no haber sido incluido en el juego, o a lo mejor era simplemente que le apetecía comprobar si la muñeca se hundía con la misma rapidez que el polluelo muerto; fuera como fuese, la tentación pudo con él. Cogiendo impulso con aquel brazo corto y regordete casi de bebé, el niño lanzó la muñeca por los aires, donde permaneció flotando unos instantes antes de caer en el agua verde oscura.

«¡Plaf!».

Casey se quedó paralizada al ver a la muñeca en el agua, ahogándose como una desgraciada heroína. El vestido de color crema se hinchó como un globo y por un momento dio la sensación de que iba a flotar, pero el tejido se desinfló enseguida y la muñeca desapareció lentamente bajo la superficie.

—Tengo un mal presentimiento —le dije al León del Papel Pintado.

El cuerpo de Casey se quedó rígido, las manos abiertas a los lados. De ser aquello una película de dibujos animados, le habría salido humo blanco por las orejas. Teddy se había quedado junto al estanque, hipnotizado por el agua, tal vez preguntándose si la muñeca habría ido a parar encima del pájaro muerto. La

niña extendió los brazos como si fuera a lanzar un conjuro y corrió hacia donde estaba su hermano. Le pegó con tanta fuerza que la cabecita del niño se echó primero hacia atrás y luego fue todo el cuerpo el que cayó hacia delante, directo al estanque.

De entrada no parecía una escena real. Era como si mi ventana fuera la pantalla de la tele y estuvieran a punto de salir los anuncios. Casey se quedó inmóvil viendo cómo su hermano se debatía con desespero en el profundo estanque.

—¿Dónde está el señor Charles? ¿Por qué no sale? —le pregunté al León del Papel Pintado.

Aporreé la ventana con la mano enguantada.

—¡Ayúdalo!

Casey se llevó un sobresalto y giró la cabeza lentamente en un intento de averiguar de dónde llegaba aquel sonido.

—¡Ve a buscar a tu abuelo! ¡Corre a buscarlo! ¡Pero ya!

«¡PUM, PUM, PUM!».

Seguí aporreando el cristal, pero Casey se quedó mirándome, los brazos colgando a ambos lados de su cuerpo mientras su hermano seguía debatiéndose y salpicándola en su intento. Salí corriendo de la habitación y a punto estuve de pisar a *Nigel*, que estaba tumbado en el pasillo aprovechando un rayo de sol. Desde lo alto de la escalera, fijé la vista en la puerta de entrada. Podría bajar corriendo, calzarme las zapatillas deportivas, echar una carrera y sacar a Teddy del estanque. Pero era incapaz de moverme. La idea de salir y, sobre todo, de sumergir las manos en el agua sucia de aquel estanque me provocaba náuseas. Entré corriendo en la oficina, y el móvil de los elefantes empezó a girar cuando lo rocé al pasar por su lado.

En el camino de acceso del número once se veía una manguera, pero el señor Charles no estaba por ningún lado.

—¿Dónde se ha metido? ¿Dónde está?

Miré por la urbanización y lo vi charlando con Penny y Gordon en el número uno. Los tres reían y el señor Charles estaba colorado. Aporreé el cristal con todas mis fuerzas.

—¡Señor Charles! ¡Es Teddy! ¡Rápido!

El señor Charles dejó de reír y miró hacia las casas para averiguar de dónde venía aquel ruido. Entonces Penny me vio y señaló hacia mí.

—¡SEÑOR CHARLES! ¡RÁPIDO! ¡SE HA CAÍDO AL ESTANQUE!

«¡PUM, PUM, PUM!».

El señor Charles se quedó perplejo unos instantes, como si fuera incapaz de encontrarle el sentido a mis palabras, pero de pronto entró en razón y echó a correr hacia su casa. Sus brazos y sus piernas parecían funcionar en cámara lenta. Volví a la ventana de la habitación. Teddy seguía debatiéndose en el estanque y Casey mirándolo. En el instante en que apareció el anciano, la niña agarró a su hermano por el brazo y le sacó medio cuerpo del agua.

—¿Qué está pasando? ¡Teddy!

—¡Se ha caído, abuelo! ¡No podía cogerlo! ¡Te he llamado pero no venías!

Casey empezó a sollozar, y su hermano a toser y a escupir en la hierba. El señor Charles le dio unos golpes en la espalda.

Llegaron entonces Penny y Gordon.

—Oh, Dios mío. ¿Qué ha pasado? ¿Está bien? —dijo Penny.

El señor Charles movió un dedo en dirección a Casey, pero no logré oír todo lo que le decía.

—¿... dejaros ni un segundo? ¿... hacéis jugando cerca del estanque? ¡... un pez allí!

El llanto de la niña subió de volumen, pero él la ignoró y cogió al niño en brazos y se encaminó hacia la casa.

—¿Tiene mantas? —preguntó Penny siguiéndolo y gesticulando—. ¡Hay que hacerlo entrar en calor, seguramente haya sufrido un *shock*! ¡Gordon! Ve a casa a buscar mantas. ¡Trae como mínimo tres!

Gordon se encaminó hacia su casa sin decir palabra.

El señor Charles me miró cuando caminaba por el jardín y yo esperé recibir un gesto de agradecimiento, pero su expresión era ilegible. Teddy estiró los brazos hacia delante como Superman.

—¡Un pájaro, abuelo! ¡Un pájaro muerto!

Teniendo en cuenta que había estado a punto de ahogarse, no tenía muy mala pinta.

En cuanto entraron en la casa, Casey dejó de llorar y cogió del jardín el palo que Teddy había utilizado para tocar el pájaro. Lo sumergió en el estanque y estuvo pescando un rato hasta que algo ascendió a la superficie. Se arrodilló, sacó el objeto y lo estrujó contra su pecho. La muñeca chorreaba agua. El cabello dorado había adquirido un tono marrón sucio y le faltaba un zapato. Llenándola de besos, Casey intentó alisarle el vestido y el pelo y darle de nuevo un aspecto aseado. Dio un par de pasos hacia la casa y, de pronto, levantó la vista

hacia donde estaba yo. El corazón me dio un vuelco. Como no quería quedar como un imbécil escondiéndome, le mantuve la mirada. Su boca formó un círculo en forma de O y chasqueó los labios tres veces. Como un pez. Me estremecí, di media vuelta y seguí limpiando.

* * *

Aquella noche permanecí despierto en medio del silencio.

«Tap, tap, tap».

Alguien llamaba a la pared de mi habitación desde la casa de al lado.

«Tap, tap, tap».

Supuse que era Casey, que se había propuesto torturarme. No me moví y seguí escuchando el silencio.

«TAP, TAP, TAP».

Me volví y di la espalda a la pared.

Las cosas habían cambiado desde su llegada y no estaba del todo seguro de que me gustara.

¿Qué hacemos con Matthew?

Mi madre me subía cada día a la habitación una bandeja con la comida. Al mediodía, el menú consistía en un bocadillo de jamón y queso en envase de plástico, un cartón precintado de zumo de naranja, un plátano y tres botellas de agua cerradas para ir bebiendo a lo largo del día. Todo muy seguro. Muy esterilizado.

La comida siempre iba acompañada por un intento por parte de mamá de tener una conversación. Yo me esforzaba por decir poca cosa y evitar su mirada, a ser posible.

—Los nietos del señor Charles son muy monos, ¿verdad? Será muy agradable tener niños al lado cuando lleguen las vacaciones de verano, ¿no te parece, Matthew?

—Sí, supongo.

Había decidido no mencionar ni el episodio del estanque ni los golpes en la pared.

—Su hija se ha marchado a Nueva York un mes. Se ve que es un pez gordo de la banca. Qué extraño. Nunca había visto que viniera a visitar a su padre. ¿Y tú? ¿La habías visto?

Meneé la cabeza en sentido negativo. Mamá sabía que me dedicaba a observar a los vecinos y que si alguien había visto a la hija del señor Charles algún día, ese era yo.

—¿No lo encuentras gracioso? Me parece que esos niños ni lo conocían. A lo mejor es que se ha quedado sin la persona que se los cuida normalmente.

—Sí, a lo mejor.

Seguí con la mirada fija en la comida. No me gustaba mostrarme excesivamente hablador por si acaso se lanzaba a su tema favorito: «¿Qué hacemos con Matthew?».

—Esta tarde estaré unas horas en el salón. ¿Te va bien, Matthew? ¿Estarás bien solo?

Hacía cinco años que mamá había inaugurado un salón de belleza llamado «De la Cabeza a los Pies». En principio su plan era que la encargada que había contratado gestionase el local, y que ella limitase sus apariciones para realizar solo algún que otro tratamiento y mantenerse al corriente de los chismorreos. Al parecer, últimamente tenía que ir cada día. Pero yo sabía que lo hacía para poder escapar del problema que tenía en casa: yo. Mamá siguió sujetando la bandeja fuera de la habitación mientras yo iba retirando los objetos de uno en uno con la punta de los dedos para dejarlos en la mesita de noche.

—¿Matthew? ¿Te parece todo bien?

—Sí.

Levanté la vista y sin querer la miré a los ojos y, «bam», se lanzó...

—Estupendo. Ah, y he pedido cita para ir a ver al médico por la mañana. Para ver si podemos ponerte en orden. ¿De acuerdo?

Se colocó la bandeja debajo del brazo, como un bolso.

—¿Qué?

—No paran de llamar del colegio y el consejo escolar ha empezado a enviarnos cartas. Tenemos que poner orden a esto antes de septiembre si no quieres que papá y yo nos metamos en un gran problema. ¿Sabías que hoy en día pueden meter a los padres en la cárcel si sus hijos no van al colegio?

Mamá y papá habían estado mintiendo al colegio. Habían dicho que tenía mononucleosis. De todas las enfermedades que podían elegir, se decidieron por la «enfermedad del beso», cuando yo no tenía ni la más mínima intención de besar a nadie. Debieron de pensar que era una buena elección porque con eso puedes estar muchas semanas sin ir al colegio. Creo que mamá incluso consiguió convencerse a sí misma de que la tenía, ya que durante los primeros días que me quedé en casa no paraba de preguntarme qué tal la garganta y de darme analgésicos. Desesperación, eso es lo que era, desear que yo tuviera algún mal susceptible de tratamiento, algo con un final en el horizonte.

—No voy a ir.

—No seas tonto, por supuesto que vas a ir. Es el doctor Kerr. Te ha visitado desde que eras pequeño.

Mientras hablaba, me di cuenta de que intentaba mirar la habitación por encima de mi hombro. Empujé un poco la puerta para cerrarla.

—¿Por qué no abres la ventana y dejas que se ventile esto un poco?

Su pie descalzó aterrizó en la moqueta cuando cruzó el umbral.

—¿Qué haces, mamá?

Se puso nerviosa, pero no se movió. Bajé la vista hacia las uñas pintadas de rosa que invadían mi moqueta *beige*.

—¿Puedes sacar el pie de mi habitación, por favor?

Giró la pierna en un ángulo incómodo pero se quedó justo donde estaba.

—¡Mamá! ¡Por favor!

—¿Por qué, Matthew? No es más que un pie. No te hará ningún daño, ¿no crees?

Rio con nerviosismo, sus pies descalzos agitándose.

Empecé a temblar.

—Mira, vamos a hacer un trato. Me moveré si me prometes que mañana por la mañana vendrás conmigo a ver al doctor Kerr. ¿Qué te parece?

Mamá había estado en el porche por la mañana y había pisado descalza aquellas baldosas frías donde *Nigel* vomita bolas de pelo y tripas de rata. Debía de estar cargada de gérmenes... gérmenes que se escapaban a millones y entraban en mi habitación. Sujeté la puerta y pensé en golpearle los dedos de los pies con ella, pero, de hacerlo, acabaría con la moqueta manchada de sangre, y solo de pensarlo me entraron náuseas. No levanté la vista.

—Vale, vale. Iré. Y ahora, ¿podrías moverte, por favor?

El pie seguía paralizado.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

No tenía la más mínima intención de hacerlo.

—¿Lo prometes de verdad? ¿De verdad de la buena? ¿Por el ángel de Callum?

Ese era mi hermano bebé. Nunca salió del hospital ni llegó a casa, y nunca gorjeó mirando su móvil de elefantes, pero tenía una tumba con un ángel de mármol blanco. No podía romper una promesa hecha por algo como aquello, sobre todo teniendo en cuenta lo que yo había hecho.

Cerré los ojos y sopesé las alternativas. Noté que mamá empujaba un poco la puerta para intentar entrar.

—¡Lo prometo! Lo prometo por el ángel de Callum —dije.

Esperó un par de segundos y retiró el pie hacia el pasillo, su rostro resplandeciente.

—¡Estupendo! En pocas horas volveré a casa. ¿Por qué no sales un rato, te sientas en el jardín e intentas que estas mejillas cojan un poco de color? Te sacaré una silla, ¿vale?

—Lo que tú quieras, mamá.

Cerré la puerta y me metí bajo la cama para sacar la caja de los guantes (quedaban diez pares), el espray antibacteriano y un trapo, e intenté limpiar la moqueta. Noté que se me revolvía el estómago como sucedía siempre que mamá o papá mencionaban a Callum. El sentimiento de culpa por lo que había hecho era como un escarabajo negro asqueroso paseándose por el estómago.

Había días en que casi tenía la impresión de que podía meter la mano en la tripa y sacar a ese escarabajo. Lo tiraría al suelo, patalearía frenéticamente y todos mis temores se esfumarían como por milagro. Y por fin quedaría libre de mi sentimiento de culpa. Pero el escarabajo no se iba. Seguía allí, dormitando, a la espera de que yo me relajara para empezar de nuevo; escabulléndose, escabulléndose, escabulléndose.

Froté bien la moqueta, le eché el espray, la limpié bien y luego fui al lavabo para tirar los guantes y lavarme las manos hasta dejarlas a mi gusto. Necesité once lavados. Cuando regresé a la habitación, inspeccioné con detalle la comida. Todo estaba por abrir, de modo que comí rápidamente antes de que se infectara. Dejé la basura en la puerta y fui a la oficina para ver si afuera pasaba algo. Tomé algunas notas.

Martes, 22 de julio. 16.11 h Calor y sol.

Coches en la calle = 4

Personas en la calle = 1

16.12 h: Melody Bird sale del número tres. Ya no lleva el uniforme del colegio y corre por la calle en dirección al callejón de la Rectoría, que conduce al cementerio. ¿Qué hace allí?

Melody desapareció por aquella especie de túnel de vegetación con los brazos cruzados y la cabeza gacha, como si se protegiera de un viento polar.

El señor Charles salió al camino de acceso a su casa vestido con camisa roja de cuadros y pantalones *beige*. Parecía que iba a un rodeo. Empezó a aporrear el suelo de cemento con una escoba marrón y a levantar nubes de polvo que le envolvieron los tobillos. No se veía por ningún lado a Casey ni a Teddy. Se paró un momento para secarse el sudor de la frente, luego abrió la verja de hierro y se puso a barrer la acera de delante de su casa, dirigiendo los escobazos hacia la alcantarilla. El corazón se me aceleró. Empezaba a notar otra vez las manos sucias. Fui al cuarto de baño y, cuando iba por el séptimo lavado, sonó el timbre de la puerta. Me quedé inmóvil. Aún no me sentía lo bastante limpio. Seguí frotando con jabón la piel agrietada e ignoré la puerta. El timbre sonó otra vez y oí que llamaban también al cristal. Me aclaré rápidamente con agua hirviendo y bajé a abrir la puerta sirviéndome de la manga.

—¡Ah, Matthew! ¿Está tu madre?

Respondí al señor Charles, que estaba en el umbral, con un gesto de negación con la cabeza. Tenía los brazos cruzados sobre el mango de la escoba y parecía que iba a ponerse a cantar. Oí detrás de mí los maullidos de *Nigel*, el gato diabólico.

—¿Y tu padre?

—Está trabajando —dije, y cerré un poco la puerta.

Miré detrás de mí para ver dónde estaba el gato. Se encontraba tranquilamente en la cocina, restregándose contra el armario donde guardábamos su comida, moviéndose de un lado a otro, fanfarroneando.

—Está bien, está bien, no pasa nada —dijo con una sonrisa falsa—. De hecho, con quien quería hablar era contigo. ¿Te apetecería ganarte algún dinerillo?

Se rascó la cabeza en el punto que tenía quemado por el sol. Tal vez fuera porque hacía mucho tiempo que no lo veía de cerca, pero su cabeza era enorme, parecía una nuez bronceada. A través de la pared, oía un «tum, tum, tum» continuo en su casa.

—Me parece que están jugando al fútbol en el salón de su casa, señor Charles —dije.

Entrecerró los ojos y aguzó el oído.

—Oh, no es más... no es más que un juego.

Se pellizcó un instante la parte superior de la nariz, cerró los ojos y volvió a la realidad.

—Veamos, ¿te apetecería trabajar como canguro? Sería solo alguna tarde a la

salida del colegio, para que yo pueda hacer algún que otro recado, como ir de compras y esas cosas. ¿Qué te parece?

Me crucé de brazos.

—No sé...

—¡Será un buen dinerito! Son niños fáciles... ¡muy fáciles! —dijo parpadeando a toda velocidad.

«Tum, tum, tum».

—La verdad es que ando bastante ocupado...

El señor Charles asintió, como si comprendiera la frenética vida que yo llevaba, todo el día encerrado en casa sin hacer nada. Necesitaba ir a lavarme las manos. Estaba seguro de que se estaban propagando los gérmenes, y los maullidos de *Nigel* subían de volumen. Había salido al recibidor y estaba sentado justo detrás de mí.

«Tum, tum, tum».

Oí que Casey gritaba. El señor Charles subió la voz en un intento de camuflar los gritos.

—Imagino que toda la tarde sería demasiado. ¿Qué tal un par de horas? ¡Incluso una! ¡Te pagaré el doble!

Negué con la cabeza.

—Dime cuánto querías, Matthew.

De haber podido meter las manos más allá de la puerta, creo que habría intentado estrechármelas para sonsacarme un «sí».

«Tum, tum, tum».

—Tengo doce años, señor Charles. Creo que no soy lo bastante mayor.

Nigel estaba a los pies de la escalera, frotándose la cara contra el peldaño. Vi un punto oscuro minúsculo en la moqueta *beige*, allí donde le había caído la baba. *Nigel* se dio cuenta de que lo miraba y vino directo hacia mí, los gérmenes desprendiéndose de su pelaje y corriendo por la moqueta en todas direcciones. Di un paso atrás y abrí la puerta por completo. El gato parpadeó ante el reflejo de la luz del sol y salió, pasó corriendo junto a las piernas del señor Charles y siguió por el camino de acceso. Volví a cerrar casi del todo la puerta. Notaba que me sudaba la mano.

—Estoy seguro de que con tu edad puedes hacer de canguro —dijo riendo—. ¡Yo con solo siete años ya cuidaba de mi hermano!

—No lo creo, señor Charles —dije mientras él seguía riendo.

«Tum, tum. ¡PAM!».

—¡ABUELOOOOOO!

La risa del señor Charles se interrumpió al instante, dejó caer los hombros y, sin pronunciar ni una palabra más, regresó lentamente a su casa arrastrando la escoba marrón. Cerré de un portazo y subí corriendo al lavabo para volver a lavarme las manos.

Cuando regresé a la oficina, los ruidos de la casa de al lado habían cesado y se oía un televisor a todo volumen. En la calle todo estaba tranquilo, el asfalto humeando por el calor. *Nigel* estaba en el jardín de delante de la casa del señor Charles, paseando de puntillas por el césped y olisqueando la hierba. No oyó que el hombre llegaba por detrás cargado con un barreño lleno de agua. El señor Charles emitió un rugido y soltó el agua, que cayó encima de *Nigel* como una ola gigante. El gato se quedó paralizado, igual que yo. No me considero un admirador de ese saco de pulgas vomitón, pero yo jamás le haría eso. El esponjoso pelaje rubio y blanco cobró de repente un tono marrón oscuro y se le quedó pegado a la piel. Estaba petrificado. El señor Charles dejó el barreño en la hierba y movió el pie en dirección al gato, su cuerpo encorvándose por la fuerza que estaba ejerciendo, pero, por suerte, *Nigel* había vuelto en sí y esquivó el golpe. Pasó rápidamente por la verja, giró a la derecha y enfiló el camino de acceso a nuestra casa. Se sentó en el peldaño, maulló débilmente y empezó a lamerse.

El señor Charles recogió el barreño y dio dos pasos hacia su casa. Se detuvo un momento, como si se hubiera olvidado algo. Retrocedió un poco, se puso el barreño bajo el brazo y se quedó mirándome furibundo.

El doctor Kerr

Cuando era pequeño pensaba que un espejismo era algo que solo puedes ver cuando te pierdes en el desierto. Delirando, te arrastras por la arena abrasadora, centímetro a centímetro, desesperado por encontrar agua. De pronto vislumbra una cosa que brilla en el horizonte. ¡Es una furgoneta de helados de color pastel! Casi oyes el tintineo de la música. Te anima a acercarte a ella con su promesa de los deliciosos polos helados que guarda en el fondo de su oscura nevera. Intentas alcanzarla y se te llena la boca de saliva, pero cuando estás apenas a unos metros de distancia... ¡se esfuma! Y lo único que hay, justo allí donde veías la furgoneta de helados, es un cactus reseco.

De camino al médico vi muchos espejismos por la calle. No furgonetas de helados, sino charcos oscuros de agua en el asfalto. Parecían tan reales que casi podía oír cómo salpicaban al pasar nosotros por encima de ellos. En una ocasión, papá me contó que la gente los llamaba «espejismos de carretera», y me pareció bien. Mi padre sabía muchas cosas. «El cerebro de Brian» siempre quedaba entre los tres primeros equipos de la competición mensual de Trivial del bar. Podías preguntarle lo que fuera, que siempre tenía de inmediato una respuesta.

—¿Papá, quién estaba en el trono en tiempos de la Peste Negra?

—Eduardo III.

—¿Cuál es la capital de Letonia?

—Riga.

—¿Cuál es el símbolo químico del cobre?

—Cu.

—¿Qué le pasa a tu primer y único hijo?

—Que está loco.

Aunque él nunca lo proclamaría a viva voz, estaba seguro de que era lo que pensaba. Creo que los dos lo pensábamos.

Mamá tenía puesto el aire acondicionado. Estaba enfocado hacia abajo y yo tenía los pies como bloques de hielo. Habría movido el mando, pero no quería tocarlo.

—Los nietos del señor Charles están adaptándose bien, ¿verdad? Debe de ser agradable para él tener un poco de compañía para variar —dijo mamá mientras seguíamos por High Street.

Intentaba de nuevo mantener una conversación.

—No sé cómo se lo va a montar todo un mes. No es precisamente un jovenzuelo.

Mantuve la boca cerrada. No pensaba hablar con ella después de lo mal que me lo había hecho pasar delante de todo el mundo.

Ella se había sentado en el coche, con el motor en marcha, y yo me había quedado paralizado en la alfombrilla de la entrada de casa. El señor Jenkins volvía de correr y había enfilado el camino de acceso a su casa con la cabeza gacha, pero entonces me había visto. Se había quedado un instante parado, el sudor cayéndole por la cara, las manos en las caderas y mirándome de arriba abajo.

Para minimizar los posibles riesgos para mi salud, me había puesto una camisa de manga larga que me había abotonado hasta el cuello, vaqueros, calcetines, botas de agua y dos pares de guantes de látex (quedaban ocho pares). La temperatura ambiente era de treinta grados. Hacía bastante calor.

—¿Qué tal estás, Corbin? —dijo, y entró en su casa meneando la cabeza asqueado.

No creo que mamá lo oyera. Bajó la ventanilla y vociferó:

—Te lo diré en muy pocas palabras, Matthew Corbin: ¡El ángel de Callum!

Su voz resonó en los muros de las casas como la bola de un *pinball*. Vi que se movía la cortina de la casa de la Vieja Nina, y su sombra oscura apareció detrás de los visillos en cuanto se acercó a ver qué eran aquellos gritos. Penny y Gordon Sullivan salieron al jardín del número uno y echaron a andar hacia el coche. Siempre aparecen cuando sucede algo que pueda parecerles interesante.

—¿Va todo bien, Sheila? —gritó Penny.

Llegaron a nuestra entrada, armados cada uno de ellos con un catálogo de *Harrington, soluciones para el hogar*, que estoy seguro que habían cogido simplemente a modo de coartada. Penny y Gordon iban juntos a todas partes. Era como si estuviesen atados por la cintura mediante una cuerda invisible, de tal modo que si alguno de los dos se alejaba demasiado del otro, la cuerda tiraba de ellos y volvían a estar juntos. De hecho, creo que jamás los había visto por separado.

Mamá los saludó con la mano desde el coche.

—Sí, todo bien, Penny. Hola, Gordon. ¡Gracias! Un preadolescente que intenta forzar los límites... Ya sabéis de qué va eso.

Forzó una carcajada y la pareja de jubilados rio con ella, pero pararon en cuanto me vieron bien.

—Pues te dejamos con ello, Sheila —dijo Penny mirándome con cara de perplejidad.

Le murmuró algo al marido y la cuerda invisible se puso en marcha cuando ella emprendió camino de vuelta a casa y Gordon la siguió.

—¡Vamos, Matthew! ¡Vamos a llegar tarde!

—Pero, mamá, ¿es que no te das cuenta de lo que me causará esto? Por favor.

Oí un maullido detrás de mí en el recibidor. *Nigel*.

—Matthew. Lo juraste por el ángel de Callum. Y no hay nada más sagrado que eso. Vamos. Entra. En. El. Coche. Ya.

El maullido se aproximaba. Volví la cabeza y vi a *Nigel*. Andaba buscando alguna cosa contra la que frotarse. Se detuvo en momento y fijó los ojos en mí.

—Matthew. ¡YA!

Me encogí al escuchar el grito de mamá, salté del peldaño, cerré de un portazo y entré en el coche.

Y por eso estábamos allí: metidos en un atasco en High Street.

—Mira, ese de ahí es tu amigo, Tom, ¿no? ¿Le toco el claxon? ¡Se alegrará de verte por aquí!

Mamá empezó a hacer señas como una loca a un grupo de niños con camisa blanca y corbata azul. Por suerte, no la vieron.

—¡Mamá! ¡Para ya!

Me hundí en el asiento y mamá se relajó y resopló.

Mi mejor amigo, Tom, estaba a escasos metros de mi ventanilla bebiendo

una lata de refresco. Mi antiguo mejor amigo Tom. Estaba con otro niño del colegio, un chico llamado Simon, y reían y se balanceaban como si hubieran perdido la capacidad de mantenerse erguidos.

—¿Simon Duke? —murmuré—. ¿Por qué está con él?

Simon Duke era un pedazo de idiota que se inventaba cosas. Por ejemplo, un día dijo que su padre era agente del FBI y que, por lo visto, estaban viviendo en Inglaterra en plan temporal y que en cualquier momento podían recibir una llamada diciéndoles que subieran a un avión para viajar a donde quiera que estuviese su siguiente misión.

«Si un día no vuelvo a aparecer por el colegio, sabréis que hemos recibido una llamada y he tenido que marcharme», anunció en clase de matemáticas el año pasado, hablando con un horroroso acento americano, como si tuviera la nariz tapada.

La caída de Simon llegó cuando alguien vio al señor Duke en una ferretería, vestido con un delantal de color naranja y ayudando a un cliente a cargar un retrete nuevo en un carrito. Después de aquello, se metieron mucho con él.

«¡Simon, creíamos que tu padre trabajaba para el Servicio de Inteligencia, no para el Servicio de Ferretería de Leroy Merlin!».

«¿Y qué pasa si tiene que arrestar a alguien? ¿Le dice “arriba las manos” y le dispara con una pistola de pintura?».

Pero, sorprendentemente, Simon había conseguido esquivar los comentarios irónicos.

«Mi padre tiene que pasar inadvertido, ¿no lo entendéis?».

Y ahora, y eso era aún más sorprendente, Tom había decidido andar por ahí con él.

Seguimos avanzando con el tráfico y los observé por el retrovisor lateral.

—Puedes invitar a tus amigos a casa siempre que quieras, ya lo sabes, Matthew —dijo mamá—. No se trata de perder el contacto con ellos.

No le hice caso y seguí mirando cómo la imagen de Tom y Simon se encogía en el espejo retrovisor a medida que avanzábamos.

La necesidad de lavarme las manos era cada vez más intensa, y tenía tanto calor que incluso me sudaban los párpados. Los cerré e intenté sosegar la respiración mientras mamá seguía haciendo comentarios de pasada sobre las clientas del trabajo, los vecinos y cualquier cosa que se le ocurriera para llenar el silencio.

—... la niña, Casey, solo tiene seis años y el pequeño Teddy tiene quince

meses, así que lleva aún pañales. ¿Te imaginas a un anciano teniendo que apañarse solo con todo eso? Debe de estar agotado.

Yo escuchaba la charla e intentaba engullir la sensación de náuseas que tenía en el estómago. El coche se detuvo cuando llegamos al aparcamiento de la consulta. Abrí los ojos y parpadeé por el reflejo del sol.

—Me siento muy orgullosa de ti, Matthew. Siento lo de antes para entrar en el coche, pero yo solo quiero... solo quiero que tengas una vida normal. Eso es todo. Lo hago solo porque pienso en ti.

Asentí, incapaz de hablar, y entonces, después de respirar hondo, abrí la puerta.

La sala de espera estaba tranquila y me senté en la primera fila de sillas, que estaban todas vacías. Mamá se quedó en el mostrador de recepción para avisar de que habíamos llegado. En una esquina había una pecera con agua azul celeste, y un tiburón de juguete al otro lado del cristal con una boca que se abría y se cerraba cada tres segundos. Descubrí una chincheta con la punta hacia arriba metida en el mínimo espacio que se abre entre la moqueta y el zócalo. Justo por encima de ella, en la pared, había un cartel laminado que avisaba de que en el mes de junio había habido veinticuatro personas que habían pedido cita y no se habían presentado. La palabra *junio* y el número 24 estaban escritos con rotulador negro, e imaginé que el personal de recepción debía de borrarlo y cambiarlo cada mes. En la esquina inferior izquierda del cartel faltaba la chincheta y estaba un poco despegado de la pared. Deseé coger la chincheta y ponerla en su sitio. Si la chincheta volvía al lugar que le correspondía, todo estaría bien. Todo estaría bien. Miré a mamá, que venía hacia mí, pero de pronto vio a alguien conocido en el fondo de la sala y cambió la trayectoria.

—¡Hola, Claudia! Qué calor. Aunque a mí me encanta, ¿a ti no?

Seguí con la mirada fija en la chincheta. No miraba a la gente que tenía a mi alrededor, no escuchaba al hombre que tenía aquella tos tan seca ni percibía la silla infectada que tenía bajo las piernas. «Concéntrate en la chincheta. Respira hondo y cuenta hasta tres. Uno... dos... tr...».

—¿Por qué estás aquí?

Me quedé sin aire. Alguien acababa de sentarse a mi lado. Cerca. Por el rabillo del ojo veía el jersey azul del colegio.

—¿Es algo de la piel? ¿Por eso llevas los guantes?

Me volví y me encontré con la cara de Melody Bird, la niña de mi clase que vivía en la otra acera. La que visitaba habitualmente el cementerio. Claudia, con

quien estaba hablando mamá, era su madre. Se me erizó el vello de los brazos. Melody me ponía nervioso. Aparte de su poco natural interés por el cementerio, vivía al lado de Penny y Gordon, del número uno, y su casa era la número tres; y esos dos números, el uno junto al otro, no eran buenos. «Diezmastrés» empezaba a ser un problema para mí e intentaba evitarlo en la medida de lo posible. Me había enterado de que había algunas ciudades del mundo en las que los rascacielos no tenían planta «diezmastrés» y la llamaban simplemente 12A, o algo por el estilo, o saltaban directamente del doce al catorce. Y esa gente es profesional, no estúpida. Nunca harían algo así a menos que tuvieran un buen motivo para hacerlo. Mi batalla contra los gérmenes era importante, pero empezaba a cobrar cada vez más conciencia de que tenía que empezar a vigilar a ese mal número o acabaría pillándome desprevenido. Por suerte, Chestnut Close termina en casa del señor Charles, con el número once. En una ocasión recibimos una felicitación de Navidad que iba dirigida a un tal «Señor P. James, diezmastrés Chestnut Close». La felicitación se quedó sin abrir en el alféizar de la ventana que hay junto a la puerta de entrada hasta el verano porque mamá no se atrevía a tirarla, por mucho que la casa y posiblemente también el señor P. James no existieran. Estaba pensando en todo eso mientras Melody seguía hablando. No escuchaba lo que me decía, pero sí me di cuenta de que se había sentado muy pegada a mí.

—¿Podrías retirarte un poco? —dije.

Me miró casi bizqueando con sus grandes ojos marrones y retiró un poco la silla.

—¿Por qué? ¿Se pega o algo?

—No.

Se rascó la nariz con una uña mordida y aparté la vista para concentrarme de nuevo en la chincheta. Noté una gota de sudor que me bajaba lentamente por la espalda. El ventilador que había encima del mostrador de recepción proyectaba una ráfaga de aire caliente hacia la sala de espera cada cuatro segundos.

—¿Así que no puedes contarme qué te pasa?

—No.

Se quedó un minuto callada y, entonces, cuando se volvió hacia mí, percibí otra vez el calor de su brazo.

—¿No puedes o no quieres?

Me volví para mirarla, poniéndome un poco de lado, como si ella tuviera mal aliento y quisiese evitarlo.

—No quiero.

Se retiró un mechón de pelo detrás de la oreja, me sostuvo un instante la mirada y se encogió de hombros.

—Me parece bien.

Miré la chincheta y me imaginé recogiéndola y clavándola en la esquina del cartel de la pared en el lugar que le correspondía, y entonces todo estaría bien. Tomé mentalmente unas notas:

Miércoles, 23 de julio. 10.45 h Sala de espera del médico.

Número de personas en la sala de espera = 9

Número de personas de recepción = 4

Número de peces en la pecera = 12

Número de chinchetas en el cartel de la pared = 3

Número de chinchetas en el suelo = 1

—Verrugas.

Cerré los ojos un segundo antes de prestarle atención a Melody.

—¿Qué?

—Que por eso estoy aquí. Tengo un montón en el dedo gordo del pie. Y me duelen mucho. Supongo que tendrán que quemármelas. ¿Has tenido alguna vez una verruga?

—No.

—Pues son muy dolorosas.

Volvió la cabeza para mirar a nuestras madres.

—Tu madre es muy guapa, ¿verdad?

No se me ocurría qué responderle, así que seguí callado.

—He oído decir que tu vecino tiene a sus nietos en casa. Lo de tener caras nuevas por el vecindario está bien, ¿no?

La miré con el ceño fruncido.

—No son más que un par de niños.

Cruzó y descruzó las piernas y empezó a jugar con el dobladillo de la falda gris.

—Por lo visto su madre es una mujer de negocios muy importante. Seguro que es rica, ¿verdad?

Me rasqué la frente. Tenía la cabeza a punto de estallar.

—Ayer hacía muchísimo calor en clase. Me muero de ganas de que lleguen las vacaciones de verano. Cuando salga de aquí tengo ciencias, pero no pienso correr para llegar a clase. No se enterarán, ¿verdad?

Empezó a examinarse la palma de la mano izquierda y recorrió con la uña un par de rayas antes de volverse otra vez hacia mí.

—¿Qué médico te visita? No será el doctor Kerr... No lo aguanto. Debe de tener noventa años y siempre tiene la camisa manchada con restos de comida. ¡Puaj!

El hecho de que no estuviera respondiendo a ninguna de sus preguntas no la desalentaba. Cerré los ojos, confiando en que captara la indirecta.

—¿Quieres que te traiga agua? Da la impresión de que vas a derretirte en cualquier momento. Se te deben de estar asando las manos con esos guantes.

Negué con la cabeza y me sequé la nuca con el puño de la camisa, intentando absorber un poco de sudor con el tejido. Solo con que pudiera volver a poner esa chincheta en el cartel, las cosas volverían a estar en su lugar y a lo mejor Melody se largaba.

—¿Eres amigo de Jake Bishop?

—No.

—Perfecto. Porque lo odio. A veces puede llegar a ser muy malo. No puedo creer que viva en nuestra calle. De toda la gente del mundo, es la última persona que querría tener como vecino. ¿No crees?

Di un brinco cuando sonó un timbre. Acto seguido sonó por los altavoces una voz masculina ronca que pedía al señor Andrews que pasase a la Consulta Dos.

—¡Ja! Casi te caes de la silla. ¡Tendrías que haber visto la cara que has puesto! ¡Has saltado de verdad!

Mientras reía, me rozó la camisa con el brazo y me pasé a la otra silla.

—¿Adónde vas? Oye, lo siento. Simplemente ha sido gracioso, eso es todo.

Continuó riendo y se acercó más. Oí que mamá decía detrás de nosotros:

—... no sé qué hacer, Claudia. Tengo encima todo el día al responsable de la asistencia del colegio. ¿Por qué no conseguimos que vaya? ¿Qué hemos hecho mal?

El zumbido general de la sala de espera se apagó cuando todo el mundo aguzó el oído para captar qué iba a decir mamá a continuación. Me encogí de miedo. Por suerte, el verano estaba a la vuelta de la esquina, razón por la cual

imaginaba que la situación se calmaría pronto. Y cuando llegara septiembre, haría un esfuerzo para volver a la normalidad y asistir cada día.

El botón superior de la camisa me apretaba, y tenía la sensación de que estaba ahogándome lentamente. Melody tosió para aclararse la garganta y prepararse para proyectar contra mí un nuevo vómito verbal, aunque esta vez agradecí que sirviera para acallar la voz de mi madre.

—Creo que alguien tendría que plantarle cara a Jake Bishop, ¿no te parece? ¿Verdad que antes habías sido amigo suyo? ¿En primaria? ¿Siempre fue tan desagradable?

Me encogí de hombros.

—Pues a mí me parece que lleva demasiado tiempo siendo un idiota... ¿De verdad que te encuentras bien? Te has puesto como de color gris.

—Me duele mucho la cabeza.

Melody puso mala cara y me pregunté si se plantearía que ella podía ser la causa.

—Un día, si quieres, podría ir a tu casa. Podríamos hacer cosas cuando estemos de vacaciones. Hacernos compañía.

Hizo un mohín raro y arrugó la frente, como si esperara una respuesta. Vi que se acercaba un anciano y metí las piernas debajo de la silla para que no tropezara.

—No creo. Últimamente no estoy muy bien —dije, y tosi un poco.

Melody se dio un palmetazo en la frente; me asustó.

—¡Oh, claro, la enfermedad misteriosa! No pasa nada si no quieres contarme de qué se trata. Todos tenemos nuestros secretos, ¿no?

Entrecerró los ojos y, justo cuando estaba preguntándome qué habría querido decir con aquello, sonó otro «BIIIP».

«Melody Bird, consulta cuatro, por favor».

—¡Esa soy yo! Nos vemos, Matty.

De pronto, vi su mano proyectada hacia mí y noté que me apretujaba el brazo antes de desaparecer por el pasillo con su madre. Noté un hormigueo en el punto donde había establecido el contacto. Y no era un hormigueo bueno, sino un hormigueo infectado. Era fundamental lavarme, pero de ninguna manera pensaba aventurarme a entrar en los lavabos de la consulta de un médico. Busqué con la mirada la chincheta, cerca del zócalo, y entonces apareció mamá y dijo, con un suspiro:

—Es agradable esa Claudia. Un poco *New Age*, no sé si me explico, pero

bien. Le dije que tendría que pasarse por el salón para que le hiciéramos esas cejas.

Rebuscó en el bolso, extrajo el teléfono móvil y se puso a escribirle un mensaje a alguien. Era mi oportunidad. Cuando me levanté, se me doblaron las piernas y empezaron a pitarme los oídos. No creo que fuese la mejor idea de mi vida, pero sabía que no podía volver a casa y dejar el cartel de aquella manera. Me agaché despacio y, justo cuando rocé con los dedos la fría chincheta, todo se volvió negro.

* * *

Me desperté con un paño frío y mojado en la frente. La recepcionista, mamá y la enfermera estaban mirándome. Mostraron su preocupación por mí durante un buen rato, hablaban sobre si deberían llevarme o no al hospital, y yo lo único que quería decirles era: «Mirad, ¿podría alguien poner esa chincheta en aquel cartel?». Me habían quitado los guantes y le dije a mamá que tenía que volver a casa de inmediato, pero ella dijo que entraríamos a ver al doctor Kerr aunque para ello tuviera que arrastrarme.

La consulta era oscura y olía a humedad. Me senté en el borde de una silla y fijé la vista en mis manos mientras mamá empezaba a explicar lo ansioso que estaba yo últimamente y que necesitaba que todo estuviera siempre limpio. Hablaba con su voz de pija, la que utilizaba delante de los profesores, de la gente que trabaja en los bancos, del señor Charles y de los médicos.

—Ya no sabemos qué hacer, doctor Kerr. ¡Estamos totalmente perdidos!

Oí que al doctor Kerr le crujían los huesos mientras tomaba notas y nos quedamos los dos a la espera de su respuesta. En el rincón había un ordenador viejo cubierto por una fina capa de polvo. Melody tenía razón, aquel hombre parecía que tenía noventa años. Y le conté al menos seis manchas de diversos colores en la camisa. Empezaba a pensar que tal vez no había oído nada de lo que mamá acababa de contarle cuando de pronto cobró vida.

—Lo remitiré a un psicoterapeuta para que lleve a cabo una valoración; con toda probabilidad, le sugerirá un mínimo de seis semanas de terapia. Después de esto, te sentirás fresco como una rosa. ¿De acuerdo?

Me miró entornando los ojos.

«Perfecto. ¿Y ahora ya puedo irme?». Noté las palabras burbujeando en la

lengua, peligrosamente cerca de escapárseme.

—¿Cuánto tiempo tendremos que esperar para esa cita, doctor? —preguntó mamá.

El doctor Kerr miró las notas y siguió escribiendo.

—Por desgracia, estas cosas tardan un poco. Me parece que la lista de espera está actualmente entre tres y cuatro meses. Quizá algo más.

Lo dijo sin levantar la cabeza, escribiendo, y entonces, de pronto, mamá dio un puñetazo en la mesa. Tanto el doctor Kerr como yo saltamos en nuestras respectivas sillas, como si acabáramos de pasar por un bache.

—¡¿Tres meses?! ¿Tres meses? ¿Lo dice en serio?

La voz de pija de mamá se había esfumado. El doctor Kerr puso cara de exasperación.

—Señora Corbin, lo siento, pero hay una lista de espera y su hijo no es un caso urgente. Escribiré una carta al colegio explicando el caso. A partir de ahí, concertarán una reunión con usted y la autoridad local para discutir el asunto de la ausencia de Matthew, si es que no lo han hecho ya.

Hojeó una agenda vieja y copió alguna cosa en una nota adhesiva de color amarillo.

«Crec, crec, crec».

—Aquí tiene el nombre de un par de psicólogos privados que tal vez puedan serle de ayuda... siempre y cuando esté dispuesta a pagar.

Se inclinó hacia delante con la nota pegada a un dedo y mamá se la arrancó. Se levantó y se marchó corriendo, dejándome allí sentado. El doctor Kerr suspiró y siguió escribiendo, como si yo no existiera. Me levanté también para irme, pero al llegar a la puerta me detuve.

—Siento mucho que mi madre haya gritado, doctor Kerr. Últimamente está un poco nerviosa. Por todo, ya sabe.

El viejo se concentró un instante más en sus notas y entonces levantó la vista.

—Eres un buen chico, Matthew. Deja correr todo esto, ¿vale? Sé buen muchacho.

Volvió a bajar la cabeza e hizo un gesto con la mano dirigido a mí, como si estuviera ahuyentando una abeja pesada. Me había despedido.

* * *

Cuando me metí en la cama aún era de día. Me pesaban los brazos y las piernas, tenía el cerebro agotado. Debí de quedarme dormido en pocos minutos, escuchando el canto de un mirlo. Cuando me desperté ya estaba oscuro. El despertador indicaba en rojo que eran las 2.34 de la madrugada. Me había molestado alguna cosa, pero en aquel estado de recién despertado no sabía muy bien qué; y entonces oí los golpes desde el otro lado de la pared.

«Tap, tap, tap».

Me senté y agucé el oído.

«Tap, tap, tap».

—¿Has oído eso? —le pregunté en voz baja al León del Papel Pintado—. Ya está haciéndolo otra vez.

Cerré los ojos y escuché.

«Tap, tap, tap».

—¿Estás ahí, niño pez? ¿Has vuelto a tu pecera?

Era Casey. Cerré la mano en un puño, dispuesto a aporrear la pared si volvía a hacerlo. Esperé diez minutos, pero solo hubo silencio.

El chico en la pecera

Papá vino a verme el sábado a la hora de comer; traía una carta dirigida a «Los padres de Matthew Corbin».

—Pronto tendremos esto solucionado, ¿eh, hijo? Y empezarás de nuevo. La hostia, qué calor hace aquí.

A diferencia de mamá, él no dudaba ni un instante en cuanto a entrar en mi habitación. Lo hizo y abrió la ventana con las manos desprotegidas y una sonrisa enorme en la cara, como si la llegada de aquella carta misteriosa fuera a curar de repente mis «problemas».

—¿Qué haces, papá? ¡No quiero la ventana abierta!

Salté a la cama y doblé las rodillas, enlazándolas con los brazos.

—Por supuesto que la querrás. Un poco de aire fresco no te envenenará, ¿no te parece?

Las cortinas se agitaron con la brisa y los gérmenes chillaron encantados de poder aterrizar en mi moqueta.

—Dentro de un rato, mamá y yo nos vamos al pícnic de tía Jean. ¿Qué te parecería venir con nosotros ahora que estás ya convaleciente? Estarán todos tus primos.

El Gran Pícnic de tía Jean solía ser el acontecimiento de mis veranos. Teníamos la fecha marcada con un círculo rojo en el calendario, y yo contaba las semanas que faltaban para que acabaran las clases y llegara el pícnic. Todo había empezado como una pequeña reunión familiar con motivo del sexto cumpleaños de mi primo Darcy, pero había salido tan bien que, desde entonces, tía Jean lo organizaba todos los veranos.

El pícnic del año anterior había sido increíble. Habíamos llegado todos en convoy y habíamos aparcado en un espacio destinado a ello en un parque en medio del campo. Los adultos se habían besado y abrazado y luego habían volcado su atención en los niños.

—¡Oliver, no puedes ser tú el que está escondido debajo de todo ese pelo!

—¿Cuántos años tienes ya, Darcy? ¿Catorce? Caramba. ¿Hace ya ocho años que hacemos esto, Jean?

—Luego procura estar en mi equipo, Matthew. ¿Cuántas carreras ganaste el año pasado?

Recuerdo que sonreí al tío Mike, que me pasó el brazo por los hombros.

—Creo que fueron doce, tío Mike.

Fueron doce. Pero no quería parecer fanfarrón.

Antes de descargar las cosas de los vehículos, fuimos los veinte a dar una caminata para abrir el apetito. Seguimos el mismo recorrido que cada año, aunque por el camino siempre había desacuerdos:

—Es a la izquierda, Brian. Me acuerdo de este árbol.

—No, es a la derecha, seguro. ¿Y cómo quieres acordarte de un árbol concreto? ¡Son todos iguales!

Tía Jean se hizo responsable de la situación y giró a la izquierda. Todos nos reímos y la seguimos. El ritmo bajaba al final de la caminata, y los más pequeños, que se quedaban atrás, siempre se quejaban de que les dolían los pies. Pero entonces siempre había alguien que gritaba:

—¡Pícnic a la vista!

Los coches brillaban bajo el sol en lo alto de la montaña y pensar en comida nos ayudó a acelerar. Luego, fue como si todo el mundo se volviera loco cuando empezaron a descargar neveras y cestas y a extender las mantas de pícnic hasta formar un único tapiz a cuadros.

Recuerdo que pillé un montón de rollos de salchicha y todos los bocadillos de jamón que pude, impaciente por que todo el mundo terminara y empezara por fin la diversión de verdad. Finalmente, tío Mike anunció:

—Muy bien. ¿Quién está a punto para una partida de críquet?

Fui el primero en ponerme en pie mientras los adultos intentaban repartir los equipos equitativamente.

—Tú quédate con tío Reg, y nosotros, con la pequeña Martha.

—¡Pero si el tío Reg no corre! ¡No es justo!

—Matthew ya correrá por él. ¿Verdad que sí, Matthew?

Sonreí y moví la cabeza en un gesto afirmativo. Tenía ya el bate en la mano, ansioso por empezar.

El partido se prolongó durante horas, hasta que una parte de los adultos dijo que quería descansar y los más pequeños se marcharon a cazar saltamontes. Yo me senté al lado de mamá, que me dio unos golpecitos en la espalda.

—¿Así que no has batido el récord del año pasado, cariño? ¿Cuántas carreras has hecho?

—Este año solo nueve, mamá.

—¿Solo nueve? El año que viene seguro que lo superas.

Tía Jean pasaba un cuenco enorme de palomitas que aterrizó en aquel momento justo delante de mí.

—Vamos, Matty. Mete la mano.

Miré en dirección al viejo edificio de los aseos que quedaba oculto por un bosquecillo.

—Mamá, creo que voy a lavarme las manos. No tardaré.

Corrí hacia los aseos, con la hierba crecida rascándome los tobillos. El sonido de las alegres conversaciones de mi familia se amortiguó en cuanto entré en aquel edificio oscuro y húmedo. Las luces no funcionaban y, justo encima de los lavabos, había una ventana rectangular minúscula, de modo que necesité un tiempo para que mi vista se adaptara a la penumbra. No es que me sintiera mal; pero sabía que estaría más feliz si tenía las manos limpias. Solo, escuchando el «drip, drip, drip» regular del lavabo, me las lavé en la oscuridad.

* * *

—¡Vamos, hijo, es el Gran Pícnic! No puedes perdértelo. Tienes que intentar batir el récord de críquet, ¿lo recuerdas? ¿Cuántas carreras lograste?

Me encogí de hombros con indiferencia.

—No lo sé.

Papá empezó a deambular por la habitación, a mirar los libros, la mesa, los papeles, casi tocándolo todo. Intuí que estaba desafiándome a pedirle que se marchara.

—Veo que has estado muy ocupado manteniéndolo todo limpio y ordenado. ¿Dónde están los calcetines sucios? ¿Las tazas llenas de moho? ¿Las latas vacías de refresco? ¿Las cosas que los niños normales tendrían por aquí tiradas?

«¿Has oído cómo ha pronunciado la palabra *normal*, León? ¿Has oído eso? No está nada bien, ¿verdad?».

Eso lo dije mentalmente, mirando el papel pintado deforme de la esquina de la habitación. La boca de papá sonreía, pero el resto de su cara no. Con él, tenías que ir con cuidado.

—Bueno, ¿qué me dices? ¿La barbacoa? ¿Tía Jean? ¿Vas a venir?

Me levanté y empecé a mirar las cosas en la mesa de estudio, como si tuviera alguna cosa muy urgente que hacer.

—No puedo. Tengo muchos deberes. Cantidades industriales —dije meneando la cabeza en un gesto de preocupación.

Papá seguía sonriendo. Sabía que le estaba mintiendo. Se acercó y cogió uno de mis cuadernos. Uno de color azul marino que había llenado por completo para pasar el tiempo.

—Estamos en vacaciones. Y no puede ser que tengas tanto si apenas has ido al colegio, ¿no?

Se puso a hojear el cuaderno, a lamerse el dedo cada vez que giraba una hoja, a examinar con detalle mis escritos. Me estremecí.

—Tengo mucho que hacer para ponerme al corriente. Un... un trabajo muy largo, para empezar.

No levantó la vista.

—¿Qué es esto? ¿Todas estas listas? ¿Horarios y todo esto? —Levantó un poco el cuaderno y empezó a leer—: «15.04 h. El señor Charles está dando de comer a los peces del estanque. 16.18 h Mamá acaba de llegar del trabajo». Esto es la hostia, hijo. Creo que tienes que salir más.

Le arranqué el cuaderno de las manos, notando al instante que estaba infectado.

—Es para el trabajo que acabo de comentarte. Va de estadísticas. Es una cosa de matemáticas... y tengo que ponerme a ello lo antes posible.

Me miró y luego miró el cuaderno, que sujetaba ahora con cuidado entre el dedo índice y el pulgar.

—Me parece que todo esto es pura palabrería, Matthew —dijo con la sonrisa desaparecida por completo.

—Sí, bueno. Tú nunca fuiste muy bueno en matemáticas, ¿no, papá? —Reí con nerviosismo, no tenía claro que fuera a salir airoso de esta—. Lo tuyo es la cultura general, ¿verdad? No los números.

Me senté otra vez en la cama y levanté la vista hacia el León del Papel

Pintado. Su ojo ladeado me lanzó una mirada tranquilizadora. «Lo estás haciendo bien», me decía.

—¿Qué miras todo el rato allá arriba?

Papá miró la pared.

—Nada.

Paseó por la habitación, examinando las esquinas, mirando el techo y luego el papel pintado.

—Podríamos cambiar un poco la decoración, quitar ese papel tan viejo de las paredes. Un par de capas de pintura. Una buena transformación.

—¡No!

Papá se sobresaltó.

—Dijiste que tenías que pintar abajo. ¿No te acuerdas? ¿El porche cubierto? Dijiste que solo le habías dado una mano cuando lo construimos y estuviste comentando durante semanas que le darías un par de capas más.

Dejé el cuaderno en la cama y papá se quedó mirándolo. Pensé que volvería a cogerlo, pero se apartó un poco y su mirada se desplazó hacia el suelo, bajo la cama. Me senté rápidamente y dejé las piernas colgando a un lado para intentar esconder con los pies la caja de guantes desechables.

—¿Qué pone en la carta, papá? ¿Es del psicólogo? ¿Cuándo tengo visita?

—Esta semana... el martes.

Permanecí inmóvil.

—¿Y quién me llevará?

Moví tranquilamente las piernas, solo un poco, confiando en poder distraerlo. Papá siguió donde estaba, aparentemente sorprendido por lo que veía.

—Iremos los dos...

Dio un paso al frente y entonces...

—¡Brian, volveremos a llegar tarde!

Mamá asomó la cabeza por la puerta. Se quedó boquiabierta cuando vio a papá dentro de la habitación. Pero se serenó enseguida.

—¿Vienes, Matthew? Vamos, ya sabes que cuando llegas allí siempre te lo pasas bien.

Seguí sin hacer ni decir nada.

—Tiene muchos deberes —dijo papá, que, al parecer, ya se había olvidado de echarle un vistazo a lo que yo escondía bajo la cama.

—Déjalos para otro día —me rogó mamá—. ¡Ven con nosotros! ¡Será divertido! Sé que a tía Jean le encantaría verte.

Los miré a los dos. Mamá sonreía, pero su mirada era suplicante. Ni siquiera había cruzado el umbral de la habitación.

—Lo siento, mamá.

Papá tosió para aclararse la garganta antes de hablar.

—De acuerdo, pero llámanos si necesitas cualquier cosa. No tardaremos mucho. Vámonos, Sheila. No podemos llegar tarde.

No sé si papá era consciente de que hacía meses que yo no utilizaba el teléfono. Mamá esbozó una débil sonrisa y cerró la puerta.

Me levanté de la cama para acercarme a oír lo que decían en voz baja al otro lado de la puerta.

—Venga, no te lo tomes tan mal, Sheila. Vamos y nos lo pasaremos bien, así nos olvidaremos por un rato de tantas preocupaciones.

—Estamos perdiéndolo, Brian. ¿No has visto la cara que tenía? ¡Está aterrorizado! Nuestro niño está asustado y no podemos hacer nada para ayudarlo.

—Saldrá de esta. Es duro, recuérdalo. Recuerda lo bueno que fue cuando perdimos a Callum.

Bajaron lentamente la escalera y oí que cerraban la puerta. Me quedé un rato allí, en medio de la habitación, escuchando el silencio y secándome las lágrimas.

—¿Qué me pasa, León? —dije—. ¿Por qué no puedo parar?

El León del Papel Pintado me miró inexpresivo.

Me agaché para coger la caja secreta y extraje un par de guantes (quedaban cuatro pares). Cerré la ventana. Cogí la solución antibacteriana del cuarto de baño, rocié con cuidado el cuaderno y lo sequé con un trapo limpio. Papá había dejado la carta en mi mesa de estudio y la miré por encima. No quería tocarla.

«... para su hijo, Matthew Corbin, valoración psicológica con la doctora Rhodes el 19 de julio a las 10 de la mañana...».

Cogí la carta por una esquina, me coloqué en lo alto de la escalera y la solté hasta que aterrizó en la alfombrilla que había junto a la puerta de entrada. Luego fui al cuarto de baño y me lavé las manos doce veces.

* * *

De: Melody Bird

Para: Matthew Corbin

Asunto: ¡Tu desmayo/Verrugas!

¡Hola, Matty!

Me han dicho que te desmayaste en la consulta del médico. Bueno, de hecho, lo vi personalmente.

Te quedaste tumbado en el suelo.

¿Estás bien? Ya te dije que no tenías buena cara.

Melody x

P. D. ¡Ah, y tengo buenas noticias sobre mis verrugas! Al final no he tenido que quemármelas, pero tengo que aplicarme una pomada cada día, lo cual es una lata.

Me quedé mirando la pantalla un buen rato, sin saber muy bien cómo responder. Decidí que lo mejor era una respuesta educada pero distante y empecé a teclear. Me había puesto un guante de látex en la mano derecha (quedaban tres) y la otra mano la mantuve levantada, sin tocar nada. Quería racionarlos y ahora los utilizaba de uno en uno.

Para: Melody Bird

De: Matthew Corbin

Asunto: Desmayo

No sé cómo has conseguido mi dirección de correo, pero gracias por preocuparte. Ya estoy bien, gracias. Fue un exceso de calor.

Matthew

P. D. Me alegro de lo de tus verrugas.

Le di a la tecla *enviar* y me levanté. Fuera había mucho ruido. El señor Charles estaba tratando de regar el jardín de delante mientras Casey y Teddy correteaban a su alrededor, saltaban por debajo de la manguera y chillaban cada vez que el agua fría les tocaba. El anciano estaba colorado e intentaba calmarlos, pero cuanto más gritaba, más aceleraban sus vueltas. A luz del día, la lámpara que tenía la Vieja Nina al lado de la ventana del salón de la Rectoría apenas era visible. Solo se veía un resplandor anaranjado.

Sonó una trompeta que anunciaba la llegada de un mensaje a la bandeja de entrada.

Para: Matthew Corbin

De: Melody Bird

Asunto: Vacas de verano

¡Me alegro mucho! Estoy encantada de que hayan llegado por fin las vacaciones de verano. Aunque tú ya tenías mucho tiempo libre, ¿no? Pero al menos ahora ya estás «oficialmente» de vacaciones y no por que te pase alguna cosa. Me da igual lo que sea... ¡No soy una fisgona! Luego voy a verte, ¿vale?

Mel X

P. D. Tu madre le dio a mi madre tu dirección de correo aquel día en el médico. Creo que piensa que necesitas un amigo, ¡y a mí cualquiera que odie a Jake me parece estupendo!

Escribía igual que hablaba.

Para: Melody Bird

De: Matthew Corbin

Asunto: Ocupado

En estos momentos estoy muy ocupado intentando ponerme al corriente de todo lo del colegio, de modo que no es necesario que vengas. Y tengo muchos amigos, gracias. Y no odio a Jake. Simplemente es que no me gusta mucho, lo cual es bastante distinto.

M

De ninguna manera quería en mi casa a una niña llena de verrugas.

El señor Charles estaba gritando.

—¡Casey, para ahora mismo! ¡Mira qué lío has montado!

Pasó la manguera por el camino de acceso a su casa para limpiar el estampado de huellas de pies enfangados que habían dejado. Teddy chilló cuando el agua le salpicó los tobillos, dio un saltito y echó a correr por la parte lateral de la casa hacia la parte de atrás. El señor Charles eliminó los restos de barro que se extendían hasta la verja. Aprovechando que no miraba, Casey saltó sobre un charco fangoso que se había creado en un extremo. Se salpicó toda la espalda del vestido de tirantes de color rosa que llevaba y empezó a dejar nuevas huellas marrones allí donde el señor Charles acababa de limpiar. Viendo lo que había sucedido, el señor Charles dejó la manguera en el césped y agarró a su nieta por los brazos.

—Te he dicho que pares. ¿Por qué no haces lo que se te dice, niña malcriada?

Sus manos dejaron dos franjas rojas que parecían beicon crudo. Dio la impresión de que Casey iba a romper a llorar, pero se quedó mirando enfurruñada a su abuelo y no permitió que se le escapara ni una lágrima.

—Y ahora, sé buena niña y ve a jugar —dijo el señor Charles, dándole tres golpecitos cariñosos en la cabeza—. Y vigila a tu hermano. ¡No dejes que se acerque al estanque!

Volvió a coger la manguera y siguió limpiando el acceso a la casa. Casey se cruzó de brazos y se marchó al jardín de atrás.

Sábado, 26 de julio. 12.15 h. Mi habitación.

Número de juguetes en el césped de la casa de al lado = 17

Número de niños en el jardín de la casa de al lado = 2

Número de niños mirándome desde el jardín de la casa de al lado = 1

Teddy estaba sentado en el césped con las piernas cruzadas, examinando la planta del pie enfangado. Se rascó la piel con la uña, inspeccionó la suciedad y pasó al otro pie. Casey había estado bailando cogiéndose la falda del vestido rosa, yendo de puntillas de aquí para allá realizando un espectáculo imaginario de *ballet*. En medio de una pirueta, se paró de repente y se quedó mirándome. Movié la boca arriba y abajo, como si diera besitos, y se echó a reír.

—¡Mira, Teddy! ¡Es el chico en la pecera! ¡Mira! ¡El niño está en su pecera!

Teddy se levantó y miró hacia mi ventana, entrecerrando los ojos para protegerse del sol. Esbozó una sonrisa de oreja a oreja y me dio la sensación de que iba a levantar el brazo para saludarme, pero con el corazón latiéndome con violencia me agaché rápidamente para que no pudiera verme.

Melody y Jack

Desde la ventana de la oficina, el cielo parecía casi de color turquesa, como el de un cómic de manga. Iba a ser otro día de calor.

Lunes, 28 de julio. Oficina/Cuarto del bebé. 9.35 h

Gordon y Penny han salido juntos en su Fiat azul a las 9.34 h. La lámpara de la Vieja Nina está encendida como siempre detrás de la ventana del salón de la Rectoría. Jake Bishop se encuentra en medio de la calle montado en su bicicleta trazando ochos. Se detiene de vez en cuando para mirar el teléfono y luego continúa. Leo se ha marchado pronto a trabajar en ese coche que suena como un tanque.

Leo era el hermano mayor de Jake, y era famoso en el barrio.

El último día de instituto lo había organizado todo para que un grupo de chicos levantara el coche del director y lo metiera entre las rejas de la escuela. Habían tenido que contratar una grúa para sacarlo. Una fotografía de la escena, con el director observándola aun tapándose la cara con las manos, había ocupado la portada del periódico local junto con el siguiente titular:

LA BROMA DE UN ESTUDIANTE PROVOCA
UN AUTÉNTICO DOLOR DE CABEZA.

Poco después, Leo recibió una llamada de un taller en la que le dijeron que

les había gustado mucho su iniciativa y que si le interesaría entrar a trabajar con ellos como aprendiz. Desde entonces está allí y de vez en cuando saca su Mini plateado al camino de acceso a su casa, que está lleno de manchas de aceite, y se dedica a despiezarlo.

—¡Jake! ¡El inhalador! —gritó la madre de Jake, Sue, desde la escalera del número cinco.

Volvió a entrar enseguida y dejó la puerta entreabierta.

Jake trazó dos ochos más y aceleró hacia su casa, las piernas pedaleando con fuerza, y frenó en el último segundo, justo antes de chocar contra el peldaño. Dejó caer la bicicleta en el suelo, entró y cerró de un portazo.

Me senté otra vez en la silla de la oficina. Mi reflejo en la pantalla del ordenador mostraba una cara inexpresiva con los ojos hundidos, la piel era casi transparente. Me froté la minúscula marca de una cicatriz que tenía sobre la ceja derecha, que se veía más de lo habitual. Siempre estaba allí; un pequeño recordatorio. El escarabajo negro de mis tripas se revolvió.

Callum tendría ahora cinco años, sería seguramente un niño pesado que estaría incordiándome todo el rato, reclamando mi atención. Estaría llegando a esa edad en la que las paredes de color amarillo bebé empezarían a incomodarle, y a lo mejor les pediría a papá y mamá una «habitación de chico mayor» decorada con dinosaurios. Papá pintaría la habitación con un tono verde prehistórico y el móvil de los elefantes se habría ido al altillo. Cuando la habitación estuviera lista, yo habría hecho mi aparición con mi vieja caja de dinosaurios de juguete, que habría encontrado en el fondo del armario.

«Toma, Callum. Te los regalo si quieres».

Habría dado saltos como un loco por la habitación con la caja y yo me habría hecho el enfadado y le habría dicho que se calmara un poco. Habría arrancado de la cama su nuevo edredón con la imagen de un Tiranosaurio Rex para crear una gran montaña ondulada en medio de la habitación. Habría volcado la caja de las figuritas y las habría hecho caminar por los serpenteantes caminitos del tejido y habría acabado con una tremenda batalla en la cima entre un triceratops y un brontosauo. Yo me habría marchado para dejarlo que siguiera rugiendo y chillando a gusto.

Tal vez suene a cosa rara, pero echo de menos al hermano que nunca llegué a conocer. Al que murió por mi culpa.

Unas voces en la calle me distrajeron de mis ensoñaciones. Melody estaba al final del callejón de al lado de la casa de Jake, intentando cruzar la calle y volver

a su casa, el número tres. Al parecer, volvía de una de sus excursiones secretas al cementerio. En la mano llevaba unos papelitos blancos.

Jake volvía a estar en la calle dando vueltas con la bici y le cortaba el paso cada vez que ella intentaba cruzar. Melody llevaba el cabello recogido en una cola e iba vestida con mallas negras, camiseta negra y el viejo jersey negro de siempre. La única prueba de que era consciente de que estábamos inmersos en una ola de calor eran las chanclas de color rosa que le golpeaban los pies mientras caminaba a derecha e izquierda de la acera, intentando cruzar. Jake le estaba diciendo alguna cosa, pero yo no alcanzaba a oírlo. Al final, dejó de pedalear e imaginé que iba a dejarla en paz, pero de pronto aceleró de nuevo y, después de derrapar, se paró a escasos centímetros de ella. Melody se asustó pero no lo miró. Se hizo a un lado, mostró intenciones de seguir adelante pero lo engañó, dio media vuelta y echó a andar en dirección contraria, hacia mi casa. Por mucho que estuviera observando la escena, me sobresalté al oír el timbre. Seguí pegado a la ventana, pero retirado hacia un lado para que no pudieran verme. El timbre volvió a sonar y Jake le gritó:

—¿Por qué no respondes a mis mensajes? ¿Quién te crees que eres ignorándome?

Jake se paró delante del camino de acceso a nuestra casa y le cortó el paso con la bicicleta. Desde donde yo estaba, veía la parte superior de la cabeza de Melody, que seguía esperando que yo le abriera.

—¿Por qué llamas a su casa? Creía que te iban los muertos, no los bichos raros.

Jake echó la cabeza hacia atrás y rio, enseñando las marcas rojas de un eccema que tenía en el cuello. Se me revolvió el estómago.

Volvió a sonar el timbre y Melody, desistiendo, dio media vuelta. Cuando llegó al inicio del camino de acceso a casa, donde seguía apostado Jake, le dijo alguna cosa en voz baja; tal vez «disculpa, déjame pasar», pero no lo sé seguro. Miraba hacia abajo y se mordía una uña. No era la niña feliz y parlanchina de la sala de espera de la consulta del médico.

Jake se inclinó sobre el manillar de la bici y la miró fijamente. Ella intentaba superarlo por un lado y por el otro, pero él seguía con la bicicleta arriba y abajo, cortándole el paso.

—Me parece que te has olvidado de la palabra mágica, Melody.

Ella le dijo algo más en voz baja.

Jake se llevó un dedo a la barbilla, como si estuviera planteándose la

posibilidad de dejarla pasar pero no lo tuviera aún del todo claro, y entonces se inclinó hacia delante y la agarró por la muñeca. Melody se volvió y miró directamente hacia donde yo seguía estando. Debía de saber que había estado allí todo el rato, mirándola como un idiota. Le sostuve la mirada un instante.

—Por favor, Jake, suéltala —musité.

Jake levantó el teléfono y empezó a tomarle fotos antes de que ella consiguiera soltar el brazo y taparse la cara con la mano.

—Vamos, Melody. ¡Sonríe! Esta me la voy a guardar para siempre.

No pude aguantar más, de modo que bajé corriendo y abrí la puerta protegiéndome la mano con la manga para coger el pomo.

—¡Hola! ¡Melody! Lo siento, estaba en la parte de atrás...

Jack soltó una carcajada burlona.

—Oh, ya entiendo: a los bichos raros les gusta congeniar, ¿no es eso? Supongo que ya sabes que le van los cadáveres, ¿verdad?

Jake echó la cabeza hacia atrás, como si fuera a hacer esa cosa tan asquerosa que hace de sorberse los mocos, pero no lo hizo, sino que miró hacia el otro lado de la calle y se quedó boquiabierto. Se acababa de abrir la puerta de la Rectoría y la Vieja Nina estaba en el umbral mirándonos. Permaneció allí un momento y luego bajó con cuidado los peldaños y se dirigió hacia la verja. Muy despacio, levantó un brazo y desplegó un dedo largo y blanco con el que señaló a Jake. Él seguía mirándola con la boca abierta. La anciana no hizo nada más, permaneció inmóvil, su mano nudosa paralizada y el dedo señalando a Jake. Melody echó a correr enseguida y se plantó a mi lado, en el recibidor. Jake se apresuró a poner el pie en el pedal de la bici, dio media vuelta y se largó a toda velocidad. La Vieja Nina bajó la mano y Melody y yo nos quedamos mirando cómo entraba en su casa y la puerta de la Rectoría se cerraba una vez más.

Melody empezó a deambular por nuestro pequeño recibidor, sus chanclas chocando contra los pies. Yo intenté esquivar sus movimientos.

—¿Has visto eso? ¡La Vieja Nina lo ha asustado! ¿Crees que habrá visto lo mal que se estaba portando conmigo?

—No lo sé, Melody.

Miré las chanclas, que seguían pisando nuestra moqueta.

—Es un asqueroso. ¡Ja! ¡No me puedo creer que se haya largado de esta manera!

Seguía caminando arriba y abajo, arriba y abajo. Me entraron náuseas. Me pregunté si debería pedirle que se quitara las chanclas dentro de casa, pero

entonces me acordé de lo de las verrugas.

Llevaba unos papelitos blancos en la mano, que debía de haber encontrado en el cementerio.

Parecían tarjetas de visita. A lo mejor era algo que tenía que ver con la iglesia, pensé. ¿Sería algo de un coro, tal vez? No, no tenían. Lo sabía por el funeral de Callum y nuestros vagos intentos de cantar *All Things Bright and Beautiful* y que se oyera por encima del llanto de mamá. El escarabajo negro se despertó en las profundidades de mi estómago. Empezó a moverse y sus patitas afiladas comenzaron a arañarme.

—Ya se ha ido... Puedes ir a tu casa si quieres... —dije.

Iba a abrir un poco más la puerta, pero no quería que viese que utilizaba la camiseta para tocarla.

—¡Estaba asustado, Matty! Estaba asustado de verdad.

Me replegué en un rincón y se quedó mirándome. Noté que el sudor me resbalaba por la cara.

—¿Te encuentras bien? No te desmayarás de nuevo, ¿eh?

Negué con la cabeza e intenté mantener la calma, por mucho que no estuviera en absoluto calmado.

—Imagino que habrá pensado que estaba lanzándole algún tipo de hechizo, ¿no te parece? ¿Te has fijado en el dedo? A lo mejor Jake sabe alguna cosa porque vive en la casa de al lado de ella y ha visto algo que nosotros no hemos visto. ¿No te parece que es posible que sea una bruja?

Las chancas volvieron a moverse cuando empezó a ir de un lado a otro.

—¿Una bruja?

Melody me sonreía, emocionada por haber visto a Jake derrotado por una vez. Tengo que reconocer que a mí también me había gustado verlo asustado, pero en aquel momento me preocupaban más las minúsculas bolitas negras que el jersey de Melody iba soltando lentamente sobre la moqueta. El corazón me latía con fuerza. Aquella niña que estaba en el recibidor de mi casa —la niña que se paseaba por cementerios— tenía que marcharse de allí inmediatamente.

—¿Y qué piensas de esa lámpara que hay detrás de la ventana? ¿Eso de qué va? Jamás en la vida la he visto apagada. —Melody estaba dando brincos y aplaudiendo—. ¡A lo mejor es como una baliza! ¡Como un símbolo para que las demás brujas sepan que allí vive una bruja de verdad! ¿Qué opinas?

Durante un segundo me quedé mirándola. Parecía que estuviera saltando y rebotando contra las paredes, pero cuando me vio la cara que ponía, paró.

—¿Matthew? ¿Qué? ¿Qué pasa?

Me arriesgué a que viera que utilizaba la camiseta a modo de protección y abrí la puerta de par en par.

—Lo siento, Melody, pero en estos momentos estoy muy ocupado. ¿Podrías irte?

Melody miró hacia el exterior y luego volvió a mirarme a mí.

—¿Qué?

—He dicho que si podrías irte.

Cuando asimiló lo que le estaba diciendo, la frente se le llenó de arrugas y el labio inferior sobresalió con exageración con respecto al labio superior.

—Pero... tenemos cosas de que hablar. ¿No quieres comentar lo de la Vieja Nina?

Negué con la cabeza.

Parpadeó unas cuantas veces y dio un paso en dirección a la puerta.

—Pero si me has dejado entrar... ¡Me has dejado entrar cuando Jake se estaba portando tan mal!

Notaba los gérmenes del jersey mordisqueándome los tobillos, penetrándome la piel. La sensación me llenó los ojos de lágrimas.

—No era mi intención. He cometido un error.

Melody cerró la boca con fuerza y me miró furiosa antes de salir de casa.

Cerré rápidamente la puerta y me marché corriendo a mi habitación.

8

Jugando con pétalos

Me despertó el León del Papel Pintado.

Le había formulado una pregunta en mi sueño:

«¿Qué se siente todo el día metido allá arriba, León, viendo el mundo pasar?».

Un poco nervioso, como si supiera que no tendría que estar hablando pero sin poder contenerse, me respondió:

«Seguro que sabes lo que se siente... ¿verdad, Matthew?».

Cuando me habló me llevé un susto y me desperté. El corazón me iba a mil y me sentí desorientado por un momento, como me sucedía siempre que me quedaba dormido de día.

Estaba mirando al suelo, la cabeza en un extremo de la almohada. Un rectángulo amarillo proyectado por la luz del sol se extendía en la moqueta hasta la mesa de estudio y de allí a las estanterías. Agucé el oído para ver si continuaba hablando, pero lo único que oí fue el zumbido lejano de un cortacésped. Me puse bocarriba para mirar el trocito de papel pintado que recordaba la cara de un león. Seguía con el ojo caído, la melena enmarañada envolviéndole la cabeza como los rayos del sol, el morro plano y ancho y la boca ahora, por suerte, firmemente cerrada.

El reloj decía que eran las 12.45. Me había dormido casi una hora. Era extraño, cuanto menos hacía, más cansado me sentía. Me levanté y me desperecé.

Afuera, en medio del jardín trasero del señor Charles, había una piscina de plástico para niños de color azul llena con una sopa de verano compuesta por

agua, hierba y moscas muertas. Casey y Teddy no estaban por ningún lado. Nuestro jardín también estaba desierto. La tumbona vacía de mamá crujía bajo el sol abrasador y, detrás de ella, las cañas que utilizaba papá para plantar judías se acumulaban oscuras y ajadas.

Cogí el cuaderno y crucé el pasillo para entrar en la oficina y ver si por la parte de delante de la casa pasaba alguna cosa.

Lunes, 28 de julio. 12.47 h Oficina/Cuarto del bebé. Mucho calor.

Teddy está en el jardín delantero de la casa de al lado. Lleva un pañal braguita y una camiseta blanca con un dibujo de un helado delante. No lleva zapatos. No se ve ni a Casey ni al señor Charles. La verja está cerrada y la pequeña palanca del pestillo está en su lugar.

Teddy se acercó a unas rosas de color rosa, cogió un puñado de pétalos, los esparció por el camino y se puso a bailar viendo cómo se derramaban sobre sus pies bronceados. Tenía a su lado una pala y una alfombrilla verde para arrodillarse. El señor Charles debía de estar realizando alguna tarea de jardinería. Cuando reapareciera, no se pondría nada contento al ver lo que estaba haciendo Teddy, después de las horas que él pasaba cuidando aquellas flores.

Teddy arrastraba con la mano derecha la mantita azul de cuadros que llevaba el día que llegó con Casey en aquel coche tan grande y tan pijo. Dejó caer la manta al suelo, cogió más pétalos y miró cómo caían como una lluvia. Cuando hubo caído el último pétalo, fue a coger una rosa más grande, pero se pinchó en el antebrazo con una espina.

—¡Aaaay! —gritó, y pataleó un poco a la vez que esbozaba una mueca de dolor.

Por un momento pensé que lo dejaría correr para ir a ver al señor Charles, pero se puso acto seguido en cuclillas para inspeccionar el corte que se había hecho en el brazo y se lo secó con la manta.

Oí que se abría una puerta y apareció el señor Jenkins, de la casa de al lado, vestido para ir a correr y examinando el iPod mientras se colgaba al cuello unos auriculares blancos. Se le veían los dientes muy brillantes en contraste con la piel bronceada; era como si se sonriese a sí mismo. Por suerte, no había ni rastro de Hannah y su vientre hinchado. El señor Jenkins giró a la izquierda al salir de

su casa y empezó a correr, sin darse ni cuenta de que en el jardín contiguo había un niño pequeño agachado.

Teddy se incorporó. Tenía una gotita de sangre resbalándole por el brazo, aunque me dio la impresión de que le daba igual; fue a coger más pétalos, pero se detuvo. Se había distraído con alguna cosa que había visto por el rabillo del ojo.

Me había visto a mí.

Se volvió, señaló hacia la ventana con su brazo regordete y dijo:

—¡El niño!

Empezó a dar botes, encantado con su descubrimiento. El chico en la pecera completamente solo. Miró a su alrededor en busca de alguien a quien contárselo.

—¡El chico en la pecera, Casey! ¡Mira! ¡El niño! ¡Abuelo!

Pero no acudió nadie.

Me aparté de la ventana y miré la hora en la esquina inferior del ordenador.

12.55 h

Esa hora era importante.

No sé por qué se me quedó clavada en la cabeza, pero así fue, incluso sin apuntarla.

En algún momento después de las 12.55 de aquel día luminoso y abrasador, Teddy Dawson desapareció.

Teddy ha desaparecido

Al final resultó que el señor Charles no estaba ocupado en el jardín. El día anterior, con la locura de tener que cuidar de dos niños pequeños, se había olvidado de recoger la pala y la almohadilla. Mientras Teddy recogía pétalos, el señor Charles estaba dentro de casa, echando una siestecilla en su sofá. Yo estaba limpiando mi habitación y a las 14.37 oí gritos en el jardín.

—¡Teddy! ¿Dónde estás, Teddy? No te escondas del abuelo.

Miré y vi la cabeza roja del señor Charles en su jardín, las manos en las caderas.

—Aquí pasa algo —le dije al León del Papel Pintado.

—¿Teddy? ¡Teddy! ¡Ven aquí ahora mismo, jovencito!

El señor Charles se desplazó hacia la parte lateral de su casa y yo me trasladé corriendo a la oficina. Justo en aquel momento, Claudia, la madre de Melody, estaba saliendo marcha atrás con su coche, y al pasar por delante del número once levantó la mano y saludó al señor Charles, sin percatarse de que estaba preso del pánico. El anciano la ignoró y siguió caminando, la cabeza moviéndose en todas direcciones. Tomé algunas notas.

—¡Teddy! ¡Teddy! Deja de esconderte y ven aquí, ¡pero ya!

Vi pétalos de color rosa pastel volando por el camino hacia la verja de la entrada, que ahora estaba totalmente abierta. El señor Charles recorrió el semicírculo de la urbanización, mirando por encima de las vallas de todos los jardines y a través de las ventanillas de los coches aparcados.

—¿Dónde estás, Teddy? ¡Teddy!

Su voz sonaba distinta, mucho más aguda de lo habitual, y le temblaba.

Cuando pasó por delante del número cinco salió Sue, la madre de Jake, vestida con su uniforme del supermercado.

—¿Todo bien, señor Charles? —le preguntó.

—Se ha ido. Teddy se ha ido. ¡TEDDY!

Este último grito reverberó por las ventanas y todos nos quedamos escuchando a la espera de una respuesta, pero el único sonido que se oyó fue el zumbido distante del tráfico y el de un grupito de gorriones que cantaban como locos en medio de la calle. El señor Charles avanzó tambaleante y Sue echó a correr por el camino de su casa y lo rodeó con el brazo. Mientras caminaban juntos hacia el número once, oí que le decía:

—... llame a la policía... Siempre es mejor pecar de prudentes...

—¿... dónde puede haberse metido? Yo estaba descansando un poco...

Vi que entraban y entonces me dediqué a examinar las casas. Bajo aquel sol abrasador, todo parecía tranquilo.

A las 15.05 llegó un coche de policía, y el señor Charles y Sue salieron corriendo para recibirlo. Bajó de él una pareja de policías y el señor Charles inició su temblorosa explicación.

—... mi nieto ha desaparecido... La madre está en Nueva York... Aún no sabe nada... ¿Allí qué es, de día o de noche? ¿Creen que debería llamarla?

La agente lo cogió por el brazo y lo guio hacia la casa mientras el otro, un policía mayor, hablaba por la radio.

Regresé a mi habitación y miré los jardines traseros de las casas para ver si localizaba a Teddy escondido detrás de algún arbusto o, peor aún, flotando boca abajo en el estanque, pero no había ni rastro de él.

Casey estaba entretenida al lado de la piscina, que ya se veía medio deshinchada. Había colocado aquella horrorosa muñeca de pie junto al plástico azul, la cara mirando el agua, como si estuviera buscando alguna cosa en el fondo. Se puso entonces a andar a saltitos hacia la casa y yo me hice a un lado, por si acaso me veía. Cuando llegó al porche, dio media vuelta, echó a correr a toda velocidad hacia la muñeca y, con el pie descalzo y sucio, le arreó una patada en la espalda. La muñeca se inclinó hacia delante y salpicó un poco al caer a la piscina. Casey se quedó mirando un momento cómo se ahogaba, pero luego extendió la mano, sacó a la muñeca del agua y la acunó entre sus brazos, acariciándole el pelo. Me estremecí.

—Esa niña da miedo —le comenté al León del Papel Pintado. Miré el reloj. Habían transcurrido casi dos horas desde que vi a Teddy jugando con los pétalos

—. Probablemente se habrá escondido en un armario, o bajo la cama o algo por el estilo. Lo encontrarán. Pero ¿por qué está abierta la verja? No creo que haya alcanzado a abrir el pestillo, ¿no te parece?

Miré al León, que daba la impresión de no estar muy seguro. Se apoderó de mí la necesidad de lavarme las manos y corrí al cuarto de baño.

La piel fina de entre los dedos empezaba a cortarse, y el lavado constante empeoraba la situación. Me eché un poco de agua fría en la cara y luego abrí el grifo del agua caliente hasta que salió hirviendo y volví a lavarme las manos. Perdí la noción del tiempo y no sé cuánto rato me estuve allí.

Volví a la habitación y dejé que las manos gotearan sobre la moqueta. No pasaba nada. El agua estaba limpia y era una solución más higiénica —y menos dolorosa— que secármelas con una toalla. El policía de más edad estaba inspeccionando el jardín del señor Charles, miraba debajo de los matorrales, detrás de los arbustos, y Casey lo observaba. Sue apareció en el porche.

—Casey, entra ahora mismo, sé buena niña.

Hizo entrar a la niña mientras el agente examinaba el estanque y removía el agua con el mismo palo que Teddy había utilizado para toquetear el polluelo muerto la semana anterior. Abrió el cobertizo, e incluso desde donde yo estaba alcancé a ver que allá dentro solo había un cortacésped, una escalera, algunas macetas, un cubo y herramientas de jardín. Miró por el exterior y luego se sacó una linterna del cinturón para examinar el espacio oscuro que quedaba debajo. Salió entonces la agente.

—¿Has encontrado algo?

El policía negó con la cabeza.

—Dentro, tampoco nada. Voy a coger la escalera para mirar en el desván. Nunca se sabe.

La mujer entró en el cobertizo y sacó la escalera. Se encaminó con ella hacia la parte posterior de la casa mientras el otro agente, hablando por la radio, se desplazaba hacia el lateral.

En la parte delantera la cosa se había animado. Otro coche patrulla, con la luz azul destellando, estaba aparcando justo delante de nuestra casa, y un coche Mondeo plateado acababa de aparcar detrás del primero. Del nuevo coche patrulla salieron dos policías uniformados, y del segundo, un hombre y una mujer vestidos con ropa normal. Se dirigieron todos al número once y entraron directamente. En el desván del señor Charles se oían golpes y crujidos e imaginé que la policía debía de andar gateando por allá arriba para inspeccionar todos los

rincones oscuros.

De pronto, mientras estaba mirando, mi visión se volvió borrosa. El cristal se ondulaba y vibraba. El pecho me retumbó cuando un helicóptero de la policía apareció por detrás de la chimenea de la casa de Penny y Gordon como si fuera un avispon gigante amarillo y negro. Con un gran estruendo, pasó por encima de las casas, y corrí a la habitación para verlo cerniéndose sobre los jardines.

—La cosa es grave, León —le dije al trozo de papel pintado—. Muy grave, parece.

Sonó el timbre y me quedé inmóvil. Mamá no volvería hasta al cabo de una hora y, además, entraría con la llave. Miré desde lo alto de la escalera y vi el perfil oscuro de una figura al otro lado de la puerta de cristal esmerilado. Volvió a sonar el timbre y entonces se abrió el buzón y la persona que estaba fuera habló a través de la rendija.

—¿Hola? ¿Podrían abrir, por favor? Policía.

La luz del coche patrulla daba vueltas por el recibidor como una molesta mosca encerrada en un frasco. Bajé muy despacio y abrí la puerta solo un par de centímetros. El helicóptero sonaba tan fuerte que parecía que estuvieran pegándose en las costillas.

—Hola. Nos han dicho que igual no respondías... ¿No te encuentras bien?

En el umbral de la puerta había un policía delgado, con la cara como un tomate, armado con un bloc y un bolígrafo. Tenía que gritar para hacerse oír por encima del ruido del helicóptero. Detrás vi al hombre que había inspeccionado el jardín de la casa del señor Charles hablando con Claudia, que sujetaba bajo el brazo a *Frankie*, su perro salchicha.

—Soy el agente Campen. En la casa de al lado se ha producido un incidente grave... Ha desaparecido un niño pequeño. ¿Lo has visto por algún lado?

Hice un gesto negativo con la cabeza.

—¿Y has visto a alguien merodeando por la zona? ¿Alguien que se comportara de un modo sospechoso?

Volví a negar con la cabeza.

—De acuerdo, tendría que echar un vistazo rápido al jardín trasero de tu casa. ¿Puedo?

Parpadeé por la luz del sol y bajé la vista hacia los zapatos negros de aquel hombre.

—¿No podría pasar por fuera?

El agente Campen frunció el entrecejo.

—Mira, hijo, déjame pasar, ¿quieres? Es un asunto muy serio.

Retrocedí, el hombre empujó la puerta para abrirla del todo y puso sus grandes pies en la alfombrilla. Después de limpiarse a medias los zapatos, cruzó la cocina y salió al porche cubierto.

—¿Por aquí?

Asentí.

—Anotaré algunos detalles en un momento —dijo, y salió por la puerta trasera de nuestra casa.

Desde la entrada de la cocina lo vi examinar con atención detrás de los arbustos del jardín y de las cañas para plantar judías de papá. En nuestra calle los jardines eran pequeños; no tardarían mucho tiempo en inspeccionarlos todos. Después de examinar la parte lateral de la casa, donde guardábamos los cubos de basura y de reciclaje, se dirigió al cobertizo. Cuando abrió la puerta, cayó un rastrillo, dos raquetas de tenis y un palo de un juego de *swingball* viejo. Meneando la cabeza, pasó por encima de la montaña de cosas caídas y apartó otros trastos para poder ver bien.

Mientras tanto aproveché para lavarme las manos en el fregadero de la cocina. Abrí el grifo sirviéndome del codo. Allí había muchos gérmenes, con las puertas abriéndose y cerrándose constantemente y *Nigel* paseando por allí cuando le apetecía. Supe que el policía volvía a la cocina porque lo oí hablar por la radio, de modo que me afané en sacudir bien las manos para que se secaran.

—Caramba, eso está mejor. La cocina es muy bonita. ¿Y tus padres? ¿Están trabajando?

Asentí.

El policía arrastró una de nuestras sillas de madera de pino y tomó asiento. Yo seguía en el umbral. Me miró con mala cara al darse cuenta de que no tenía intención de entrar.

—Este es el número nueve, ¿no? ¿Cómo te llamas?

Se quedó esperando mientras yo me fijaba en cómo envolvía la pata de la silla con el tobillo y las suelas sucias de los zapatos abandonaban por fin el suelo.

—Matthew Corbin.

—¿Y cuántos años tienes, Matthew?

—Doce.

Levantó la vista del bloc de notas.

—¿Sabías que tu vecino, el señor Charles, tiene a sus nietos en casa?

—Sí.

—Pues resulta que el pequeño, Teddy, se ha escapado. ¿Lo has visto o lo has oído en estas últimas horas?

Le conté lo de los pétalos en el camino de acceso y que la verja estaba cerrada. Le dije que yo pensaba que el señor Charles estaba realizando labores de jardinería delante de la casa y que había ido a la parte de atrás a buscar o hacer alguna cosa. No le dije que me había llamado «niños en la pecera» ni que había señalado hacia mi ventana; no lo consideré relevante. El policía fue tomando nota, la lengua asomando por un lado de la boca, como si tuviera que concentrarse para enlazar las letras. Luego empezó a echarse hacia atrás hasta que se quedó apoyado solo con las patas traseras de la silla. Si lo hubiese visto papá, no le habría gustado en absoluto.

—¿Y le has contado todo esto a alguien, que has visto al niño solo cerca de la calle?

Lo miré con perplejidad.

—Yo... Bueno, no. Creía que su abuelo estaba por allí. No pensé que fuera nada raro. Y tampoco se encontraba cerca de la calle. La verja estaba cerrada.

El policía escribió algo más y luego se quedó mirándome.

—¿Y por qué te fijaste en eso?

—¿Qué?

Me sentía un poco mareado.

—En que la verja estaba cerrada.

Me apoyé despreocupadamente en el umbral de la puerta, pero luego me enderecé de golpe.

—No lo sé... Me fijo en las cosas y veo detalles. Eso es todo.

El agente Campen había dejado de tomar notas.

—¿Por qué estabas mirando por la ventana? Estamos en vacaciones escolares, ¿por qué no estás afuera jugando al fútbol o a cualquiera de esas cosas a las que jugáis los niños?

Se dio unos golpecitos en la boca con el bolígrafo y yo empecé a mirar a mi alrededor pensando en qué responder.

—Estaba en el despacho que tenemos en la parte de delante de la casa, mirando el correo.

La silla cayó de golpe al suelo con las cuatro patas, y cuando el agente Campen se levantó, la volvió a arrastrar por el suelo.

—¿Puedo verla?

Retrocedí un paso y salí al recibidor.

—¿Ver el qué?

—La ventana desde donde viste al niño mientras estabas consultando el correo. Para hacerme una idea de lo que pudiste ver desde allí. ¿Puedo?

No esperó mi respuesta y subió directamente, con zapatos y todo. Su mano sudorosa rechinó a lo largo de toda nuestra barandilla. Necesitaba que aquel hombre se fuera.

—¿Por aquí? —gritó, y giró a la derecha para entrar en la oficina.

Lo seguí y me quedé protegiendo mi habitación, que estaba justo en la otra parte del pasillo. Oí que el León del Papel Pintado gruñía al otro lado de la puerta.

—Desde aquí dominas toda la calle, ¿no?

Posó aquellas manos cargadas de enfermedades en el alféizar impoluto de la ventana y miró hacia los dos lados.

—¿No has visto a ningún desconocido deambulando por aquí? ¿Algún coche que no reconocieras? ¿Algo que haya podido parecerte un poco extraño?

Pensé en que Casey había empujado a Teddy al estanque, pero guardé silencio.

—No. Nada.

Se apartó de la ventana y miró la habitación.

—Mamá está esperando un hermanito, ¿no? —dijo señalando el móvil de los elefantes.

Negué con la cabeza, pero me ignoró y se fue hacia la escalera para bajar.

—Nuestro vecino salió a correr —dije siguiéndolo.

—¿A cuál de ellos te refieres? —preguntó el agente Campen mientras recogía la gorra y el bloc.

—Al señor Jenkins, el del número siete. Salió a las... —Saqué mi cuaderno de notas del bolsillo del pantalón—. A las 12.51.

El policía entrecerró los ojos.

—¿Lo has anotado?

Moví afirmativamente la cabeza y guardé enseguida el cuaderno. ¿Por qué habría hecho eso?

—¿Por qué has anotado algo tan normal? ¿Estás seguro de que no has visto nada?

Entonces empezó a sonar el teléfono y ambos nos quedamos mirando el aparato negro que estaba en la encimera de la cocina, la luz roja que parpadeaba

en la parte superior.

—¿Lo coges?

A pesar de que el teléfono sonó tres veces más, no me moví. El agente Campen se apoyó en el mostrador de la cocina y se cruzó de brazos. Me acerqué al teléfono con la boca seca, tragué saliva. Siendo aparatos tan complicados, los teléfonos albergaban los peores gérmenes imaginables. En toda mi vida solo había tenido un teléfono móvil, pero no me había durado mucho tiempo. Los desinfectantes y los móviles no están hechos los unos para los otros.

Extendí el brazo e intenté disimular que me temblaba la mano, pero entonces saltó el contestador y la voz de mi madre llenó la cocina:

«Hola, estás llamando a casa de los Corbin. Es evidente que estamos por ahí divirtiéndonos, así que déjanos un mensaje y te llamaremos a la vuelta. ¡Ciao!».

En la vida real nunca dice «Ciao». De hecho, nunca jamás la he oído decirlo excepto en el contestador. Y entonces habló otra voz de mujer, más profunda:

«Oh, hola, señor y señora Corbin, soy Debbie, de la consulta de la doctora Rhodes. Llamaba para confirmar la primera visita de Matthew con el psicólogo mañana a las diez. Un saludo y hasta entonces».

El agente Campen cogió la gorra y evitó mi mirada.

—Muy bien, voy a ir tirando. Ahora iré a visitar a tu vecino, ¿señor Jenkins, has dicho que se llamaba?

No esperó mi respuesta y se dirigió a la puerta de entrada, que abrió rápidamente. Parecía como si después de escuchar aquel mensaje se muriera de ganas de marcharse.

—Esperamos encontrarlo pronto; es lo que suele suceder. Pero es posible que tengamos que volver para hablar otra vez contigo y con tus padres cuando hayan llegado de trabajar, ¿vale?

Se puso la gorra, se marchó y se dirigió a casa de Hannah y el señor Jenkins. Cerré la puerta empujándola con el pie y corrí arriba para ir a buscar mis productos de limpieza y empezar por el alféizar de la ventana de la oficina antes de que los gérmenes se propagaran demasiado. El sonido de una trompeta anunció que me había entrado un *email*.

Para: Matthew Corbin

De: Melody Bird

Asunto: Policía

¡Matty! ¿Te has enterado? ¡Teddy ha desaparecido! M x

Por lo visto, me había perdonado por haberla echado prácticamente de casa hacía tan solo una hora. Tecleé la respuesta, a pesar de que notaba las yemas de los dedos sucias por darle a las teclas sin ningún tipo de protección.

Para: Melody Bird

De: Matthew Corbin

Asunto: Policía

Lo sé. La policía acaba de estar aquí y me han hecho muchas preguntas. ¿Has visto tú algo?
Matthew

Miré la calle y vi que se había congregado una pequeña multitud. Cogí el cuaderno para tomar notas mientras esperaba la respuesta de Melody.

Teddy Dawson ha desaparecido. Hay policías por todas partes y parece que están organizando un equipo de búsqueda. Gordon, Sue y Claudia formarán parte del mismo.

Gordon llevaba un sombrero blanco de ala ancha y tenía una botella de agua en la mano. Parecía que fuera a salir de safari. Una policía señalaba hacia la entrada de la calle, y él asentía asimilando las instrucciones.

Hannah estaba hablando con el agente Campen en la puerta de su casa y capté alguna frase suelta:

«... salió hacia la una para ir a correr, pero todavía no ha vuelto... normalmente pasa por el gimnasio... trabaja sus abdominales... da clases de educación física en el instituto...».

Desde la ventana no veía nada, pero me la imaginé con su sonrisa californiana mientras explicaba lo estupendo que era su marido.

La Vieja Nina estaba en la puerta de su casa, cabizbaja, aterrada por verse expuesta de aquel modo al mundo exterior y hablando con otro agente. La trompetita volvió a sonar.

Para: Matthew Corbin

De: Melody Bird

Asunto: Policía

No, no he visto nada. ¿Y tú?

M

Para: Melody Bird

De: Matthew Corbin

Asunto: Policía

Antes lo he visto jugando en el jardín de delante. Nada más.

Matthew

Apareció en la calle el coche de mamá y tuvo que aparcarlo delante de la casa de la Vieja Nina porque el camino de acceso a casa estaba bloqueado. Corrió hacia donde se estaba formando el equipo de búsqueda y se llevó la mano a la boca. En la pantalla apareció la respuesta de Melody.

Para: Matthew Corbin

De: Melody Bird

Asunto: Policía

¡Caray! ¡Seguramente eres su mejor testigo! ¿Y no has visto nada raro? ¿Nada de nada? ¿Y la niña esa, Casey? ¿También estaba jugando? ¿Y no estaba el señor Charles?

Mel

Refunfuñé. Tendría que haber mantenido la boca cerrada.

Para: Melody Bird

De: Matthew Corbin

Asunto: Policía

Ni rastro de Casey ni del señor Charles. El señor Jenkins ha salido a correr y eso es todo.

Matthew

Oí que se abría la puerta de casa y, a continuación, a mamá que gritaba:

—¡Matthew! ¿Te has enterado? ¡Es terrible! Voy a salir con el equipo de búsqueda. ¡Hablamos luego! ¿Vale, cariño?

No esperó a oír mi respuesta y cerró de un portazo. La vi correr para sumarse al grupo y vi también que enlazaba el brazo con el de Sue y se ponían en marcha por la calle que lleva a la ciudad.

Llegó una furgoneta y bajaron dos hombres, que fueron a la casa del señor Charles con equipos eléctricos y unos tubos de plástico. Apagué el ordenador y volví a mi habitación.

Uno de los hombres estaba colocando un cilindro negro en medio del estanque mientras el otro iba directo a un enchufe exterior y conectaba un cable. La bomba se puso a zumbar y, en cuestión de pocos segundos, empezó a salir agua por un tubo largo de color azul que habían dejado al lado del parterre y se formó un charco sobre la tierra reseca. El estanque se vació en escasos minutos, y uno de los hombres se quitó los zapatos y los calcetines y se enrolló los pantalones antes de meterse en aquel fango asqueroso. Cuando vi que se ponía a remover el barro, me pregunté si encontraría al polluelo muerto que había arrojado Teddy al agua.

—¡Paren! ¡Paren! Pero, en nombre de Dios, ¿qué están haciendo ustedes? ¡Ahí dentro hay peces! ¡Los matarán!

El señor Charles corría por el jardín agitando las manos. Se había cambiado de ropa y ahora iba con camiseta blanca y pantalón azul claro. Una selva de pelo gris le rozaba los hombros.

—¿Quién les ha dicho que podían hacer eso? ¡No les he dado permiso para tocar mi estanque!

El hombre que estaba en el césped le dijo algo en voz baja. Sin necesidad de dragar, era evidente que Teddy no estaba en el estanque, por lo que saqué la conclusión de que debían de andar buscando pistas.

El señor Charles hizo caso omiso a las explicaciones del hombre y entró en el cobertizo. Salió con un cubo negro grande, que llenó de agua de un grifo que tenía en el exterior de la casa. Se acercó con el cubo al estanque vacío mientras el hombre metido en el fango esperaba con algo en el interior de las manos, con las que había formado una cazoleta. Cuando echó el pez en el cubo, vi un destello naranja. El señor Charles se agachó para examinarlo.

—Hay cinco más. ¡Y los quiero todos vivos!

El señor Charles habló a gritos y el hombre del césped le puso la mano en el hombro para intentar calmarlo, pero el señor Charles se lo quitó de encima. Regresó a la terraza para sacar una manguera amarilla que tenía enrollada en una especie de rueda pegada a la pared de la casa. El hombre del estanque consiguió capturar dos peces más mientras el señor Charles volvía al jardín armado con la pistola de la manguera, que se iba desenrollando a sus espaldas. Apuntó con la manguera al estanque y esperó.

Diez minutos más tarde, los hombres dieron el estanque por inspeccionado, con el balance de solo un pez más en el cubo. Recogieron el equipo y, meneando la cabeza, volvieron a la parte delantera de la casa.

Sin decir palabra, el señor Charles presionó la pistola de la manguera, y el chorro de agua se estampó contra el fondo de plástico del estanque. Y siguió allí, inmóvil, hasta que el estanque volvió a estar lleno.

* * *

A las 6 de la tarde llegaron dos perros de la policía que empezaron a correr como locos por la urbanización, meneando el rabo sin cesar. De pronto tenías la sensación de que habían encontrado alguna cosa, pero daban media vuelta enseguida y se iban hacia otro lado. Se detuvieron y olisquearon una farola que hay delante de la casa de Penny y Gordon, y *Frankie* ladró como un energúmeno desde la ventana del número tres. Los brazos de Melody aparecieron brevemente detrás del visillo cuando cogió al perro para quitarlo de allí. Los adiestradores los guiaron por toda la urbanización para que inspeccionaran los distintos jardines y luego enfilaron el callejón que llevaba al cementerio.

El ordenador emitió el sonido de la trompetita y apareció en pantalla otro *email*.

Para: Matthew Corbin

De: Jake Bishop

Asunto: ¡¡¡La Vieja Nina ha secuestrado a Teddy!!!

Lo tiene la Vieja Nina. Es una bruja. ¡¡¡Seguro que está asándolo en el horno como un pastel!!!!

Jake

Me quedé mirando el mensaje. Aparte de los gritos ocasionales de acoso, no había tenido mucho que ver con Jake Bishop últimamente. De hecho, era el primer contacto que tenía con él en dos años en el que no me llamaba friki o bicho raro. No sabía qué responderle.

Para: Jake Bishop

De: Matthew Corbin

Asunto: ¡¡¡La Vieja Nina ha secuestrado a Teddy!!!

¡Por supuesto que no es una bruja! ¿Has visto algo?

Matthew

Repasé mis notas. Jake se había largado corriendo en bici después de que la Vieja Nina lo apuntara con el dedo cuando estaba acosando a Melody. Era lo último que sabía de su paradero.

Para: Matthew Corbin

De: Jake Bishop

Asunto: ¡¡¡La Vieja Nina ha secuestrado a Teddy!!!

Lo único que he visto ha sido tu cara de imbécil fisgando por la ventana. ¿Qué haces ahí metido todo el día?

Borré el mensaje sin responderlo.

La historia de Jake

Por mucho que me costara creerlo, Jake y yo habíamos sido amigos en su día. Mamá se hizo amiga de su madre, Sue, cuando se dieron cuenta de que vivían a dos casas la una de la otra y que ambas estaban esperando un bebé más o menos para la misma fecha; yo a finales de octubre y Jake a finales de noviembre.

Empezaron a tomar el café juntas y, cuando ambos pataleábamos al mismo tiempo, bromeaban diciendo que estábamos intentando hablarnos. Yo llegué en la fecha prevista y se ve que Jake se hizo el remolón e hizo enfadar a su madre hasta que nació, diez días más tarde. Sue me contaba la historia cada vez que la veía.

«Tenía tantas ganas de conocerte, ¿verdad, Jakey? ¡Pero tuvo que esperar diez días! Diez días antes de poder conocer a su mejor amigo».

Nuestras madres siguieron viéndose mientras nosotros íbamos en cochecito y, por lo que parece, nos entendíamos con balbuceos, pero entonces, al cabo de unas semanas, Sue se dio cuenta de que algo le pasaba a Jake. Yo avanzaba y superaba todas las medidas de crecimiento, mientras que a él le costaba coger peso y siempre tenía la piel roja e inflamada. Después de meses de visitas al hospital, los médicos descubrieron que tenía un montón de alergias. Poco después, el padre de Jake y Leo se largó y dejó a Sue sola y viviendo en alerta constante por miedo a que su hijo entrara en contacto con cualquier cosa que pudiera resultarle mortal.

Cuando empezamos el colegio, quedó claro que Jake siempre andaría cargado con una bolsa amarilla de medicamentos que lo seguía dondequiera que fuera. Al principio, los demás niños estaban fascinados.

«¿Qué llevas en esa bolsa, Jake?».

«¿Cuántas agujas hay ahí dentro?».

«¿Es verdad que podrías morirte si comieses algo que no puedes comer?».

Pero al cabo de un tiempo, la novedad se acabó, y las alergias de Jake y aquella piel siempre en carne viva lo convirtieron en blanco de burlas. Llegaba a las fiestas de cumpleaños con su paquetito de comida preparada especialmente para él, pues a su madre le aterraba la idea de que algún fruto seco pudiera rozar sin querer los bocadillos de queso y le provocara un *shock* anafiláctico. Pero entonces, en cuanto los adultos desaparecían, empezaban los comentarios.

«¿Vas a comer de nuevo tu comidita de bebé, Jakey?».

Yo le sonreía. No es que saliera en su defensa, pero al menos le hacía saber que no estaba del lado de los demás, aunque, de todos modos, ya había empezado a salir más con Tom y ya no éramos tan buenos amigos como al principio.

Las cosas empeoraron el último trimestre de primaria, cuando todos los niños del curso fuimos de excursión a Londres a visitar un museo. Al subir al autocar me fijé en que el asiento de al lado de Jake estaba vacío, como era habitual. Todo el mundo pensaba que, si te acercabas mucho a Jake, podías contagiarte esa piel escamosa que tenía. Estoy seguro de que nadie se lo creía del todo, pero tampoco había ningún niño lo bastante valiente como para decirlo.

«¡Matt! Siéntate aquí si quieres», me dijo Jake con mirada suplicante cuando subí al autocar.

Tom estaba ya instalado en el asiento del fondo y me hacía señas para que fuera con él. Lo que tendría que haber hecho yo era sentarme al lado de Jake y demostrar a todo el mundo que no pasaba nada. Que lo suyo no era contagioso.

Pero no lo hice.

«Lo siento, Jake. Le he dicho a Tom que me sentaría con él».

Y con cara inexpresiva, seguí caminando.

Todo el mundo estaba charlando emocionado cuando nos incorporamos a la carretera, y la maestra, la señorita Chambers, se levantó de pronto de su asiento e hizo ladear el pequeño autocar hacia la izquierda.

«¡Dios mío! ¡Dé media vuelta, chófer! Me he olvidado la bolsa de las medicinas de Jake».

Hubo una queja unitaria cuando regresamos al colegio y tuvimos que esperar a que la señorita Chambers bajara la escalerilla, entrara en su despacho, abriera el armario, volviera a subir al autocar y dejara la famosa bolsa amarilla en uno

de los estantes portaequipajes.

El autocar se puso de nuevo en marcha, y la señorita Chambers recorrió el pasillo hasta inclinar su generosa delantera sobre Jake.

—Que no cunda el pánico. Ya tenemos tus medicamentos y la jeringuilla de epinefrina. ¡En marcha, chófer! ¡Aún llegaremos a tiempo para comer!

Miré por el hueco que quedaba entre los asientos y las ventanas. Jake, que estaba dos filas delante de mí, tenía la cabeza apoyada en el cristal.

«¿Por qué siempre tienes que estropearlo todo, Jake?».

«¡Esa mierda de bolsa! ¿No estás ya harto de ella?».

Aquel septiembre empezamos el instituto, y a Jake y a mí nos pusieron en clases distintas, de modo que ya no tenía que verlo tanto. Empecé a salir más con Tom, y Jake, a rodearse con niños horrorosos de cursos superiores y a ganarse una especie de admiración por ser el rebelde del colegio. Lo veía de vez en cuando mal sentado en la mesa que hay delante del despacho del director, quitándose trozos de piel seca de la frente o estirando el pie para hacer tropezar a la gente. Supongo que, por algún extraño motivo, había dejado de verse acosado para convertirse en acosador.

Lunes 28 de julio. 6.14 h Oficina/Cuarto del bebé.

Personas que sé que estaban en casa a la hora de la desaparición de Teddy:

Señor Charles

Casey

Hannah

Sue Bishop

Vieja Nina

Gordon y Penny

Claudia

Personas que sé que no estaban:

Sheila y Brian Corbin (trabajando).

Leo Bishop (trabajando).

Señor Jenkins (corriendo).

Personas que no cuentan:

Jake
Melody

Miré los nombres mientras daba golpecitos a la mesa con el lápiz. No era gran cosa, pero sí un principio. Teddy no podía haber ido muy lejos de haberlo hecho solo, eso seguro. Si se hubiese marchado por su cuenta, ¿no lo habrían encontrado ya?

Observé la urbanización mientras la policía seguía dando vueltas, intentando recopilar pruebas para descifrar el misterio de lo que le había pasado al niño.

Pero ellos no conocían al vecindario como yo. Ellos no veían todo lo que yo veía.

Miré la montaña de pétalos de rosa que Teddy había estado recogiendo, amontonados junto a un poste de la valla, y supe lo que iba a hacer.

Iba a descubrir quién se había llevado a Teddy Dawson.

El equipo de búsqueda

Estaba de pie junto al lavabo, temblando. Habían pasado muchas horas desde que me había lavado las manos por última vez. Había perdido la noción del tiempo y no había estado pendiente de la limpieza, razón por la cual ahora corría el peligro de caer enfermo. Y si caía enfermo, a saber qué más podía pasarme. Me lavé las manos una y otra vez, una y otra vez, hasta que empecé a llorar de dolor. Regresé a la habitación con la intención de ponerme guantes de látex, pero tenía que dosificarlos

—Alguien se lo ha llevado, León —le dije al papel pintado—. Alguien lo ha secuestrado. Estoy seguro.

El León me miró con tristeza.

—Tengo que estar alerta. Tengo que vigilar con atención, ver si encuentro alguna pista. Esa gente necesita a alguien como yo, que observe. ¡He sido el último en verlo! Si no lo hubiese visto yo, ahora ni siquiera sabrían que estaba jugando en el jardín de delante, ¿verdad?

Empecé una nueva hoja del cuaderno.

Desaparición de Teddy: Los Hechos

El señor Charles no llevaba muy bien lo de sus nietos y ahora parece que le preocupan más los peces que los niños.

Casey empujó a Teddy al estanque y no mostró indicios de querer ayudarlo hasta que apareció el señor Charles.

¿La Vieja Nina? ¿Podría estar implicada?

¿Jake Bishop? ¿Sería capaz de hacerle daño a Teddy? ¿De esconderlo

para llamar la atención?

¿Melody Bird? Es una sospechosa poco probable, pero va MUCHO al cementerio. ¿Conocerá algún lugar allí donde poder esconderlo?

El primer equipo de búsqueda regresó a las 19.18. Se quedaron un rato en la calle, sin saber qué hacer a continuación. La policía seguía entrando y saliendo de la casa del señor Charles. Gordon volvió a su casa, abanicándose la cara, colorada por mucho que la hubiera protegido con aquel sombrero de ala ancha. Jake abrió la puerta del número cinco. Tenía en la mano una lata de refresco. Sue se acercó a él y lo abrazó de un modo exagerado. Él levantó la cabeza por encima del hombro y me miró furioso. Claudia fue hacia el número tres y Melody le abrió la puerta. *Frankie* saltó entre los pies de ambas mientras se abrazaban. Mamá se dio la vuelta hacia nuestra casa y levantó la vista hasta la ventana. La saludé con la mano en un gesto bastante patético. Ella me sonrió débilmente.

Cuando entró, la recibí desde lo alto de la escalera.

—¿Qué tal ha ido? ¿Habéis encontrado algo?

Mamá hizo un gesto de negación con la cabeza y me acarició la nuca cuando pasó por mi lado. Se la veía cansada.

—Todo esto es increíble. Esa pobre familia. ¿Está ya papá aquí?

Moví la cabeza afirmativamente. Papá había llegado del trabajo y se había encontrado policías por todas partes. Había dejado la corbata y el maletín en el recibidor y había salido corriendo para sumarse a otro equipo de búsqueda formado por el hermano de Jake, Leo y el señor Jenkins, que debía de haber vuelto de correr cuando yo no miraba. Papá no me había avisado de que iba a salir, como sí había hecho mamá. De hecho, creo que debía de haberse olvidado de que yo estaba arriba.

Mamá apoyó la cabeza contra la puerta de entrada y cerró los ojos.

—¿Sabes qué es lo que necesito en estos momentos, Matthew? Necesito un abrazo grande de mi querido, queridísimo hijo.

Siguió con los ojos cerrados y respiró hondo. Yo seguí inmóvil en lo alto de la escalera, mirándola. Es probable que estuviera llamándome mentalmente para que bajara, le cogiera la mano y descansara la cabeza en ese pequeño hueco que tiene entre el hombro y la clavícula. Entonces ella me estrecharía con sus brazos fuertes y bondadosos y permaneceríamos así, inspirando y exhalando el aire al

mismo ritmo.

En ese momento abrió los ojos y me miró. Los tenía brillantes y yo me senté en el peldaño de arriba del todo paralizado.

—Creo que voy a enchufar el hervidor —dijo, y se fue a la cocina.

* * *

Cuando tenía cinco años íbamos cada día al colegio con Sue y Jake. Jake siempre llevaba algún arma de fabricación casera que utilizaba para dar una buena paliza a cualquier arbusto o seto que se cruzara en su camino, mientras que yo caminaba de la mano de mamá.

—¡Matty! ¡Matty! ¡Juguemos a las guerras! —me gritó un día, y me empujó en el pecho con un palo.

Me aparté y me acurruqué contra la pierna de mamá. No es que no quisiera jugar, sino que antes de entrar en el colegio me gustaba estar cerca de mamá el máximo tiempo posible.

—Me parece que hoy no le apetece, Jake —dijo con amabilidad mamá.

Jake resopló, echó a correr y decidió pelearse con un arbusto. Seguimos caminando y acerqué también la otra mano a la de mamá y le acaricié los nudillos.

—Jake, ¿por qué no me das la mano igual que hace Matthew con su mamá? —dijo Sue, agarrándolo por el brazo para que dejara de pegar al arbusto.

Jake puso mala cara, retiró el brazo y se miró la palma. Fue como si aquella piel rosada y rabiosa lo hipnotizara, y se detuvo para hurgarse las escamitas blancas.

—¡No hagas eso, que te irritarás el eccema! ¿No querrás que empeore, verdad?

Sue se quedó rezagada para examinar la mano de su hijo, y mamá y yo seguimos andando.

—¿Sabes qué? —dijo mamá—. Un día serás un niño muy mayor y ya no querrás darle la mano a mamá.

La miré enfadado y ella se echó a reír.

—¡Es verdad! Las mamás sabemos de estas cosas.

Y continuamos caminando balanceando los brazos, marchando como soldaditos de cuerda.

—Yo siempre te daré la mano, mamá —dije cuando bajamos el ritmo—. Te lo prometo. ¡Aunque tenga doce años!

Mamá rio tanto que le vi toda la dentadura, blanca y resplandeciente.

—Eso ya lo veremos, Matthew —dijo con una sonrisa—. Ya lo veremos.

Y me apretó la mano un poco más.

* * *

A las 19.30, vi a una mujer con un elegante vestido azul y chaqueta gris delante del número once hablando a través de un micrófono. La estaba filmando un hombre que tenía una cámara enorme apoyada en el hombro. No alcanzaba a oír lo que decía, pero vi que se volvía de vez en cuando hacia la casa del señor Charles, señalaba hacia allí y luego mostraba un papel que debía de ser una fotografía de Teddy. En resumen todo duró unos diez minutos y, en cuanto hubo terminado la noticia, la mujer se quitó la chaqueta y se abanicó la cara. Se le acercó entonces un agente de policía y pensé que les pediría que se marcharan, pero más bien al contrario; se mostró encantado de verlos, les estrechó la mano y consultó el reloj. Cuando se fueron, llegó el agente Campen con un rollo de cinta amarilla. Habló con algunos curiosos que deambulaban por delante de la casa de Gordon y Penny y se fueron todos hacia el final de la calle.

19.43 h. Sin noticias de Teddy Dawson. La policía está precintando con cinta amarilla la entrada a Chestnut Close.

Penny Sullivan, del número uno, circulaba por la zona con una bandeja con vasos de zumo de naranja.

—¿Un poco de zumo de naranja helado? —Iba diciendo a todo el mundo—. ¿Le apetece algo fresquito, oficial?

Había quien la rechazaba con un gesto y una sonrisa, gente que estaba demasiado ocupada como para hablar y había quien aceptaba un vaso y se bebía el zumo de un trago. Penny volvió al número uno, seguramente para repasar los armarios de la cocina en busca de más refrescos que poder ofrecer.

El otro equipo de búsqueda regresó a las 20.17 h Papá llevaba las mangas de

la camisa remangadas y cargaba al hombro la chaqueta del traje. Leo, el hermano mayor de Jake, hablaba por el móvil, y el señor Jenkins se estaba comiendo una barrita energética. Me miró cuando cruzó la calle para ir a su casa y yo le devolví la mirada. Comer a esas horas no me parecía correcto. Se sacudió las migajas de la camiseta sin dejar de mirarme. Hannah salió a recibirlo, acunó la cara de su marido entre ambas manos y le dio un beso. Él le pasó un brazo por los hombros y entraron tranquilamente en la casa, con el vientre gigantesco de Hannah balanceándose de un lado a otro. Me entraron tantas náuseas de verlo que me fui al cuarto de baño para echarme agua fría en la cara hasta sentirme mejor.

Papá entró diciéndole a mamá que no habían encontrado nada y que habían cerrado la calle para que no pudiera entrar nadie en la zona sin permiso. Los oí en la cocina preparándose para cenar. Entonces se abrió la puerta del número tres y Melody bajó los peldaños y salió a la calle. Refunfuñé. Venía directa hacia nuestra casa.

—Hola, Melody, cariño —dijo mamá en voz baja cuando abrió la puerta—. Pasa y sube. Seguro que Matthew agradecerá un poco de compañía.

«No. No agradezco ningún tipo de compañía en estos momentos».

—¡Hola, Matty! —dijo Melody, como si fuera un día cualquiera y no hubiera desaparecido ningún niño.

Entró en la oficina, miró a su alrededor y fijó la vista en el móvil de los elefantes.

—Oh, vaya. ¿Tu madre está esperando otro bebé?

Hizo girar el móvil con el dedo y los elefantes empezaron a dar vueltas.

—No. Oye, no hagas eso, por favor.

Los elefantes giraron cada vez más rápido hasta que hubo dos que se enredaron y Melody lo paró.

—¿Qué es todo esto, entonces? —preguntó mirando las bolsas apiladas debajo del móvil.

En una de las cajas estaba la fotografía de un bebé rubio y regordete en pañales que lucía una sonrisa feliz y desdentada.

—Era para mi hermano. Murió. En serio, ¿podrías no tocar nada, por favor?

Melody se incorporó.

—¿Murió? ¿Qué quiere decir que murió?

—Que murió. ¿Vale? ¿Qué querías, Melody?

Me planté delante de ella con los brazos cruzados. Me pregunté qué haría Melody de saber que el bebé había muerto por mi culpa. Podría decírselo, así sin

más: «Fue por mi culpa, Melody. Y ahora, ¿te irás y dejarás de agobiarme?».

Melody se sentó en una punta de la mesa del despacho.

—Oh, lo siento. No lo sabía —dijo con tristeza—. Debe de ser duro para ti.

Asentí. Empecé a tomar mentalmente nota de todo lo que tenía que limpiar en cuanto se marchara:

«El canto de la puerta, el marco de la puerta... ¿la puerta entera? El móvil del elefante. ¿Y eso cómo se limpia? La mesa. Limpiarla entera y rociarla con el spray antibacteriano».

—¿Has visto antes a los de las noticias? Mi madre cree que se ha ido solo a algún lado. ¿Y tú? ¿Crees que es eso o que lo ha secuestrado alguien?

Me encogí de hombros.

—Pienso que, si se hubiese ido, ya lo habrían localizado a estas alturas —dije.

Melody cogió mi cuaderno, que estaba en el escritorio, justo al lado de donde se había sentado.

—¡Oh, esto sí que está genial! —dijo en cuanto empezó a leer—. ¡Lo tienes todo anotado! ¡Tendrías que enseñárselo a la policía! «17.23 h. El señor Charles está pasando de nuevo el cortacésped. Es la quinta vez en lo que va de semana».

Rio y fue pasando páginas. Crucé la habitación.

—¿Puedes devolverme eso? Es privado.

—«10.02 h La Vieja Nina está regando sus macetas».

Pasó a la última hoja, leyó en silencio lo que yo había escrito y se quedó mirándome. Estaba horrorizada. Volvió a bajar la vista y leyó entonces en voz alta:

—«Melody Bird. Sospechosa poco probable, pero va MUCHO al cementerio. ¿Conocerá algún lugar allí donde poder esconderlo?».

Me moví con nerviosismo delante de ella, con ganas de quitarle el cuaderno pero sin la valentía necesaria para hacerlo.

—Matthew, ¿piensas que he secuestrado a Teddy?

Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—No... No, por supuesto que no.

Le cogí rápidamente el cuaderno, olvidándome de que no llevaba guantes. Se había quedado boquiabierto.

—¡No es nada, Melody! Estaba aburrido escribiendo cosas. No tiene importancia.

—Pero... no entiendo nada. ¿Por qué pensaste que podía haberlo hecho yo?

—¡Yo qué sé! Simplemente me preguntaba por qué ibas tanto al cementerio. Eso es todo. Pensaba que a lo mejor tienes alguna cosa escondida allí. Pero no importa. Solo escribía cosas que se me pasaban por la cabeza en aquel momento.

Dejé la libreta en la mesa. Melody se llevó las manos a las caderas y se me acercó.

—Yo no he secuestrado a Teddy Dawson y me resulta increíble que hayas dicho algo así. Creía que éramos amigos.

Retrocedí hasta quedarme pegado al alféizar de la ventana.

—Ahora me entero.

Melody sofocó un grito, dio media vuelta y bajó corriendo la escalera.

Debut en televisión

Hice mi debut en televisión a las 21.03 h Mamá me gritó desde abajo.

—¡MATTY! ¡Rápido, baja corriendo!

Salté de la cama, y durante unos dichosos segundos fue como si bajara a cenar, como antes. Papá estaba junto a la puerta de acceso al porche cubierto comiendo una bolsa de patatas fritas. Mamá estaba sentada en la punta del sofá de piel de color crema con la mirada fija en la pantalla plana.

—Se ha ido, eso es todo —dijo papá—. Lo encontrarán. Volverá a casa antes de que anochezca, fíjate bien lo que te digo.

Mire hacia el jardín. Ya anohecía.

Papá puso la bolsa al revés y vació las migajas en la boca. Aborrecía que hiciese eso.

—Pero ¿adónde se ha ido, Brian? Hemos mirado por todas partes. Penny ha dicho que han inspeccionado incluso las obras que hay al lado de la antigua piscina.

Estaban construyendo un grupo de casas a la salida del pueblo y empecé a imaginarme a Teddy, con su andar patoso, mirando aquellas grúas gigantescas que parecían dinosaurios. ¿Podría ser que estuviese tan hipnotizado con ellas que no hubiese visto un agujero y se hubiese caído en él? Me parecía poco probable. La zona se encontraba bien protegida con vallas altas y, además, estaba concurrida. A buen seguro, de haber llegado Teddy hasta allí, alguien se habría fijado en un niño pequeño en pañales caminando solo.

Mamá saltó del sofá y señaló la tele.

—¡Mirad! ¡Ahí sale!

Salía una mujer en nuestra calle hablando a través de un micrófono. La reconocí como la reportera de la chaqueta gris que estaba afuera antes de que la policía precintara la calle.

«... el niño, de quince meses de edad, fue visto por última vez con un pañal braguita y una camiseta blanca con el dibujo de un helado estampado en la parte frontal. La policía cree que podría llevar también una mantita de color azul. Iba descalzo...».

Tenía en la mano una fotografía laminada, y la cámara hizo un *zoom* y la cara de Teddy llenó la pantalla. Llevaba una camisa blanca con un elegante chaleco; al cuello, una corbata dorada arrugada que, evidentemente, había tratado de arrancarse. Sus ojos azules brillaban como consecuencia de unas lágrimas recientes, seguramente como protesta por aquella vestimenta que le daba el aspecto de un mago en miniatura.

Hacía mucho tiempo que no veía la tele desde tan cerca y me lloraban los ojos. Papá arrugó la bolsa de patatas y cayeron los restos en la moqueta. Necesitaba volver a mi habitación. Di media vuelta dispuesto a marcharme, pero entonces mamá volvió a saltar del sofá.

—¡Matthew, sales en la tele!

La cámara enfocó entonces el jardín del señor Charles.

«... la última vez que se le ha visto estaba jugando en el jardín delantero de la casa de su abuelo, aquí, en Chestnut Close...».

Nuestra casa aparecía en la parte superior izquierda de la pantalla, y en una de las ventanas de arriba se veía una figura. Era yo. Estaba allí de pie, como un idiota, pensando que nadie podía verme.

—¿Qué haces todo el día allá arriba mirando, hijo? ¿Observas pájaros o algo así? ¿Ornitología? —dijo papá.

Mamá le lanzó una mirada.

—No era más que una pregunta, Sheila.

No les hice ni caso.

«... la policía ruega a cualquiera que pueda tener información que se ponga en contacto con...».

La pantalla pasó a un número de teléfono. Mamá se volvió hacia mí y me sonrió, señalando una parte del sofá a su lado.

—¿Por qué no te quedas aquí abajo con nosotros esta noche, Matthew, y ves un poco la tele para dejar de pensar en todo esto? No creo que hoy podamos dormir mucho, la verdad.

—No, esta noche no.

Mamá se levantó y tuve la sensación de que iba a hacer un intento de tocarme, de modo que la esquivé y subí corriendo para lavarme las manos. Once chorritos de jabón antibacteriano, agua hirviendo y nueve lavados después, empecé a sentirme un poco mejor.

En el exterior, la policía seguía yendo y viniendo. El jardín del señor Charles parecía un regalo con envoltorio estrambótico: la pared de delante y la verja estaban envueltas con cinta de color azul y blanco. En la puerta había un agente montando guardia que no había visto antes. El señor Jenkins y Hannah estaban en el jardín de su casa, él pasándole el brazo por los hombros. Me pregunté si ella sabría que su marido era un profesor malísimo. Supongo que no es el tipo de cosas que se comentan en casa:

«Hola, cariño, hoy en clase de gimnasia he hecho llorar a un niño. Ese tan raro que vive aquí al lado. Después de lanzar la jabalina me ha dicho que tenía que ir a lavarse las manos. ¿Te imaginas? Le he dicho que iba camino al suspenso y que, si seguía así, sería un fracasado toda la vida...».

Solo de pensar en las clases de educación física se me llenaron los ojos de lágrimas, pero parpadeé para evitarlas; me negaba a volver a llorar por aquello. Hannah se dio la vuelta, vi su gigantesco vientre de embarazada y enseguida aparté la vista.

En el ordenador sonó la trompetita que anunciaba la llegada de un *email*.

Para: Matthew Corbin

De: Melody Bird

Asunto: Urgente

Si piensas investigar en serio la desaparición de Teddy, vas a necesitar mi ayuda.

Melody

Leí el mensaje unas cuantas veces.

Para: Melody Bird

De: Matthew Corbin

Asunto: Urgente

¿Qué?

Matthew

Entré corriendo en la habitación y cogí una botella de agua nueva. El jardín de al lado estaba rodeado por cuatro focos industriales preparados para cuando oscureciera del todo. En la terraza había tres policías discutiendo sobre algo. Volví a la oficina y me bebí la mitad del agua mientras leía el siguiente *email* de Melody.

Para: Matthew Corbin

De: Melody Bird

Asunto: Urgente

¡Hasta el momento no has hecho muy buen trabajo acusándome de esta manera! Y no quiero ser maleducada, pero tú no sales nunca y desde tu casa no puedes hacer gran cosa, ¿no te parece? Vas a necesitar a alguien en la calle. Alguien que lleve a cabo la investigación de verdad.

Le respondí enseguida.

Para: Melody Bird

De: Matthew Corbin

Asunto: Urgente

¿Y ese alguien serías tú?

Me descubrí sonriendo al pulsar la tecla *enviar*.

Para: Matthew Corbin

De: Melody Bird

Asunto: Urgente

Sí.

Afróntalo, Matthew, ¡no puedes hacerlo sin mí! Estoy dispuesta a perdonarte por lo que escribiste. Entiendo que necesites anotar tus ideas, por mucho que esa fuera INCREÍBLEMENTE ESTÚPIDA [aquí insertó un emoticono con la cara enfadada].

Tecleé rápidamente:

Para: Melody Bird

De: Matthew Corbin

Asunto: Urgente

Melody Bird, eres única, es evidente.

La respuesta apareció en pantalla en segundos.

Para: Matthew Corbin
De: Melody Bird
Asunto: Urgente
Lo sé. ¿Cuándo empezamos?

Me lo pensé un par de minutos.

Para: Melody Bird
De: Matthew Corbin
Asunto: Urgente
Los sospechosos número uno y dos son el señor Charles y Casey. Mira a ver si mañana puedes entrar en su casa. Invéntate una excusa, llévalas un pastel o algo así. Fisgonea todo lo que puedas. Estudia su estado de ánimo: ¿se le ve demasiado feliz teniendo en cuenta que su nieto ha desaparecido? ¿Se comporta Casey como una niña cuyo hermano ha desaparecido?

Para: Matthew Corbin
De: Melody Bird
Asunto: Urgente
¡A la orden, mi capitán! ¡Voy volando!
Cambio y corto.

Estaba como una cabra.

Para: Melody Bird
De: Matthew Corbin
Asunto: ¡ESPERA!
¡A lo mejor ahora mismo no es el mejor momento! Es tarde y la policía anda por allí... ¿Lo dejamos hasta mañana?

Pulsé la tecla *enviar*, pero Melody no respondió, y al cabo de un cuarto de hora la vi salir de su casa con una bandeja. Cuando cruzó la calle me di cuenta de que era un bizcocho, encima del cual había amontonado una cantidad enorme de palitos de chocolate. Parecía una oruga con pinchos. Me estremecí y pensé que habría hecho mejor no diciendo nada.

—Oh, Melody —dije para mis adentros.

El policía que custodiaba la puerta ya no estaba y Melody tuvo que hacer equilibrios para abrir la verja de la casa del señor Charles con una mano. Vi que sacaba la lengua por un lado de la boca para concentrarse en mantener el pastel en la bandeja. Cuando llegó a la puerta, miró hacia mi ventana y me saludó con el pulgar hacia arriba. Refunfuñando, volví a sentarme a la mesa. No soportaba mirar. Diez minutos más tarde, Melody corría por la urbanización con la bandeja vacía, aunque manchada de chocolate, en la mano. Esperé junto al ordenador.

Para: Matthew Corbin

De: Melody Bird

Asunto: Casey

Lo del pastel ha funcionado. (¡Has tenido una idea magnífica!). El señor Charles me ha dicho que pasara para decirle hola a Casey. ¡Esa niña da miedo, tío! ¡Se ha quedado sentada en el rincón jugando con una muñeca espantosa y ni siquiera ha levantado la vista! Tenías razón. ¡No parece nada preocupada por la desaparición de Teddy!

Para: Melody Bird

De: Matthew Corbin

Asunto: Casey

¿Y el señor Charles? ¿Lo has visto inquieto?

Para: Matthew Corbin

De: Melody Bird

Asunto: Casey

Más o menos. Tenía los ojos rojos, como si hubiera estado llorando. Pero he visto una cosa que me ha parecido extraña. ¡Se ha comido una porción de pastel GIGANTESCA! ¿A que es raro? Yo pensaba que el estrés te quita el hambre.

Bueno, dime cuál va a ser mi siguiente misión.

Cambio y corto.

Agente Mel x

Entré en mi habitación y me tumbé en la cama con los brazos debajo de la cabeza, mirando el techo.

—¿Adónde se ha ido, León? ¿Quién se lo ha llevado?

Las luces que la policía había encendido en el jardín del señor Charles dibujaban sombras en la pared. El León del Papel Pintado estaba envuelto por el círculo amarillo de un foco. Su mejilla regordeta esbozaba una sonrisa que me hizo pensar en uno de esos presentadores horteras de los concursos de televisión.

«Y bieeeen, tenemos para ti la siguiente pregunta, Matthew Corbin: ¿Quién es el culpable de la misteriosa desaparición de Teddy Dawson?:

- a) Casey Dawson. La pequeña puede parecer inocente, pero tiene la poco saludable costumbre de empujar a niños pequeños a los estanques.
- b) El señor Charles. Al anciano le cuesta adquirir el amor de abuelo. ¿Podría ser el responsable de la desaparición del niño?
- c) Jake Bishop. Un joven amargado que disfruta machacando a los demás. ¿Podría su ansia de llamar la atención haberlo empujado a dar un paso tan exagerado como este?
- d) Matthew Corbin. Al parecer, ese chico raro y solitario considera que dejar a un niño de quince meses solo en un jardín con un calor abrasador es normal. Y no olvidemos lo que le hizo a su hermano recién nacido, Callum...

Y bieeeen, ¿qué respuesta eliges?».

10+3

La fiesta del pijama

Sonó el timbre y me desperté sobresaltado. Oír un timbre a altas horas de la noche resulta aterrador.

Miré el reloj. Las 23 y diezmastrés en verde fluorescente. Mala señal. Cerré los ojos y contuve la respiración durante tres series de siete segundos mientras escuchaba una sirena de policía que aumentó de volumen y luego se desvaneció más allá del final de la calle. Cuando abrí los ojos eran las 23.14. Solté el aire aliviado.

El señor Charles estaba hablando en la puerta con papá.

«... voy al hospital para que me miren... seguramente será algo que he comido...».

«... mejor mirárselo, sí...».

«... su madre está volando en estos momentos hacia aquí. ¿Podrían quedársela en su casa esta noche?».

«... por supuesto, ningún problema...».

Oí que se cerraba la puerta y que la voz de papá adquiría un tono más agudo. La reconocí como su voz de «hablar con niños pequeños».

—Te prepararemos una cama de lo más cómoda en la habitación de invitados, ¿vale? Justo delante de la habitación de Matthew. Ya conoces a Matty, ¿verdad?

Salí al pasillo. Mamá estaba subiendo la escalera, tenía los ojos muy abiertos.

—El señor Charles tenía dolor en el pecho y la policía ha decidido llevarlo al hospital para que le echen un vistazo. Casey pasará la noche aquí con nosotros.

¿Verdad que está bien?

—No, en absoluto.

Ignoró mi comentario, entró en la habitación del bebé y empezó a arrastrar las cajas de cosas del bebé para sacarlas al pasillo. Dejó encima el móvil de los elefantes, que seguía con las cuerdas enredadas. Cinco largos años de colgar en el limbo y ahora se lo quitaba así de encima, sin miramientos.

—¡Brian! Prepárale a Casey un vaso de leche, ¿quieres?

Miré por encima de la barandilla y allí estaba, en la alfombrilla de la entrada, vestida con un camisón pasado de moda y abrazando a esa muñeca asquerosa. Siguió a papá hacia la cocina y levantó la vista hacia mí. Me miró con los ojos entrecerrados.

—¿Dolor en el pecho? —dije—. ¡Seguramente será una indigestión! ¿Y para qué tiene que ir al hospital?

Mamá me miró enfurruñada.

—¿Desde cuándo eres tú un experto en temas médicos? —dijo enarcando una ceja.

Me encogí de hombros. Una pequeña porción del pastel que le había regalado Melody era suficiente para provocar dolor abdominal a cualquiera.

—¿Y no puede dormir abajo, en el sofá?

Mamá resopló cuando dejó la última caja y una minúscula nube de polvo se elevó por los aires.

—Pero ¿qué dices, Matthew? A veces dices cosas muy extrañas. ¿Cómo quieres que permita que una niña pequeña duerma abajo sola, sobre todo después de que su hermano haya desaparecido?

Se secó el sudor de la frente y dijo:

—¿Dónde estará aquel colchón de espuma? Con eso bastaría y...

Mamá se marchó a su habitación mientras yo seguía deambulando por el pasillo. Papá seguía abajo y le hablaba a Casey sobre el gato diabólico.

—Este *Nigel* es un tonto, ¿sabes, Casey? ¿Quién ha visto alguna vez a un gato al que le guste dormir en una mesa de billar? ¿Te apetece una galleta? Oh, no, mejor que no, porque imagino que te habrás cepillado los dientes. ¿Sheila? ¿Estás ya?

Mamá reapareció arrastrando el polvoriento colchón de espuma, que había vivido tiempos mejores. Lo esquivé, intentando cortarle el paso sin tocar nada y viendo el sendero de trozos de espuma amarilla que iba dejando a su paso.

—¡Pero si ni siquiera nos conoce! —murmuré—. ¿Cómo puede el señor

Charles dejarla con una familia que no conoce? ¿No tendrían que intervenir los servicios sociales?

Mamá entró la cama en la habitación y la colocó en la esquina más próxima a la mesa del ordenador.

—Su madre está volando hacia aquí y llegará en pocas horas y, de todas formas, ha sido el señor Charles el que ha sugerido que se quedara y no vamos a decirle que no a uno de nuestros vecinos en un momento como este, ¿no te parece? Trae un par de sábanas y una almohada, ¿quieres?

Dudé un momento, y entonces utilicé la parte superior del pijama para abrir la puerta del armario de la ropa blanca. Había sábanas, fundas de edredón nórdico, toallas y fundas de almohada apiladas hasta el techo.

Papá subió con Casey por la escalera.

—¡Aquí estamos! Nuestra niña está lista para acostarse. Te dejo que te ocupes tú, Sheila, ¿de acuerdo? Veo que ya está todo bajo control.

Y volvió a bajar canturreando para sus adentros.

Casey miraba el suelo y tenía la muñeca pegada a la barbilla.

—Ya estamos casi, cariño. Pásame las sábanas, Matthew. ¡No te quedes ahí parado!

No me moví.

—No sé cuáles quieres —dije.

Mamá resopló y cogió las que quería.

—¿Quieres que te suba luego un vaso de agua por si tienes sed por la noche, Casey? —preguntó mamá, poniéndose a cuatro patas para hacer la cama.

—Sí, por favor —respondió Casey.

—Caramba, qué cosa más bonita llevas ahí —dijo mamá, señalando a la muñeca, que evidentemente no era una cosa bonita, sobre todo después de haberse zambullido en el estanque y en la piscina de plástico—. ¿Tiene nombre?

Casey hizo un gesto de indiferencia y luego me miró a mí y sonrió.

—Goldie —musitó.

—Goldie —repitió mamá—. Ah, debe de ser por... por ese pelo tan precioso que tiene, como «dorado». Ahora, espérate aquí con Matthew mientras bajo a buscarte el vaso de agua.

En cuanto mamá desapareció, Casey se quedó mirándome, formó una «O» con la boca y dio uno de aquellos besitos.

—¿Es esa tu pecera, niño pez? —preguntó mirando hacia mi habitación, que quedaba a mis espaldas.

«Muac, muac, muac».

—¿No te aburres todo el día nadando allí? Arriba y abajo, arriba y abajo.

Me escocían los ojos.

—¿Acaso te importa?

«Muac, muac, muac».

Me siguió hasta la puerta de mi habitación.

—¿Tienes ahí dentro uno de esos cofres del tesoro que se abren y cierran y sacan burbujitas? ¿Eh, pececito?

Intentó pasar por mi lado y entrar en la habitación, pero le corté el paso. Ladeó la cabeza hacia un lado y me miró otra vez entrecerrando los ojos.

—¿Cómo lo haces para respirar cuando estás fuera de la pecera? ¿Por qué no te mueres?

Le cogí la muñeca y dio un gritito.

—Respiro mucho mejor de lo que respiraba tu hermano cuando lo empujaste al estanque, bruja mala.

—¡Devuélvemela!

Intentó cogerme la muñeca, pero yo la mantuve en alto para que no pudiera alcanzarla. Notaba los gérmenes bajándome por el brazo.

—¿Qué le has hecho, eh? ¿Dónde está Teddy? ¿Qué le has hecho a tu hermano?

La niña se puso colorada y empezó a patalear sobre la moqueta.

—¡Quiero que me la devuelvas! ¡Dámela, pero ya!

Oí que mamá empezaba a subir la escalera.

—¿Todo bien?

Cogí la cabeza de la muñeca y la retorcí hasta que emitió un repugnante crujido y cayó hacia un lado. Se la tiré contra el pecho y cerré de un portazo mi habitación.

* * *

Me desperté sudando a las 2.18 h Necesitaba volver a lavarme. Seguía notando en la mano el pelo enmarañado de la muñeca, una sensación rasposa, como un alga seca.

La casa estaba en silencio, y abrí con cuidado la puerta para salir al pasillo y asomar la cabeza para ver a Casey. Tenía ambos brazos extendidos por encima

de la cabeza. La boca abierta y seca y le caía por la mejilla un hilillo blancuzco de saliva. Roncaba un poco. La muñeca rota colgaba de la cama, y la cabeza decapitada descansaba en la moqueta. Casey abrió de repente los ojos y me sobresalté.

—¿Niño pez? —dijo en voz baja.

No respondí y me fui hacia el cuarto de baño, pero ella continuó.

—Lo tiene la vieja, Niño pez.

Entré en la habitación.

—¿Qué dices? ¿Qué vieja?

Tenía el rostro inexpresivo, los ojos otra vez cerrados. Como si estuviera dormida.

—Casey —dije en voz baja—. ¿Sabes quién se ha llevado a Teddy?

Frunció el entrecejo en sueños, y entonces, abrazando a la muñeca contra el pecho, se dio la vuelta y se quedó de espaldas a mí.

Miré la casa de la Vieja Nina a través de la cortina entreabierta. Se veía más oscura de lo habitual. Había algo distinto. Estaba a punto de dar medio vuelta para marcharme cuando caí en la cuenta. La lámpara amarilla —la que estaba encendida día y noche detrás de la ventana del salón delantero— no estaba allí.

La habían apagado.

La doctora Rhodes

—A lo mejor tendríamos que haberlo cancelado, Brian. No me parece bien ausentarnos ahora. Deberíamos estar colaborando con la búsqueda.

Estábamos todos en el coche en el camino de acceso, a la espera de poder salir marcha atrás, pero había una furgoneta blanca que nos bloqueaba el paso.

—Hay centenares de personas ayudando, Sheila. El policía ha dicho que cuando volvamos podemos seguir ayudando.

Saludó con un gesto de cabeza al agente Campen, que estaba apostado junto a la valla del señor Charles. Papá había hablado con él para que moviese la furgoneta y pudiéramos irnos.

«... siento mucho molestarlo, pero tenemos una cita para mi hijo. Vamos a visitar a un especialista...».

Estaba mareado y me temblaban las rodillas. Lo único que quería era volver a entrar en casa.

—A mí no me importa ir otro día. Tal vez sería mejor esperar —dije.

Mamá miró a papá, pero los dos me ignoraron y mamá cambió de tema.

—La pobre Casey, imagínate que te saquen de la cama como la han sacado a ella. Podría haber esperado a que se despertara, ¿no os parece?

Melissa Dawson, la madre de Casey y Teddy, había venido directamente del aeropuerto a casa y había recogido a su hija a las cinco de la mañana. Yo dormía y no me había enterado de nada.

—Creo que nunca había visto un abrazo como ese. ¡Por un momento pensé que iba a ahogar a la niña! —dijo mamá—. Al menos, por lo que al señor Charles se refiere, las noticias son buenas.

El señor Charles había vuelto del hospital a las seis y media de la mañana después de que le hicieran un montón de pruebas.

Y yo tenía razón: era una indigestión.

Papá puso el coche en marcha, como si aquello fuese a acelerar las cosas.

Vi por la ventanilla a Melody, con su jersey negro y los brazos cruzados, dirigiéndose al callejón que había entre la casa de Jake y la de la Vieja Nina. Me miró, me saludó con un gesto de cabeza y yo se lo devolví. A primera hora de la mañana le había enviado el siguiente *email*:

Para: Melody Bird

De: Matthew Corbin

Asunto: Nueva misión – La Rectoría

Mira a ver qué averiguas sobre la Vieja Nina. ¡Echa un vistazo!

Matthew

Me volví para ver la vieja casa victoriana. La lámpara seguía apagada.

—Me pregunto dónde estará el padre de Casey y Teddy. Cabría pensar que aparecería por aquí, ¿no? —dijo mamá. Bajó la visera parasol y se miró en el espejito—. Penny ha salido esta mañana en las noticias. Solo cuatro segundos; no ha salido tanto rato como tú, Matthew.

Me encogí solo de pensarlo.

—Le han preguntado cómo estaban los vecinos, y ha respondido: «Estamos todos rezando por el pequeño Teddy». Qué bonito, ¿verdad? Llevaba esa blusa de color crema que se puso para la boda de su sobrino el año pasado. Y se había pintado los labios. De rosa fucsia. No me ha parecido muy adecuado. Un toque de brillo habría sido mejor.

Nos quedamos todos en silencio.

Papá tocó el aire acondicionado y recibí una ráfaga de aire frío en la frente. Iba a preguntarles si podía entrar en casa para lavarme las manos cuando aparecieron dos personas con mono de color blanco por casa del señor Charles.

—Científicos forenses —dije en voz baja; lo sabía por la tele.

Me fijé en que, de camino hacia la furgoneta, uno de los integrantes del equipo forense se quitaba los guantes de látex y se echaba la capucha hacia atrás. «Si yo tuviera ese tipo de prendas para llevar todo el día, estaría muy bien», pensé. Resguardado por una capa protectora... sería perfecto para mí. La furgoneta se movió y el estómago me dio un vuelco cuando empezamos a

arrancar marcha atrás hacia la calle.

* * *

Decidí utilizar de nuevo mi cuaderno. El que tenía en la cabeza, no en el bolsillo.

Jueves, 29 de julio. 10.00 h Consulta de la doctora Rhodes.

Número de personas en la consulta = 4

Número de personas felices de estar en la consulta = 1 (y porque le pagan por ello, solo por eso).

Número de folletos relacionados con la salud mental = 16

Número de folletos con fotografías de adolescentes rascándose la frente = 3

La doctora Rhodes no era como me esperaba. Era menuda y tenía el pelo rojo como un buzón y recogido en lo alto de la cabeza (seguramente para parecer más alta), y en la nariz llevaba un *piercing* con un pequeño diamante que brillaba cuando se movía. Estaba sentada en una silla con respaldo alto y tenía un bloc en el regazo. Los pies apenas si rozaban el suelo.

Papá, mamá y yo nos apretujamos en un sofá de piel marrón, de un tono similar a las piernas bronceadas con espray de mamá. Papá tosía sin cesar para aclararse la garganta y prepararse para soltar algún tipo de chiste que, por suerte, nunca llegó a soltar. Mamá no paraba de hablar sobre la desaparición de Teddy y de que no se sentía bien estando allí en un momento como aquel. Su voz de pija estaba en perfecta forma.

—Íbamos a cancelar la visita, ¿verdad, Brian? No sabíamos qué hacer. No me parece bien seguir comportándonos como si todo fuera normal. Tampoco es que esto sea normal, claro. Pero, bueno... ya me entiende...

Papá se rascó la frente y refunfuñó, pero me parece que mamá no lo oyó.

La doctora Rhodes se mostró de acuerdo en que la situación era horrible y consiguió tranquilizar a mamá y convencerla de que acudir a la visita no era en absoluto irrespetuoso. Mamá exhaló un suspiro de alivio después de recibir el

visto bueno de una profesional.

Yo tenía en las rodillas un portapapeles negro y altamente peligroso con una «lista de comprobación» que dijo la doctora Rhodes que completaríamos juntos en un minuto. El bolígrafo se movía por el papel y lo presioné con la punta de un dedo protegido con látex para mantenerlo quieto. (No podía hacer frente a aquello sin ponerme un guante en cada mano, de modo que ya no me quedaba ninguno. Guantes de látex = 0.)

Mi secreto había salido a la luz.

—¿Puedo preguntar quién ha estado proporcionándole guantes a su hijo? —dijo la doctora Rhodes con una sonrisa.

Papá volvió a toser y miró a mamá. Yo bajé rápidamente la vista hacia el formulario y simulé estar concentrado en las preguntas. Una de ellas preguntaba si mis obsesiones iban acompañadas por «pensamientos mágicos» y me cuestioné si tendría alguna cosa que ver con trucos de magia con cartas.

—Bien, doctora. Le aseguro que yo no sabía que mi esposa estaba proporcionándole guantes a nuestro hijo. Y de haberlo sabido, yo no habría estado de acuerdo con ello.

Cada vez que decía «yo», empujaba la cabeza hacia delante, como un pájaro cuando picotea el comedero.

—¡Brian, hablas como si hubiera cometido un crimen! Lo he hecho solo para protegerle la piel al pobre.

La doctora Rhodes abrió la boca para intervenir, pero ya se habían disparado.

—¿Protegerlo? ¿Cómo va a protegerlo eso? Solo sirve para empeorar las cosas.

—¿Pero acaso no viste cómo tenía las manos? ¡Las tenía llenas de ampollas por la lejía!

Mamá chilló al pronunciar la palabra *lejía* y, siendo sincero, transmitía un poco la sensación de que estaba loca.

—Pero darle guantes solo servirá para que lo haga más, ¿no? Eso es de cajón...

—Estaban llenas de ampollas, Brian —dijo mamá, con su rostro poniéndose colorado debajo del bronceado artificial—. ¡Ampollas!

Lo dijo como si fuese una palabrota. Me hundí aún más en el sofá e intenté desesperadamente evitar las gotas de saliva que volaban por todas partes. La doctora Rhodes levantó ambas manos para tranquilizarlos y, sorprendentemente, el truco surtió efecto. A lo mejor ella sí sabía utilizar eso de los «pensamientos

mágicos».

—Señor y señora Corbin, veo perfectamente ambos puntos de vista. Señora Corbin, comprendo totalmente por qué ha querido proteger a su hijo si es que ha empezado a autolesionarse de modo no intencionado y sí, señor Corbin, sabemos que un paciente mejorará con mayor rapidez si quienes lo rodean no colaboran en sus compulsiones.

Mis padres se cruzaron de brazos en sincronía, refunfuñaron y se recostaron en el sofá, pensando claramente, cada uno de los dos, que habían ganado.

—Y ahora, veamos... —La doctora hizo una pausa para ponerse unas gafas con montura verde fluorescente y consultó sus notas—. Por lo que veo, te cuesta ir a la escuela últimamente. ¿Podrías contarme por qué, Matthew?

Abrí la boca sin saber muy bien por dónde empezar, pero papá llenó mi silencio.

—Tiene miedo. De bichos y de cosas por el estilo.

—No son los bichos, Brian. Son los gérmenes... ¡Gérmenes! Cree que va a caer enfermo, ¿verdad, cariño?

La doctora Rhodes los interrumpió para decirles que aquello era más común de lo que nos imaginábamos. Dijo que en una escuela de tres mil alumnos había probablemente unos veinte jóvenes afectados por un Trastorno Obsesivo Compulsivo. Y que eso era lo que creía que yo tenía. TOC. Pero que yo tenía que completar aquella lista para poder estar segura.

—Seguramente es porque se ha criado con tu manía de pasar el aspirador por toda la casa cada diez minutos. ¡No me extraña! Siempre te has pasado con la limpieza.

Papá se había vuelto a disparar.

La doctora Rhodes se quitó las gafas y miró el reloj de la pared. Yo lo miré también y ojalá no lo hubiera mirado. Estábamos aproximándonos a las diez y diezmastrés. Lo cual no era buena señal.

—Soy limpia, Brian, simplemente. Y eso no es malo. Si tú no estuvieras siempre dejándolo todo tirado por ahí...

Papá se cruzó por delante de mí, su piel pegándose a mi camisa. A mi brazo.

—Oh, otra vez es culpa mía, ¿verdad? ¡Siempre es culpa mía!

—Papá... me estás tocando el brazo.

La doctora Rhodes se inclinó hacia delante y se movió inquieta en su asiento. La segunda manecilla del reloj superó el tres.

—Señor y señora Corbin, este tema no funciona así. De hecho, el TOC no

gira siempre en torno a los gérmenes o la limpieza. Si pudiéramos...

—No puede decirse precisamente que seas un hombre aseado, ¿no crees, Brian? ¡Mira en qué estado tienes el cobertizo! Abres la puerta y te caen todos los trastos encima...

—No empieces otra vez con mi cobertizo...

—... y luego andas quejándote de que no encuentras nada.

—¡No, eso no es verdad! Yo nunca me quejo de eso.

El brazo de papá me rozó otra vez, y me aparté todo lo posible sin tocar a mamá por el otro lado.

—Papá...

La doctora Rhodes se pellizcó el puente de la nariz.

—Si dejaras las cosas en su sitio, no sería tan complicado, ¿no te parece?

—¡Papá! Muévete un poco para allá... ¡Estás tocándome el brazo!

La atención de papá recayó entonces en mí. Tenía la cara roja como el pelo de la doctora Rhodes. Me aparté todo lo que pude.

—Oh, te estoy tocando el brazo, ¿no? ¿Acaso no puedo ni tocar a mi propio hijo?

Se volvió y me aparté todo lo que pude.

—¿Y qué me dices de un abrazo? ¿O de un beso el día de tu cumpleaños? ¿Cuando tengas las notas de los exámenes? ¿Cuando apruebes el carnet de conducir? ¿Qué tal si nos damos la mano para celebrarlo, eh?

Movió la mano hacia mí, los dedos unidos y el pulgar señalando hacia arriba. Aquella mano, que de pequeño me parecía tan fuerte y tan segura, me llenó de terror. Escondí los guantes debajo del portapapeles y la mano de papá cayó en su regazo. Su expresión se derrumbó, dejó de mirarme y rompió a llorar discretamente. Pensé que tenía que decir alguna cosa, pero mi garganta estaba cerrada. Y además, miré el reloj de la pared y vi que había llegado el minuto de la mala suerte. Me mantuve inmóvil y conté mentalmente hasta siete varias veces. Afortunadamente, la doctora Rhodes intervino.

—Creo, señor y señora Corbin, que estaría bien que salieran un momento para que yo pueda hablar un ratito a solas con Matthew. Luego decidiremos juntos cómo vamos a gestionar todo esto. ¿Te parece bien, Matthew?

Me miró y sonrió, fingiendo que papá no estaba llorando y que todo iba perfectamente bien. Perdí el hilo de mis cuentas y tuve que volver a empezar.

—Aquí al lado hay una cafetería. Vayan, tomen un poco el aire y vuelvan dentro de media hora. ¿De acuerdo?

Mamá y papá se mostraron aliviados de poder huir de allí y se levantaron del sofá. Salieron medio encorvados y cerraron la puerta.

—Ahora podremos charlar tranquilos —dijo la doctora Rhodes sonriéndome con amabilidad.

Anotó algo en su bloc y me miró de nuevo. Yo seguía mirando el reloj. Faltaban veinte segundos.

—Empecemos de nuevo. ¿Qué tal estás, Matthew? ¿Qué te parece esto de haber venido hoy aquí?

Silencio.

«Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete...».

Mis ojos se clavaron otra vez en el reloj y ella siguió mi mirada.

—¿Algún problema, Matthew?

Silencio.

«Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete...».

La doctora Rhodes ladeó la cabeza y esperó. La segunda manecilla pasó el doce y respiré hondo.

—No, no, ningún problema —respondí.

La doctora frunció el ceño. Tenía la sensación de que era capaz de entrar en mi cabeza y ver todos los números flotando. Si le sumaba siete al número malo obtenía veinte y neutralizaba su poder. Ella lo sabía. Sabía perfectamente lo que había estado haciendo.

—¿Qué quieres obtener de estas sesiones, Matthew?

Me encogí de hombros.

—La verdad es que no lo sé.

De pronto me sentí ridículo, allí sentado con aquellos estúpidos guantes de látex. La doctora esperó, bolígrafo en mano y con la cabeza ladeada. Abrí la boca pero no conseguí decir nada. La necesidad de huir, de llegar a casa y poder lavarme, era insoportable. Sentía un fuerte hormigueo en el brazo que había entrado en contacto con papá, provocado por todos los gérmenes que se estaban metiendo por el interior de la manga.

—¿Recuerdas cuándo fue la primera vez que sentiste la necesidad de lavarte?

Me rasqué la cicatriz que tenía por encima de la ceja. La marca que demostraba que era el responsable de la muerte de mi hermano.

—Hace unos años, supongo.

La doctora Rhodes sonrió.

—Tus padres me han comentado que la situación ha empeorado

últimamente. ¿Sabes por qué? ¿Sabes qué es lo que te ha puesto más ansioso?

Fijé la mirada en las rodillas y me imaginé mentalmente a mi vecina, Hannah Jenkins. Aquel enorme vientre de embarazada con su minúscula vida protegida en el interior. Me estremecí.

Levanté la vista hacia la doctora Rhodes y me encogí otra vez de hombros.

—No. Ni idea.

La doctora se recostó en su asiento.

—Muy bien, Matthew, dejemos esto por el momento y empecemos con el formulario que te he dado, ¿de acuerdo? Veamos si detectamos qué área te incomoda más.

* * *

Acabé de rellenar el formulario, satisfecho por no haber marcado todas las casillas; de hecho, solo había marcado una cuarta parte. Pero ella había acertado, al parecer tenía un Trastorno Obsesivo Compulsivo.

—¿Quieres que te explique lo que es? —dijo, y asentí. Continuó—. Lo del «obsesivo» significa que durante gran parte del día hay algo que ocupa el lugar más importante en tu cabeza. En tu caso, todo gira en torno a los gérmenes y caer enfermo. En el TOC, la obsesión puede llegar a provocar mucha inquietud y tener un impacto significativo en la vida diaria; impedirte ir al colegio, por ejemplo.

En esto, de momento, había acertado.

—Lo de la «compulsión» se refiere a tu necesidad de lavarte constantemente, y de hacerlo una y otra vez hasta que te sientes bien.

Esperó para que yo lo asimilara.

Resultó que al final también tenía lo del «pensamiento mágico», pero que no tenía nada que ver con trucos de magia. Al parecer, creía que mis actos y mis pensamientos podían impedir «mágicamente» que a mí o a mi familia nos atacara algún tipo de enfermedad, aunque yo sabía en el fondo, muy muy, pero que muy en el fondo, que todos mis actos eran completamente ridículos y que esta forma de pensar no tenía ningún poder. Que lo de lavarme era, simplemente, una pérdida de tiempo y energía.

«¿Y ahora que sé esto, qué hago? ¿Me marcho a casa a lavarme las manos?», quería decirle.

La doctora Rhodes me preguntó si quería añadir algo más, cualquier cosa que no cubrieran las preguntas. Pensé tal vez en mencionarle a Callum, pero no tenía valor para pronunciar su nombre e hice un gesto de negación con la cabeza. La verdad es que estaba un poco abrumado.

Se puso a hablar sobre una técnica que me ayudaría y que se llama Terapia Cognitivo-Conductual. Dijo que juntos entrenaríamos de nuevo a mi cerebro para que dejase de pensar tal como piensa ahora y que, al cabo de un tiempo, yo dejaría de hacer lo que ahora hacía. Que no iba a ser fácil, sobre todo la terapia de exposición y prevención, pero que daría un primer paso con ello y...

Dejé de escucharla porque me pitaban los oídos y notaba el pánico burbujeando en el estómago. Quería salir de una vez de allí. Siguió hablando sobre técnicas de relajación y me pidió que cerrara los ojos y me imaginara que el estómago era como un globo deshinchado que tenía que inflar. Miré de reojo el reloj, cerré los ojos y empecé a escribir mentalmente mi lista:

Jueves, 29 de julio. 10.57 h Consulta de la doctora Rhodes. Hechos sobre la doctora Rhodes:

Toma mucho café. (Las paredes han absorbido el olor a café).

Le gustan las antigüedades, la jardinería, las novelas de intriga de autores norteamericanos (observaciones de la librería).

Una hija. ¿Madre soltera? (Dibujo infantil en una estantería de la librería con dos figuras de palo, una más alta que la otra. Las dos llevan una falda triangular y se dan la mano).

La hija ha ido hace poco al médico o a un hospital. (En la suela del zapato tiene una pegatina redonda con una jirafa sonriente que dice «Paciente estrella»).

—... y ahora... abre lentamente los ojos y respira hondo otra vez...

Abrí los ojos y me contuve de mirar directamente el reloj. Imaginé que ya se habría agotado el tiempo. Sonreí a la doctora intentando parecer relajado, intentando parecer un paciente estrella que se sentía mejor y estaba ya listo para ir a casa, muchas gracias.

—¿Puedo ir al baño, por favor?

Me senté en la punta del sofá y me moví con inquietud, como si de verdad tuviera que ir. La doctora Rhodes se quedó mirándome. Una mirada que decía: «Soy una psicoterapeuta con mucha experiencia y sé perfectamente lo que haces».

Hizo una pausa, dejándome en suspense.

—Pues claro, está justo cuando salgas a la izquierda, y si de paso puedes decirles a tus padres que entren, sería...

Pero yo ya me había ido. Pasé corriendo por delante de mamá y papá, que esperaban fuera, entré en el pequeño aseo y cerré la puerta con el pestillo.

Era un lavabo moderno y elegante, con un frasquito con flores secas olorosas encima de la cisterna. Me desabroché la camisa y llené el lavabo con agua caliente, limpia y limpiadora. Después de quitarme la camisa, la metí por el interior de la cintura del pantalón para que no se ensuciara y me quité los guantes. Los guardé en el bolsillo de atrás. Sin tocar nada más, sumergí el brazo derecho en el agua hirviendo y con la mano izquierda me eché agua hasta lo alto del antebrazo para eliminar todos los gérmenes que papá me había pasado.

* * *

Volvimos a casa en silencio. Me habría vuelto a poner los guantes, pero no me parecía bien. Estaban sucios. Cuando llegamos a Chestnut Close, papá paró al lado de la cinta azul y blanca que cortaba el paso a la calle. Vi que había aparcado un camión grande de la tele, y el grupito de periodistas se quedó mirándonos mientras esperábamos a que nos dejaran pasar.

Mamá bajó la ventanilla cuando se acercó un policía con un portapapeles. A ese aún no lo había visto nunca; era mayor y el uniforme le quedaba muy tirante por la barriga.

—Buenas tardes —dijo.

Mamá le dio nuestros nombres y la dirección, y el policía consultó la lista.

—Número nueve —le repitió—. Justo al lado, ¿no?

—Sí, todo esto no ha sido muy agradable, agente —dijo mamá.

Me incliné hacia delante.

—¿Podemos pasar? Necesito ir al baño.

—Así que tú debes de ser el niño de la ventana —dijo el policía señalándome con el bolígrafo—. ¿Matthew, no? Lo viste antes de que desapareciera, ¿verdad?

—Sí, sí, así es, agente —dijo papá, que parecía curiosamente orgulloso de mí.

El policía anotó alguna cosa.

—¿Qué haces entonces por aquí fuera? Tenía entendido que eras de los que viven encerrados.

—Hoy ha empezado su terapia —dijo mamá.

—¿Podemos ir a casa? ¡Por favor! —dije.

Mamá subió la ventanilla y el policía soltó la cinta por uno de los extremos, dejando el espacio justo para que pasara el coche.

Gordon iba caminando hacia su casa y mamá volvió a bajar la ventanilla cuando nos paramos a su lado.

—¿Se sabe algo, Gordon?

Gordon meneó la cabeza y se abanicó con el sombrero. Tenía el pelo mojado de sudor. Parecía agotado.

—No. Nada. Hemos buscado por todas partes. Por todas partes.

Estaba tan cansado que apenas podía hablar.

—¿Y qué tal está Penny? Dile que se pase por casa cuando quiera, ¿vale?

Papá refunfuñó tal vez demasiado fuerte. No aguantaba a Penny. Decía que era un murciélago viejo y chafardero.

Gordon se secó el sudor de la nuca.

—Penny es Penny. Ya sabes cómo es, siempre anda ocupada.

Dejó caer los hombros y siguió camino a su casa.

Aparcamos en nuestro camino de acceso al garaje y papá apagó el motor mientras todos mirábamos en silencio el número once. Melissa Dawson, la madre de Teddy y Casey, estaba en la entrada de la casa del señor Charles de espaldas a nosotros.

Hablaba con un agente vestido con traje que señalaba las rosas, como si estuviese dándole consejos de jardinería y no hablando de su hijo desaparecido. Ella permanecía con los brazos cruzados muy pegados al cuerpo, la cabeza convulsionándose, como si estuviese todavía conmocionada. El policía siguió hablando; señaló entonces la verja, que estaba cerrada y luego se había encontrado abierta, y después señaló hacia la casa en el interior de la cual estaban Casey y el señor Charles en el momento de los hechos, y finalmente señaló hacia nuestra ventana, la ventana de la oficina desde la cual yo había visto a Teddy recogiendo pétalos.

Con expresión agónica y los ojos llenos de lágrimas, Melissa Dawson se

volvió para mirar, y entonces, como un ascensor que se descuelga, se derrumbó en el suelo y quedó tendida en el cemento. Mamá sofocó un grito y se llevó la mano a la boca. El hombre del traje gritó a uno de sus colegas y se arrodilló al lado de la mujer, que empezó a llorar. Jamás en la vida había oído un sonido como aquel: animal y agonizante. Me tapé los oídos con las manos y noté que los gérmenes de los guantes usados se extendían por la cara. El hombre empezó a darle unos golpecitos rítmicos en un hombro y entonces apareció una policía que la ayudó a levantarse y la acompañó hacia la casa.

—Oh, Brian, pobre mujer —sollozó mamá.

Papá se había quedado sin habla.

Cuando entramos en casa, me quité los zapatos de un puntapié y subí corriendo. Entré en mi habitación y me desnudé hasta quedarme en calzoncillos. Sabía que el León del Papel Pintado se estaba riendo de mí. Dejé la ropa sucia afuera, junto a la puerta, y me quité el último par de guantes, destrozados por gérmenes y enfermedades. Entré otra vez en la habitación, cogí mi equipo de limpieza y me rocié con espray antibacteriano. La fresca bruma del producto cayó en gotas sobre brazos y piernas y noté que la piel me escocía. Cogí el cuaderno que había dejado en la mesita de noche y anoté con rabia:

Jueves, 29 de julio. 11.34 h. Mi habitación.

Número de Leones del Papel Pintado = 1

Número de cuadernos terminados = 8

Número de cuadernos en blanco = 4

Número de cuadernos a medias = 1

Número de vecinos desaparecidos = 1

Melody Bird

Para: Matthew Corbin
De: Melody Bird
Asunto: ¡LA VIEJA NINA!
¡Tiene un sótano!!!!!!!
Agente M x

Le escribí la respuesta con el corazón latiendo a cien mil. Me había envuelto los dedos en un pañuelo de papel que se me caía todo el rato.

Para: Melody Bird
De: Matthew Corbin
Asunto: ¡LA VIEJA NINA!
¿Qué? ¿Cómo lo sabes?

Me recoloqué el pañuelo de papel.

Para: Matthew Corbin
De: Melody Bird
Asunto: ¡LA VIEJA NINA!
He llamado a la puerta. No me ha abierto, evidentemente, pero debajo de la ventana de la habitación de delante, detrás de aquel arbusto grande, se ve un cristal. ¡¡Es como la claraboya de un sótano!! ¿Crees que deberíamos contárselo a la policía?

Cavilé la respuesta. No puedes andar acusando a la gente por el mero hecho de que tenga el escondite perfecto en su casa. Necesitas pruebas. Me levanté

para observar la Rectoría. Justo delante de la ventana mirador de la casa había un feo arbusto con ramas llenas de pinchos como agujas; debajo se veía algo que brillaba bajo el sol. Forcé la vista. Vislumbré un triángulo pequeño de cristal, un fragmento de ventana apenas visible detrás de las ramas. No me había fijado nunca, pero Melody tenía razón. La Vieja Nina tenía un sótano.

Para: Melody Bird

De: Matthew Corbin

Asunto: ¡LA VIEJA NINA!

Tienes razón. ¡Buen trabajo! ¿Podrías ir por atrás? ¿Ver qué se ve desde el cementerio?

Para: Matthew Corbin

De: Melody Bird

Asunto: ¡LA VIEJA NINA!

Ya lo he intentado. Pero hay tanta vegetación que no se ve nada. Creo que tendrás que vigilar la casa, Matthew. ¡A ver si detectas algo que se salga de lo habitual!

Jake salió de su casa y empezó a deambular por la urbanización. Llevaba las manos hundidas en los bolsillos del pantalón vaquero y andaba arrastrando los pies, dándole puntapiés a una piedra hasta meterla en una alcantarilla. De vez en cuando miraba al policía apostado delante del número once. Me vio también a mí, pero no me dijo nada. Parecía aburrido.

Me escocían las manos. Me las había lavado una y otra vez, pero los gérmenes se abrían paso por debajo de las uñas y se adentraban en el riego sanguíneo. La necesidad de lavármelas de nuevo era apremiante.

Para: Melody Bird

De: Matthew Corbin

Asunto: Ayuda

Melody, necesito tu ayuda.

Dejé de teclear. No me quedaba otro remedio. Aunque Melody fuera un poco rara, no tenía a nadie más a quien pedírselo. Inspiré hondo dos veces. Una vez enviado este *email*, mi verdad saldría a la luz. Sería vulnerable. El pañuelo de papel que me protegía el dedo índice se me resbaló y lo apreté todo lo posible antes de continuar:

Necesito que me compres guantes de látex. Una caja. Te lo pagaré cuando nos veamos. Creo que en la farmacia de High Street tienen.
Pero no puedes traérmelos a casa. Tendremos que vernos en algún lugar por aquí cerca.
Matthew

Pulsé la tecla *enviar* y esperé. Jake estaba ahora delante de la Rectoría, mirando hacia la ventana del dormitorio. Miré a donde él estaba mirando y vi que se movía la cortina. La Vieja Nina también estaba observándolo.

El relojito de la esquina inferior de la pantalla decía que eran las 12.12 h Mantuve los ojos clavados en él hasta que cambió al número peligroso y entonces cerré los ojos y conté repetidamente hasta siete: «Que el número maligno se transforme en un hermoso veinte y todo será bueno y reluciente».

La trompetilla anunció que Melody había respondido mi mensaje, pero continué con los ojos cerrados hasta que estuve seguro de que había pasado el minuto fatídico. Cuando los abrí, en la esquina de la pantalla aparecían las 12.14 h Noté que se me destensaban los hombros al relajarme.

Para: Matthew Corbin
De: Melody Bird
Asunto: Ayuda
De acuerdo.
Melody x

Solté el aire. No me había dado cuenta hasta aquel momento de que había estado conteniendo la respiración. Corrí al cuarto de baño a lavarme.

* * *

Nunca me había fijado mucho en Melody Bird. En el colegio era una de esas niñas que siempre parecían tener prisa para ir a algún lado, que caminaban con la cabeza baja concentradas en el suelo que pisaban y que cuando corrían de un aula a otra entre clase y clase conseguían no chocar contra nadie. Había empezado a fijarme en sus peculiaridades muy recientemente. Tenía los cuadernos llenos de notas sobre ella:

Jueves, 24 de abril. Nublado. Oficina/Cuarto del bebé.

16.03 h Melody se dirige al callejón cubierto de vegetación que hay entre la casa de Jake y la de la Vieja Nina. Allá atrás no hay nada, excepto el cementerio.

Miércoles, 28 de mayo. Despejado. Algo de viento. Oficina/Cuarto del bebé.

16.37 h Melody va a visitar otra vez el cementerio.

Jueves, 29 de mayo. Lluvia intensa. Oficina/Cuarto del bebé.

16.15 h Melody va al cementerio. Y eso que fue ayer. ¿¿¿Qué debe de hacer allí???

Domingo, 14 de junio. Nublado. Oficina/Cuarto del bebé.

14.35 h Jake arrincona a Melody cuando llega del colegio. Le quita la mochila y la mantiene en alto para que ella no pueda cogerla. Le dice alguna cosa y ella niega con la cabeza e intenta recuperar la mochila. Al final, él la lanza a la cuneta, ella la recoge y se marcha corriendo a su casa.

Melody y yo íbamos juntos a algunas clases, la peor de todas era la de teatro. Odiaba hasta el último milisegundo que pasaba allí. La señorita King, la profesora de teatro, insistía en que todos lleváramos un actor dentro y que su trabajo consistía en sacárnoslo para que el resto de la clase pudiera disfrutarlo. Eso resume básicamente por qué lo odiaba tantísimo.

Una vez tuvimos que dar saltos y revolotear por la clase como si fuéramos mariposas, y cuando la profesora nos decía que paráramos, teníamos que volvernos de cara a la persona que teníamos más cerca e imaginarnos que entre nosotros había un cristal y entonces teníamos que imitar los movimientos del otro.

—¡Muy bien, 7.º A, ahora seremos unas mariposas preciosas! —dijo aquel día, agitando las manos de tal modo que todas las pulseras que llevaba empezaron a repiquetear—. ¿Estamos todos listos para agitar esas alitas?

¡Estupendo! Empieza la cuenta atrás: tres... dos... uno... ¡A VOLAR!

La señorita King se colocó en el centro del aula y se puso a dar palmadas mientras nosotros nos movíamos con torpeza a su alrededor. Al cabo de un rato, algunas niñas empezaron a entrar en el juego, a corretear de puntillas y a agitar las manos. Los niños se mostraron menos entusiastas y ponían caras cada vez que pasaban por detrás de la señorita King. Yo me limité a realizar movimientos discretos de brazos, intentando no llamar la atención hacia mi persona, igual que la mayoría de la clase. Transcurridos un par de minutos, la señorita King gritó:

—¡Maravilloso, 7.º A! Y ahora preparaos para hacer de mimos. Empieza la cuenta atrás: tres... dos... uno... ¡ESPEJOS!

Todos paramos y nos dimos la vuelta en silencio hacia la persona más próxima. Me quedé enfrente de Melody Bird, que parecía estar tan incómoda como yo. Tom resoplaba en la esquina, encarado con Simon Duke, que temblaba y estaba rojo como un tomate de tanto reír.

—¡Concéntrate, Tom Allen! ¡Simon Duke! Ahora, observad a vuestra pareja y lentamente, muy lentamente, imitad sus movimientos. Observad bien quién toma la iniciativa. No os toquéis. ¡Recordad que tenéis entre vosotros un panel de cristal!

Miré a Melody y me rasqué la ceja. Melody se rascó de inmediato la ceja y me eché a reír.

—¡Todavía no he empezado! —le dije en voz baja.

—Nada de hablar, Matthew —dijo la señorita King al pasar por mi lado—. ¡La imitación tiene que ser en silencio!

Melody levantó la mano, la palma mirando hacia fuera, y coloqué la mía a un par de centímetros. Ella movió la mano y yo la imité, luego la extendió hacia un lado y yo la seguí. Notaba el calor de su piel, pero por aquel entonces no me importaba tanto como ahora. Me lavaba y conseguía mantenerlo en secreto, pues mi ansiedad por los gérmenes no era todavía tan terrible. Levantó entonces la otra mano y nos balanceamos de un lado a otro. Melody me sacó la lengua y yo le saqué la mía.

—¡Eso está muy bien, Melody! Recordad, 7.º A, que también podéis utilizar la cara. ¡Utilizad todo el cuerpo! —dijo la señorita King.

Melody arrugó la nariz y yo hice lo mismo, entonces colocó los dientes de abajo por encima del labio superior y puso los ojos casi en blanco. Estallé a carcajadas y la señorita King volvió a gritar.

—¡Y ahora, volvamos todos a las mariposas... tres... dos... uno...! ¡YA!

Melody sonrió y aleteó para incorporarse al grupo, yo extendí las manos y la seguí.

* * *

Oí un portazo, y al mirar al exterior vi que Melody había salido del número tres. Vestida con vaqueros negros, camiseta negra y aquel jersey largo de color negro, caminaba hacia High Street. Noté una punzada de excitación. Iba a comprarme los guantes. Lo sabía. Jake estaba delante de la Rectoría y cruzó corriendo para atraparla. Al instante, Melody dejó caer los hombros y se encorvó. Jake, agitando los brazos, le dijo algo, y entonces los perdí de vista.

Una hora después, se presentó en casa una policía para formularme más preguntas. Digo «más», pero se limitó a hacerme las mismas de siempre una y otra vez: que si había visto algo sospechoso u oído algo que se saliera de lo normal. Que si había visto alguna cosa distinta por la urbanización en los días previos a la desaparición de Teddy. Le dije que no y le repetí una vez más todo lo que había visto: a Teddy jugando con los pétalos, al señor Jenkins que salía a correr y que eso era todo. Le pregunté si habían interrogado ya a Jake.

—¿Y por qué tendríamos que hacerlo? —dijo la policía.

La había reconocido como una de las personas que había llegado en un coche plateado poco después de que se diera aviso de la desaparición de Teddy. Una de las «demasiado importantes» como para ir de uniforme.

—Matthew es amigo de Jake, ¿verdad, cariño? Imagino que simplemente quiere saber si ya han hablado con todos los que vivimos en esta calle.

Mamá estaba con nosotros en la cocina, arreglando armarios para mantenerse ocupada. Había dejado de ir al salón de belleza para colaborar en la búsqueda y papá también había decidido tomarse un día libre en el trabajo. Había estado toda la mañana fuera con un equipo de búsqueda.

—Jake no es amigo mío —murmuré.

La policía se inclinó por encima de la mesa de la cocina.

—Hemos hablado con todo el vecindario, sí, pero si hay alguna cosa más que deberíamos saber, tendrías que contárnoslo, Matthew.

—Es un mal bicho, eso es todo —dije.

—¡Matthew! ¿Cómo puedes decir eso? Eras buenos amigos. —Mamá se volvió hacia la policía creyendo que debía explicarse—. Jake tuvo problemas de

salud cuando estaba en primaria. Era alérgico a todo: a los frutos secos, al pescado, al champú, a la lana, a todo. Siempre tenía sarpullidos y sufría ataques de estornudos. Su madre, Sue, estaba espantadísima. En el colegio se burlaban un poco de él. Los niños pueden llegar a ser muy crueles, eso lo sabemos todos. Pero mi Matthew no, claro está... Y luego, supongo que cuando se hizo mayor se amargó un poco. ¿Sabe ese tipo de chicos que siempre anda metido en problemas? Su hermano mayor, Leo, tampoco ayuda a que las cosas funcionen mejor. Y eso es todo, la verdad.

La policía se levantó después de decidir que todo aquello era irrelevante y que tenía cosas muchísimo más importantes que hacer.

—¿Qué tal está la madre de Teddy, agente? ¿Lo está afrontando? ¿Cree que tendría que ir a verla por si puedo hacer alguna cosa por ella?

La policía rascó el suelo con la silla cuando la arrastró para acercarla de nuevo a la mesa.

—Está muy afectada, claro. Se ha instalado en un hotel cercano con su hija, y nuestro psicólogo la tiene al corriente de cualquier avance. —Se volvió hacia mí—. Seguramente tendremos que volver a hablar contigo, Matthew. ¿Vale?

Me encogí de hombros. No se me ocurría nada más que añadir a lo que ya les había contado.

Entré en la oficina con la esperanza de encontrarme con un mensaje de Melody sobre los guantes, pero no tuve esa suerte. En su lugar había lo siguiente:

Para: Matthew Corbin

De: Jake Bishop

Asunto: ¡ADVERTENCIA!

¿Entendido? Solo quiero advertirte de que te mantengas alejado de esa chiflada que vive justo enfrente de ti. Tiene un interés ANTINATURAL por los muertos. ¿Entiendes lo que te digo? ¿Y qué es eso de que andáis los dos «investigando»? ¿¡Cómo piensas averiguar algo con una loca como ella!?

Jake

Fui al cuarto de baño a buscar papel y me envolví bien todos los dedos antes de escribir.

Para: Jake Bishop

De: Matthew Corbin

Asunto: ¡ADVERTENCIA!

Melody es diferente, eso es todo. Estoy seguro de que sabes lo que se siente siendo así.

Matthew

Envíe el mensaje y me levanté para ver qué pasaba por el exterior. La policía estaba entrando en su coche y mamá se dirigía al número uno, seguramente para informar a Penny de que Melissa Dawson se había instalado en un hotel. Llamó al timbre, Penny salió a abrir la puerta y la cerró a sus espaldas. Se quedaron las dos en el camino de acceso a la casa, de brazos cruzados ambas, charlando. Mamá se volvía de vez en cuando para echar un vistazo al número once.

El agente Campen, el policía que había venido a casa para interrogarme el día que desapareció Teddy, estaba delante de la puerta de la casa del señor Charles.

Para: Matthew Corbin

De: Jake Bishop

Asunto: ¡ADVERTENCIA!

Te lo advierto ahora. Melody Bird es MALA. ¿Has visto la de veces que va al cementerio?

¿Sabes de verdad lo que hace allí? No, por supuesto que no, porque tú no sales, ¿verdad?

Dejé de leer. Afuera pasaba algo.

—¡Agente! ¡Agente!

Claudia, la madre de Melody, corría por la calle arrastrando al perro salchicha, y su falda larga se levantaba por los aires.

—¡Disculpe! ¡He encontrado algo! ¡Mi perrito ha encontrado algo en el jardín! ¿Verdad, *Frankie*? Es un buen chico.

Claudia se quedó en la verja a la espera de que el agente Campen se acercara. Tenía un objeto en la mano. Estaba sucio y partido prácticamente en dos, pero lo reconocí enseguida.

De su mano colgaba la manta azul de Teddy.

El cementerio

Para: Matthew Corbin

De: Melody Bird

Asunto: Guantes

Los tengo.

Estaré en el cementerio de la iglesia a partir de las 13 h Melody

El reloj del ordenador marcaba las 13.06. Tenía que darme prisa. Recogería los guantes y volvería directamente a casa: fácil. Empecé a dar vueltas por la oficina, moviendo las manos con los brazos pegados a los costados. El corazón me iba a mil y me sentía igual que aquel día antes de desmayarme en la consulta del médico. Me obligué a quedarme quieto y respiré hondo unas cuantas veces. Cerré los ojos, pero empecé a tener la sensación de que el suelo se movía y decidí volver a abrirlos. Si no iba ahora, Melody vendría a casa para ver qué pasaba y mamá le abriría la puerta y vería la caja. Después del episodio en la consulta de la doctora Rhodes y de ver a papá llorando, nunca me lo perdonaría. No, era ahora o nunca. Respiré muy hondo una última vez y bajé corriendo la escalera.

Me senté en el último peldaño para calzarme las zapatillas deportivas blancas casi por estrenar y mamá salió de la cocina con Penny. Cada una llevaba una taza de té en la mano.

—Oh, hola, Matthew —dijo Penny—. Me alegro de verte por una vez cara a cara y no a través de la ventana.

Mamá rio con incomodidad, pero Penny se quedó mirándome, levantando la nariz.

—¿Qué haces, Matty? —preguntó mamá—. ¿Vas a algún lado?
Me levanté y abrí la puerta con el codo.
—Sí —respondí con el tono más despreocupado posible.
Mamá y Penny se miraron pasmadas.
—¿Sales? Pero si no sale, Sheila, ¿verdad?
Era como si yo no estuviera allí.
—Pues ahora sí que salgo —dije, y respiré hondo una vez más para emerger a un ambiente húmedo y caluroso.

* * *

En el cementerio había un castaño de Indias enorme con un banco de forma hexagonal alrededor del tronco. Era un banco viejo, pero el árbol lo era más. Me pregunté si habría sufrido al ver que le construían un banco en su base después de tantísimos años de estar feliz sin nada.

En el banco, a la sombra del árbol, había una niña con un vestido azul. Nunca la había visto vestida de ese color.

—Hola, Melody —dije, y me senté con cuidado en la punta del banco, a su lado.

Melody no dijo nada, pero vi que sacaba una tarjetita blanca de un bolsillo de la falda del vestido. A su lado tenía una bolsa blanca de plástico que intenté no mirar.

—Las hay fabulosas —dije mirando una cruz de piedra con una mujer doliente abrazándola.

Curiosamente, no me sentía tan amenazado como me había sentido en la consulta de la psiquiatra. Cabría pensar que rodeado de tumbas tendría que sentirme ansioso, pero aquella parte del cementerio era tan antigua que imaginé que cualquier tipo de germen tendría que haber desaparecido mucho tiempo atrás.

Permanecimos un rato en silencio y fijé la mirada en las hojas secas esparcidas por el camino, delante de nosotros. La brisa parecía el aire de un secador.

—Gracias por los guantes. —Melody asintió. La bolsa seguía entre nosotros, sin tocar, y resistí las ganas de abrirla y ponerme un par—. De verdad que te lo agradezco. Sé que haberte pedido esto te parecerá raro.

Reí con nerviosismo y ella enarcó las cejas. Esperaba que empezase a formularme preguntas, pero no lo hizo.

—Ven, te enseñaré mi tumba favorita —dijo—. ¡Es una oferta a la que no puedes negarte!

Se levantó de un brinco del banco y fue a cogerme la mano, pero yo me crucé de brazos por instinto. Vi que mi actitud le había dolido.

—Tengo... tengo este problema. Miedo a los gérmenes. Por eso necesitaba los guantes. Lo siento. No tiene nada que ver contigo... Bueno, ya está, ya conoces mi secreto.

Melody apartó la vista un momento y le cayó un mechón de pelo a la cara. Lo recogió detrás de la oreja antes de volverse hacia mí con una sonrisa, pero sin decir aún nada. Creo que se había quedado pasmada con lo que acababa de decirle, y yo, ahora que había empezado, ya no podía parar.

—Y a los números. Bueno, a un número. Me pongo ansioso cuando oigo o veo el número de la mala suerte. Aunque ese miedo no es tan grave como el miedo a los gérmenes, pero está ahí y va a peor. Si oigo o veo el número malo, tengo que contar mentalmente hasta siete, que da como resultado veinte, y todo vuelve a estar bien.

Me callé al darme cuenta de que empezaba a divagar. Melody seguía inmóvil, mirándome con los ojos abiertos de par en par. Y entonces habló:

—Tiene que haber sido muy duro para ti contarme todo esto —dijo.

—Bueno, sí. Más o menos —dije.

Esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

—Nunca nadie me había contado una cosa así. Algo tan íntimo.

Me encogí de hombros.

—Pensaba que te pasaba alguna cosa en las uñas.

—¿Qué?

Señaló con un gesto la bolsa.

—Creía que por eso llevabas siempre guantes. Porque tus uñas te horrorizaban o algo por el estilo. Pensaba que no soportabas verlas.

Los dos miramos mis manos.

Y fue entonces cuando me dio la risa. Empezó como una risilla, casi silenciosa y para mis adentros, pero luego se apoderó de mí y ya no pude controlarla. Tuve que sujetarme la barriga y reí hasta que se me llenaron los ojos de lágrimas. Al principio, Melody me miraba como si me hubiera vuelto loco, pero pronto le empezaron a temblar los hombros y rio conmigo. Cada vez que

conseguía sosegar un poco, la miraba y volvíamos a empezar.

—¿Las uñas? —dije intentando recuperar el aliento.

—¿Y yo qué sabía? —replicó Melody, y los dos empezamos de nuevo con aquella risa histérica.

Qué agradable era reír. Era bueno, muy bueno. Al final conseguimos tranquilizarnos y ella se secó las lágrimas.

—¿Y qué se siente estando en el exterior? En el exterior de verdad —dijo sonriéndome.

Recuperé el ritmo normal de la respiración y miré a mi alrededor. Junto a la iglesia vislumbré la punta del ala blanca del ángel de Callum. En cuanto la vi, comprendí que estar allí era una idea muy mala, malísima.

—Todas y cada una de las células de mi cuerpo están diciéndome que tengo que volver a casa sin dejar que pase ni un segundo más para lavarme todos los gérmenes.

Coloqué las manos delante de mí y las moví. Veía que la enfermedad se apoderaba de ellas.

—En esas manos no hay nada, Matthew. Están bien —dijo Melody.

Hice un gesto de negación con la cabeza.

—Te equivocas. Están por todas partes. No puedo quedarme aquí, es demasiado peligroso. Lo siento, tengo que irme.

Cogí la bolsa de plástico con la ayuda del puño de la camisa y eché a andar hacia el callejón que había entre la casa de la Vieja Nina y la de Jake. Melody saltó cerca de mí y empezó a andar hacia atrás, a mi lado.

—Puedes ir a tu casa y lavarte, ¡por supuesto que puedes! Pero antes, ven un momento a ver una cosa conmigo, por favor. Cuando vuelvas a casa te lavas todo lo que te venga en gana, pero espera solo un par de minutos... Merece la pena, te lo prometo.

Extendió las manos y yo dudé un instante. Mi actitud le hizo sonreír.

—Un par de minutos, tres como máximo. No será más tiempo, Matty, de verdad te lo digo. Y si los gérmenes van a poder contigo, no creo que tres minutos más o menos marquen mucho la diferencia, ¿no?

Rio, pero yo no reí esta vez.

—¡Vamos, ven conmigo!

Eché a correr hacia la esquina de la iglesia donde estaban las tumbas más antiguas y su cabello se agitó con el viento.

Yo seguí inmóvil bajo el sol y sopesé mis opciones. Podía regresar a casa y

sentir el alivio de poder lavarme o podía retrasar la experiencia unos minutos y ver qué quería enseñarme aquella loca. Pensé en una cosa que había dicho la doctora Rhodes durante la visita. Había dicho que necesitaba enfrentarme a mis miedos y confiar en mí, y que si daba un paso que me alejase un poco de la rueda continua de estar preocupado por lavarme, me iría bien. Cogí la bolsa, arranqué la parte superior de la caja y mi ansiedad se alivió un poco cuando me puse un par de guantes. Miré hacia la izquierda, hacia donde se había marchado Melody, respiré hondo y la seguí.

* * *

Aquella parte del cementerio estaba cubierta por la vegetación y el suelo era irregular en las zonas donde los ataúdes se habían podrido y habían dejado el terreno esponjoso y listo para engullir a alguien más. La mayoría de las lápidas eran ilegibles y su superficie estaba salpicada por líquen de color verde lima. Melody estaba detrás de una cruz inclinada en un ángulo algo raro.

—¡Estupendo, has venido! —dijo; me miró las manos pero no dijo nada.

—Solo lo he hecho para volver a darte las gracias por lo de los guantes y ya me marchó. No me encuentro muy bien y creo que he intentado hacer demasiadas cosas. Estoy mareado. Me parece que necesito beber un poco de agua.

Melody estaba con las manos en las caderas y la luz moteada del sol bailaba a su alrededor, capturando puntitos de cabello castaño.

—¡Pero si ya has llegado hasta aquí! Merece la pena, te lo digo sinceramente. Ven, miras un momento y luego te vas. ¿Vale?

Se agachó junto a una tumba y retiró unos hierbajos. Me bastaba con dar cinco pasos más, ver de qué se trataba y luego volver a casa a la carrera. Iría directo arriba y me metería en la ducha. Todo iría bien. Limpiaría luego la habitación, esperaría a que volviera a haber agua caliente y me daría otra ducha si lo consideraba conveniente. Avancé hacia Melody, que se volvió radiante hacia mí. Notaba los pies retorciéndose por el contacto de la tierra con la suela fina de las zapatillas. Me quedé al otro lado de la tumba, las manos enguantadas escondidas bajo mis brazos.

—Mira —dijo Melody en voz baja—. ¿Habías visto alguna vez algo tan bonito?

En un extremo de la tumba había la típica lápida de forma oblonga con la inscripción medio borrada, pero delante, tendida sobre una losa gris, yacía una sirena exquisita. Tendría más o menos la mitad del tamaño de Melody, y el nivel de detalle era extraordinario.

—¿No te parece asombrosa? —dijo Melody.

Retiró un poco de tierra y hojas de la cola de la sirena. Me arrodillé para verla mejor.

—Jolín. ¿Y esto es esculpido?

—Sí, así es. —Señaló la lápida—. Es de 1884.

La sirena estaba bocabajo, los hombros algo encorvados y la frente descansando en el hueco del brazo derecho. El cabello caía en cascada y formaba olas de piedra que cubrían su espalda desnuda. La cola se curvaba hacia arriba y el contorno de sus músculos sustentaba la gran aleta que la remataba, ligeramente desconchada en uno de los lados. Cuando la luz del sol iluminó las escamas, la sirena brilló. Era como si acabara de salir del mar y, mojada aún, se hubiera tomado un momento de descanso. Me incliné para apreciarla mejor y me imaginé que su espalda se movía siguiendo el ritmo de la respiración. Intenté ver la expresión de la cara, pero quedaba escondida, oculta eternamente.

—¿Está dormida?

Melody retiró unas cuantas hierbas más.

—No creo; me parece que está llorando. Es una sirena de luto.

Examiné el cabello y, durante una fracción de milisegundo, sentí la tentación de acariciar un rizo, pero no lo hice.

—¿Por qué una sirena? ¿Quién está enterrado aquí?

No quería acercarme más, de modo queforcé la vista para leer la inscripción de la lápida mientras Melody la recitaba de memoria.

—Elizabeth Hannah Reeves. Murió el 29 de octubre de 1884 con veintiocho años de edad; no dice nada más sobre ella. He consultado los archivos de la iglesia para ver si averiguaba algo más, pero no he encontrado nada. A lo mejor se hizo una vez a la mar y creyó haber visto una sirena y nadie la creyó. O a lo mejor es que simplemente le gustaban. ¿Quién sabe? Quienquiera que fuese nos ha dejado esta preciosa tumba.

Mientras observaba a Melody jugando con la hiedra, pensé que a lo mejor me había equivocado con ella. Aquel parloteo constante que había observado en la consulta del médico era seguramente consecuencia de los nervios; la Melody de ahora, más tranquila y relajada, era una compañía agradable. Me había

comprado los guantes sin hacerme preguntas. Y yo seguía siendo de su agrado a pesar de saberlo todo de mí. Casi todo. Tal vez, si hubiera sabido lo que le había hecho a Callum, habría cambiado de idea.

—Empecé a venir por aquí a la salida del colegio, antes de que mi padre se marchara, para no oír discusiones. Fue entonces cuando la descubrí. —Se incorporó y se cruzó de brazos—. Cuando tenía un mal día, pensaba en la sirena que dormía en secreto aquí. Así dejaba de pensar en otras cosas. —Se agachó otra vez para sacudir la tierra de la cola de la sirena—. Pero es una tumba triste. En casi todas las lápidas aparece más de un nombre: maridos, hijos, padres. Todos comparten la parcela, sobre todo en las más antiguas. Pero Elizabeth Reeves está sola. Con la única compañía de la sirena.

«Sé cómo se siente». Pensé en el León del Papel Pintado, y la imagen de mi habitación, tan limpia y tan segura, disparó de nuevo la ansiedad. La distracción que me había proporcionado la sirena se esfumó y empecé a notar una fuerte presión en el pecho y el ritmo de la respiración acelerado.

—Melody, tengo que irme a casa, de verdad. La tumba es magnífica, gracias por enseñármela.

Di media vuelta y pisé con cuidado la hierba crecida para reincorporarme al camino.

—Sé que me observas desde la ventana —dijo Melody atrapándome—. Sé que te preguntabas qué hago por aquí. ¿Te parezco rara?

Negué con la cabeza.

—Estupendo.

Caminamos un rato en silencio y entonces vi que se metía la mano en el bolsillo y extraía la tarjetita blanca que había visto antes. Me detuve cuando ella me la mostró. En una esquina había un lirio de color crema con el tallo verde oscuro. Con el resplandor del sol, necesité unos instantes para que mis ojos se acostumbraran, pero al final conseguí enfocar el texto impreso en color azul claro:

«En memoria».

Debajo, en tinta negra, una nota escrita a mano:

«Para siempre en mi corazón. C x».

Era el recordatorio de un funeral.

—¿De dónde la has sacado?

Se la guardó de nuevo en el bolsillo.

—Estaba al lado de la iglesia. Sobre la tumba de un hombre que vivió hasta

los noventa y ocho. Qué estupendo, ¿no? Vivir hasta una edad tan avanzada.

Melody sonreía, pero yo no.

—No lo entiendo. ¿Por qué la tienes tú? ¿Por qué llevas en el bolsillo el recordatorio de un desconocido?

—Hago colección.

Me detuve y me quedé mirándola. La sonrisa desapareció.

—¿Que haces qué?

Se cruzó de brazos.

—Paseo por el cementerio, los recojo y las guardo en álbumes. Los cojo y así...

—¿Que los coleccionas? ¿Como si fueran cromos? ¿Y los guardas como si fueran álbumes de cromos infantiles?

—No, no tiene nada que ver. Si no los recogiera...

—¿Cuántos recordatorios tienes? ¿Los coges y ya está? ¿De las tumbas de la gente? Son los pensamientos íntimos de la gente... no tendrías que coger eso, ¡es un robo!

Se quedó horrorizada.

—No, no lo entiendes...

—¿Que no entiendo qué? ¿Que coges cosas que no son tuyas?

Melody se pasó la mano por la cara. Tenía los ojos brillantes por las lágrimas.

—No es lo que tú dices. ¡Yo no robo nada! Si yo no los recogiera, los tirarían a la basura. ¿Por qué te enfadas así?

Estaba pensando en la tarjeta que escribí hace unos meses con motivo del aniversario de la muerte de Callum. No era exactamente una tarjeta, sino un trozo de papel. Le había escrito un mensaje diciéndole que lo sentía. Diciéndole que no era mi intención que muriese. Había visitado su tumba antes de ir al colegio y había metido el papel debajo del pie del ángel.

Melody seguía inmóvil y con una lágrima rodándole por la mejilla. No podía contárselo.

—Me voy a casa —dije.

Eché a correr hacia el callejón y la dejé allí llorando. Necesitaba alejarme, de ella y del cementerio. Todo aquello había sido un gran error. Los guantes que me había comprado no me iban bien. No eran tan gruesos como los que me había comprado mamá, y los gérmenes ya debían de haberlos traspasado.

Cuando pasé por delante del jardín trasero de la Rectoría, vi a la Vieja Nina

encaramada a una escalera e intentando coger alguna cosa que se había quedado enganchada en el manzano. Vi algo hecho con tela blanca entre las ramas que la Vieja Nina intentaba retirar con la ayuda de una escoba. Mordiéndose el labio inferior, estaba tan concentrada que ni siquiera me vio pasar corriendo en dirección a mi casa.

La Rectoría

Jake me esperaba al final del callejón con su bicicleta.

—¿Qué os traéis los dos entre manos? —preguntó con los brazos cruzados sobre el pecho. Me guardé la bolsa de plástico detrás—. ¿Sabéis algo, verdad?

—No.

—¿Creéis que vais a encontrar a Teddy? Tú viste alguna cosa, ¿no? ¿Desde la ventana? —Se inclinó por encima del manillar y se acercó—. Viste algo que no cuentas a nadie.

—¡No, no vi nada! Y ahora, quítate de en medio, Jake.

Bloqueaba el callejón y ni siquiera me dejaba espacio para pasar.

—Esa Melody no te va a servir de nada. Si necesitas un socio, yo podría ayudarte, ver qué averiguo.

Se encogió de hombros como si nada le importara. Me resultaba increíble que estuviera diciéndome que quería implicarse. ¿Qué pretendía?

—¿Tú? —dije pegándome a la pared de su casa para poder pasar—. Gracias, pero no, gracias.

Jake sorbió por la nariz y proyectó la barbilla hacia fuera, y cuando intenté pasar por su lado, adelantó la bicicleta y me aplastó la pierna contra la pared.

—¡Jake! Pero ¿de qué vas?

Intenté salir de allí pero acercó más la bicicleta.

—Te crees estupendo, ¿verdad? ¿Pues sabes qué, Matthew Corbin?

Se acercó tanto que le vi incluso la piel agrietada e inflamada en las comisuras de los ojos.

—No eres nada.

Presionó la bicicleta contra mi pierna una vez más y entonces dio media vuelta y se largó pedaleando.

* * *

Cuando llegué a casa, Penny ya se había marchado y mamá hablaba en voz baja con papá en el salón.

—Es un comienzo, ¿verdad, Brian? Ha salido por voluntad propia. ¿Cuánto tiempo hacía que no veíamos algo así?

Me senté a los pies de la escalera y me descalcé. Tenía punzadas en las piernas y notaba el cuerpo entero lleno a rebosar de gérmenes. Si no me duchaba enseguida, caería enfermo. Y si caía enfermo, mamá caería enferma y luego papá y luego... y luego, lo que fuera a pasar a continuación sería por mi culpa. Y todo porque no me había lavado a tiempo. Mamá salió a verme.

—¡Déjalo respirar un poco, Sheila! No lo asustes para que ahora vuelva a encerrarse corriendo en su habitación, ¿quieres? —gritó papá como si yo no pudiera oírlo.

—¡Ya lo dejo respirar! Simplemente tengo ganas de verlo. ¿Qué tal la salida, Matthew? ¿Has ido a algún sitio bonito? ¿Qué llevas en esa bolsa?

Yo no podía ni hablar.

Si hablaba, los gérmenes me entrarían en la boca. Entonces salió papá y fue su turno de intervención.

—¿Qué tal esa partida de billar, eh, Matthew? He quitado todo el pelo del gato mientras estabas fuera, así que la mesa está como nueva.

Y como si supiese que hablaban de él, *Nigel* salió de la cocina, maulló y se restregó contra las piernas de mamá.

—¡Mira, Matty! *Nigel* también está encantado de verte. ¿A que sí, *Nigel*, peludito?

Lo cogió y lo acunó como un bebé y el gato ronroneó y echó la cabeza hacia atrás para que mamá pudiera rascarlo debajo de la barbilla. Era mi fiesta de bienvenida.

De pronto me acordé de que aún llevaba los guantes puestos, así que subí corriendo y mi padre me gritó:

—¿Matthew? ¿Ya te has vuelto a poner esos guantes asquerosos?

Abrí el grifo de la ducha y lo puse a temperatura máxima. Mientras esperaba

a que se calentase el agua, mamá llamó con delicadeza a la puerta.

—¿Estás bien, Matthew? ¿Va todo bien?

—Sí, todo bien, mamá —respondí intentando que mi voz sonara alegre.

Se produjo un silencio. Pero sabía que seguía allí, aguzando el oído para oír cualquier cosa que no fuera agua.

—Siempre estaré a tu lado, cariño. Papá también. —Se le quebró la voz pero continuó igualmente—. Puedes contarnos lo que quieras. Que no se te pase por la cabeza que no te entenderíamos, porque te entendemos, ¿de acuerdo? Eres nuestro chico.

Miré mi imagen reflejada en el armario del lavabo. Las lágrimas caían mejillas abajo, tenía la nariz llena de mocos.

«Todo fue por mi culpa, mamá. El bebé que tanto querías murió por mi culpa».

Tosí sin hacer mucho ruido para aclararme la garganta.

—Lo sé, mamá. Ahora hablamos, ¿vale?

Hubo más silencio y entonces oí que volvía a bajar. Ambos sabíamos que no hablaría con ella «ahora». Me metí en la ducha y me enjaboné entero. El agua estaba hirviendo, pero matar los gérmenes era vital, y si no estaba lo suficientemente caliente, no morían. Después de la ducha, la tensión en el pecho disminuyó algo y entonces me cepillé los dientes cinco veces para asegurarme de que no me hubiera entrado nada en la boca. Cuando entré en la oficina, sabía que tendría un mensaje esperándome. Utilicé la camiseta para cubrir el dedo y pulsé la tecla para abrir el *email*.

Para: Matthew Corbin

De: Melody Bird

Asunto: Mi Error

Pensé que tú, entre el resto del mundo, lo entenderías.

No hay tanta diferencia entre nosotros, Matthew Corbin. Somos seres solitarios tú y yo. Somos unos inadaptados. Y yo, al menos, no intento disimularlo.

Melody Bird

Me recosté en la silla. Pasmado. ¿Solitario? ¿Me calificaba de solitario? ¿Yo no era un solitario y tampoco un inadaptado! Leí el mensaje dos veces más y me puse un par de guantes nuevos.

Me esperaba un segundo *email*. Jake debía de haberlo enviado antes de

cortarme el paso en el callejón.

Para: Matthew Corbin

De: Jake Bishop

Asunto: La Vieja Nina, la Bruja

¿Qué os traéis entre manos vosotros dos? Te he visto cuando ibas al cementerio. ¿Qué pasa?
¿Es algo que tiene que ver con la Vieja Nina? Es una bruja, que lo sepas. ¡Y lo más probable es que en esa casa tenga un montón de cadáveres! ¿Te acuerdas de Halloween?

Y debajo del mensaje había insertado la fotografía de una vieja, con la cara distorsionada y los ojos de venas rojas colgando y mirando hacia dos lados distintos.

Sabía a qué Halloween se refería. Fue la última vez que salí a hacer lo de «truco o trato». Hacía tres años...

* * *

Era la primera vez que nos daban permiso para salir solos, pero con instrucciones estrictas de llamar única y exclusivamente a las casas del vecindario, incluida la nuestra, y de no molestar a la Vieja Nina, que vivía en la Rectoría. Nuestras madres estarían vigilándonos desde el salón de sus respectivas casas, de modo que, la verdad, no era un Halloween especialmente emocionante.

Llamar a nuestras casas no tenía mucho sentido, puesto que nuestras madres ya nos habían visto el disfraz, aunque sí valía la pena porque nos darían caramelos. Empezamos por la de Jake, y Sue nos abrió la puerta y soltó un grito aterrador cuando nosotros le chillamos: «¡Truco o trato!».

—¡Dios mío, vaya susto! ¡Muy buenas, señor Alienígena Monstruoso y señor Hombre Lobo Monstruoso! Me parece que queréis algún caramelo, ¿no?

—Vale ya, mamá, no sobreactúes —dijo Jake, y metimos la mano en el cuenco de las chuches y nos llevamos un puñado de gominolas antes de continuar.

La casa de Hannah y el señor Jenkins estaba oscura, de modo que pensamos que debían de estar fuera, pero Jake insistió igualmente en llamar al timbre sin parar hasta que le dije que lo dejara.

La casa siguiente era la mía, y nos abrió la puerta papá. Acababa de llegar a casa del trabajo y fingió no saber quiénes éramos.

—¡Vaya disfraz, chico! —le dijo a Jake, que llevaba un mono de color verde con una cola pegada y una máscara blanca de alienígena con dos rendijas negras para los ojos.

—¿Y este monstruo quién es? ¡Me parece que necesita un buen corte de pelo! —me dijo a mí.

Yo iba con ropa normal pero con guantes peludos con garras y una máscara de hombre lobo que ya me había colocado en lo alto de la cabeza. Tenía toda la cara sudada y tuve que hacer un esfuerzo para no echarme a reír.

El señor Charles fue el siguiente. Abrió la puerta y dio un paso atrás al vernos.

—¡Truco o trato!

—¡Caray, casi me da un infarto! —dijo acercando la mano a la pared para tenerse en pie—. ¿Ya estamos en esa fecha? Caramba. Esperad un momento... Y no quiero trucos en el jardín, ¿eh?

Jake y yo reímos cuando desapareció para ir a buscar alguna cosa que darnos. Pero no tenía que preocuparse por nuestros trucos. No teníamos nada pensado; nadie elige jamás el «truco» antes que el «trato». Reapareció con dos manzanas.

—¿Y ya está? —dijo Jake, y le di un codazo.

—¡Tienes suerte de que no te dé también una colleja, muchacho! —dijo el señor Charles, y cerró de un portazo cuando echamos a correr riendo a carcajadas.

La casa siguiente era la de Penny y Gordon. La casa mejor decorada de la calle. Tenía las ventanas con guirnaldas de papel blanco y negro en forma de arañas con telarañas en las esquinas que se iluminaban y parpadeaban. En el peldaño de la entrada, había tres calabazas preciosas vacías e iluminadas por dentro. Mamá había comprado un kit para vaciar calabazas a través del catálogo de *Harrington, soluciones para el hogar*, pero las nuestras no habían quedado tan bonitas. Miré hacia nuestra casa y vi la silueta de mamá en la ventana controlándonos.

—¡Truco o trato! —gritamos después de llamar al timbre del número uno.

Se abrió la puerta y apareció una figura sin cara envuelta en una capa negra. Sofocamos un grito.

—Uoooooooouuuh —dijo agitando los brazos y saliendo de la casa a la vez

que nosotros retrocedíamos.

—¿Gordon? ¿Gordon? —gritó Penny desde la cocina—. ¡Ven a ayudarme con esto!

Gordon no le hizo caso, levantó la capa y se echó a reír, con la cara como un tomate.

—¿A ver a quién tenemos aquí? ¡Un hombre lobo y un alienígena!

Se agachó para vernos mejor, pero entonces apareció Penny, abriéndose paso con energía, y lo quitó de en medio. Llevaba un vestido a cuadros blancos y negros y un sombrerito de bruja de color plateado colocado en ángulo sobre su habitual peinado ahuecado. Llegó con una bandeja grande en forma de murciélago llena de galletas de calabaza, manzanas de caramelo y magdalenas decoradas con lápidas en miniatura. Olía todo de maravilla.

—Oh, ¿lo has preparado tú, Penny? —pregunté revelando con ello nuestra identidad.

—Por supuesto, Matthew. Pero solo podéis coger una cada uno. Tiene que haber para todo el mundo.

Me decidí por una manzana de caramelo y me la guardé en la bolsa mientras Jake inspeccionaba la bandeja.

—¿Tienes caramelos?

Penny se enderezó.

—No, no tengo, jovencito. Y si quieres basura procesada, te sugiero que lo intentes en otra casa.

La puerta se cerró de un portazo y dimos un brinco sorprendidos.

Jake se marchó arrastrando su cola de alienígena. Tal vez podría haberlo expresado mejor, pero yo sabía que lo había dicho sin mala intención. Sus alergias no le permitían comer nada, y los productos envasados facilitaban poder leer el contenido en la etiqueta. Lo atrapé justo delante del número tres, en el momento en que Melody abría la puerta. Llevaba un disfraz negro de gato, bigotes pintados en las mejillas y dos orejas triangulares que sobresalían por encima del cabello.

—¡MIAUUUU! —gritó, y se abalanzó sobre nosotros con las manos abiertas.

—Vale, vale, Melody —dijo Jake agitando su bolsa de gominolas.

Melody desapareció detrás de la puerta y regresó con un cubo de color naranja lleno de caramelos envueltos en papel de celofán.

—Miau —volvió a decir.

Cogí algunos caramelos. Melody llevaba también la punta de la nariz pintada de negro, y cuando vio que la miraba movió el supuesto hocico.

Jake cogió dos puñados enormes.

—¡MIAU! —dijo una tercera vez, y retiró el cubo.

Fingió entonces que se lamía la pata y se limpiaba la oreja, y ronroneó.

—Melody, eres rarísima —dijo Jake.

Y Melody le bufó y cerró la puerta.

—Vaya pérdida de tiempo —dijo Jake mirando la bolsa—. ¡No tengo casi nada!

Dimos media vuelta y caminamos despacio para volver a su casa, pero Jake se detuvo delante de la siguiente verja.

—Nuestras madres nos han dicho que no molestásemos a la Vieja Nina. Vámonos —dije.

Pero Jake se adentró por el camino de acceso y se plantó delante de la puerta de la Rectoría. Cogió la aldaba y llamó tres veces.

—¡Jake! —grité—. ¿Qué haces?

Miré hacia nuestras casas pero ya no vi a nuestras madres. Seguramente habrían visto que volvíamos a casa y habían dejado de vigilar. Corrí hacia donde estaba Jake y llegué justo cuando la gigantesca puerta negra se abría.

—Truco o trato —dijo Jake, aunque esta vez lo dijo flojito.

La cara de la anciana era inexpresiva.

—¡He dicho que truco o trato! —repitió Jake agitando con energía la bolsa.

La Vieja Nina hizo un leve gesto de asentimiento y entró de nuevo en la casa dejando la puerta entreabierta. Jake me miró, levantó el pulgar y yo me quedé boquiabierto. Jake empezó a moverse con nerviosismo, a bailar en el peldaño y menear el trasero en dirección a la casa. Entonces, de pronto, la puerta se abrió otra vez.

—Será mejor que paséis —dijo la Vieja Nina abriendo por completo la puerta.

Nos quedamos mirándonos un momento y Jake entró en el oscuro vestíbulo y se quitó la máscara de alienígena. Lo seguí. Necesité unos instantes para acostumbrarme a la penumbra del interior. Esperaba encontrarme telarañas y papel pintado desconchado, pero a pesar de que el ambiente era anticuado y oscuro, todo parecía limpio y aseado. La Vieja Nina había vuelto a desaparecer a través de una puerta que había al fondo del vestíbulo, y avanzamos despacio hacia aquella dirección. Pasamos por delante de la puerta del salón y asomé la

cabeza. Vi un sillón orejero al lado de una pequeña estufa de gas y, en la repisa de la ventana, la lámpara anaranjada con su cálido resplandor. Jake me dio un codazo en las costillas y me sobresalté.

—¡Mira! ¿Quién crees que debe de ser ese?

En la pared había una colección de fotografías enmarcadas, todas del mismo niño pero con distintas edades. En una, aparecía agarrado al palo de un caballo de tiovivo y lucía una sonrisa desdentada. En otra, examinaba una mariposa que se había posado en el dorso de su mano; en esa parecía de mi edad. Había una foto de su primer día de colegio, con un trofeo de fútbol, otra con un gorro de Santa Claus y biqueando, y otra el día de la fiesta del deporte escolar con una medalla de oro colgada al cuello. Me quité la máscara de hombre lobo y examiné la foto que me quedaba más próxima. En ella, aparecía en una playa con los brazos cruzados por encima del torso desnudo y rodeado por kilómetros de arena. Debía de hacer viento, pues el pelo rubio se le levantaba en todas direcciones. Tenía la nariz cubierta de pecas, los ojos entrecerrados y sonreía a la cámara.

—¿Quién crees que es? —preguntó Jake mirando las fotos—. ¿Será su hijo? No se ven fotos de mayor. ¿Qué le pasaría?

Nos miramos y vi que Jake tragaba visiblemente saliva cuando oímos a la Vieja Nina trasteando por la cocina.

—¡Vosotros dos, venid aquí!

Seguimos y nos detuvimos al llegar a la puerta de la cocina. En la esquina había una cocina negra, y agachada, envuelta en humo, estaba la Vieja Nina. Se había puesto unos guantes grises para sacar del horno una bandeja grande de galletas, que depositó sobre un salvamanteles en la mesa.

—¡Aquí tenéis! —dijo.

Se quitó los guantes, ladeó la cabeza y miró a Jake.

—¿Sabes? Creo que tienes la medida justa. Sí, la medida justa.

Se acercó a nosotros y Jake me agarró por el brazo con la cara blanca como el papel. Miró a la Vieja Nina y luego al horno abierto.

—Tenemos que salir de aquí, Matty —dijo entre dientes.

La Vieja Nina se acercaba cada vez más, y entonces, de pronto, Jake dio media vuelta y echó a correr.

La Vieja Nina se detuvo al llegar delante de mí.

—¿Adónde va?

Me quedé paralizado. Yo también quería irme corriendo de allí, pero temía

que la Vieja Nina fuera a retenerme si hacía cualquier movimiento brusco. La tenía tan cerca que le veía dos pelos negros en la barbilla. Extendió una mano huesuda, se acercó a la puerta de la cocina y descolgó algo de un gancho. Lo sacudió y lo sostuvo delante de ella.

—No, no, no. Me temo que para ti, no. Tu amigo tenía la medida perfecta. Es una lástima que se haya tenido que ir corriendo.

Era un abrigo de niño. Un abrigo largo hasta la rodilla de corte elegante, de color azul marino con botones negros. Cogió el abrigo con cariño y acarició el tejido con el pulgar y creo que, por un momento, se olvidó de mi presencia. Luego suspiró y volvió a colgarlo detrás de la puerta.

—Bueno, da igual. ¿Te apetece una galleta? —dijo.

* * *

Cuando el sol se puso, todos los salones del vecindario empezaron a resplandecer y parpadear de manera simultánea al ritmo del mismo informativo. Todo el mundo escuchaba las noticias que oía yo en aquel momento en la televisión de abajo.

«... Teddy Dawson, el niño desaparecido...».

Bajé sin hacer ruido y prestando atención.

«Hoy, Melissa Dawson, la madre de Teddy, ha hecho un llamamiento muy emotivo...».

Me senté en un peldaño de la zona media de la escalera desde donde podía ver la pantalla. Había varias personas sentadas detrás de una mesa larga de color blanco y, en el centro, Melissa Dawson. Tenía un aspecto muy profesional, con un elegante vestido verde y el cabello oscuro recogido en la nuca. Hablando de memoria, fue mirando de uno en uno a los periodistas que tenía sentados enfrente como si estuviera dando una conferencia.

«El lunes por la tarde, mi precioso bebé, Teddy, desapareció del jardín de la casa de mi padre. Animo a cualquiera que pudiera tener información sobre su paradero a que llame a la policía. Cualquier cosa, incluso el más pequeño detalle, podría ayudarnos a dar con él. Así que, por favor, por trivial que les parezca, llamen, llamen, por favor».

Hizo una pausa y bebió un poco de agua. Luego miró las notas que tenía delante y empezó a leer con voz ligeramente temblorosa.

«Si alguien tiene a Teddy, debe devolvérmelo. Por favor. Puede dejarlo en un lugar seguro... un hospital, una iglesia, algún lugar donde podamos recogerlo...».

Se le quebró la voz y dejó de estar erguida.

«Es un niño encantador y feliz. Por favor... por favor, que alguien me lo devuelva a casa... es muy pequeño...».

Y entonces se llevó la mano a la boca y su cara se descompuso. La mujer profesional había desaparecido. El policía que estaba sentado a su lado explicó los detalles que ya habíamos oído todos un millón de veces.

«Teddy llevaba un pañal braguita, una camiseta con el dibujo de un helado en la parte delantera como esta de aquí y es posible que llevara con él una mantita de color azul...».

Mamá descansó la cabeza en el hombro de papá y él la rodeó con el brazo. Siguieron los dos en el sofá, abrazados.

Subí sin hacer ruido, fui directo al cuarto de baño y me lavé las manos. Estaba agotado y tenía el cerebro confuso. Me concentré en extender correctamente el jabón para cubrir con él hasta el último fragmento de piel, pero no acababa de sentirme bien. No me sentía limpio. Me aclaré las manos y volví a empezar. Pero después de aquel lavado seguía sintiéndome igual. De modo que empecé de nuevo, una vez, y otra, y otra. Incapaz de parar, me lavé las manos veintisiete veces. Oí que apagaban la tele y corrí a meterme en la cama antes de que me vieran mamá o papá.

Rastros de sangre

Al día siguiente, mamá subió justo cuando me desperté para contarme que habían encontrado rastros de sangre de Teddy en la manta azul que Claudia Bird había entregado a la policía.

Claudia había contado a la policía que acababa de salir para pasear a *Frankie* cuando el perro se mostró interesado por algo que había debajo del coche. Al principio pensó que se trataba de un trapo, pero cuando consiguió sacarlo de debajo de la rueda se dio cuenta de que era otra cosa. Recordaba vagamente haber pisado algo con el coche la tarde de la desaparición de Teddy. Debió de ser la manta, que había quedado luego atrapada debajo del coche. Consulté mi cuaderno y los datos que había proporcionado cuadraban.

Lunes, 28 de julio. Oficina/Cuarto del bebé. Mucho calor.

14.39 h Claudia sale con su coche y saluda desde dentro al señor Charles.

—La cosa no pinta nada bien, Matthew. Pobre madre —dijo mamá.

Se secó los ojos con un pañuelo de papel, lo utilizó luego para sonarse y después lo apretujó como una de esas pelotas que sirven para quitarse el estrés. Iba a levantarme para ir a lavarme las manos, pero mamá me bloqueó el paso en la puerta.

—¿Sabes si la policía ha registrado la Rectoría? —pregunté.

—¿La casa de la Vieja Nina? Esa mujer no le haría daño ni a una mosca,

Matthew. ¿Por qué tendrían que registrar su casa? Se ha instalado en un hotel de lujo de la ciudad. ¿Sabes cuál te digo? Aquel que tiene unos cuartos de baño enormes y te dan albornoz.

—¿Quién? ¿La Vieja Nina?

Mamá puso cara de exasperación.

—¡No, la Vieja Nina no! ¡Melissa Dawson!

Es una cosa que hace muy a menudo mamá: saltar de un tema a otro. Me parece que le viene de tener que seguir tantas conversaciones a la vez cuando está en el salón.

—Es un poco extraño, ¿no crees? En momentos como este, lo normal sería querer estar con la familia o, como mínimo, estar cerca por si acaso el pequeño aparece. Penny dijo ayer que es probable que considere culpable al señor Charles por no haber vigilado bien a Teddy. Y que seguramente no quiere ni verlo.

Me pregunté si siendo una mujer que se pasaba la vida en viajes de negocios, tendría más que ver con su costumbre de alojarse en hoteles. Para ella debía de ser como estar en casa.

La necesidad de lavarme las manos empezaba a ser apremiante. Podía haber una enfermedad mortal extendiéndose desde las muñecas hacia los codos, que no quedaban muy lejos de los hombros, del cuello y de la boca. Y en cuanto los gérmenes entraban en la boca... ya estaba. Si eso ocurría, ya no había esperanzas.

Oí que papá hacía ruido por abajo, ocupado con algo en el porche cubierto. Mamá no mostraba indicios de marcharse y se inclinó hacia mí. Di un paso atrás y noté que se me aceleraba el corazón. El León del Papel Pintado emitió un rugido.

—Por lo visto, el padre no está por ningún lado.

Noté también que mi respiración se había vuelto entrecortada, que era prácticamente un jadeo.

—¿Estás bien, Matthew? Necesitas que te dé un poco el sol, la verdad. Aquí arriba te estás marchitando.

Se oía *La Macarena* a lo lejos. Mamá frunció el ceño y ambos intentamos localizar de dónde venía el sonido. Papá gritó entonces desde abajo.

—¡Sheila! ¡Te suena otra vez el teléfono!

El rostro de mamá se iluminó.

—Seguro que es Penny. Enseguida vuelvo.

De nuevo en la habitación, después de lavarme las manos, observé a papá

desde la ventana. En el césped había una torre de latas viejas de pintura, y en aquel momento salía del cobertizo con un rodillo usado y una bandeja de plástico negro. Cogió una lata de lo alto de la pila y volvió a entrar.

Entonces caí en la cuenta: la decoración era el recurso de papá para mantenerse ocupado cuando se sentía inútil. Después de la muerte de Callum, se cogió dos semanas de vacaciones y pintó la cocina, el recibidor, el pasillo y su dormitorio. Mamá se había concentrado en ordenar el desván. Se pasó horas allá arriba, removiendo cosas mientras yo miraba desde los pies de la escalera. En una o dos ocasiones, había subido pero no había hecho ningún ruido y no había encendido la luz. Supongo que había acabado de ordenar y lo único que quería era estar un rato sentada en silencio y a oscuras.

Oí que ponían en marcha el cortacésped en la casa de al lado. El señor Charles había despejado el jardín de juguetes de Teddy y Casey y los había amontonado como si fueran basura junto al cobertizo. Se situó en un extremo y empezó a empujar la máquina naranja y a dejar una franja de color verde más claro a su paso. Cuando se volvió hacia la casa, levantó un brazo lleno de manchas de vejez hacia mí y me saludó. Lucía una espléndida sonrisa.

Miércoles, 30 de julio. Habitación. Mucho calor. Nublado.

9.35 h. El señor Charles está cortando el césped. Parece casi feliz. ¿Es esto una conducta normal?

Cuando el señor Charles se concentró en cortar la hierba que rodeaba el estanque, fue apagando y encendiendo el cortacésped. Hundía las hojas con cuidado para no estropear ninguna planta. Dos franjas más y regresó a la terraza por última vez, apagando como un experto el motor justo antes de llegar al final. Estiró los brazos y me miró, aún con aquella sonrisa tan rara. Levantó un dedo, como queriendo decir «espera ahí un segundo, jovencito» y entró corriendo en la cocina. El cortacésped empezó a emitir los sonidos normales del motor al enfriarse. El estómago se me revolvió un poco. Algo no iba bien. El señor Charles reapareció con dos vasos de algo de color claro y con gas. Parecía limonada. El corazón me iba a mil. Se acercó a la valla que separaba los jardines y extendió un brazo hacia arriba. El sol iluminó el vaso. ¿Se creía aquel hombre que yo podía alcanzarlo desde allí? Me quedé mirándolo y me encogí de

hombros. No sabía qué hacer. Dejó uno de los vasos en la mesa de la terraza y me indicó con señas que bajara. El otro brazo seguía sosteniendo en alto la limonada, como si fuera un trofeo ridículo que me estaba esperando.

«Y el premio por “Salir del dormitorio de uno mismo” es para...».

La sonrisa del señor Charles empezó a titubear. Negué con la cabeza y me aparté de la ventana. Entonces lo vi. Bajó la vista y su cara se contorsionó cuando emitió un gruñido siniestro y murmuró alguna cosa. Nunca lo había visto poner aquella cara tan contorsionada y desagradable. Corrí enseguida las cortinas.

—¿Has visto eso, León? ¿Has visto qué cara ha puesto?

Miré el León del Papel Pintado. Vi que miraba hacia la ventana y supe de inmediato lo que había hecho mal: había corrido las cortinas demasiado rápido, y la muerte y la enfermedad huirían de entre los pliegues del tejido y se esparcirían por todas partes. Si no hacía nada para remediarlo, habría que descontaminar toda la habitación. Cerré los ojos e intenté ignorar los gérmenes, pero los oía corretear por las paredes y el techo con sus sucias patas. Me senté, me froté los ojos, respiré hondo y cogí mi equipo de limpieza.

* * *

Tenía dos mensajes en la bandeja de entrada, los dos del que en su día fuera mi mejor amigo, Tom.

Para: Participantes en la fiesta

De: Thomas Allen

Asunto: Invitación

Lugar: Mi casa

Celebración: ¡¡¡Barbacoa!!!

Cuándo: Sábado, 9 de agosto a las 15 h Motivo: ¡Verano!

Confirmar asistencia a TOM

(TRAED A UN AMIGO).

En la parte inferior del *email* había un montón de emoticonos amarillos haciendo tonterías como sacar la lengua, guiñar el ojo o girar sobre sí mismos. Abrí el otro mensaje.

Para: Matthew Corbin

De: Thomas Allen

Asunto: Invitación

¡Hola, colega! ¿Cómo va todo? ¡Hace años que no te veo! Me he enterado de lo de ese niño pequeño vecino tuyo que ha desaparecido. ¡Es terrible! [aquí había insertado un emoticono triste con una lágrima]. ¡Espero que lo encuentren pronto!

Me alegro de que hayan llegado por fin las vacaciones de verano. ¡Es estupendo! ¡¡¡Espero que puedas venir a la BBQ!!! Sé que las cosas están un poco raras, ¡¡¡pero llámame si quieres salir o lo que sea!!!! Tom.

Me estremecí. Al parecer, se había aficionado al uso exagerado de los signos de exclamación. Después de la palabra *raras* había insertado otro emoticono con una cara sonriente que parecía la de alguien que está apretando para hacer sus necesidades. Era evidente que yo llevaba tiempo sin ir a clase y que mi mejor amigo se había vuelto idiota.

Para: Thomas Allen

De: Matthew Corbin

Asunto: Invitación

Hola, Tom,

Gracias por la invitación, ¡parece estupenda!

(Me permití un signo de exclamación para que él se sintiera cómodo).

Pero, lamentablemente, creo que no podré ir. Esto es una locura desde que se produjo la desaparición de Teddy. Hay policía por todas partes. La vecina de enfrente encontró su manta y esta mañana han dicho que también han encontrado sangre.

Me detuve. De pronto tuve un pensamiento. Miré por la ventana y vi al agente Campen delante de la casa de al lado. Se balanceaba, primero sobre los dedos de los pies y después sobre los talones, como si estuviera en un columpio invisible. Bajé corriendo y abrí la puerta. El peldaño exterior estaba sucio y yo iba descalzo, de modo que me quedé en el umbral de puntillas y asomé la cabeza.

—¡Agente Campen!

El policía tenía la mirada perdida y contuvo un bostezo.

—¡Oiga! ¡Agente Campen!

Giró la cabeza, tenía el ceño fruncido.

—Tengo que decirle una cosa. ¡Sobre Teddy!

El policía echó a correr y saltó por encima de la valla que separaba nuestro jardín del jardín del señor Charles.

—¿Qué pasa? Viste a alguien, ¿verdad? Lo sabía...

Me dolían los dedos de sujetar la puerta.

—No, no vi a nadie, pero es por lo de la sangre. La sangre que encontraron en la manta. Teddy se pinchó con las rosas cuando estaba recogiendo los pétalos. Acabo de recordarlo... No lo anoté, no sé por qué.

El policía se volvía continuamente para asegurarse de que nadie se acercara a la casa.

—¿Y tú esto cómo lo sabes?

—Porque estaba observándolo. Estaba cogiendo pétalos y se clavó una espina en el brazo y entonces se limpió la sangre con la manta. ¿Lo entiende? La sangre que han encontrado no significa que esté herido.

El agente Campen me miró y yo me quedé a la espera.

—¿En qué lugar del brazo?

Estaba peligrosamente a punto de salir de mi casa.

—En el antebrazo. El derecho. Y ahora, tengo que irme.

Entré en casa y cerré la puerta, consciente de que tarde o temprano la policía llamaría a la puerta y me haría la misma pregunta de diez maneras distintas. Papá estaba en el porche cubierto pintando la parte inferior de los marcos de las ventanas con un rodillo; la mesa de billar estaba protegida con una tela vieja de color *beige* llena de manchas.

—¿Qué pasa, Matthew? —gritó desde allí.

Me acerqué a la puerta del porche y me detuve antes de pisar las baldosas blancas relucientes que albergaban miles de millones de gérmenes. *Nigel* no estaba por ningún lado.

—He recordado una cosa y se lo he dicho al policía que hay ahí afuera. Teddy se arañó el brazo cuando estaba en el jardín y seguramente la sangre que han encontrado en la manta es de eso.

—¿Y qué ha dicho el policía?

Me limité a encogerme de hombros con indiferencia y papá resopló. Sabía que no le gustaba que mirase tanto por la ventana. Que preferiría que estuviese

con una Xbox o cualquier cosa por el estilo, haciendo algo «normal».

—Pásame ese pincel, ¿quieres, hijo? Tengo que hacer los perfiles.

En una esquina del porche cubierto, sobre unas hojas de papel de periódico, había un pincel negro fino. Estaba a mi alcance. Sin pisar las baldosas, me estiré tanto como pude y cogí el pincel entre el pulgar y el dedo índice sin protección. No estaba dispuesto de ninguna manera a cruzar el terreno de los vómitos de *Nigel*, pero papá tampoco daba muestras de acercarse hasta donde estaba yo, de modo que me quedé quieto con el pincel en la mano.

—Vamos, Matthew. Tráemelo, no tengo todo el día.

Papá me miró, rodillo en mano, y yo lo miré, pincel en mano. Nos quedamos allí como dos vaqueros estrambóticos a la espera de ver quién desenfundaba primero. Justo cuando empezaba a plantearme lanzarle el pincel y echar a correr, sonó el timbre.

—¡Ya voy yo!

El pincel cayó al suelo y escapé. Era el agente Campen acompañado por el hombre trajeado que intentó consolar a Melissa Dawson cuando se derrumbó.

—¿Matthew Corbin? ¿Podemos pasar para charlar?

Me retiré y los dejé pasar a la vez que llegaban a la puerta mamá y papá.

—Señor y señora Corbin, su hijo ha dicho que ha recordado algo más sobre el día de la desaparición de Teddy. Nos gustaría hacerle algunas preguntas más.

Pasamos todos en silencio a la cocina.

—¿Queréis té? —dijo mamá, y sacó unas tazas del armario y preparó el hervidor sin que nadie le hubiera dicho todavía que sí.

El policía trajeado se presentó como el detective inspector Bradley y le entregó a papá su tarjeta. Me hizo otra vez las preguntas de siempre. ¿Cómo podía llegar a ver tantas cosas desde la ventana? ¿Qué hacía mirando por la ventana? ¿Sabía que el niño estaba solo? Y entonces pasó a lo de la sangre. ¿Cuánta sangre había? ¿Vi realmente que la sangre manchaba la manta? ¿Vi que Teddy utilizara la manta para limpiarse la sangre? ¿Por qué no grité para avisar al abuelo si se había herido hasta el punto de salirle sangre?

—No sé. Teddy se miró un momento el corte y luego siguió con lo suyo. Es un niño duro, sí.

El detective levantó la vista perplejo.

—¿Por qué lo dices?

Yo ya había cogido la directa.

—No me dio la sensación de que le molestase que lo empujasen al

estanque...

Cerré los ojos con fuerza. El detective miró al agente Campen, que hizo un gesto de no entender nada.

—¿Qué estanque? ¿Quién lo empujó al estanque?

Mamá y papá dejaron de preparar el té y se quedaron también mirándome. El hervidor silbó y se desconectó.

—El día después de su llegada, Casey empujó a Teddy al estanque del señor Charles. Cayó de cabeza y ella se quedó mirándolo.

El detective se pasó la mano por la cara y se oyó el sonido rasposo de una barba de dos días.

—¿Y eso también lo viste por la ventana?

Asentí, y entonces intervino mamá.

—Pero desde otra ventana, detective. Debió de ser desde la de su habitación, que queda detrás y domina los jardines. ¿No es eso, Matthew?

Asentí de nuevo incómodo. De entre las rendijas de los armarios de la cocina vi emerger una neblina húmeda y siniestra. Tosí un poco, como si me costara hablar.

—Muy bien. Tendremos que ir a mirarlo. ¿Y luego, qué pasó el día que estabas en la ventana de tu habitación y viste que el pequeño casi se ahoga?

La cocina se quedó en silencio y me mordí el labio al notar que se me llenaban los ojos de lágrimas. Abrí la boca para hablar, pero entonces intervino papá.

—Mire, detective, creo que debería saber que mi hijo, mi Matthew, sufre una enfermedad grave que lo obliga a vivir prácticamente recluido en casa. Le parecerá tal vez un bicho raro, ¿pero sabía usted que en un colegio de tres mil estudiantes, unos veinte sufren esta misma enfermedad?

Sonreí a papá y el detective Bradley levantó las manos.

—Solo quería tener claro que ese niño estuvo en peligro y al parecer no había ningún adulto supervisándolo. Una vez más. No culpo en absoluto a su hijo, señor Corbin.

—No me quedé allí sin hacer nada —dije con voz ronca—. Corrí al otro lado de la casa y grité para ver si me oía el señor Charles. Estaba al otro lado de la calle hablando con Penny y Gordon Sullivan y, cuando llegó al estanque, Casey ya lo había sacado del agua.

El detective Bradley iba a decir algo, pero me adelanté.

—¿No le parece un poco raro que el señor Charles no le haya contado todo

esto? ¿Y no cree que es un poco anormal que hoy haya estado tranquilamente en el jardín, pasando el cortacésped, cuando el resto del mundo está buscando a su nieto?

Mi voz había subido tanto de volumen que era casi un grito. La sensación que me provocaba aquello era buena, y para mejorarla más si cabe, papá me guiñó el ojo.

El detective Bradley miró fijamente al agente Campen.

—¿No le ha dicho usted nada cuando estaba con el cortacésped?

El agente Campen se quedó pasmado.

—No... no sabía que era él. He oído un cortacésped pero he pensado que era en otra casa y...

Los policías empezaron a discutir entre ellos quién estaba dónde y cuándo, y el agente Campen se puso a gritar órdenes por radio. Mamá volvió a conectar el hervidor y oí que hablaba en voz baja con papá en un rincón.

—Sabía que esa niña era malvada. ¿Te fijaste en sus ojos, Brian? ¿Y en esa muñeca tan rara? Solo con verla, me entraron escalofríos.

—Vamos, Sheila, no puedes dar por sentado que la niña tenga algo que ver con la desaparición de su hermano.

Subí corriendo al cuarto de baño y me lavé las manos un montón de veces. Me di un aclarado final con agua caliente y oí que se cerraba la puerta y deduje que los policías se habían ido. Desde lo alto de la escalera, vi la neblina de la cocina arrastrándose lentamente por el suelo y subiendo por la escalera.

Penny Sullivan

En la habitación, la luz del sol creaba franjas titilantes en la moqueta. Nada estaba bien, había que limpiarlo todo. Los lápices, los libros, las patas de las sillas, las bombillas, las paredes... todo. Empezaría por arriba e iría bajando hasta los rodapiés y luego me ocuparía de los objetos más pequeños. Me enfundé un par de guantes y me puse manos a la obra.

De pie encima de la cama, que luego tendría que cambiar, empecé a limpiar la pared con un paño empapado con espray antibacteriano. El León del Papel Pintado tenía una oreja, no me había fijado. Pero estaba allí, asomando entre la despeinada melena: un triangulito dorado.

—Melody piensa que soy un solitario —le conté—. ¿A que es increíble? Y ella se dedica a coleccionar recordatorios de funerales. ¿Verdad que es de persona enferma? Ya sé que fue a comprarme los guantes, pero... eso es de estar fatal, ¿verdad?

La cara del León del Papel Pintado quedó reluciente y el ojo caído le brillaba. Era casi como si sonriese, como si estuviese disfrutando con el lavado.

Me detuve un momento y me quedé mirándolo.

—¿Y si lo sabe, León? ¿Y si ve mi nota y comprende que la muerte de Callum fue por mi culpa?

El León del Papel Pintado siguió sonriendo. Me lo imaginé sacudiendo la melena, las gotitas de agua salpicando por todas partes.

Oí voces en el exterior y vi que Penny, con una taza de algo en la mano, estaba en el porche hablando con el señor Charles. Bajé de la cama, dejé los trastos de limpieza y cogí el cuaderno.

Penny Sullivan está en la casa de al lado. Está hablando con el señor Charles y de vez en cuando le da unos golpecitos en el brazo.

El señor Charles dijo que iría a ver a su hermana unos días y entonces empezó a sonar el teléfono de su casa y entró para responder. Penny se quedó mirándolo y cruzó el césped en dirección a la montaña de juguetes que el señor Charles había amontonado junto al cobertizo. Miró la pila y meneó la cabeza varias veces. Entonces cogió un cubo rojo y volcó su contenido en la hierba. Cayeron algunos cochecitos de Teddy, y de entre ellos eligió una pequeña grúa de color naranja, que estudió con detalle antes de jugar con el brazo haciéndola subir y bajar.

—¿Qué hace? —dije, y me acerqué un poco más a la ventana.

Le dio la vuelta a la grúa y, con el pulgar, hizo girar las ruedecitas. Entonces reapareció el señor Charles.

—¿Qué era? ¿Qué ha pasado? —preguntó Penny.

El señor Charles se sujetaba la cabeza entre las manos.

—Era mi hija... No quiere saber nada de mí... Dice que todo ha sido por mi culpa...

Penny lo rodeó con el brazo cuando vio que el señor Charles rompía a llorar y ambos echaron a andar muy despacio hacia la casa. Ella intentaba sujetar con una sola mano la taza y el juguete de color naranja, y el té se derramó en la hierba.

Penny le da unos golpecitos de ánimo en la espalda al señor Charles, que está llorando. «Es un niño encantador —dice él—. En ningún momento pensé que corriera peligro. Es un niño encantador, precioso». Penny pasa de dar golpecitos de ánimo a darle una friega en la espalda y apoya la cabeza en el hombro del señor Charles durante un segundo. «Lo sé, lo sé —dice—. Es un crío muy gracioso».

Cuando levanté la cabeza del cuaderno, Penny estaba mirándome fijamente. Esbocé una débil sonrisa y vi que se estremecía.

* * *

Sabía que no le caía bien a Penny Sullivan desde que murió Callum.

Yo no tenía abuelos —todos habían muerto antes de que yo naciera—, y mamá veía a Penny un poco como una madre. Cuando yo era pequeño estaba mucho por casa, le decía a mamá qué tenía que cocinar y qué tenía que comprar. Era representante de ventas del catálogo de *Harrington, soluciones para el hogar*, que prometía «¡revolucionar tu hogar con una variedad de productos sin los que no podrás vivir!». A mamá le encantaba ese catálogo, lo hojeaba cada mes y exclamaba *ooohs* y *aaahs* cada vez que veía un nuevo artilugio que al final no utilizábamos para nada.

Papá no era un gran admirador de Penny. La consideraba una pesada y me parece que no le gustaba mucho que mamá hiciera tanto caso a sus consejos. Una Navidad, mamá le preguntó qué tipo de árbol tendría que comprar.

—Tú sigue con el artificial, Sheila. Si compras uno de verdad, te encontrarás agujas de pino hasta el agosto que viene. En el catálogo del mes que viene de Harrington, van a sacar un abeto nórdico sintético que es una maravilla. Junto a la ventana, te quedará de cine.

Aquel año en concreto a papá le apetecía un árbol de verdad para variar, pero mamá jamás contradecía los consejos de Penny.

—Tiene la experiencia que da la vida, Brian. Esa mujer sabe de qué habla.

—¿La experiencia que da la vida? Es una vieja metomentodo, eso es lo que es. Siempre pensando que lleva toda la razón y sin escuchar nada de lo que dicen los demás. No me extraña que sus dos hijos se hayan largado.

Pero mamá no era de la misma opinión, y cuando tuvo que correr al hospital para tener a Callum, fue a ella a quien llamó. Se presentó en casa con un jersey mullido multicolor y vaqueros y con una bolsa enorme llena de juegos. Nunca la había visto vestida informal. Gordon llegó detrás de ella, como siempre, y con un periódico bajo el brazo. A lo largo de la tarde me enseñó a jugar al ahorcado, al juego de los cuadraditos y a barquitos, todo ello con solo lápiz y papel, y luego también a algunos juegos de mesa viejos que habían sido de sus hijos, como el KerPlunk y los palillos chinos. Gordon se sentó en el sillón de papá a hacer un crucigrama y, de vez en cuando, cuando ella le comentaba lo buen jugador que era yo, levantaba la vista.

—¡Aprende muy rápido, Gordon! No como nuestro Jeremy. Él nunca acabó

de cogerle el tranquillo a los juegos de mesa, ¿verdad, Gordon? —Gordon se limitó a refunfuñar y a sacudir el periódico para volver a fijar la vista en él.

De vez en cuando, yo preguntaba si había llegado ya mi nuevo hermano. Estaba tan emocionado que no alcanzaba a comprender por qué tardaba tanto. Pero Penny solo me decía:

—Esas cosas llevan su tiempo, Matthew. Esas cosas llevan su tiempo.

Mientras jugábamos, yo no paraba de tocarme la zona de encima de la ceja derecha, una manía que le resultaba tremendamente molesta a Penny.

—¡Rasca, rasca y rasca, Matthew! Para. Si sigues rascándote así, acabarás haciéndote una herida.

Para cenar preparó judías y tostadas, y nos sentamos todos a la mesa de la cocina mientras esperábamos noticias. Nunca había visto a nadie que comiera con aquella delicadeza. Recuerdo que me senté con la espalda más erguida de lo normal y que intenté coger el tenedor de la manera correcta.

—¿Penny? ¿Crees que será rubio o que tendrá el pelo castaño como yo?

—No lo sé, Matthew. Ahora, cena.

Rasca, rasca, rasca.

—¡A lo mejor no tiene pelo! ¿Tenían pelo tus bebés, Penny? ¿Tienes un niño o una niña?

Rasca, rasca, rasca.

—Tengo un hijo que se llama Jeremy y una hija que se llama Anna, y sí, los dos tenían pelo. Deja de tocarte ahí todo el rato. Sé buen chico.

Comí tres cucharadas más de judías y dejé los cubiertos. Gordon se levantó y dejó su plato en el fregadero, se fue al salón sin decir palabra y oí que ponía la tele.

—¿Dónde están tus niños, Penny? ¿Viven cerca?

Rasca, rasca, rasca.

—Pues no. Por algún motivo insondable, ambos decidieron irse a vivir al extranjero. Jeremy vive en Brasil y Anna en Nueva Zelanda.

Me quedé boquiabierto.

—Jolín, Nueva Zelanda está a millones de kilómetros de aquí. ¿Y vienen a verte?

Penny negó con la cabeza.

—Oh, Penny. ¿Qué quiere decir in... insondable?

—Significa inexplicable, incomprensible.

Se quedó mirándome.

—Significa que ambos cometieron un error estúpido y que tendrían que haberse quedado aquí. Tendrían una vida mucho más feliz si dejaran de ser tan tercos y me hicieran un poco de caso. Y ahora, acábate esto.

Estaba colorada y cerró la boca con fuerza. Comí un poco más en silencio y volví a tocarme la cara.

—Penny, ¿será que no les gustas mucho a Jeremy y Anna?

¡PAM! Penny aporreó la mesa con fuerza.

—¡Matthew, te he dicho que dejes de tocarte la cara de una vez o te quedará un recuerdo de eso que estás haciéndote para toda la vida!

El zumo de naranja saltó por encima del vaso y se derramó en el plato. Penny cogió el tenedor y el cuchillo y siguió comiendo como si no hubiera pasado nada.

Parpadeé para contener las lágrimas y le dije que no tenía más hambre, después de lo cual me dio permiso para levantarme de la mesa y subir a mi habitación.

Era ya noche cerrada cuando oí llegar el coche de papá y bajé un poco la escalera para esperar en silencio y sin encender la luz. Penny abrió la puerta y esperó a que papá sacara dos bolsas de mano del maletero, una para mamá y otra para el bebé, con la ropita minúscula aún por estrenar. Mamá fue directa a los brazos abiertos de Penny, pero justo cuando entró en el recibidor, le fallaron las piernas. Fue como si hubiese pisado arenas movedizas y empezara a hundirse lentamente, profundamente, profundamente. Penny se arrodilló en el suelo a su lado y la abrazó, le acarició el pelo y la acunó mientras mamá rompía a llorar.

—Tranquila, suéltalo todo... tranquila... estoy aquí, Penny está aquí...

Subí, entré en el cuarto de baño, cerré por dentro y empecé a lavarme las manos. Sabía que yo era el culpable, y sabía que, si me limpiaba, los gérmenes ya no podrían hacer más daño a nadie. A partir de ahora tendría que controlarlo, como un niño mayor, eso era todo. Era todo lo que necesitaba hacer.

Y así fue como empezó. Primero en secreto; durante años, pude escabullirme fácilmente al lavabo para lavarme las manos una y otra vez sin que nadie se diera cuenta. Pero entonces, cuando Hannah y el señor Jenkins anunciaron a todo el mundo que estaban esperando un bebé, la situación fue a peor.

Por suerte, me parecía que nadie se había parado a echar marcha atrás en el tiempo para adivinar por qué estaba haciendo lo que hacía, aunque la verdad es que la explicación era muy simple.

Limpiaba y me limpiaba porque Callum murió, y Callum murió por mi

culpa.

El avistamiento

—Lo dirán en esa cosa que va pasando por la parte inferior de la pantalla, ¿verdad, Brian? En los subtítulos.

Papá había dejado un rato la decoración para ver las noticias

—Los subtítulos son para las películas, Sheila. Eso no son subtítulos.

Mamá nos había dicho que fuéramos al salón porque Penny le había enviado un mensaje diciendo que en las noticias saldría alguna novedad sobre la desaparición de Teddy. Deambulé de un lado a otro intentando relajarme. Tenía los nudillos agrietados y sangrantes de lavarme constantemente; la sangre me había espantado, me había lavado las manos una y otra vez para limpiarla y lo único que había conseguido era que sangraran más. Giraba y giraba sin cesar en mi estúpida rueda.

—Deja de pasearte, Matthew. Me mareo solo de verte.

Nos pusimos todos a ver la tele, papá chasqueando la lengua, como si con ello fuera a acelerar la aparición de la noticia.

—Penny siempre metiendo la nariz donde no la llaman. ¿Estás segura de que sabe lo que se dice?

Mamá manipuló el teléfono para localizar de nuevo el mensaje de texto.

—¡Mirad, ya sale!

Mamá soltó el teléfono para coger el mando a distancia y subió el volumen, a pesar de que la noticia salía únicamente escrita en la parte inferior de la pantalla. Papá lo leyó en voz alta.

—«Noticia de última hora. La policía investiga un supuesto avistamiento del pequeño desaparecido, Teddy Dawson. Dicen haberlo visto ayer en Harwich

embarcando en un *ferry* en compañía de un hombre y una mujer. La policía holandesa está trabajando en colaboración con las fuerzas británicas».

Cuando terminó de leer la noticia, papá regresó al porche para seguir pintando.

—¿Lo veis? —dijo—. Ya os dije que lo encontrarían. Aparecerá en todas las cámaras de vigilancia y apuesto a que enseguida estará de nuevo en casa.

Mamá apagó la tele y se fue a la cocina. La seguí, pero me detuve al llegar al suelo embaldosado.

—Eso estaría bien, ¿verdad? Incluso podríamos preparar una fiesta. A ver qué dice Penny. Le encantaría organizarla.

Mamá estaba empezando a meter los platos en el lavavajillas cuando sonó el timbre.

—¿Puedes ir tú, Matthew?

Corrí al recibidor y reconocí el perfil de la figura detrás de la puerta de cristal esmerilado. Iba vestida de negro y llevaba chanclas de color rosa. Ignoré el segundo timbrado y subí a mi habitación.

—¿Matthew? ¿Por qué no has abierto? —gritó mamá abriendo la puerta en mi lugar.

Empecé a deambular de un lado a otro de la habitación, preguntándome si tendría que correr a encerrarme en el cuarto de baño, cuando la puerta se abrió de repente. Me quedé pegado a la ventana con los brazos cruzados.

—Hola, Matthew.

Melody tenía los ojos hinchados, ojeras oscuras y llevaba el pelo recogido en una cola de caballo. Traía un álbum de fotografías de color marrón y tuve el horrible presentimiento de que allí había algo para mí.

—Creo que tenemos que hablar. Sé que después de lo del cementerio me tienes por una chalada, pero no lo soy, ¿entendido? Con todo esto de la desaparición de Teddy vivimos inmersos en la locura, pero pienso que podríamos ser buenos amigos si me vieras como la persona que soy, no como la persona que crees que soy.

Se ruborizó. Era evidente que traía el discurso ensayado y, mientras esperaba mi réplica, sus ojos oscuros inspeccionaron mi habitación, asimilándolo todo. Oí un rugido profundo y apenas audible en la esquina; levanté la vista y miré fijamente al León del Papel Pintado.

En aquel momento, algo que sucedía en el exterior llamó la atención de Melody, que se acercó a la ventana.

—¿Está regando el señor Charles?

Miré y vi al anciano empapando lentamente los parterres de flores con la manguera.

—¿Por qué perder el tiempo con eso cuando tu nieto ha desaparecido? —preguntó Melody.

Lo observamos evolucionando tranquilamente por el jardín y Melody apoyó la cabeza en la pared. Me estremecí.

—Melody, creo que deberías irte. Tengo algunas cosas que hacer. Muchas cosas, de hecho. Y no me gusta que la gente entre en mi habitación, ¿lo entiendes después de todo lo que te conté?

—¿Sabías que si riegas con la manguera en una dirección determinada y el sol está situado en el lugar adecuado puedes ver un arcoíris?

Observé el reflejo del sol en el agua pero no vi ningún color.

—Papá me lo enseñó una vez cuando aún vivía con nosotros. Dijo: «Si miras con atención, podrás ver cosas bonitas en prácticamente todo». Pero me parece que no es verdad, ¿no crees?

Se volvió hacia mí. Las heridas de las manos me dolían tanto que tarde o temprano tendría que acabar pidiéndole un analgésico a mamá.

—Melody, tendrías que irte, de verdad. Por favor.

Pero en vez de marcharse, se puso seria y meneó la cabeza.

—No. No me voy. No tardaré mucho, y es muy importante.

Se quitó las chanclas y se sentó con las piernas cruzadas sobre el edredón de la cama. Así, sin más.

Me entraron náuseas.

—¿No... no me has oído? Te he pedido que te marches. ¿Y no crees que deberías utilizar calcetines si tienes verrugas?

Me acerqué a la ventana, luego a la puerta, de nuevo a la ventana, de nuevo a la puerta. Ella seguía moviendo la cabeza, como si estuviera viendo un partido de tenis.

—Iré rápido —dijo. Dejó el álbum en su regazo e inspiró hondo—. Creo que si te explico por qué cojo los recordatorios del cementerio me entenderás.

Se retiró un mechón de pelo detrás de la oreja y me miró fijamente con aquellos ojos oscuros. Me obligué a detenerme al lado de la cajonera y a repetirme mentalmente una frase mientras ella seguía hablando:

«Todo se puede limpiar... todo se puede limpiar... todo se puede limpiar...».

—Los de la iglesia tiran los recordatorios y los regalos que la gente deja en

las tumbas cuando ya han pasado unos días. Los familiares lo saben, de modo que, en este sentido, no hay ningún problema; no esperan que nadie vaya a devolverles nada. Yo simplemente recojo lo que hay por allí antes de que acabe en la basura.

Puse mala cara.

—Estupendo. Está bien saberlo. Y ahora ya puedes irte, ¿vale?

Melody apoyó la barbilla en el álbum que sujetaba ahora contra el pecho y me hizo caso omiso.

—Como bien sabes, antes de que mi padre se fuera, yo tenía la costumbre de escaparme al cementerio para no oír tantos gritos en casa. Un día vi un recordatorio en el suelo manchado con una huella de barro y lo cogí. Ponía: «Mi querida Mary, sin ti me siento vacío. Te quiero, Jack». Me lo llevé a casa, lo sequé bien sobre el radiador y me lo guardé. Era un recordatorio tremendamente conmovedor y lo habían pisado como si fuera una porquería. Fue el primero, y desde entonces los he ido coleccionando. No soporto la idea de que los tiren a la basura, de modo que los recojo para conservarlos.

Respiró hondo y sus mejillas se ruborizaron de nuevo. Me tendió el álbum.

—Solo te pido que le eches un vistazo, ¿quieres?

El álbum marrón se quedó titubeante entre nosotros y uní las manos a mis espaldas.

—¿Podrías abrirlo tú? —sugerí.

Melody esperó unos segundos, se encogió de hombros y depositó el álbum sobre la cama. Lo abrió. Me adelanté un paso. El álbum tenía anillas y hojas de plástico, pequeños bolsillos de todos los tamaños para poder coleccionar tarjetas de distinto tipo. Postales, cromos, ese tipo de cosas. Pero en esas tarjetas había dibujos de palomas, flores, cruces. Examiné con atención la primera página.

«Descansa en paz, tío Cyril. Siempre te echaremos de menos. Con amor, Sarah y John».

«Duerme bien, amor mío. Christine».

«Siempre te echaré de menos, bomboncito. Tu Frank».

«Papá, mi héroe maravilloso. Hasta que volvamos a encontrarnos. Tu hijo, Tommy».

Las había incluso escritas con caligrafía infantil:

«¡Abuelito, cómo nos hacías reír cuando roncabas tan fuerte! Confiamos en que en el cielo se esté bien. Te queremos, Kattie, Becky y Joshua».

Melody me observaba e intentaba calibrar mi reacción a medida que iba

girando páginas. Yo tenía un nudo en la garganta y no sabía qué decir. Entonces vi una letra que reconocí.

—Para aquí un momento —dije.

En la parte superior de una página había un recordatorio con un osito de peluche azul sentado al lado de una cruz blanca. Debajo, escrito en tinta azul, podía leerse:

«Nuestro bebé, Callum. No tuvimos la oportunidad de verte crecer, pero te queremos todos y cada uno de los días del mundo. Mamá, papá y Matty».

Me escocían los ojos por las lágrimas. Sabía que mamá visitaba la tumba de vez en cuando, pero no que le dejaba mensajes.

—¿Dónde encontraste este? —pregunté señalando el recordatorio.

—Junto al ángel. Aquel ángel grande y blanco que hay cerca de la entrada de la iglesia. ¿Por qué?

—Por nada.

«Fui yo, murió por mi culpa». La frase bailaba en mi boca, pero la engullí con rapidez. Era evidente que Melody no tenía ni idea de que se trataba de mi hermano y no había ni rastro de la nota que yo le había dejado diciéndole que lo sentía. Seguramente, los de la iglesia la habrían tirado o se habría perdido. Me relajé un poquito cuando Melody cogió el álbum para apretarlo de nuevo contra el pecho.

—Y bien, ¿qué te parece?

—Si quieres que te sea sincero —suspiré—, te diré que me resulta un poco raro.

Melody frunció el ceño y bajó la vista antes de levantarse.

—Oh, ahora me acuerdo. Me debes aún el dinero de los guantes.

Nos miramos un momento y ella me sonrió, consciente de que había conseguido su objetivo.

—Supongo que no haces daño a nadie si igualmente iban a tirarlos —dije—. Y debes de haberlo pasado mal, supongo... con tu padre yéndose de casa y esas cosas.

Melody asintió y se mordió el labio superior.

—Mira, olvidemos el tema —dije—. No quiero decir con esto que esté de acuerdo, pero como no molestas a nadie, lo que yo opine carece de importancia.

Melody sonrió.

—Bien. Pero, de todos modos, estamos perdiendo el tiempo hablando de esto. ¿Te has enterado de que lo han visto?

—Sí. Pero eso no quiere decir que fuera él.

Melody hizo un gesto de asentimiento.

—Yo he pensado lo mismo. Tenemos que seguir con nuestra investigación, Matty. ¿Has averiguado algo más?

Le conté que a la salida del cementerio había visto a la Vieja Nina intentando descolgar aquella tela blanca del árbol.

—Fuera lo que fuese aquello, estaba ansiosa por quitarlo de allí.

Melody frunció el entrecejo.

—¿Y qué me dices de la lámpara que tenía junto a la ventana? —dijo—. ¡Ya no está! ¿Te has dado cuenta? ¿Crees que significa algo?

Me encogí de hombros, satisfecho de que ella también se hubiese dado cuenta de que estaba apagada.

—Pues no lo sé. Yo también he estado preguntándomelo. ¿Será una simple casualidad que esté apagada desde que Teddy ha desaparecido?

—Eso digo yo —dijo Melody, levantándose y dispuesta a entrar en acción—. Voy a ver si puedo averiguar qué hay en ese árbol, y tú encárgate de averiguar lo de la lámpara. Tus padres llevan más tiempo que mi madre viviendo aquí. A lo mejor saben algo.

Moví la cabeza en un gesto afirmativo y Melody me sonrió.

—Eres un buen tipo, Matthew Corbin. Tal vez un pelín estresado, ¡pero creo que formamos un gran equipo!

Me lanzó un beso y se largó corriendo.

La lámpara de la Vieja Nina

Papá asomó la cabeza por la puerta a las 22.23 h. Yo estaba tumbado en la cama con pantalón de pijama corto y camiseta. Hacía demasiado calor para meterme bajo las sábanas.

—El que iba en ese *ferry* no era Teddy —dijo apesadumbrado papá—. Era un niño parecido a él que iba a Holanda a visitar a sus abuelos.

—Son buenas noticias, ¿no? —dije incorporándome hasta quedarme apoyado en los codos—. De haber sido él, podría estar en cualquier parte a estas alturas.

Papá no estaba tan convencido como yo.

—Puede encontrarse igualmente en cualquier parte. Bueno, intenta no pensar en ello y duerme tranquilo, ¿entendido?

Dio media vuelta, dispuesto a marcharse.

—¿Papá? ¿Puedo preguntarte una cosa?

Se adentró un par de pasos en la habitación.

—¿Sabes la Vieja Nina? ¿Por qué siempre tiene esa lámpara encendida junto a la ventana?

Papá se rascó la barbilla.

—Es una triste historia. Muy triste, la verdad.

Se sentó en una esquina de mi mesa de estudio y yo volví a tumbarme. Miré el León del Papel Pintado y me concentré en la voz de papá.

—Hace mucho tiempo, cuando Nina no era tan vieja, se fue de vacaciones a Norfolk con su marido, el pastor, y su hijo, Michael. El niño tenía once años por aquel entonces.

Me quedé mirándolo.

—¿Un hijo? No sabía que tuviera un hijo.

Papa asintió. Debía de ser el niño que Jake y yo vimos en las fotos del pasillo de su casa aquel Halloween.

—Iban siempre a la misma casita desde que nació Michael y pasaban una semana junto al mar. El tercer día de aquellas vacaciones, se instalaron en una de las playas y Michael se fue a dar un paseo hasta el mar. Norfolk es muy plano, no sé si lo sabes, y cuando hay marea baja, el mar se retira tantísimo que incluso lo pierdes de vista, de modo que Nina y el pastor sabían que su hijo estaría un buen rato sin volver. Llegó el mediodía y Michael no había regresado aún para comer, pero no se preocuparon. Como ya he dicho, el mar está lejísimos, y para llegar hasta el agua, darse un chapuzón y volver se tarda mucho tiempo. Pensaban que en cualquier momento verían su figura aumentando de tamaño en el horizonte a medida que regresaba. Pasó una hora, luego otra, y empezó a subir la marea. Fue entonces cuando dieron aviso al guardacostas.

Papá detuvo un momento el relato y fijó la vista en la moqueta.

—Salieron incluso barcas a buscarlo de noche, pero nunca encontraron a Michael. Volvieron a casa y, cuando llegaron a la Rectoría, Nina encendió esa lámpara de la ventana. Pasaron toda la noche en vela a la espera de que llegaran noticias, pero no hubo novedades. Llegó la mañana y se olvidaron de apagar la lámpara y, por la tarde, cuando volvió a oscurecer, Nina vio aquel cálido resplandor anaranjado y decidió en aquel momento que la dejaría permanentemente encendida. Creía que, de un modo u otro, aquella luz le mostraría a su hijo el camino de vuelta a casa.

Me estremecí y me tapé con la sábana.

—¿Y nunca averiguaron qué fue de él?

Papá negó con la cabeza.

—No.

—¿Y sigue esperando? ¿Deja la lámpara encendida con la esperanza de que su hijo regrese después de tantos años?

Papá se levantó.

—Dudo que siga esperando después de todo este tiempo. Imagino que será una especie de consuelo para ella.

Se rascó la cabeza y bostezó.

—Es tarde, jovencito. Será mejor que te pongas ya a dormir.

Salió de mi habitación y vi que iba a cerrar la puerta.

—¿Podrías dejarla abierta esta noche, papá?

—Claro —dijo, y la dejó entreabierta.

Me puse de lado y cerré los ojos, pero no veía otra cosa que la cara del niño pecoso de las fotos de la casa de la Vieja Nina. Me imaginé sus pies mojados caminando por la acera y lo visualicé delante de la vieja puerta negra con el bañador empapado, goteando agua de mar. Entonces, llamaría con la aldaba y, dejando en el suelo un charco de agua, esperaría. La Vieja Nina abriría la puerta y gritaría de alegría al verlo. Lo abrazaría, lo haría pasar a casa y lo envolvería con una toalla y una mantita caliente.

«Lo siento, mamá. Me ha costado más tiempo de lo que imaginaba».

Su madre se llevaría las manos a la cara y miraría, asombrada, al precioso niño que tenía delante.

«¡Has vuelto! —exclamaría—. Por fin has vuelto conmigo».

Y todo gracias a que siempre había mantenido aquella lámpara anaranjada encendida para que lo guiara de vuelta a casa.

La llamada al número once

Me desperté temprano y con un plan preconcebido. Me puse unos guantes nuevos, abrí el cajón inferior de la mesita de noche y saqué los prismáticos negros que me habían regalado por Navidad cuatro años atrás. Nadie los había tocado desde entonces, lo cual era bueno; estaban totalmente libres de gérmenes.

Me dirigí a la oficina, me arrodillé delante de la ventana, apoyé los codos en el alféizar y enfoqué los prismáticos hacia el exterior. Tardé un rato en centrarlos pero pronto tuve delante de mí los ladrillos rojos de la Rectoría. Eché un vistazo. La lámpara seguía apagada y las flores de la entrada de la casa de la Vieja Nina, que solía regar cada mañana a las diez, estaban muertas. Una de ellas caía flácida hacia un lado, como si estuviera haciendo un último intento desesperado de huir a buscar agua. ¿Por qué las habría descuidado de aquel modo? ¿Y estaría apagada la lámpara porque ya no la necesitaba? ¿Habría encontrado un sustituto para su hijo desaparecido? Enfoqué un pequeño triángulo de espacio en la esquina donde estaba la ventana de su dormitorio y esperé.

Papá se metió en la ducha y mamá pasó por delante de la puerta sin verme y bajó. La oí hablar con *Nigel*, que maullaba con fuerza para reclamar el desayuno. Veinte minutos más tarde, papá salió de la ducha y bajó también, sin percatarse de mi presencia.

Permanecí cuarenta y seis minutos sentado en esa posición. Cuarenta y seis. Tenía los brazos tan entumecidos que pensé que cuando me levantara se quedarían allí, con los prismáticos pegados a las manos y enfocando eternamente la Rectoría. Pero entonces, cuando parpadeé unas cuantas veces para evitar que se me secaran los ojos, vi un destello de algo que rozaba las cortinas por detrás

de la ventana. Intenté hacer un *zoom* de la imagen y toqué la ruedecilla que tenía justo encima del arco de la nariz, pero la visión se volvió borrosa. La giré hacia el otro lado y la imagen volvió a ser nítida. Vi otro destello corriendo hacia un lado, luego volviendo en dirección contraria. Fuera lo que fuese aquello, era rápido, mucho más rápido que una anciana. Noté que me temblaban las manos y respiré hondo para concentrarme en el pequeño espacio que se abría entre las cortinas, animándolo a que volviera a moverse. Entonces apareció una mano vieja y blanca que cerró por completo las cortinas. Examiné el resto de la casa, pero no encontré nada digno de mención. Relajé un instante la postura, el corazón me latía a toda velocidad.

—Lo he encontrado —dije en voz alta—. ¡Sé quién lo ha secuestrado!

Corrí al cuarto de baño, quitándome los guantes por el camino para lavarme las manos con grandes cantidades de agua caliente y jabón e ignorando el dolor. Respiraba de manera acelerada, pero esta vez era por la excitación, no por la ansiedad. Noté que tenía la cara tensa y, cuando me miré en el espejo, vi que estaba esbozando una sonrisa. Reí para mis adentros y me puse un par de guantes nuevos antes de vestirme rápidamente. Bajé corriendo, sin permitirme pensar en lo que estaba haciendo, y salí al exterior para ir directo a casa del señor Charles.

Llamé a la puerta con el codo. Y mientras esperaba en el camino, cerca de los rosales donde Teddy había estado recogiendo pétalos hacía tan solo unos días, me empezaron a temblar las piernas. El señor Charles me abrió la puerta en pijama.

—¡Señor Charles! Debe pedirle a alguien que vaya a inspeccionar la Rectoría. ¡Tiene a Teddy allí dentro! —dije quizá demasiado alegremente.

El señor Charles no sonrió.

—Perdóname, Matthew, pero ¿qué has dicho? —preguntó.

Salió y cerró levemente la puerta a sus espaldas. Miró a derecha e izquierda. A todos lados, excepto hacia mí.

—¡Es la Vieja Nina! ¡Ha secuestrado a Teddy!

El señor Charles se cruzó de brazos.

—¿Y qué te ha llevado a pensar eso?

—He visto algo allá arriba, en aquel dormitorio.

Señalé la ventana que quedaba medio oculta por un árbol. El señor Charles volvió la cabeza hacia la casa.

—Pero ¿qué? ¿Qué has visto?

—He visto algo al otro lado del cristal que pasaba a toda velocidad. Algo pequeño y muy rápido.

Sonreí, pero el señor Charles me miraba con mala cara.

—¿Y era Teddy? ¿Eso tan rápido que has visto era mi nieto?

Me encogí de hombros.

—Creo. No... no lo sé...

El anciano se rascó la barbilla.

—Y tiene la lámpara apagada —proseguí—. Está apagada desde que Teddy desapareció.

El señor Charles me miró fijamente, como si no entendiese nada.

—¿Y?

Estaba poniéndome nervioso e intenté mantenerme quieto.

«Ring, ring. Ring, ring».

En la casa sonaba el teléfono. Traté de no contar los «rings», pero no logré evitarlo.

—Que la lámpara esté apagada significa que ya no espera que su hijo perdido vuelva a casa. Y... ¡hay una cosa enganchada en el árbol que parece una camiseta de niño!

El teléfono había sonado ya cinco veces.

—¿Una camiseta? —dijo el señor Charles, que empezaba a mostrarse interesado.

Siete. Había llegado ya a siete «rings». Tenía que dejar de contar.

—¡Sí! A lo mejor. No... no estoy seguro.

Comprendí que tendría que haber esperado a que Melody investigase esa parte. El señor Charles miró de nuevo a su alrededor. Me había borrado de su línea de visión.

—Así que ha apagado la lámpara y tiene alguna cosa colgada en el árbol...

Nueve «rings». Cerré los ojos con fuerza.

—Le está sonando el teléfono, señor Charles —dije interrumpiéndolo.

—Y has visto algo en su ventana, pero no sabes exactamente qué es...

—Sí, pero era pequeño y rápido. Y además, no ha regado las flores.

El señor Charles me miró fijamente. El sonido del teléfono rompía el silencio. Once «rings». La cosa empezaba a ponerse peligrosa.

—Entendido, no hay que olvidar las flores. Se ha olvidado de regar las flores. ¿Y crees que todo esto la convierte en una secuestradora?

—¿No piensa responder, señor Charles? Yo...

Me quedé sin habla mientras contaba dos «rings» más.

Y eso fue todo.

El teléfono se calló después de diezmastrés «rings».

Tenía que concentrarme.

—Lo siento, Matthew. Valoro mucho tu esfuerzo, pero me parece altamente improbable. Nina es una vieja amiga y es imposible que esté detrás de todo esto.

El número peligroso salió de debajo de la puerta de la casa del señor Charles y se quedó mirándome. Mirándome para cogerme por el cuello y no soltarme. Tenía que ser rápido.

—Siempre tenía la lámpara encendida por su hijo muerto y la ha apagado porque ha encontrado un sustituto... y las flores se han muerto porque ya no tiene tiempo para regarlas... ¡Todo tiene sentido!

El señor Charles estaba boquiabierto.

—¡Y tiene un sótano, mierda!

—¡Cuidado con lo que dices! —dijo el señor Charles muy serio.

Trece.

13, 13, 13, 13

TRECE.

Los números corrían por mi cabeza como las letras de la parte inferior de la pantalla del informativo que habíamos visto el otro día.

... ÚLTIMAS NOTICIAS... 13, 13, 13, 13, 13, 13, 13, 13, 13, 13, 13, 13, 13, 13...

Intenté contar mentalmente.

—¡Tiene que contárselo a la policía!

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete.

No funcionaba. El contrapeso no funcionaba y el número seguía teniendo poder sobre mí. No me estaba concentrando lo suficiente.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete.

Estaba haciendo el cómputo total de veinte, pero seguía encallado en diezmastrés. El número se arrastraba hacia mí como una niebla venenosa.

—Hijo, no es mi intención molestarte, pero ¿no te parece que te sobra tiempo?

El señor Charles se inclinó hacia mí con la cabeza ladeada. La niebla penetró mis orificios nasales y tosí. Cerré los ojos y empecé de nuevo.

Uno, dos, tres, cuatro...

—¿Entiendes lo que te digo? No pretendo ser maleducado, pero...

Uno, dos, tres...

—... te pasas el día encerrado en esa casa y...

Uno, dos, tres, cuatro, cinco...

—... no sé qué están haciendo tus padres para ayudarte...

Abrí los ojos.

—¿Podría callarse un momento? Estoy intentando pensar.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete...

El anciano se enderezó.

—¿Acabas de decime que me calle?

—No... quiero decir, sí... es que tengo que concentrarme en una cosa, solo por eso.

Estaba a punto de romper a llorar, de modo que empecé a retroceder sin dejar de contar hasta siete.

—Es que... es que tengo que pensar mentalmente en una cosa...

El señor Charles descruzó los brazos y entró en su casa antes de gritar:

—No te metas más en todo esto, ¿me has oído bien, Matthew?

* * *

Cuando llegué a casa, mamá me esperaba en el recibidor.

—¿Matthew? ¿Dónde estabas?

No la miré.

—Solo... solo había ido a decirle una cosa al señor Charles.

Se cruzó de brazos.

—¿A decirle qué? ¿Qué pasa?

No sabía qué responder. Papa apareció por detrás. Estaba comiendo una tostada.

—Le... le he dicho que a lo mejor la Vieja Nina sabía dónde puede estar Teddy.

—¿Qué, qué? —dijo papá abriendo los ojos como platos—. ¿Qué demonios...?

—¡Es por lo que me contaste sobre su hijo! —dije.

Mamá chasqueó la lengua y miró a papá.

—Brian, ¿no habrás...?

—¡Lo tiene allí dentro, lo juro!

Me descalcé rápidamente y subí corriendo a mi habitación. Cerré de un portazo.

* * *

El León del Papel Pintado me miró decepcionado. Avergonzado casi. Limpié y limpié contando mentalmente hasta siete sin cesar, hasta que la mañana pasó por completo. Estaba agotado.

—Ya sé por qué no me creen. Porque me consideran un inútil. Por eso —le dije al León en cuanto me acerqué a la ventana—. Pero no lo soy, ¿verdad? No soy un inútil. ¡Fui el último que lo vio! De no ser por mí, no se habrían enterado del origen de la sangre que había en la manta. ¡Y eso no es más que el aperitivo!

El León de Papel tenía la mirada fija al frente. Incluso él estaba aburrido de mí. Miré la montaña de juguetes que seguía aún junto al cobertizo del señor Charles. Era como si estuvieran listos para tirar a la basura. Entré en la oficina con la intención de anotarlo en el cuaderno, pero entonces vi algo que me llamó la atención.

Jueves, 31 de julio. 14.03 h

Se acaba de abrir la puerta de la Rectoría y ha salido la Vieja Nina con una bolsa de compra en el brazo.

Era extraño. Nunca iba a la compra los jueves.

Va vestida con una blusa azul claro y falda azul marino. Echa un rápido vistazo a su alrededor y sale corriendo hacia la calle.

A lo mejor era mi oportunidad para demostrar al señor Charles y a mamá y papá que allí sucedía algo. Tecleé a toda prisa un *email*.

Para: Melody Bird
De: Matthew Corbin
Asunto: ¡Rápido!

La Vieja Nina ha salido. ¿Puedes seguirla?

Pasaron los minutos y no había respuesta. ¿Y si Melody había salido? A cada segundo que pasaba, más se alejaba la Vieja Nina. ¿Cuánto tiempo podía permitirme esperar?

Deambulé de un lado a otro de la oficina. Nadie más se daría cuenta de que aquello era muy extraño. La Vieja Nina solo salía los viernes por la mañana, y lo hacía aproximadamente a las 10.30 para regresar a las 11.30 con una bolsa de la compra. Repasé rápidamente mis notas para verificar que era así. Aparte de regar las flores de la entrada cada mañana e ir a la compra los viernes, nunca jamás la había visto salir de casa. Se llevaba alguna cosa entre manos, y de mí dependía averiguar qué era.

Siguiendo a la Vieja Nina

No me di la oportunidad de pensármelo dos veces. Les dije a gritos a mamá y papá que me iba y eché a correr para salir de casa. El policía que controlaba la cinta blanca y azul que cerraba la calle no estaba. La urbanización volvía a estar abierta. La Vieja Nina había salido de casa con una bolsa de la compra, por lo que deduje que iba a la ciudad. Giré a la derecha yforcé la vista para localizarla.

No tardé mucho en verme obligado a bajar el ritmo para seguir andando. Además de no estar en forma, el calor era sofocante, y el tráfico, ensordecedor. La cabeza me vibraba con tanto ruido.

En cuanto llegué a las tiendas, me encontré con la cara de Teddy mirándome por todos lados. En las farolas, en las paradas de autobús, en los laterales de las papeleras y en todos los escaparates. Había carteles de «TEDDY DAWSON DESAPARECIDO» por todas partes. Era la misma fotografía que el reportero había mostrado en los informativos, una en la que salía con un trajecito y tenía los ojos llorosos.

Recorrí High Street resoplando como un viejo y con el corazón palpitando con fuerza, pero me sentía bien. ¡Lo había conseguido! Había salido y estaba haciendo algo. Estaba investigando.

Miré en todas las tiendas para ver si vislumbraba una blusa azul claro. Llegué al paso de peatones y, con las manos enguantadas hundidas en los bolsillos del pantalón, esperé a que alguien pulsara el botón. De pronto la vi, al otro lado de la calle. Iba caminando y se encorvó para dejar la bolsa en el suelo y pulsar el botón. La bolsa se ladeó y cayeron a la acera dos madejas de lana azul. Las cogió rápidamente, las metió de nuevo en la bolsa y vi el cuero cabelludo

rosado a través de su fino pelo blanco. El semáforo se puso en verde, bajé la barbilla y crucé con celeridad la calle, evitando mirarla a la cara cuando nos cruzamos. En la parada de autobús había varias personas esperando y me quedé por allí, manteniendo distancias con todo el mundo. Vi que se dirigía a un quiosco.

Madeiras de lana. Madeiras de lana azul. ¿Estaría tejiendo alguna prenda para un niño? ¡O a lo mejor es que estaba pensando en algo que sustituyera a la manta azul! Se acercó un anciano por detrás y, resoplando, dejó las bolsas de la compra en el suelo. Me di cuenta de que me había tomado como el último de la cola y me retiré un poco, sin dejar de observar el otro lado de la calle.

Notaba la garganta seca y necesitaba lavarme. Necesitaba lavarme ya. Pero una voccita interior me decía que no podía hacerlo. Que si no tocaba nada y me mantenía a una distancia prudente, podría observar los movimientos de la Vieja Nina y obtener todas las pruebas necesarias para demostrar que había secuestrado a Teddy. Entonces, volvería corriendo a casa. O mejor, a paso ligero... sí, volvería a casa andando a paso ligero, se lo contaría a la policía, luego iría directo a la ducha y todo volvería a ser correcto.

Llegó el autobús y todo el mundo se puso en movimiento. Me volví para marcharme, pero me di de narices con el anciano que tenía detrás y tropecé con sus bolsas.

—¡Tranquilo, chico! ¿A qué vienen tantas prisas? —dijo levantando las manos.

Cuando caí hacia delante, rocé con la mejilla el sucio jersey marrón de aquel hombre y me invadió un olor a menta, vinagre y loción para después del afeitado rancia. Cerca de los botones vi una mancha seca anaranjada que debía de ser huevo seco. Recuperé el equilibrio, para lo cual tuve que dejar al aire las manos cubiertas con guantes, pero el hombre no se dio cuenta.

—¿Estás bien, chico? Parece que hayas visto un fantasma. Sé que soy viejo, pero aún estoy vivo, ¿sabes?

Rio y en las comisuras de la boca aparecieron unos hilillos de saliva blanca que se extendían como gomas elásticas.

—Lo... lo siento —dije, y salté por encima de las bolsas—. Lo siento mucho.

Y no pude hacer más. Era imposible afrontar un nivel tan grande de exposición al entorno. Tenía que volver a casa y lavarme de inmediato.

—Mira, hijo, si para lo que sea tienes que darte de bruces con un anciano, es

que tiene que ser importante. ¡Anda, ve corriendo!

Eché la cabeza hacia atrás y, cuando volvió a reír, vi una muela de oro que brillaba con el reflejo del sol. Bajé la vista y emprendí camino de vuelta a casa. No lo había hecho bien; había fracasado. Tenía ardiendo la zona de la cara que había rozado el jersey del anciano. Estaba mareado y el corazón me latía tan fuerte que pensé que acabaría estallándome. Me vibraban los tímpanos y notaba la garganta rasposa; pero, por encima de todo, necesitaba lavarme. Necesitaba agua limpia, litros y litros de agua, y mucho, muchísimo jabón. Jabones nuevos. Por abrir, completamente esterilizados.

Caminé hacia los semáforos y me dispuse a cruzar la calle. La Vieja Nina se alejaba del quiosco y vi una revista asomando por la parte superior de la bolsa. Iba hacia casa, pero de repente se detuvo. Algo le había llamado la atención en el escaparate de una farmacia. Dejó la bolsa en el suelo y se inclinó hasta que la frente le quedó a escasos centímetros del cristal y parpadeó para observar bien el escaparate. Me quedé inmóvil, fingiendo que esperaba a alguien. Transcurridos unos segundos, la Vieja Nina volvió a coger la bolsa, se retiró de la frente su escaso pelo y siguió andando.

Me acerqué al escaparate. Expuestos de manera simétrica en una pirámide había cajas de pañales braguita, con la fotografía repetida del niño del paquete desteñida por el sol. Cuando levanté la vista, la blusa de color azul claro desapareció después de doblar la esquina.

Harrington, soluciones para el hogar

—¡Así que has vuelto a salir! ¿Quién se lo habría imaginado? ¡El niño pez visto dos veces en público!

Jake sonrió de oreja a oreja como si fuese un maníaco. Estaba montado en su bici en la entrada de la calle. A lo lejos, vi que la Vieja Nina cerraba la puerta de su casa.

—¿Qué me has llamado?

Di un paso hacia él y Jake levantó las manos.

—Caray. ¡Tranquilo, friki! No hay ninguna necesidad de que ahora te dé un ataque.

Intenté rodearlo, pero Jake echó la bici hacia atrás y me bloqueó el paso igual que había hecho aquel día en el pasaje.

—¿Qué pasa con esos guantes? —dijo.

—Nada que te importe —repliqué, y guardé las manos en los bolsillos.

Jake se rascó el cuello y apareció una marca roja en el lugar donde se acababa de hacer una herida y empezó a sangrar. Se miró las uñas y aproveché para pasar corriendo por su lado.

—¿Entonces crees que ha sido la Vieja Nina?

Me detuve y me volví hacia él.

—¿Qué?

Había adoptado una pose de engreído.

—Antes he visto a Melody merodeando por el jardín de la Vieja Nina. ¿Tiene que ver con eso que tiene enredado en el árbol?

No dije nada.

Jake se limpió la nariz con el dorso de la mano.

—De todos modos, no sé por qué os tomáis tantas molestias. Es evidente que el niño ese está muerto. Melody y tú estáis perdiendo el tiempo, qué quieres que te diga.

—No tienes ni idea de lo que le ha pasado a Teddy Dawson, Jake.

Vi que delante de la casa del señor Charles había dos policías de paisano charlando. Nos miraron un momento y luego siguieron con su conversación.

—No, la verdad es que no —confesó Jake—. Pero a lo mejor tú sí, ¿eh? A lo mejor tú sabes adónde ha ido, niño pez.

Noté un nudo en la garganta.

—No me llames así.

Jack se echó a reír.

—¡Anda ya! ¡Todo el mundo te llama así! La que empezó con el tema fue esa niña vecina tuya. La hermana de Teddy. Mi madre me contó que te había llamado así cuando ella estaba en su casa llamando a la policía. Que dijo: «Seguramente el niño pez sabrá adónde ha ido».

Tragué saliva.

—¿Qué viste entonces desde tu ventana, eh?

Parpadeé para impedir que me cayeran las lágrimas.

Jake volvió a reírse, echando la cabeza hacia atrás.

—Tendrías que estar contento. ¡Eres famoso! —Adoptó entonces la voz de un locutor—: «El niño pez fue la última persona que vio a Teddy Dawson con vida. ¿Cómo se sentirá con eso?».

Me acercó un micrófono invisible y yo me hice a un lado. Era como si me faltara el aire. Tragué saliva una y otra vez.

—¡No está muerto! —grité.

Mi voz resonó por la calle, y uno de los policías estiró el cuello para vernos mejor.

—Mira, siento mucho romper tu burbujita, pero cuando un niño desaparece y pocos días después encuentran sangre en su mantita, no me parece que sea un cuento de esos en los que acaban todos felices y comiendo perdices, ¿no? La vida es dura. Afróntalo.

Retiró la bici y puso los pies en los pedales para marcharse. Me temblaban las piernas.

—Se arañó el brazo. Por eso había sangre en la manta —dije.

Jake se dio la vuelta.

—¿Y cómo lo sabes?

—Tú mismo lo has dicho. Fui la última persona que lo vio. Estaba jugando en el jardín de delante y se rascó el brazo con la espina de una rosa, y la manta se manchó con la sangre. ¿Responde esto a tu pregunta?

Jake hizo un gesto de indiferencia.

—Melody ni siquiera intentó descolgar esa cosa del árbol, que lo sepas. Se limitó a mirarlo desde la valla. Si queréis, puedo ayudaros con esa especie de investigación que estáis llevando a cabo.

Reí.

—¿Tú? ¿Ayudar? ¿Desde cuándo has querido ayudar a alguien que no sea a ti mismo?

Se quedó serio, pero luego contraatacó.

—¿Yo? ¡Mira quién habla! ¡Nunca te vi intentando ayudarme cuando todo el mundo decía que mi eccema era contagioso! O cuando el señor Jenkins me decía constantemente que era un perdedor. No te vi sentándote a mi lado cuando nadie se atrevía a hacerlo. ¿Dónde estabas, eh? ¿Dónde estabas, «amigo»?

Pronunció la palabra «amigo» en tono sarcástico, con los ojos brillantes por las lágrimas, que evitó que cayeran con un parpadeo.

Abrí la boca para replicar, pero Jake levantó una mano.

—¿Sabes qué, Matthew? Olvídalo. De todos modos, tampoco querría un amigo como tú.

Decía la verdad, y dolía. Empujó el pedal con el empeine y se marchó.

Los policías que estaban delante del número once habían entrado en la casa y Gordon salía del número uno cargado con una caja grande. Cruzó la calle y se encaminó hacia nuestra casa. Era todo lo que yo necesitaba. Lo único que deseaba era volver a casa.

Lo seguí y me quedé detrás de él cuando llamó al timbre. Intenté encontrar la manera de adelantarlo. Vi que la caja llevaba el logo de *Harrington, soluciones para el hogar*. Mamá debía de haberle hecho otro pedido a Penny. Bajo el brazo llevaba el último catálogo, y justo en aquel momento se le cayó en el peldaño de la entrada.

—¿Podrías recogerlo, hijo? —dijo sin ni siquiera decirme hola.

Miré el catálogo abierto en el suelo. Me sonreía un hombre bronceado con una coctelera en la mano. Parecía el hombre más feliz de la Tierra.

—Matthew, ¿el catálogo?

Me agaché y lo cogí con el pulgar y el índice. Me daba igual que Gordon me

viera los guantes. Papá abrió la puerta.

—Ah, hola, Gordon. Estupendo. Gracias por traerlo —dijo, y cogió la caja y se apoyó en el marco de la puerta.

Me hice a un lado para poder pasar, pero la entrada estaba completamente bloqueada.

—Tranquilo, Brian. No me cuesta nada traértelo. Lo siento, pero voy tarde. Penny va un poco retrasada con los pedidos, con todo esto...

Se pasó la mano por la calva y movió la cabeza en dirección a la casa del señor Charles.

—Si necesita a Sheila para que le eche una mano, ya sabe que solo tiene que pedirlo.

—Gracias, Brian. Y lo mismo te digo si necesitas que te eche una mano para poner esto en marcha.

Dio unos golpecitos en la parte superior de la caja de cartón.

—Odio la decoración, pero hay que hacerlo. No puedo seguir postergándolo por más tiempo. ¡Y Sheila tampoco me lo permitiría!

Papá sacudió la caja y rio. Me moví con nerviosismo. Lo único que deseaba era entrar e ir directo a la ducha para librarme de todas las enfermedades que llevaba encima.

—Perdón —dije, y eché a correr.

En mi carrera, rocé el brazo de Gordon y choqué contra la caja que sostenía papá. Arrojé el catálogo en la escalera.

—¡Matthew, ve con más cuidado! —dijo papá tambaleándose—. Lo siento, Gordon.

—No pasa nada. Bueno, tendría que ir tirando. Ya sabes... a encerrarme en casa, con Penny —dijo Gordon moviendo ahora la cabeza para señalar hacia su casa.

—Gracias, Gordon. Y recuerda, si Penny necesita que se le eche una mano, solo tenéis que decírnoslo, ¿entendido?

Cerró la puerta empujándola con el pie y llevó la caja hasta el porche cubierto mientras yo me descalzaba.

—Matthew, tengo que hablar contigo sobre tu habitación —dijo, pero yo ya estaba arriba, listo para meterme en la ducha.

El señor Rory Jenkins

Para: Jake Bishop

De: Matthew Corbin

Asunto: El árbol de la Vieja Nina

Hola, Jake:

Tienes razón. Necesitamos tu ayuda. ¿Qué te parecería si intentaras descolgar esa cosa que hay en el árbol de la Vieja Nina?

Matthew

Jake respondió al cabo de diez minutos.

Para: Matthew Corbin

De: Jake Bishop

Asunto: El árbol de la Vieja Nina

Saltaré a su jardín esta noche en cuanto oscurezca. Jake

Era tarde y estaba sentado delante del ordenador con el pelo aún mojado de la ducha. Había además un mensaje de Melody en el que se disculpaba por no haber visto mi anterior *email* porque estaba fuera. Decía que no había tenido suerte y no había conseguido ver qué era lo que estaba colgado en el árbol. Pulsé la tecla para responder.

Para: Melody Bird

De: Matthew Corbin

Asunto: ¡Rápido!

No pasa nada. Jake va a intentar descolgar esa cosa del árbol de la Vieja Nina ESTA NOCHE.

Lo sé, lo sé, ya sé que se trata de Jake Bishop, pero creo que podría sernos útil.

Ah, ¿y sabes qué? ¡Hoy he seguido a la Vieja Nina! Ha salido, y eso que nunca sale los jueves. Ha comprado madejas de lana y se ha quedado mirando de forma muy rara unos pañales que había en el escaparate de una farmacia. No ha comprado ninguno, ¿¿¿¡¡¡pero verdad que es un poco extraño!!!???

Matthew

Me estremecí después de enviarlo. Mis supuestas pruebas me parecían ahora de lo más ridículas. Melody respondió enseguida.

Para: Matthew Corbin
De: Melody Bird
Asunto: ¡Rápido!
¿Jake Bishop? ¿¡Estás loco!!?

Para: Melody Bird
De: Matthew Corbin
Asunto: ¡Rápido!
Lo sé, pero démosle una oportunidad. Diríamos que se la debo. Matthew

Apagué el ordenador y me acosté.

* * *

Cuando por fin me dormí, soñé con Teddy...

Yo volvía a estar en la ventana, viendo cómo recogía pétalos y, entonces, cuando iba a coger una flor, Teddy tropezó y cayó directamente encima de las rosas. Las ramas le envolvieron el cuerpo por completo, igual que una araña envolvería a una mosca. En cuestión de segundos, el rosal lo había engullido entero y Teddy había desaparecido.

Entonces aparecieron todos los vecinos y empezaron a gritar como si estuvieran jugando al escondite.

«¡Teddy!, ¿dónde estás?», gritaba el señor Charles.

«¡Sal de ahí, sal de dondequiera que te hayas metido!», gritaba la Vieja Nina. Salí corriendo a la calle y les grité:

«¡Está en el rosal! ¡Lo ha atrapado el rosal! ¡Hacedme caso! ¡Mirad en el rosal!».

Estaba Melody y, también, Penny y Gordon, Jake, Hannah con su vientre hinchado y el señor Jenkins y la Vieja Nina. Cuando salí corriendo, todos se echaron a reír.

«¡Rápido, vuelve a tu pecera, Matty! —dijo Melody, riendo tanto que casi se le caían las lágrimas—. ¡Aquí fuera te morirás!».

* * *

Me desperté sobresaltado a las 3.22 de la mañana, empapado de sudor. Intenté volver a dormirme, pero cada vez que cerraba los ojos veía a Teddy enredado entre las ramas. Me levanté y me dirigí sin hacer ruido a la oficina. El jardín del señor Charles estaba vacío y solo alcanzaba a vislumbrar algunas flores de color pastel bailando con la brisa. Entre las rosas no había ningún niño rubio. Teddy no estaba allí.

Di media vuelta para volver a la cama, pero entonces vi una figura moviéndose en la penumbra justo delante de la Rectoría. Al principio pensé que podía tratarse de Jake, que iba a realizar su misión, pero la figura era demasiado alta para ser él. Caminaba hacia el número tres, y entonces vi que era el señor Jenkins. ¿Qué haría fuera de casa a esas horas de la noche? Iba en pantalón de pijama y camiseta, y el pelo se le disparaba en todas direcciones, por lo que era evidente que acababa de salir de la cama. Vislumbré entonces un minúsculo resplandor anaranjado en la mano izquierda. Aquello era increíble. ¡El señor Jenkins, el loco del deporte, el sabelotodo, el profesor acosador, estaba fumando!

Caminaba por la urbanización con la mirada fija constantemente en la casa del señor Charles. Cuando llegó delante de la casa de Penny y Gordon, tiró el cigarrillo al suelo y lo dejó allí, sin apagarlo, y luego cruzó la calle. Se quedó junto a la valla del número once y echó un buen vistazo a los rosales y a los setos. Pero ¿qué hacía? Me aparté de su ángulo de visión cuando vi que se volvía hacia su casa y, unos segundos después, oí que cerraba la puerta sin hacer ruido. Volví a la cama y cogí el cuaderno.

Desaparición de Teddy: nueva lista de sospechosos.

1. Vieja Nina
2. Señor Charles

3. Casey

4. ¿¿¿Señor Jenkins???

* * *

Jake fue el primero en enviar un *email*.

Para: Melody Bird, Matthew Corbin

De: Jake Bishop

Asunto: El Caso de la Cosa Blanca Misteriosa Enganchada a un Árbol

¡¡¡¡¡Es un trapo de cocina!!!!

Bien hecho, Sherlock y Watson.

Jake

Melody respondió en cuestión de minutos.

Para: Jake Bishop, Matthew Corbin

De: Melody Bird

Asunto: ¡NO TE METAS DONDE NO TE LLAMAN!

Escúchame bien, Jake Bishop. En ningún momento te he pedido que te metieses en esto, de modo que, si no tienes nada útil que decir, te sugiero que sigas de nuevo con tu patética vida.

¿Entendido?

Para: Matthew Corbin

De: Jake Bishop

Asunto: Melody

Esa tía no aguanta ni una broma, ¿¡¡verdad!!? J

No quería verme implicado en el tema, de modo que apagué el ordenador y me metí en mi habitación.

* * *

Me pasé la mayor parte de la mañana limpiando y, aun así, el resultado seguía sin parecerme correcto. Repasé por cuarta vez la parte posterior de la

puerta y luego me concentré en las patas de la cama, las de la cajonera y las de la mesilla de noche. Si las limpiaba bien, los gérmenes tendrían menos oportunidades de subir y esparcirse por todas partes.

Papá estaba en el césped apilando botes de pintura, pinceles y sábanas viejas, y mamá salió del porche cargada con la colada mojada. Hannah y el señor Jenkins estaban en el jardín de su casa.

—Oh, hola, Hannah, cariño. ¿Qué tal lo llevas con el estrés que tenemos por aquí? Eso no puede ser bueno ni para ti ni para el bebé.

Hannah, frotándose aquella barriga que recordaba un balón de fútbol, se acercó a la valla para hablar con mamá. Ahora siempre caminaba tocándose la barriga. Era como si fuera la única manera de coger impulso. Evité mirar el vientre hinchado y observé a papá. Acababa de sacar del cobertizo una escalera, que apuntaló en la hierba antes de apoyarse en ella. El señor Jenkins se acercó también para hablar con él. Llevaba una camiseta de deporte de color amarillo fluorescente, pantalón corto negro y gafas de sol en lo alto de la cabeza. Parecía una avispa. Le dijo algo a papá, y él se dio la vuelta, miró hacia mi ventana y meneó la cabeza.

—Están hablando de mí, León —dije—. Con todo lo que está pasando y aún tienen tiempo para hablar de mí.

El señor Jenkins siguió la mirada de papá y se quedó mirándome.

* * *

El señor Jenkins era el peor profesor del colegio y durante un tiempo había conseguido encontrar excusas para no asistir a todas sus clases. (Tenía náuseas, había sufrido un tirón en un músculo de la pierna, había cogido un resfriado impresionante, etc.). Pero no era de los que se dejan engañar con facilidad y no tardó mucho en caer sobre mí.

—No quieres que te molesten, eso es lo que te pasa, ¿verdad, Corbin? —dijo cuando le expliqué que tenía migraña y no podía ir a natación—. Cualquier excusa te sirve para no hacer deporte. ¡Eres un manta! Eso es lo que eres. Y ahora, cierra el pico, ve a ponerte el bañador y tírate a la piscina.

Mis ansiedades no eran tan graves por aquel entonces, de manera que me resigné a tener que hacerlo, aunque saqué el bañador y la toalla de la bolsa con la máxima lentitud posible. No pensaba darme prisa.

Creía que era el único que quedaba aún en el vestuario, pero entonces oí a otro niño que andaba buscando como un loco algo por detrás del bosque de uniformes escolares que colgaba de las perchas.

—¿Dónde te has metido? ¡Carta estúpida! ¡Estás metida aquí en algún lado, lo sé!

Era Jake Bishop.

—¿Estás bien, Jake?

Se quedó mirándome con los ojos enmarcados por piel roja y llenos de lágrimas.

—He perdido la carta esa. No puedo meterme en la piscina y mi madre me ha escrito una nota, pero ahora no la encuentro.

Respiró hondo y, entonces, como un animal en apuros, volvió a revisar todos los bolsillos de su mochila.

—¿Y no pueden llamar a tu madre desde el colegio?

Jake resopló.

—Sí, claro. Ya se lo he dicho al señor Jenkins y le ha parecido muy gracioso. Soy Jake Bishop, ¿acaso no te acuerdas? ¿Quién va a preocuparse por mí?

Me dio la espalda y empezó a sacar de la mochila los maltrechos libros de texto y un plumier manchado de tinta, y fue apilándolo todo en el banco.

Entonces, llegó el señor Jenkins y le lanzó un bañador de color morado a Jake. Le dio en toda la cara.

—Ponte esto. La toalla tendrás que pedírsela prestada a alguien.

Vio que yo también estaba allí.

—¿Por qué no te has cambiado todavía, Corbin? ¡Vamos!

Dio unas palmadas que sonaron como una ráfaga de ametralladora.

—¡Sois unos perdedores, los dos! Y muy especialmente tú, Bishop. Di, ¿qué eres?

—Un perdedor, señor —respondió rápidamente Jake.

Era evidente que ya se había encontrado en aquellas circunstancias con el señor Jenkins y que sabía que no tenía que plantarle cara.

—Una excusa patética de la humanidad, eso es lo que eres. Y ahora, ¡daos prisa!

Corrí a coger mi bolsa. Los gritos de nuestros compañeros de clase, que ya estaban en la piscina, sonaban como algo siniestro, como si estuvieran torturándolos. Vi que Jake seguía mirando entre las chaquetas colgadas y que se secaba las lágrimas.

—Puedo ayudarte a buscar en la bolsa si quieres —dije.

No sé qué habría hecho si me hubiera dicho que sí. Por nada del mundo estaría dispuesto a tocar la bolsa de Jake.

—¿Para qué? Alguien me la ha robado. Probablemente para vengarse de mí. Esta vez habrá salido ganando, pero en cuanto lo pille ya veremos quién es el ganador.

Se pasó la camisa por la cabeza sin desabrochar los botones y tiró luego de las mangas. Cuando se dio la vuelta, vi que tenía la espalda cubierta de eccemas en carne viva. Yo nunca había tenido un eccema, pero era evidente que en cuanto la piel entrara en contacto con el cloro del agua le dolería muchísimo.

Nunca descubrí si alguien le había robado la carta a Jake. Seguramente tenía razón y era muy probable que alguien se la hubiera quitado con ánimos de venganza. Pero aquel día en concreto, solo había un acosador en el vestuario y, a buen seguro, no era Jake Bishop.

* * *

El señor Jenkins tenía las manos apoyadas en la valla que separa los jardines y seguía hablando con papá y mamá. Hannah se había acercado a él y lo enlazaba por el brazo. El sol se reflejaba en su blanquísima dentadura. Mamá se protegía los ojos con la mano para evitar el resplandor y papá asentía continuamente, mostrando con el gesto su acuerdo con lo que el señor Jenkins estaba contándole. No tenían ni idea de lo distinto que era el señor Jenkins de la imagen de perfección que proyectaba. No sabían que era un hombre que acosaba a los niños y que salía de casa en plena noche para fumar cuando se suponía que era un ejemplo de persona sana. ¿Qué más podía traerse entre manos? Lo había visto pasar corriendo por delante de Teddy el día de la desaparición. ¿Habría dado media vuelta justo cuando yo no miraba? ¿Habría visto a Teddy agachado junto a las rosas?

Mi profesor de educación física acabó lo que estaba diciendo y se bajó las gafas de sol para protegerse los ojos. Esbozó una sonrisa de loco cuando Hannah empezó a hablar. Volvió la cabeza hacia mi ventana y tuve la fuerte sospecha de que me miraba fijamente. Cuando la sonrisa se transformó en una mueca, supe que había acertado.

El gato diabólico

Estaba otra vez en la oficina y seguía observando. El coche de Melissa Dawson se encontraba estacionado delante de la casa del señor Charles. El agente Campen estaba apostado en la entrada y en aquel momento se tapó la boca con el dorso de la mano para esconder un bostezo. Había un segundo coche aparcado un poco más arriba. Seguro que era el del detective Bradley.

Intenté sentarme delante del ordenador, pero no podía estar quieto, de modo que volví a mi habitación. *Nigel* estaba sentado delante de la puerta. Al verme, ronroneó exageradamente y cerró los ojos con la cabeza balanceándose levemente de un lado a otro.

—Quítate de en medio, *Nigel* —dije, e intenté encontrar el ángulo adecuado para poder acceder a la habitación. El gato abrió los ojos y se quedó observando mi baile—. ¡Lárgate de aquí, gato repugnante!

Estiré el brazo y empujé la puerta. Mi intención era saltar por encima de la cabeza del gato, pero en cuanto abrí la puerta entró. Saltó por la moqueta y se subió a la cama, dejando marcadas las patas por todos lados y arañando el edredón con las uñas.

Me planté delante de él.

—¡*Nigel*! ¡Vete! ¡Lárgate de aquí, viejo saco de pulgas!

El León del Papel Pintado rugió, pero no le hizo caso. Miré a mi alrededor en busca de alguna cosa con la que empujar a *Nigel* para echarlo de allí, pero no encontré nada que estuviera dispuesto a infectar. El gato dio tres vueltas sobre sí mismo y se acurrucó formando un círculo peludo. Cerró los ojos. Estaba a punto de echarme a llorar. Toda mi mañana de limpieza se había ido al traste.

—¡*Nigel*, te odio! ¡TE ODIO! —le espeté.

Vi que sacudía una oreja, pero continuó sin moverse, de manera que decidí empujar el colchón con la rodilla y simplemente se retorció un poco. Miré por la ventana y me pregunté si haría bien llamando a mis padres para que me ayudaran, pero vi que seguían hablando con el señor Jenkins y Hannah. Sería demasiado violento pedirselo estando ellos presentes.

Entré corriendo en la oficina.

Para: Melody Bird

De: Matthew Corbin

Asunto: ¡GATO!

¡Melody, necesito tu ayuda! ¿Puedes venir ahora mismo?

M

Empecé a dar vueltas y a mirar de vez en cuando a la calle, pero no se veía a Melody por ningún lado. Volví a la habitación. *Nigel* estaba completamente estirado sobre la cama, transformado en una larga salchicha peluda. Tensé las manos, pero no podía hacer nada. Volví a la oficina y vi que no había entrado ningún *email*.

—¡Vamos, Melody! ¡Contesta!

Miré hacia el número tres. Solo había una solución. Bajé corriendo, me calcé las zapatillas deportivas y salí de casa.

* * *

Desde la puerta de casa de Melody (número tres), no se ve el número de la casa de Penny y Gordon (uno), de modo que, por el momento, estaba a salvo del número de la mala suerte. Llamé al timbre y pensé que tendría que haberme puesto unos guantes nuevos.

Melody abrió la puerta y también los ojos como platos al ver que era yo. Respiré hondo y me lancé a decir lo que tenía que decir.

—Necesito tu ayuda. ¡El gato se ha subido a mi cama! ¿Podrías venir a quitarlo de allí?

Me callé, me costaba incluso respirar.

Se apoyó en el marco de la puerta. Llevaba el cabello ondulado y suelto por

encima de los hombros y el vestido azul que le había visto aquel día que quedamos en el cementerio.

—¿Qué? —dijo.

Dejé caer los brazos hacia los lados. A pesar de llevar guantes, a ella no tenía que esconderse los.

—¿Puedes ayudarme? ¿Puedes venir a quitarme el gato de la cama?

Sabía que se me veía inquieto. Melody bajó la vista hacia mis pies y meforcé para que pararan de moverse. Se recogió un mechón detrás de la oreja.

—Matthew, ¿tienes miedo de tu propio gato?

Me sostuvo la mirada y noté un calor que se extendía desde el cuello hacia las mejillas.

—¡No! —exclamé subiendo el tono de voz—. Pero es que no puedo tocarlo. A ti te gustan los animales, ¿verdad? Ya sé que con *Frankie*...

Miré detrás de ella para asegurarme de que el pequeño perro salchicha no fuera a aparecer de repente para echárseme encima. No lo soportaría. Deseaba volver a mi habitación para hablar con el León del Papel Pintado. Él me comprendería. Él sabía lo peligroso que era tener un gato en la cama.

—No puedo, voy a salir con mi madre. Tendrás que pedirselo a tus padres.

Hice un gesto de negación con la cabeza.

—No, están en el jardín con el señor Jenkins y Hannah. No puedo pedirselo delante de ellos. Vamos, Melody, por favor.

Noté que se me llenaban los ojos de lágrimas. Lo único en que podía pensar era en las patas de *Nigel* moviéndose e infestando hasta el último centímetro de mi habitación.

—¡Melody, ya nos vamos! Oh, hola, Matthew. —Claudia apareció en el vestíbulo—. Me han dicho que ahora trabajáis como investigadores, ¿es eso cierto?

Miré a Melody, pero ella tenía la mirada clavada en el suelo.

—Bueno. Solo he estado observando un poco por la ventana, eso es todo —dije.

—Ya. Vamos, Melody, ponte los zapatos —dijo Claudia, y entró en la cocina.

En cuanto se hubo ido, Melody cerró un poco la puerta y me dijo en voz baja:

—Matthew, mi madre ha visto nuestros *emails*. Quiere que vaya a comisaría para contarles lo que sé sobre la Vieja Nina: que tú viste alguna cosa rara en la casa y que luego la viste comprando pañales.

—¿Qué? Aunque no los compraba, solo miraba.

—¡Ya lo sé! Es lo que intenté decirle, pero dijo que tenemos que estar seguros.

Melody miró el reloj.

—Lo siento, Matthew. Tengo que irme.

El corazón me iba tan rápido que cada latido era como una sensación borrosa y empecé a notar que me estaba mareando. La puerta de cristal se cerró y me encontré enfrentado a un chico de cabello castaño, vestido con camisa azul de manga larga, pantalón vaquero y guantes de látex de color blanco. Parecía que estuviese a punto de echarse a llorar. No soportaba la imagen, de modo que di media vuelta y me dirigí al callejón. Pasé por delante del castaño del banco hexagonal y luego junto a las malas hierbas que rodeaban el lugar donde dormía la sirena con la cabeza recostada sobre los brazos. Seguí por el camino de tierra que aquel día había recorrido en compañía de Melody y me encontré en la parte del cementerio más próxima a la iglesia. No era mi intención en absoluto llegar hasta allí. A la derecha, descalzo sobre un pequeño pedestal, había un ángel blanco resplandeciente. El ángel de Callum. Tenía las manos unidas en oración y la boca esbozando casi una sonrisa. Debajo de sus pies esculpidos, leí la inscripción:

Callum James Corbin

Querido hijo y hermano.

Un instante en nuestros brazos, para siempre en nuestros corazones.

23 de marzo de 2010

Me quedé mirando al ángel y sus enormes alas de plumas y noté una sensación de frescor en la cara provocada por el contacto de la brisa con las lágrimas que rodaban por mis mejillas. El ángel tenía los ojos prácticamente cerrados, la cabeza inclinada hacia un lado con expresión de preocupación. Miré los pies del ángel, el lugar donde hacía unos meses había depositado mi nota. Los pies tenían hoyuelos, un detalle que indicaba que el ángel también era un niño.

—Yo no quería que muriese Callum —musité—. Me gustaría que ahora estuviera aquí. Me gustaría de verdad. Habría sido el mejor hermano del mundo para él, ángel. Lo digo en serio.

Me sequé la cara con la manga sin apartar la vista de la estatua en oración.
Di media vuelta y volví a casa.

El ojo del León del Papel Pintado

En cuanto entré en casa, crucé la puerta y llegué al recibidor, me di cuenta de que algo iba muy pero que muy mal. Se filtró en mi nariz un olor húmedo y potente y se oía un hilillo de música pop en la vieja radio de papá, que debía de estar instalada en algún sitio. Mamá salió de la cocina con *Nigel* correteando entre sus piernas.

—Matthew, ¿dónde te habías metido? Papá quería hablar contigo sobre tu habitación...

No la dejé terminar.

Subí corriendo sin siquiera descalzarme y me tropecé con mi colchón, que estaba apoyado en sentido vertical contra una pared. Las sábanas estaban amontonadas a su lado, junto con la mesilla de noche blanca, que aún conservaba encima el despertador y la lámpara. Los cuadernos, un bote con bolígrafos, la caja de guantes, el material de limpieza, todo lo que tenía escondido debajo de la cama estaba apilado en el suelo, junto al cuarto de baño. El sonido de la radio y los silbidos de papá se oían al otro lado de la puerta cerrada de la habitación. Y por encima de todo ello se oía un sonido burbujeante, como un zumbido.

—¿Papá? —dije.

Abrí muy despacio la puerta. Mi habitación estaba irreconocible. La estructura de la cama estaba instalada en el centro de la habitación, y la moqueta, mi mesa de estudio y la estantería estaban cubiertas con sábanas viejas. La caja de cartón de *Harrington, soluciones para el hogar* que Gordon había traído antes estaba vacía al lado de la puerta. El hedor a papel pintado empapado me provocó

náuseas.

—¿Qué estás haciendo?

Papá estaba encaramado en una escalera, con una máquina de vapor para desprender el papel pintado en la mano izquierda. No me había oído entrar y, paralizado en el umbral de la puerta, vi cómo acercaba la máquina a la pared. El cacharro supuraba hilillos de vapor por los bordes.

—¡Ah, hola Matthew, estás aquí! ¡He pensado que voy a renovarte un poco esto! Las paredes están bien. Quitaré este papel y mañana le daré un par de capas de pintura y listos.

Separó la máquina de vapor de la pared y, con la otra mano, arrancó el papel con un simple tirón. Las tiras amarillentas cayeron al suelo con un «chlump» que sonaba a mojado. A continuación, acercó de nuevo la máquina a la pared y continuó hacia abajo. La cosa burbujeaba como un hervidor.

—¡Para! Para, papá —dije sin levantar mucho la voz.

—Mamá te instalará la cama en la oficina para un par de noches —dijo papá gritando para hacerse oír por encima del ruido de la máquina y la radio—. Imagino que no querrás dormir aquí con todo este lío, ¿no?

Fijé la vista en el León del Papel Pintado, acobardado en su rinconcito. Papá estaba sudando y la humedad le traspasaba la camiseta y dibujaba una línea oscura en la espalda.

—Pero... pero yo no quería que cambiaras la decoración. ¿Por qué lo haces? ¡ES MI HABITACIÓN!

Me pregunté si podría empujarlo para que bajara y acabar de este modo con todo aquello. Tiró de otro trozo y el papel se despegó como si fuera mantequilla blanda.

—No seas tonto, Matthew —dijo sin mirarme—. Es necesario. ¡Quedará bonito y limpio, como a ti te gusta!

OTRO TIRÓN.

Más papel en el suelo. La máquina de vapor estaba a escasos centímetros de la melena del León del Papel Pintado. La condensación daba lustre al papel y vi que las lágrimas empezaban a asomar por su ojo caído para resbalar después por aquel morro ancho y plano. Siempre había estado allí a mi lado, día y noche. ¿Qué haría sin él? Corrí hacia la escalera justo en el momento en que papá colocaba el extremo cuadrado de la máquina de vapor sobre la cara del León.

—¡No! ¡Por favor! ¡Aparta eso! ¡APARTA ESO!

Papá me miró con mala cara y mantuvo el brazo inmóvil mientras esperaba

que el calor fuera atravesando lentamente las capas de pintura. Cuando se volvió de nuevo hacia la pared y soltó la mano, apareció una nube de vapor y, con un rápido movimiento, el León del Papel Pintado desapareció. Se desprendió un rizo que fue a aterrizar en la montaña de papel viejo que tenía a mi lado. Lo cogí e intenté con desesperación alisarlo, pero se deshizo en mis manos.

—¿Qué haces, Matthew? ¿Qué te pasa?

Rompí a llorar.

—¡No sabes lo que has hecho! ¡Nunca jamás lo sabrás! Lo has matado, papá. ¡Lo has matado!

Salí corriendo de la habitación con el papel mojado en la mano y me encerré en el cuarto de baño. Extendí el papel en el suelo e intenté unir los fragmentos con mucho cuidado para no estropearlo más y sin poder parar de llorar. No conseguí distinguir ninguna parte del León; su melena, su nariz aplastada, su frente abovedada. Era un montón de papel pegajoso.

«¡BANG, BANG, BANG!».

—¡Matthew! ¿Qué pasa? Sal y deja de hacer tonterías.

Coloqué el papel de una manera, luego de otra, en un intento de descifrar cuál era el sentido correcto. Se me pegó un trozo en la mano.

«¡BANG, BANG, BANG!».

—¡Pensé que te gustaría! ¿Te gustan las cosas limpias, no? ¡Aclárate de una maldita vez!

«¡BANG, BANG, BANG!».

Y entonces lo vi, apenas visible, allí, a un lado. Vislumbré el ojo. Aquel ojo raro y caído que me había estado mirando durante tanto tiempo.

—¡Matthew! ¿Me oyes?

—¡Te oigo, papá! ¿Puedes dejarme ir al baño, por favor, o también esto es mucho pedir?

Me armé de valor a la espera de más «bangs», pero papá se calmó y oí que la puerta de la habitación se cerraba de un portazo. Separé con cuidado el ojo y arrojé el resto del papel al retrete. Tiré de la cadena ayudándome con el codo. Deposité con cuidado el papel en el alféizar de la ventana y confié en que se secara.

—Lo siento —susurré mientras me lavaba las manos—. Lo siento muchísimo.

* * *

Me lavé las manos treinta y siete veces. Treinta y siete veces. Mi récord. Papá se acercó de vez en cuando a llamar a la puerta, pero le dije que tenía el estómago revuelto y que se marchara. Oí que papá y mamá murmuraban en el pasillo y luego los oí arrastrando el colchón para instalarlo en la oficina. Oí después que alguno de los dos abría la puerta del armario de la ropa blanca e imaginé que mamá estaría sacando unas sábanas limpias.

El ojo del León del Papel Pintado se arrugó un poco a medida que fue secándose en la ventana y al final empezó a parecerse a aquel ojo viejo y amarillento que conocía tan bien. Cogí el fragmento, que era poco mayor que una uña, y me lo guardé en el bolsillo del pantalón.

La policía visita a la Vieja Nina

Cuando salí del cuarto de baño, mamá estaba arrodillada en la oficina haciendo la cama con mi colchón. Me pareció que había estado llorando.

—Solo hacemos lo que nos parece que es mejor para ti, cariño. ¿Lo entiendes? Nadie intenta fastidiarle la vida a nadie.

No dije nada y ella me dio la espalda para tirar de las sábanas. Salí al pasillo para coger un par de guantes. Papá seguía trasteando por mi habitación. Entré de nuevo en la oficina y mamá se incorporó.

—Papá y yo hemos tenido una charla y creo que él tiene razón. Tenemos que ser más duros contigo, Matthew, para ayudarte a superar esto. Ya no te subiré más la comida. Vamos a comer todos en la mesa como una familia normal. Y empezaremos esta misma noche.

Lo dijo sin mirarme en ningún momento.

—El lunes tienes otra vez visita con la doctora Rhodes. Es empezar de nuevo. Para todos. Y tú podrías empezar de nuevo quitándote estos guantes, por ejemplo.

Cuando pronunció la palabra *guantes*, echó la cabeza hacia delante pero siguió sin mirarme. Luego, salió de la oficina y bajó la escalera.

El último catálogo de *Harrington*, el que le había recogido del suelo a Gordon, estaba abierto sobre la mesa de la oficina por una página donde anunciaban ollas de cocción lenta. Sin quitarme todavía los guantes, cerré la revista. En portada había un titular: «¿Quieres la protección definitiva contra los gérmenes? ¡Consulta la página 7!». Hojeé el catálogo hasta llegar a la sección de los productos de limpieza. Las dos primeras páginas estaban dedicadas a una

nueva mopa con vapor que prometía eliminar la suciedad en una amplia variedad de superficies. Mamá la había comprado hacía unos meses pero nunca había visto que la utilizase, lo cual seguramente significaba que había acabado en el desván junto con el exprimidor, la máquina de la pasta y la del pan. Seguí mirando, pero las hojas estaban cada vez más arrugadas y dobladas. Alguien había tachado las botellas de desinfectante y los paños antibacterianos. Estaba todo tan pintarrajeado que había lugares donde el papel estaba incluso roto. Cerré el catálogo y lo dejé otra vez en la mesa. Imaginé que mamá debía de haber perdido la cabeza por un momento y había descargado toda su rabia en aquel catálogo. Percibí la vergüenza corriendo por mis venas e inundándome todo el cuerpo.

* * *

A las 17.24, papa anunció a toda la casa:

—¡Rápido, venid! ¡Ahí fuera en la Rectoría pasa algo!

Salté del colchón al suelo y me acerqué a la ventana. La policía debía de haberse tomado en serio a Melody y Claudia. Miré hacia el número tres, pero el coche de Claudia no estaba aún de vuelta.

—¡Ya está, León, ya está! ¡Ahora lo encontrarán! —le dije al León del Papel Pintado, que seguía en mi bolsillo.

El detective inspector Bradley y una agente de paisano estaban en el umbral de la casa de la Vieja Nina formulándole preguntas. Ella mantenía la puerta negra lo más cerrada posible y asomaba la cabeza por un lado. La agente se inclinó hacia ella, con la cabeza asintiendo con decisión, y entonces, despacio, muy despacio, la Vieja Nina abrió la puerta y se retiró para que ambos pudieran entrar. Se cerró la puerta. Oí que mamá y papá murmuraban por lo bajo; debían de estar mirando también.

Esperé.

Pasaron cinco minutos. La puerta se abriría en cualquier momento y aparecería Teddy, mugriento pero feliz, en brazos de la agente y seguido por la Vieja Nina, que saldría esposada y acompañada por el detective Bradley. Pero la puerta siguió cerrada. Vi una sombra detrás de la cortina que había junto a la lámpara naranja y un brazo que rozaba el cristal. Quienquiera que fuera estaba tocando la lámpara.

Pasaron veinte minutos. Esperé, y nada. Oí el hervidor en la cocina; mamá y papá habían perdido el interés. Empezaba a plantearme ir otra vez a lavarme las manos cuando, a las 18.22, se abrió de nuevo la puerta de la Rectoría.

—Ya está. Vamos, Teddy, ¿dónde estás?

El detective Bradley fue el primero en salir, seguido de cerca por la agente. Ambos sonreían. Teddy aparecería en cualquier momento, un poco aturdido pero ileso. Me sorprendió, sin embargo, que no salieran con él. Intenté mirar entre sus piernas en busca del niño desaparecido, pero tampoco estaba allí. ¿Y si habían llamado para pedir refuerzos? ¿No era eso lo que solían hacer en casos como este?

Se detuvieron en el umbral y se volvieron hacia la Vieja Nina, que acababa de salir a la puerta. No vi que estuviera esposada, y tampoco daba muestras de seguirlos. Tenía el cuerpo de lado y alguna cosa en brazos. Parpadeé para forzar la vista, pero la cabeza del detective Bradley me tapaba la visión. La agente se movió un poco y extendió la mano hacia la anciana. El detective Bradley dio un paso atrás. Y entonces vi lo que tenía la Vieja Nina en brazos. No era un niño, no era Teddy. No lo había secuestrado para sustituir a su hijo muerto. Tenía un pequeño compañero que había estado intentando esconder para que no la desahuciaran por ello.

Era un gatito. Un gatito atigrado. La agente lo rascó un poco debajo de la barbilla y luego se marcharon.

El detective Bradley levantó la vista hacia mí. Tragué saliva. Subieron a un coche negro y abandonaron despacio la urbanización. Miré de nuevo hacia la Rectoría y vi que la lámpara de la ventana de la Vieja Nina volvía a estar encendida.

El pecho de sinsonte

—¿Qué quieres decir con eso de que no vas a ir?

Papá habló apuntándome con el tenedor cargado con un trozo de pollo asado.

—Vamos, hijo, suéltalo. Mamá y yo nos morimos de ganas de entender por qué has cambiado de idea de repente.

Se metió el pollo en la boca, dejó el tenedor en el plato con fuerza, razón por la cual se oyó un ruido metálico, y se recostó en la silla a la espera de mi respuesta.

Hasta el momento, la cosa había ido bastante bien en mi esfuerzo por comer con ellos; era la primera vez que lo hacía en muchos meses. Mamá había intentado servirme un plato de pollo asado, ensalada y patatas, pero creo que había ido demasiado lejos. Yo me sentía más que satisfecho con mi comida esterilizada de microondas. La puerta del porche cubierto estaba abierta y *Nigel* dormía en la mesa de billar sin molestar, por suerte. Había decidido iniciar una conversación trivial sobre el gato.

—Por lo que veo, *Nigel* sigue vivo —dije moviendo la cabeza para señalar el porche.

Papá sonrió con suficiencia. Parecía satisfecho por tener a la familia reunida en la mesa para variar. Además, igual que yo, tampoco era un gran admirador de *Nigel*.

—Ese condenado gato me llena la mesa de pelo.

—Déjalo en paz, Brian. Al menos hay alguien en casa que le saca provecho, ¿verdad, *Nigel*?

Todos volvimos la cabeza hacia el bulto peludo que había adoptado un tono

amarillo brillante con el reflejo del sol.

—Me debes todavía una partida, recuérdalo, Matty. Jugar solo es bastante aburrido, ya sabes.

No lo miré, sino que seguí con la vista fija en el plato y me encogí de hombros para evadir la respuesta.

—¿Has comprado ya la pintura para mi habitación? —pregunté.

Mantén un aspecto normal. Mantén un tono neutro.

Mamá se sirvió una cucharada enorme de mayonesa en el plato y golpeó tres veces la cuchara para que cayera.

—Te va a encantar, Matty —dijo sonriendo—. *Pecho de sinsonte* se llama el tono. Es crema con un pequeñísimo toque de ocre.

Papá me miró y ambos sonreímos y pusimos cara de tontos.

—¡Esas mentes brillantes de la pintura se lo pasan pipa! Imagino que están todo el día sentados tomando el té y elucubrando centenares de nombres ridículos para algo que es, básicamente, blanco —dijo papá, y rio para sus adentros—. Imagino que nosotros podríamos encontrar un nombre mejor que *pecho de sinsonte*, ¿no te parece, Matthew?

Sonreí, respiré hondo y me lancé a por ello.

—¿Qué tal «Agua sucia de lavar los platos»?

Papá sonrió y clavó la mirada en la mesa de billar.

—Esa es buena. Ya sé, «Crema bola de billar».

Reí y mamá chasqueó la lengua y se hizo la ofendida.

—¿Y qué tal...? Espera... ¿«Blanco dentadura postiza»?

Papá dejó el tenedor en la mesa.

—¡Excelente! Espera, espera... ¿qué tal «Globo ocular cansado»?

—Me encantaría tener ese en las paredes, por favor, mamá...

Estábamos riendo tanto los dos que no podíamos ni comer, y mamá sonreía de oreja a oreja.

—Venga, no digáis tonterías, que esas pinturas son caras. Cuando tienen nombres tan fantasiosos como esos es que son de buena calidad.

Papá levantó las cejas, movió la cabeza afirmativamente mirando a mamá y ambos volvimos a partirnos el pecho de risa.

—Un momento, un momento —dije moviéndome nervioso en la silla—. ¿Qué os parece «Pañal mojado»?

Silencio. Papá rio entre dientes, pero comprendí que la había pifiado. El momento de felicidad se había ido al traste porque mi color imaginario de

pintura había recordado a todo el mundo la desaparición de Teddy. El silencio se impuso decididamente en la cocina. Cogimos los tenedores, pinchamos la comida y entonces miré la silla vacía que tenía enfrente, la silla donde se habría sentado mi hermano.

—Melissa y Casey se han instalado otra vez en casa del señor Charles, ¿lo sabíais? Creo que ella se ha dado cuenta por fin de lo mucho que necesita a su padre.

Asentí. Había visto el coche, pero no lo tenía aparcado delante de la casa para que la policía tuviera espacio para entrar y salir.

—¿Qué tal está la pasta, cariño? ¿La pongo veinte segundos más?

La salsa boloñesa humeaba delante de mí y ofrecí a mamá mi mejor sonrisa mientras soplabla el contenido del tenedor.

—Está bien, mamá. Gracias.

Me devolvió la sonrisa.

Después de unos minutos de silencio, pensé que sería un buen momento para alejar la atención de Teddy y soltar mi noticia bomba, así que les dije que no pensaba ir a la visita con la doctora Rhodes. Ni ahora ni nunca. No podía hacerlo. Tenía demasiadas cosas malas a mi alrededor: la muerte de mi hermano bebé, la desaparición de Teddy, la noticia de lo que le había pasado al hijo de la Vieja Nina. Y la doctora Rhodes me obligaría a hablar sobre Callum. Lo sabía. Es lo que hacían siempre los psicólogos y los psiquiatras. Te hacían hablar sobre cosas del pasado que preferirías olvidar. Averiguaría todo lo que hice, y yo me sentía incapaz de enfrentarme a ello.

Pero me equivoqué y no era un buen momento.

—Oh, Matthew. ¿Por qué? ¡Si ni siquiera le has dado una oportunidad!

—No lo entiendes, mamá. Es demasiado duro. No puedo hacerlo.

Empujé con el tenedor la pasta que quedaba en la deformada bandeja de plástico marrón.

—Espera un momento, espera. ¿Estás diciéndome que no piensas volver a la consulta de una de las mejores especialistas de la región... porque es demasiado duro?

Mamá posó la mano en el brazo de papá.

—No grites, Brian.

Papá miró a mamá y, cuando volvió a hablar, escupió trozos minúsculos de pollo.

—¡Pero si ni siquiera ha empezado, Sheila! ¿Qué espera? ¿Una pegatina de

un muñeco sonriente o algo por el estilo? ¡Por supuesto que es duro! ¡Si fuera fácil, ya me ocuparía yo de curarlo!

Echó la silla hacia atrás y salió como una tromba de la cocina hacia el porche y luego hacia el jardín. Mamá se levantó y echó su comida en el plato de papá. Apenas había comido.

—¿Ves ahora lo que has hecho? —dijo—. Te he apoyado en muchas cosas, Matthew, ¡en muchísimas cosas!

Por lo visto, la cena había terminado.

—Comprándote esos guantes estúpidos, subiéndote la comida a la habitación como si fuera una criada tonta, inventándote excusas cuando no querías ir a donde fuera. Lo mínimo que podrías hacer es aceptar ayuda. Y si no lo haces por ti, hazlo por nosotros.

Cogió mi plato de pasta y lo tiró entero a la basura. De espaldas a mí, se apoyó en el mostrador de la cocina, como si la conversación la hubiera agotado.

—Estás rompiendo a esta familia, Matthew. No podemos más.

Salió al jardín con papá, que estaba con las cañas de las judías. Lo abrazó y se quedaron abrazados.

A pesar de que seguía con el ojo del León del Papel Pintado en el bolsillo, de repente me sentí muy solo, solísimo.

El número uno

El ordenador emitió un sonido metálico y zumbó cuando la lucecita roja parpadeó. Empecé a contar los destellos, paré cuando llegué a diez y dejé de mirar. No por que me preocupara llegar al mal número, sino porque no quería contar. El escarabajo negro me corroía otra vez las entrañas. Me castigaba por ser el culpable de lo que le había pasado a Callum.

El catálogo de *Harrington, soluciones para el hogar* estaba detrás del monitor, donde lo había dejado después de descubrir los garabatos rabiosos de mamá tachando los productos de limpieza. Ya lo quitaría de allí después.

Me senté y esperé a que el ordenador se iniciara y entonces entré en el correo.

Para: Matthew Corbin

De: Melody Bird

Asunto: ¿Y ahora qué hacemos?

La Vieja Nina sale de la lista de sospechosos. ¿Ahora qué? Melody

No tenía respuesta.

Oí que llegaba un coche al recinto y estiré el cuello para ver quién era. No había policía a la vista. Penny estaba saliendo del Fiat azul, recién aparcado en el camino de acceso del número uno, lo cual me pareció extraño. Normalmente, era Gordon quien conducía. Me recosté en la silla. Pensándolo bien, llevaba un tiempo sin ver juntos a Penny y a Gordon. Y eso que eran inseparables. ¿Cuánto tiempo hacía que no los veía juntos? Me levanté, crucé el pasillo y cogí el

cuaderno que tenía en la mesita de noche para hojearlo. Entré de nuevo en la oficina, tomé otra vez asiento y leí algunas entradas.

... parece que están organizando un equipo de búsqueda. Lo integran Gordon, Sue y Claudia...

... Gordon sube al coche a las 11.27 h y se va...

... Penny Sullivan está en la casa de al lado. Habla con el señor Charles y de vez en cuando le da unos golpecitos en el brazo para tranquilizarlo...

... Gordon ha dejado una caja grande en casa. Al parecer, mamá y papá han vuelto a hacer un pedido del catálogo de estupideces de Penny...

Fui más hacia atrás, hasta la noche de la desaparición de Teddy, y me detuve. El corazón me retumbaba en los oídos.

... Me parece increíble que mamá haya aceptado que esa niña espantosa, Casey, pase la noche en casa. Me he despertado a las 2.18 h y he visto que se agitaba en sueños. «Lo tiene la vieja, niño pez», ha dicho. ¿Será la Vieja Nina la secuestradora de Teddy?

Pero Nina no era la única señora mayor de la calle.

Cogí el catálogo de Harrington y localicé rápidamente las hojas con los garabatos. Las líneas iban de un lado a otro, rayas desordenadas trazadas al azar que cubrían las descripciones de los productos y las fotografías. Aunque, mirándolo bien, no me dio la impresión de que fueran tan rabiosas. Había espirales y bucles, líneas que se enrollaban sobre sí mismas y, a pesar de ser caótico, el resultado no era amenazador. Y no me parecía muy típico de mamá. De hecho, no parecía hecho por la mano de un adulto. Parecían los garabatos de un niño.

Me levanté. Las cortinas del número uno estaban corridas y vi que la luz del recibidor estaba encendida. Empecé a jadear y decidí respirar hondo y profundamente.

Para: Melody Bird

De: Matthew Corbin

Asunto: Número Uno

Penny y Gordon están actuando de un modo bastante peculiar...

Dejé de escribir y borré el mensaje. Decidí que no diría nada. Al menos hasta que estuviera seguro.

Salí al pasillo. Papá seguía en mi habitación. Se oía el pincel rascando contra la pared.

Bajé. Mamá estaba planchando en el porche. Cuando levantó la vista, vi que tenía muchas ojeras.

—¿Estás bien, Matthew?

Me detuve en el umbral.

—Mamá, ¿has hablado últimamente con Penny?

—¿Penny? No, hoy no. Sé que todo esto de Teddy ha sido muy angustiante para Gordon. Penny me ha contado que con las búsquedas le ha subido la tensión por las nubes. Y Gordon tiene que ir con cuidado por el corazón, de modo que han decidido marcharse fuera.

Mamá dejó la plancha.

—¿Qué pasa, Matthew? Te has quedado blanco.

—¿Cuándo? ¿Cuándo se van?

Mamá se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. No me lo ha dicho. Pronto, supongo. Penny me dijo que estarían fuera unas semanas.

Se acercó al fregadero para ponerle más agua a la plancha, y yo fui hasta la puerta de entrada y respiré lento varias veces más. Si me lo pensaba demasiado, no iría, de modo que tenía que hacerlo rápido antes de que la ansiedad se apoderara de mí. Me calcé. El corazón me iba a mil.

—Necesito salir un poco. Enseguida vuelvo —le dije a mamá, y cerré la puerta a mis espaldas antes de que pudiera hacerme preguntas.

* * *

Clavé la mirada en el número uno, saqué del bolsillo el ojo del León de Papel y lo guardé en la mano para sentirme seguro. Esforzándome por no contener la respiración, crucé la calle para ir a casa de Penny y Gordon.

La televisión estaba encendida a todo volumen, y se veía el parpadeo de la pantalla detrás de las cortinas. Examiné el coche por si veía algún indicio de la presencia de Teddy. Los asientos estaban inmaculados. Del espejo retrovisor colgaba un ambientador verde en forma de palmera, y en el compartimento de la puerta del acompañante había un mapa de carreteras. Delante del cambio de marchas había un tubo de pastillas de menta y un paño azul que Gordon debía de utilizar seguramente para limpiar el parabrisas. Examiné el asiento de atrás. Tampoco se veía nada fuera de lugar, excepto una caja de pañuelos de papel en el suelo. Rodeé el coche hasta situarme en la puerta del acompañante para poder ver qué había en el compartimento de la puerta del conductor. Vi que asomaba un mango de plástico de alguna cosa, que imaginé que sería de un rascador para el hielo, y vi también un periódico viejo. Entonces, me llamó la atención algo naranja debajo del asiento del acompañante. No veía qué era, de modo que rodeé el capó y me incliné hacia el parabrisas, protegiéndome los ojos con las manos para poder ver mejor.

Debajo del asiento del acompañante había una pequeña grúa de color naranja, la grúa de plástico que Penny había cogido de la montaña de juguetes del jardín del señor Charles.

Me aparté del coche y entonces oí un doble clic.

—¡Oh no!

Los faros delanteros se encendieron y el claxon empezó a sonar repetidamente. Había hecho saltar la alarma del coche. Me quedé un instante paralizado y corrí hacia la acera justo en el momento en que se abría la puerta del número uno.

—¿Matthew? ¿Eres tú? ¿Qué haces?

Penny tenía las llaves del coche en la mano, pulsó el mando a distancia y la alarma se paró.

—Lo siento, yo... he tocado sin querer el coche y...

Me di la vuelta como si fuera a irme.

—¿Qué querías? Imagino que no habrás venido hasta aquí solo para hacer

saltar la alarma del coche.

Di un par de pasos hacia ella y evalué la situación. Había cerrado un poco la puerta a sus espaldas y se había cruzado de brazos, protegiendo la entrada, igual que hago yo cuando no quiero que entre nadie en mi habitación. Llevaba el cabello pulcramente recogido, en su estilo habitual. Vestía una blusa rosa y un pantalón azul celeste, tan elegante como siempre. Parecía tranquila y en su cara no había signos de estrés ni de tensión... excepto la expresión de fastidio por verme allí, delante de su casa.

—Bueno, ¿qué pasa? ¿Qué querías, Matthew?

—Yo... mamá me ha dicho que se iban.

Me miró con perplejidad.

—Y me preguntaba si necesitarían que les hiciese alguna cosa en su ausencia. Como regar las plantas, o correrles las cortinas, repartir catálogos... cosas de ese estilo.

Noté que se me subían los colores. Ni yo mismo creía mis palabras.

Apareció en la puerta la mitad de la cara de Gordon y el único ojo que veía se abrió muchísimo al verme.

—¿Qué pasa? —preguntó en voz baja.

Penny lo empujó hacia dentro y oí lo que le decía:

—No pasa nada, Gordon. Matthew ya se iba.

Penny reapareció retocándose el peinado.

—Gracias, Matthew. Muy amable por brindarte a ayudarnos, pero no es necesario. Está todo controlado.

Y después de decir eso, entró en su casa y cerró la puerta.

* * *

Cuando llegué a casa, fui directo a la cocina y encontré la tarjeta del detective inspector Bradley en la nevera, debajo de un imán en forma de tumbona. Mamá se hallaba arriba dándose un baño. Papá estaba guardando sus artilugios de pintura en el cobertizo.

Miré el número del policía y luego el teléfono, que estaba justo al lado, y pensé qué le diría.

¿Que Penny y Gordon tenían a Teddy porque ella se había llevado una grúa de juguete?

¿Que no los había visto juntos desde la desaparición?

¿Que Gordon estaba un poco estresado?

¿Que habían decidido tomarse unas largas vacaciones?

Era otra vez como lo de la Vieja Nina. No tenía ninguna prueba consistente.

Y, además, el auricular era un pequeño cuadrado de malla sucio e infectado. El teléfono era un objeto que podía matarte sin problemas. De modo que lo dejé donde estaba.

Pececito

Había perdido el ojo del León del Papel Pintado.

Mientras investigaba en casa de Penny y Gordon se me había caído, seguramente cuando había hecho saltar la alarma del coche. Había mirado desde la ventana para ver si lo localizaba, pero con la penumbra era difícil ver nada. Lo había perdido para siempre.

Aquella noche, en el colchón instalado en la oficina, dormí fatal. Soñé con que tenía a alguien detrás y me daba unos golpecitos en la espalda. Cuando me daba la vuelta, quien fuera había desaparecido. Me desperté y aún estaba oscuro. Notaba un muelle del colchón clavándoseme en el hombro izquierdo. Permanecí un rato sin moverme, percibiendo la punta clavada en el hueso, y luego me volví hacia el otro lado. Observé el espacio de debajo de la mesa del ordenador. El despertador, que había dejado al lado de la pantalla, anunciaba que eran las 4.55. En cualquier momento, los pájaros se pondrían a cantar y llegaría un nuevo día.

Confiaba en poder regresar ese día a mi habitación y colocar las cosas tal y como a mí me gustaba tenerlas. Sin el León, evidentemente. Necesitaba encontrar aquel ojo como fuera.

Oí el sonido de una verja en el exterior. Alguien se había levantado temprano. Tal vez Sue tenía el primer turno en el supermercado. Pero ¿tan pronto?

Cerré los ojos e intenté pensar en dónde podía estar el ojo. Tendría que ir a mirar bien el camino de acceso a casa en cuanto se hiciese de día y, también, la acera y la entrada.

Oí que alguien lloraba. Afuera, había un niño llorando.

Abrí los ojos y miré de nuevo el reloj. Las 4.56. Levanté la cabeza de la almohada y escuché.

Silencio.

Debía de habérmelo imaginado. Me recosté de nuevo y me aparté la sábana. En la oficina hacía mucho más calor que en la habitación, y estar prácticamente pegado a la moqueta no mejoraba la cosa, ni mucho menos. El aire ahí abajo era sofocante.

Cerré los ojos, pero volví a oírlo. Un niño llorando. Me senté en el colchón y agucé el oído. Esta vez continuó. Me levanté, abrí las cortinas y miré hacia el jardín del señor Charles.

—Dios... mío...

De pie en el camino, junto a los rosales y rascándose la cara, estaba Teddy. Sollozaba, pero entonces se secó la cara, me vio y paró.

—Pececito.

Lo miré fijamente. ¿Estaría soñando?

—¡Pececito!

Su manita señalaba hacia mi ventana. Llevaba un pañal braguita, una camiseta con el dibujo de un helado e iba descalzo. Extendió la mano y movió los dedos como si estuviera llamando a un cachorrillo.

—Ven, pececito.

Salí corriendo al pasillo.

—¡Mamá! ¡Papá! ¡Rápido! ¡Teddy está aquí!

Bajé la escalera a toda velocidad, abrí la puerta y salí al exterior. El contacto con el cemento del suelo me llevó a esbozar una mueca de dolor, pero no me detuvo y seguí caminando descalzo hacia la valla del jardín. Teddy había atravesado el césped y saltó con euforia al verme aparecer. Me quedé observándolo un segundo y me pregunté si sería un fantasma. Estaba amaneciendo y un pájaro empezó a cantar.

—¿Teddy?

Estaba bien. Bien de verdad. Se le veía cansado, con los ojos enrojecidos y con el pelo necesitado de un buen lavado, pero, aparte de eso, estaba absolutamente ileso. Dejó de saltar y se agachó para arrancar un puñado de hierba, que luego me ofreció como si esperara que me lo comiese. Caminé hacia él, hipnotizado por aquella manita regordeta. La luz del pasillo iluminó la escena en cuanto salieron mamá y papá.

—¿Teddy? —repetí—. ¿Dónde estabas? ¿Quién te ha secuestrado? ¿Estás

bien? ¿Dónde te habías metido, Teddy?

Mis preguntas no le interesaban en absoluto y seguía concentrado en darme de comer un puñado de hierba.

—Come, pececito. ¡Come!

Eché un vistazo a las casas de los vecinos. Estaban a oscuras y no se veía que faltasen coches. Vi que la verja de casa del señor Charles, que quedaba detrás de Teddy, permanecía cerrada. Retrocedí un paso y me volví para situarme de cara a la zona central de la calle. Aspiré hondo para coger todo el aire posible y grité hacia las casas, con todas mis fuerzas:

—¡TEDDY HA VUELTO!

El regreso

Si mamá pensaba que Melissa Dawson había abrazado con mucha fuerza a Casey a su regreso de Estados Unidos, no sé qué debió de pensar del abrazo que le dio a Teddy. Fue como si intentara inhalarlo, como si tratara de absorberlo para incorporarlo a su flujo sanguíneo. Después de mi grito, fue la primera en aparecer, avanzó corriendo hacia donde estaba su hijo y lo abrazó. Apoyó la cabeza en el cuello del niño y rompió a llorar. Mientras, Teddy me miraba por encima del hombro de su madre con mala cara: ya no podía darme de comer. Entré en casa en cuanto vi que empezaba a aparecer todo el mundo. Vi que mamá y papá se empujaban casi para poder ver qué pasaba.

—¿Qué pasa? ¿Que ha aparecido Teddy? ¿Dónde? ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

Salió entonces el señor Charles, seguido por una legañososa Casey. La niña vio a Teddy y se echó a llorar y escondió de inmediato la cara entre las piernas de su abuelo.

Al entrar en casa, subí a la oficina y observé la escena desde allí. Melody y su madre salieron con *Frankie* correteando entre sus pies. Rieron y se abrazaron al ver al niño en brazos de Melissa. Alguien debía de haber llamado a la policía, pues apareció enseguida un coche patrulla con dos agentes que, en cuanto salieron del vehículo, se pusieron a hablar por radio. Vi que se abría también la puerta de la Rectoría y que la Vieja Nina salía al umbral. Llevaba en la mano una mantita de lana de color azul, muy similar a la que tenía Teddy el día de su desaparición. Había estado tejiéndola durante aquel tiempo, tal y como me imaginaba. En zapatillas y con la cabeza muy alta, se dirigió hacia el número

once y miró a Melissa. La madre de Teddy cogió la manta con un «gracias», acarició la cabeza del niño y le llenó la cara con un millón de besos. Solo había una casa que seguía a oscuras. La de Penny y Gordon.

Me tumbé de nuevo en el colchón y miré al techo mientras seguía escuchando las voces emocionadas que hablaban en el exterior. La gente repetía una misma pregunta una y otra vez:

«¿Dónde estabas, Teddy?».

Y después:

«¡Cuéntanoslo, Teddy!».

«¿Era un hombre o una mujer?».

«¡Cuéntanoslo, cariño!».

«¿Con quién estabas, Teddy?».

Se produjo un instante de silencio y me imaginé la manita señalando la casa de Penny y Gordon, pero Teddy respondió con una sola palabra: «¡Pececito!».

El encuentro del ojo del León del Papel Pintado

—¡Yo no secuestré a Teddy Dawson! Le gusto porque su hermana me llamó *niño pez* un día y siempre me señalaban cuando me veían por la ventana, eso es todo.

El detective inspector entrecerró los ojos.

—Entiendo —dijo—. Pero resulta que cada vez que le preguntamos a Teddy dónde ha estado y quién se lo llevó, solo nos da esa respuesta.

Hizo una pausa, durante la cual miró su cuaderno y luego volvió a mirarme a mí.

—Pececito.

Refunfuñé y me recosté en la silla.

—Tú eres ese «chico en la pecera» del que habla, ¿verdad, Matthew? ¿Fuiste tú quien le dijo que te llamabas así?

—¡Yo no secuestré a Teddy Dawson! Le hago gracia porque su hermana me llamó niño pez en una ocasión y... ¡no! ¿A cuento de qué me llamaría yo a mí mismo así? ¡Además, jamás he hablado con el niño!

Mamá me puso una mano en el hombro y me estremecí.

—Cálmate, Matthew. Nadie te acusa de nada.

—Pues si no me acusan de nada, ¿a qué vienen tantas preguntas, mamá? —Miré al policía sentado en la cocina—. ¿Qué hacen aquí? ¿Por qué no están registrando otras casas?

Papá estaba de pie al lado del hervidor. Hasta el momento no había dicho nada. El detective Bradley consultó otra vez su cuaderno.

—Solo registramos aquellas propiedades en las que creemos que existe un

motivo justificado para hacerlo y, por el momento, no hay ningún vecino sospechoso. ¿Por qué le dijiste al señor Charles que pensabas que la señora Nina Fennell, de la Rectoría, lo había secuestrado?

Necesitaba lavarme. Me picaba la piel de los gérmenes que debían de estar correteando por ella.

—¿Matthew? —dijo mamá.

—En comisaría recibimos, además, una visita de la señorita Claudia Bird y su hija Melody. La señorita Bird declaró también que estabas acusando a Nina Fennell. ¿Es eso cierto?

—¡Matthew! ¿Qué es todo esto que cuenta el detective? —dijo mamá—. Ya te dije que la Vieja Nina no tenía nada que ver con esto.

—Pe... pero ¿cómo podías estar tan segura, mamá?

Mamá se dio cuenta de que estaba a punto de echarme a llorar. Se dirigió entonces al policía.

—¿Qué tal está Teddy, detective? ¿Ha sufrido algún daño?

El hombre hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Está bien. Lo han llevado al hospital para someterlo a una revisión, pero los signos iniciales indican que está perfectamente bien y parece ileso. Hemos enviado la ropa a realizar unos análisis forenses que nos aportarán más datos sobre dónde ha estado estos días.

Cuando hizo mención de los análisis forenses clavó la mirada en mis manos, en los guantes de látex. Los guantes que no dejaban huellas dactilares. Escondí las manos bajo la mesa y las uní en el regazo.

—¿Me consideran sospechoso, detective? Paso el noventa por ciento de mi tiempo en esta casa. ¿Cómo pretende que secuestrara y escondiera a un niño pequeño sin que nadie se enterase, sin que mis padres se enterasen?

El detective Bradley miró a mamá buscando alguna pista que le diera a entender que ella también estaba metida en el asunto y luego, rápidamente, fijó la vista en papá.

—Fuiste la última persona que vio a Teddy, Matthew, y ahora has sido la primera persona que ha vuelto a verlo. ¿Viste a alguien más en alguna de estas dos ocasiones?

—¡No!

—Y cuando lo viste por última vez antes de que desapareciera, ¿te llamó también cuando lo observabas desde la ventana?

Abrí la boca y volví a cerrarla. Como un pez. No sabía qué decir.

—Detective, ¿cuántos años tiene Teddy?

Vi que papá se sumaba por fin a la conversación. Lo miré y esboqué una débil sonrisa. El detective Bradley se quedó un poco sorprendido ante la pregunta.

—Es pequeño, sí. Tiene... —Volvió a consultar las notas—. Tiene quince meses.

—¿Tiene usted hijos, detective?

—Sí, señor Corbin, sí tengo. Un niño de tres años de edad.

Papá sonrió.

—Ah, estupendo. De modo que no hará mucho tiempo que ha aprendido a hablar, ¿no?

—Cierto, no hace mucho tiempo.

Papá se cruzó de brazos.

—No soy un experto en el tema, ni mucho menos, pero creo que un niño de quince meses de edad no debe de tener mucho vocabulario. ¿No te parece, Sheila?

Giré la cabeza con mirada suplicante, rogándole a mamá que lo respaldara, y ella entró en acción.

—¡Cierto! ¡Cuando Matthew tenía esa edad ni siquiera hablaba! Creo recordar que sus primeras palabras fueron «bum-bum» y tenía por aquel entonces dieciocho meses como mínimo. Y solo lo decía cuando había ensuciado el pañal. Recuerdo que estaba tan desesperada por que dijese «mamá» que incluso me enfadé un poco, ¿verdad, Brian?

Pensándolo bien, tal vez habría preferido que mamá se hubiera quedado con la boca cerrada.

El detective Bradley estaba ya harto de la conversación.

—Entendido. Entendido. Veamos, señor y señora Corbin, estoy aquí simplemente porque quiero comprender por qué el pequeño Teddy tenía este vínculo al parecer tan estrecho con su hijo. Eso es todo.

Apoyó las manos sobre la mesa de la cocina.

—Matthew, solo quería hacerte una pregunta más antes de irme y podrás seguir con lo que estuvieras haciendo.

Asentí.

—Quiero que lo pienses bien antes de responderme, ¿entendido? —dijo inclinándose hacia mí—. Matthew, ¿sabes quién secuestró a Teddy Dawson?

Me puse colorado y pensé bien mi respuesta. Por el rabillo del ojo vi que papá se estaba mordiendo las uñas. ¿Tenía pruebas suficientes para acusar a

Penny y a Gordon? No. Eran solo fragmentos. Necesitaba investigar más antes de realizar cualquier tipo de acusación.

—No —respondí—. No lo sé.

* * *

Los informativos abrieron con la noticia de que Teddy Dawson había sido encontrado sano y salvo, pero que en aquella fase de la investigación no se sabía aún quién había sido el autor del secuestro. A mediodía, la noticia había pasado a la cuarta posición, y a las tres de la tarde ya ni siquiera mencionaron el tema. Se había producido un naufragio en el Mediterráneo y Teddy había dejado de ser oficialmente noticia de actualidad.

Eché un rápido vistazo a mi habitación recién decorada y descubrí con perplejidad que estaba muy bien. La pintura se había secado y papá pensaba montar de nuevo los muebles a lo largo del día. Las paredes estaban inmaculadas y mamá tenía razón: «Pecho de sinsonte» era un tono de blanco precioso. Habían lavado las cortinas, limpiado el cristal de la ventana y la habitación se veía mucho más luminosa. Estaba bien, mejor de lo esperado, con la excepción de un pequeño detalle. Levanté la vista hacia el lugar desde donde el León del Papel Pintado solía mirarme y vi que estaba vacío. Salí al pasillo, cogí los prismáticos de la mesilla de noche, entré en la oficina, me arrodillé en la moqueta y apoyé los codos en el alféizar de la ventana para enfocar hacia el número uno.

Melody salía en aquel momento de su casa y vi que se encaminaba al cementerio con sus chanclas de color rosa. Debía de ir otra vez a buscar recordatorios.

Con la ayuda de los prismáticos, examiné el camino de acceso de casa de Penny y Gordon y luego rastree la acera. De pronto, aparecieron en el foco las ruedas de una bicicleta y, al levantar los prismáticos, vi que Jake estaba dando vueltas por la urbanización. Llegó hasta el número uno, bajó de la acera y cruzó la calle para empezar de nuevo el recorrido a partir de la casa del señor Charles. Seguí buscando. Me llamaron la atención algunas piedras y hojas, pero pasé de largo al comprender que no eran el ojo. Al cabo de unos minutos de inspección, me senté. Jake estaba zigzagueando por la parte más ancha de la calle, pedaleando a toda velocidad en direcciones opuestas. Derrapó delante de nuestra casa y levantó una polvareda justo delante del coche plateado del detective

inspector Bradley, que estaba aparcado enfrente de casa del señor Charles. Vi que la ventolera levantaba algo del suelo y enfoqué la imagen al máximo. Lo que fuera se había quedado otra vez pegado en la acera y, entonces, una ráfaga de aire volvió a levantarlo y lo arrastró hacia la casa de Penny y Gordon. ¡Lo había encontrado! ¡Había encontrado el ojo del León del Papel Pintado! Sonreí para mis adentros y dejé los prismáticos de cualquier manera en el alféizar de la ventana.

Tenía que ser rápido o volvería a perderlo. Salí corriendo de casa, pasé por delante del coche de policía y crucé la calle hacia el número uno.

—¡Matthew! ¿Qué haces? —dijo Jake acelerando para ponerse a mi altura.

—Nada, Jake —dije en cuanto llegué al final del camino de acceso.

Vi que Jake detenía la bicicleta y se quedaba mirándome.

—Eso no es nada —dijo.

Entonces apareció Gordon por el lateral de su casa, arrastrando un cubo de basura de color negro.

—Ah, hola, Matthew, ¿qué tal todo? Qué buenas noticias hemos tenido con lo de Teddy, ¿eh? —dijo, pero no levantó la vista en ningún momento.

—Sí, sí, muy buenas.

No lo veía por ningún lado.

—¿Va todo bien?

Gordon se acercó después de dejar el cubo en medio del camino de acceso a su casa. Me quedé mirándolo.

—He... he perdido una cosa. Se me cayó ayer. Me parecía haberlo visto, pero ya no lo veo. Se lo ha llevado el viento.

Gordon miró a su alrededor.

—Vaya, a ver si puedo ayudarte. ¿Qué es lo que buscas exactamente?

Me sonrió con amabilidad y me sentí enormemente aliviado al saber que alguien se ofrecía a ayudarme. Me parecía inconcebible que, hacía apenas unas horas, hubiera pensado que aquel hombre podía haber tenido algo que ver con la desaparición de Teddy.

—Es un trozo de papel amarillo de este tamaño —dije, y levanté la mano enguantada para formar un círculo uniendo el dedo índice con el pulgar.

Y mientras Gordon me miraba la mano, Jake gritó:

—¡Ahí está!

Miré hacia donde señalaba Jake. Allí, delante de la entrada de la casa de Penny y Gordon, bailando en círculos a merced del viento, estaba el ojo del León

del Papel Pintado.

—¡Sí!

Jake dejó caer la bicicleta en el suelo y corrió hacia donde estaba yo.

El trozo de papel pintado volaba hacia la puerta de entrada y, riendo, Jake intentó atraparlo junto conmigo. Pero llegué yo primero y, cuando lo cogí, vi algo en la ventana. Me enderecé y mi mirada se fijó en el cristal a la vez que se me helaba la sangre en las venas. Miré a Jake. Al ver mi cara, le indiqué con un gesto de cabeza que mirara hacia lo que yo acababa de ver. Frunció el entrecejo, dio un paso hacia allí y entonces se volvió de nuevo hacia mí boquiabierto.

—¡Veamos, pues, qué era eso tan importante!

Me quedé mirándolo.

—¿Qué pasa, Matthew? No habrás vuelto a perderlo...

Sujeté con firmeza entre el pulgar y el índice el ojo del León del Papel Pintado.

—No, no. Lo tengo. No es nada, en realidad. Un simple trozo de papel que pensaba que necesitaría para algo.

Jake, que aún no había logrado cerrar la boca, miró a Gordon. Gordon nos miró a los dos, perplejo ante nuestra expresión. Me retiré lentamente y Jake fue a recoger su bici.

—Debe de ser importante si andabais los dos persiguiéndolo —dijo Gordon con el ceño fruncido.

Di dos pasos más hacia atrás. El detective Bradley salía en aquel momento de casa del señor Charles y se disponía a entrar en su coche.

—No es nada. Gracias. Gracias por ayudarme...

Gordon meneó la cabeza, y entonces, de pronto, extendió el brazo para agarrarme por el hombro. Cuando me miró con sus ojos grises, me quedé paralizado.

—¿Seguro que estás bien, Matthew?

Miró hacia su casa, seguramente intentando descifrar qué era lo que nos había hecho reaccionar a los dos de aquella manera. Intenté quitármelo de encima, pero la presión que ejercía aumentó.

—Tengo que irme, ¿podría soltarme, Gordon?

Gordon negó con la cabeza.

—¿Qué te traes entre manos, Matthew? Eres un fisgón, ¿verdad? Siempre mirando desde aquella ventana, siempre metiéndote donde no te importa. Te crees más listo por eso, ¿eh?

Jake apareció con la bicicleta a mi lado.

—¿Es que no lo ha oído? ¡Ha dicho que lo suelte!

Gordon ni siquiera lo miró y siguió con los ojos clavados en mí. Oí que el coche del policía se ponía en marcha y enarqué las cejas. Jake tardó una milésima de segundo en entender mi gesto, pero comprendió lo que quería decirle, echó a correr hacia el coche y aporreó el cristal.

«¡Pum, pum, pum!».

Gordon seguía mirándome.

—¿Qué te pasa, Matthew? ¿Qué intentas demostrar a la gente? ¿Que eres un niño normal que lleva una vida normal?

Sonrió con tristeza.

—Yo en tu lugar, hijo mío, dejaría de pasarme el día mirando por esa ventana. Desde allá nunca llegarás a saber nada de la vida.

Aflojó la presión y liberé por fin el brazo.

—No, Gordon, se equivoca —repliqué mirándolo a los ojos—. Lo sé todo.

Eché a correr hacia casa, pasando por delante de Jake, que seguía hablando con el detective Bradley. Vi que estaba colorado y que señalaba con urgencia hacia la casa de Gordon y Penny. Subí directo a la oficina sin descalzarme y desde allí miré hacia la calle. Jake corría hacia su casa arrastrando la bicicleta. El detective Bradley estaba sentado dentro del coche con el motor en marcha. Gordon había entrado en su casa y el cubo de basura estaba colocado en un extremo del camino de acceso, preparado para la recogida del día siguiente.

—Por favor, detective Bradley. Vaya a echar un vistazo. Por favor —dije en voz baja.

El detective tiró del cinturón de seguridad para ponérselo, pero se detuvo. Oí que se apagaba el motor y vi que salía despacio del coche. Miró a los dos lados de la calle, luego levantó la vista hacia mi ventana y exhaló un suspiro de exasperación antes de echar a andar tranquilamente hacia la casa de Penny y Gordon. Se detuvo un instante en la calzada, inspeccionó la parte delantera y los laterales del coche y se dirigió hacia la ventana, protegiéndose los ojos del resplandor del sol.

—Vamos, vamos... ¡Tiene que verlo! ¡Por favor! —dije.

Miró primero el cristal principal y luego se acercó más a la puerta y se agachó para estudiar una esquina. Permaneció un instante inmóvil y, entonces, cogió la radio que llevaba en el cinturón y empezó a hablar con ella en voz alta y apremiante.

Me senté, solté el aire que había contenido sin darme ni cuenta y sonreí para mis adentros mientras miraba el ojo del León del Papel Pintado que tenía en la mano. La sensación de alivio era inmensa.

Lo había visto.

Yo lo había visto, Jake lo había visto y, ahora, también el detective Bradley lo había visto.

Estaba allí, en la esquina del panel del cristal lateral, apenas visible a menos que te situaras en un ángulo determinado y el sol le diera en la dirección adecuada.

La huella pegajosa de la mano de un niño.

El arresto

Los residentes de Chestnut Close, nuestra calle sin salida, fueron saliendo de sus casas de modo gradual para ver los acontecimientos que se estaban desarrollando en el número uno. Había dos policías apostados al final de la calle para impedir que pasara el público. Melody y su madre estaban abrazadas en la puerta de su casa.

—No me lo puedo creer —dijo mamá—. ¿Penny y Gordon? ¿Penny y Gordon?

Papa le pasó el brazo por los hombros y, durante una minúscula fracción de segundo, deseé correr a apretarle la mano para tranquilizarla, pero no lo hice.

Se aproximaban nubarrones negros y el cielo azul turquesa había adoptado un extraño matiz morado. Era como si una gigantesca manta oscura se hubiera cernido sobre la urbanización. Parecía que la ola de calor iba a remitir por fin.

Sue estaba también en la puerta, cogida del brazo de Jake. Jake no parecía muy feliz con la libertad que se había tomado su madre, pero no se soltó. Nuestras miradas se cruzaron y me sonrió, y yo le devolví la sonrisa.

En aquel momento se abrió la puerta del número siete, y Hannah y el señor Jenkins avanzaron hasta la salida de su camino de acceso, Hannah acariciándose el vientre, como siempre. Se pararon al llegar a la verja y el señor Jenkins se quedó detrás de Hannah y la abrazó.

—¿Estás bien aquí fuera, Matthew? —preguntó mamá volviéndose hacia mí. Le dije que sí con la cabeza.

A nuestra izquierda, el señor Charles estaba de pie junto a sus rosales, cuyas flores se habían quedado marchitas. Casey le daba la mano y miraba fijamente la

casa de enfrente. Melissa Dawson estaba en la puerta, con Teddy en brazos asentado en su cadera. Melody cruzó la calle para venir a mi lado.

—¿Cómo es posible que no nos hayamos enterado, Matty? ¿Cómo es posible que Teddy estuviera tan cerca?

Se recogió un mechón de pelo detrás de la oreja. Estaba solo a veinte centímetros de distancia de mí, de modo que di un pasito minúsculo a la izquierda por si acaso me rozaba sin querer.

—¡Mira! —exclamó.

Se abrió la puerta del número uno y emergió Gordon vestido con camisa azul claro, pantalones *beige*... y esposado. El policía lo guio hacia el coche que estaba esperando afuera y Gordon se quedó mirándonos. Cuando el policía lo hizo pasar al asiento de atrás, se tapó la cara con las manos.

En cuanto el coche arrancó, volví la cabeza para mirar hacia la casa de al lado y vi que Melissa y Teddy habían entrado.

—Se los veía tan normales —dijo mamá—. ¿Cómo es posible que se mostraran tan poco emotivos después de lo que han hecho, después de todo el dolor que han causado?

Papá no dijo nada y se limitó a acariciarle el brazo.

Penny salió unos segundos más tarde. Su aspecto era imaculado. Una policía la escoltó y vi que Penny llevaba las manos esposadas a un lado, como si fueran un simple accesorio. No nos miró, pero cuando estaba a punto de subir al coche, el señor Charles le gritó:

—¿Por qué, Penny? —Lo dijo emocionado—. ¿Por qué nos hiciste eso?

Penny lo miró por encima del techo del coche y luego, lentamente, miró al resto del vecindario.

—Lo cuidé como haría una buena madre —anunció. Y entonces, clavó la mirada en la niña, que seguía de la mano del señor Charles—. ¿Verdad, Casey?

* * *

Cuando la policía se hubo marchado, soltamos un suspiro colectivo de alivio.

—¿Qué habrá querido decir con eso? ¿Lo sabría la niña? —dijo mamá.

Papá hizo un gesto de indiferencia.

—Piensa que estaban arrestándola, que en un momento así imagino que dices cualquier cosa.

—Sigo sin poder asimilarlo. ¿Penny?

Papá resopló.

—Llevo todos estos años diciéndote que era una metomentodo, Sheila. Y es evidente que se cree mejor que todo el mundo.

Entraron y me dejaron solo con Melody. Los rayos nos iluminaban como el *flash* de una cámara. Susurré:

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez...

Se oyó un trueno a lo lejos.

—¡Está a diez kilómetros de aquí! —dijo Melody, que me había oído contar.

—No, está a unos tres y medio —repliqué—. Tienes que dividir los segundos entre tres. Me lo explicó mi padre.

Melody se quedó impresionada.

—En este caso, la tormenta está mucho más cerca de lo que parece, ¿no?

Retumbó otro trueno y Melody chilló.

—¡Nos vemos luego, Matty! —dijo, y se marchó corriendo al número tres.

Su madre reía y la esperaba con un brazo extendido para recogerla y hacerla entrar en casa. Empezaron a caer goterones de lluvia que dejaron círculos oscuros impresos en el pavimento; miré a mi alrededor. La calle estaba vacía y el suelo soltaba vapor al recibir el impacto del agua. La lámpara de la Vieja Nina brillaba más que nunca con la penumbra reinante. Y entonces, abrió la puerta. Se quedó en el umbral con el gatito acurrucado junto al cuello y dobló un dedo, dándome a entender con ese gesto que me acercara. Hundí las manos en los bolsillos, abrí la verja de casa con la ayuda del codo y me dirigí lentamente hacia la puerta negra. La Vieja Nina tenía las mejillas maquilladas con un colorete rosado y sus ojos verdes brillaban. El gatito se revolvió en sus brazos y ella le dio un besito en la cabeza. Miró a ambos lados de la calle y dio un paso hacia mí.

—Ya sé que seguramente no... —empezó a decir, y se calló para toser y aclararse la garganta antes de volver a intentarlo—. Sé que seguramente no harás mucho caso a lo que te diga una anciana como yo, pero te lo diré de todos modos. —Su rostro se iluminó con una sonrisa—. Has estado observándome desde esa ventana de allí arriba.

Hubo el destello de otro relámpago, seguido por un trueno tan potente que me estremeció el corazón.

—Lo... lo siento —dije, pero la Vieja Nina movió la mano para indicarme que callara.

—No, no, no te preocupes por eso. Observar a la gente vivir su vida es agradable, ¿verdad? Yo también lo hago a veces cuando me siento sola. La vida no siempre es fácil, ¿no crees, Matthew?

Dejó de hablar y su cara se volvió borrosa porque se me llenaron los ojos de lágrimas. Ni siquiera era consciente de que sabía cómo me llamaba.

—Yo también he pasado por momentos duros. Mi vida no ha sido un camino de rosas, te lo aseguro.

Rio un poco, pero tenía los ojos tristes. Miró la lámpara naranja encendida y respiró hondo un par de veces. Yo estaba empapado y tenía el pelo pegado a la cabeza. Lo único que quería era volver a casa. Hice un gesto que indicaba que me disponía a marcharme, y rápidamente volvió a prestarme atención. Vi que las arruguillas que le rodeaban los ojos las tenía húmedas por las lágrimas. Entonces, se acercó despacio, me cogió la muñeca y la presionó con firmeza. Yo deseaba retirar la mano, pero me miró tan fijamente que me quedé paralizado.

—Escúchame bien, Matthew. Escucha lo que voy a decirte y verás como todo empieza a tener más sentido.

Esperé, tenía la frente arrugada y me apretó con más fuerza.

—Nunca esperes a que pase la tormenta. Tienes que salir y bailar bajo la lluvia. —Me miró a los ojos—. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Tembloroso, reflexioné un instante y moví afirmativamente la cabeza. Me soltó el brazo con una sonrisa y se retiró hacia su casa. Cerró la puerta, di media vuelta y me marché corriendo a casa.

Casey

Viernes, 1 de agosto. 17.41 h. Mi habitación. Fresco y nublado.

Número de niños jugando en el jardín del señor Charles = 2

Número de Leones del Papel Pintado = 0

Número de vecinos detenidos = 2

Volvía a estar sentado a la mesa, cenando con mamá y papá. Mamá había estado fuera varias horas, poniéndose al corriente de las noticias con el agente Campen y algunos vecinos, y nos lo estaba contando.

—Por lo visto, Penny vio que Teddy estaba jugando solo en el jardín de delante de casa del señor Charles y fue a ver si estaba bien...

—Esa mujer siempre metiendo la nariz donde no la llaman —dijo papá echándose salsa de tomate en el plato—. Nunca entendí por qué eras tan amiga de ella, Sheila.

Mamá ignoró el comentario.

—Miró por la ventana y vio que el señor Charles estaba dormido en el sillón y que Casey estaba sentada en el suelo jugando con su muñeca.

—¿Así que Casey estaba por allí? —preguntó papá.

—¡Espera, espera un momento, Brian! —dijo mamá moviéndose nerviosa en la silla—. ¡Ahí está el quid de la cuestión! Penny decidió llevárselo a casa para vigilarlo, de modo que cogió a Teddy en brazos y, cuando se lo llevaba a casa, ¡el niño le dijo adiós! ¡Le dijo adiós con la mano a Casey!

Papá dejó el tenedor en la mesa.

—¿Qué? ¿Pretendes decir que esa niña ha sabido durante todo este tiempo

dónde estaba Teddy?

Seguí comiendo mi pasta en silencio.

—No lo sé, Brian. ¡Esa mujer está desesperada! Estoy segura de que diría cualquier cosa por intentar salir del atolladero en el que se ha metido.

Mamá cogió el tenedor pero volvió a dejarlo. Estaba demasiado nerviosa para poder comer.

—Penny ha contado a la policía que su intención era quedárselo en casa solo un rato para que el señor Charles pudiera descansar. Que no pretendía retenerlo durante tanto tiempo.

—No, no, no —dijo papá—. No me creo nada de todo eso. Esa mujer, de tanto meterse en la vida de sus hijos, de estar siempre intentando demostrar que era una madre excelente, acabó provocando que se fueran de casa. No, lo que pasó es que vio a Teddy y pensó: «Yo puedo cuidarlo mejor que todo el mundo». Todo el mundo le trae sin cuidado, de modo que fue y se lo llevó. Fin de la historia.

Papá comió un bocado enorme de puré de patata.

Mamá continuó con sus explicaciones.

—Sin que se dieran ni cuenta, pasó el tiempo y empezaron a oír el helicóptero. Y en vez de reconocer que tenían al niño en casa, Penny convenció a Gordon de quedárselo un poco más. Le dijo a la policía que el señor Charles era un inútil. —Mamá se dirigió entonces a mí—. ¿Sabes cuando la niña empujó a Teddy al estanque? Pues Penny contó que el señor Charles estaba tan entretenido charlando con ella que ni siquiera se dio cuenta de que su nieto corría peligro. Dijo que de no ser porque tú aporreaste el cristal, Teddy se habría ahogado.

Seguimos comiendo en silencio un momento.

—Siempre ha sido un pelele ese Gordon —dijo papá después de pensarlo un rato—. Nunca le ha plantado cara a Penny.

Mamá se levantó para ir a buscar un vaso de agua.

—Al final parece que sí. Gordon decidió rajarse cuando ella empezó a hacer planes para llevárselo al extranjero. Salió de casa con el niño mientras ella dormía y dejó a Teddy en el jardín de delante de la casa del señor Charles. Y entonces fue cuando interviniste tú, cariño.

Mamá volvió a sentarse y me sonrió.

—Sue Bishop está organizando una barbacoa para la semana que viene a modo de celebración. Estamos todos invitados. Será bonito, ¿verdad? Y tú vendrás, ¿no, Matty? Estarán también Melody y Jake.

Me encogí de hombros con indiferencia y seguimos comiendo.

Así que Casey había negado haber visto a Penny Sullivan aquel día. Me pregunté si el señor Charles, su madre y la policía la habrían creído. Me pregunté si alguien la habría creído.

Yo, desde luego, no.

Terapia

—¿Crees que la doctora Rhodes estará casada?

Me daba igual si lo estaba o no. En aquel momento en concreto, yo tenía la piel plagada de muerte y lo único que deseaba era que mamá diera media vuelta y volviéramos a casa. Me temblaban las rodillas de manera incontrolable.

—Creo que tiene una hija —respondí.

—¿Ah sí? Me preguntó qué edad tendrá.

No me imaginaba a la doctora Rhodes como clienta del salón de belleza de mamá y, por lo tanto, quedaba fuera de su radar de chismorreos. Miré por la ventanilla del coche al pasar por delante de una mujer que llevaba a un niño rubio de la mano.

—¿Te has enterado de que Melissa y los niños se han ido al aeropuerto esta mañana temprano?

Moví la cabeza en sentido afirmativo. A las 6.22. Me habían despertado los golpes en la pared. Solo tres.

«Tap, tap, tap».

Dos minutos después, había oído un motor que se ponía en marcha, y Melissa, Casey y Teddy Dawson se habían marchado. Melissa se los llevaba a Nueva York con ella. No quería perderlos de vista. Tenía la intención de contratar los servicios de una niñera para que los cuidara mientras ella estaba fuera trabajando.

Aparcamos al final de High Street y pensé que iba a vomitar. Miré a mamá, que se llevó los dedos a los labios y luego me los acercó. Era lo más similar a un beso que podía darme.

—Sé fuerte, Matthew —dijo—. Puedes hacerlo, ¿entendido?

Permanecí unos instantes sin moverme, intentando pensar un motivo por el que no podía salir del coche, por el que necesitaba que mamá diera media vuelta y me llevara de nuevo a casa. Al lado del coche había una papelería con un cartel pegado en el que aparecía la cara de un niño desaparecido. Los ojos vidriosos de Teddy me miraron fijamente.

«Vamos, pececito».

* * *

La doctora Rhodes me recibió con una sonrisa radiante. Tomé asiento en el sofá marrón de cuero y miré el reloj de la pared.

—Gracias por venir, Matthew, bien hecho. Sé que no es fácil para ti.

Sonrió, movió la cabeza en un gesto de asentimiento y de repente me sentí como el invitado de un programa de entrevistas.

—Empecemos, ¿te parece?

La doctora Rhodes hizo una pausa para ponerse las gafas y empezamos.

Lo primero que dijo fue que quería que le contase cómo me sentía cuando entraba en contacto con algo que consideraba sucio. Me pareció una tontería, pero al cabo de un rato tuve claro que pretendía reírse de mí, de modo que le expliqué que cuando me sucedía eso tenía la sensación de que el corazón iba a estallarme.

Hablamos sobre mis cinco principales miedos y ella dibujó una escalera y yo tuve que puntuar cada uno según como me sentía:

- 5) Tocar pomos de puertas/barandillas públicas sin guantes: nivel de ansiedad 7
- 4) Tocar un cubo de basura sin guantes: nivel de ansiedad 8
- 3) Tocar a *Nigel* sin guantes: nivel de ansiedad 9
- 2) Tocar a otra persona sin guantes: nivel de ansiedad 9
- 1) Besar a otra persona: nivel de ansiedad 10

No le mencioné mis problemas con el diezmastrés ni el hecho de que guardaba en el bolsillo un trozo de papel pintado en forma de ojo de león que me

traía suerte.

Hablamos mucho rato sobre lo que desencadenaba mis ansiedades y, entonces, dejó el cuaderno en la mesa y se quitó las gafas.

—Por lo que me has contado, creo que tu miedo a los gérmenes tiene su origen en el temor de poder contagiar enfermedades a otras personas. Lo que te inquieta no es la idea de caer enfermo tú, sino de que caigan enfermos los demás. ¿Me equivoco?

Hablaba de nuevo sobre el «pensamiento mágico». ¿Cómo sabía ella esas cosas? Ladeó la cabeza como si fuera a entrar a matar.

—¿Te gustaría hablarme de eso?

Carraspeé un poco. Noté que se me humedecían los ojos y parpadeé con rapidez para evitar las lágrimas.

—Si... si no limpio... si no limpio sin parar, me pondré enfermo y alguien podría morir. Por mi culpa.

La doctora Rhodes asintió.

—Entendido. ¿Y qué evidencias respaldan tu teoría?

Me rasqué la cicatriz que tenía sobre la ceja y palpé la marca, que era la única evidencia que necesitaba. El punto que no podía dejar de tocarme cuando era pequeño. Me encogí de hombros. La doctora Rhodes pestañeó una vez, dos veces, luego otra vez. El silencio era asfixiante. A diferencia de mamá o papá, la doctora no iba a dejarme escapar sin darle una respuesta.

—El bebé de mamá murió —dije con voz temblorosa—. Por mi culpa.

Sabía que en cualquier momento rompería a llorar y tragué saliva para evitarlo.

—Entendido —dijo la doctora Rhodes apoyando la barbilla en el puño—. Continúa.

Cogí aire.

—Cuando tenía siete años, me desperté en plena noche con náuseas. Me quedé quieto un rato y con miedo a moverme porque no quería vomitar. ¿Sabe usted de qué sensación le hablo?

La doctora Rhodes asintió.

* * *

Llevaba unos minutos completamente inmóvil en la cama, escuchando el

borboteo del estómago y confiando en que las náuseas se me pasaran, pero viendo que al final no se me iban, llamé a mamá. Ella estaba casi en los últimos días de su embarazo y por eso tardó un rato en llegar, pero al final apareció su figura en el umbral de la puerta.

—¿Qué pasa, Matthew? —preguntó adormilada.

El camisón blanco se ceñía sobre su barriga como si escondiese un globo sobre el que mamá apoyaba las manos.

—No me encuentro muy bien —dije intentando no moverme.

Mamá encendió la lamparita y se sentó en la cama. El estómago se me removió aún más cuando el colchón se hundió con el peso. Me acercó la mano a la frente y me estremecí.

—Estás ardiendo, cariño. Te traeré algo. Espera que me espabile un poco.

Tenía los ojos entrecerrados y, en vez de despertarse, daba la impresión de que iba a caer dormida allí mismo, sentada en mi cama. Esperé un par de segundos y vi que echaba la cabeza hacia delante, que los ojos se le iban cerrando. Tragué saliva una vez, dos veces, pero no podía aguantar más y me puse rápidamente de lado y vomité por el borde de la cama, como si me hubiera mareado en un barco y vomitara apoyado en la barandilla. La moqueta, la colcha, la mesita de noche y la pierna y el brazo derecho de mamá quedaron salpicados de vómito.

—¡Oh, Matthew! ¡Brian! ¡BRIAN!

Sabía que no estaba enfadada, solamente agotada por el embarazo y por haber tenido que despertarse en plena noche. Papá hizo acto de presencia, vestido solo con el pantalón del pijama y el pelo enmarañado.

—¡Matthew! Ugh, vaya... Tranquilo, lo limpiaremos todo.

Papá deshizo la cama mientras yo conseguía llegar al cuarto de baño y, sin dejar de temblar por la fiebre, vomitaba en el retrete.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, aún me sentía peor. Me picaba todo y me dolía el cuerpo, desde los párpados hasta la punta de los dedos de los pies. Fui al cuarto de baño y, cuando me vi en el espejo, solté un grito. Tenía la cara llena de puntos rojos, estaba completamente cubierta de esos puntitos. Me levanté el pijama para mirarme el pecho. Era como si hicieran erupción en la piel ante mis propios ojos. Grité para llamar a mamá; esta vez papá llegó primero, preso del pánico, pero cuando me vio el pecho se puso a reír.

—¡Tienes varicela! Eso es todo. Es una simple varicela, Matty.

Entonces llegó mamá.

—¡Por fin! ¡Pensé que no la pillarías nunca! —dijo sonriendo.

Papá la miró con mala cara y señaló la barriga de embarazada, pero mamá movió la mano en un gesto, como queriendo decir «no tiene importancia».

—No pasa nada, Brian. Yo ya he pasado la varicela. Voy a vestirme.

Teniendo en cuenta que el bebé tenía que llegar en el plazo de una semana, mamá se portó estupendamente conmigo. Me cuidó como una enfermera de verdad, poniéndome toallas frías en la frente cuando me subía la temperatura, dándome de comer lo que más me apetecía cuando recuperé el apetito y poniéndome una crema de color rosa y espesa en los granitos. La sensación de picor me volvía loco. Pero al cabo de unos días las cosas empezaron a ir mal. Yo estaba tumbado en el sofá leyendo un cómic cuando la oí hablando por teléfono en la cocina. Intentaba no levantar la voz, pero me di cuenta de que estaba muerta de miedo.

—Hay sangre, Brian. Estoy asustada... sí, sí, ya viene un taxi... Lo sé, lo sé, pero estoy muy preocupada... Penny y Gordon vendrán a ocuparse de él...

Se le quebró la voz y la oí llorar en el pasillo. Pero debió de serenarse antes de entrar en el salón para tranquilizarme y decirme que todo iría bien.

Entonces llegaron Penny y Gordon y Penny ayudó a mamá a subir al taxi. Metió dos bolsas en el maletero, una para mamá y otra para el bebé, y el taxi se marchó. Cuando Penny cerró la puerta, me mordí el labio para no llorar. Con las prisas, mamá se había olvidado de decirme adiós.

* * *

Me sequé las lágrimas y miré a la doctora Rhodes.

—Murió por mi culpa. Contagié a mi madre y el bebé murió. De no haber estado enfermo, de no haber tenido esos gérmenes, Callum estaría ahora con nosotros.

Me tapé la cara con la mano y lloré. La doctora Rhodes fue pasándome pañuelos de papel hasta que me tranquilicé.

—No fue por tu culpa, Matthew. A la gente le pasan constantemente cosas malas y, a veces, por ninguna razón. Pero una cosa sí te digo, y de eso estoy segura: la muerte de tu hermano no tuvo nada que ver con que tú tuvieras la varicela.

Asentí. Comprendía lo que me decía, pero una parte enorme de mi cerebro

seguía sin poder creerlo. Era como si esa sección del cerebro funcionase por su propia cuenta e hiciese lo que le viniese en gana para torturarme.

—Has hecho muy bien contándome hoy todo esto. ¿Se lo has comentado alguna vez a tus padres?

Negué con la cabeza.

—¿Por qué no te planteas contárselo, Matthew? Los ayudaría a entender cómo te sientes.

No dije nada, pero asentí y volví a secarme las lágrimas. Estaba tan cansado que me habría acurrucado allí mismo para ponerme a dormir en aquel sofá.

Me explicó que la única manera de superar mis miedos pasaba por enfrentarme a ellos y ponerme en las situaciones en las que me sintiera más incómodo. Tenía que hacer lo contrario de lo que mi cabeza me decía. De este modo entrenaría de nuevo al cerebro para que comprendiera que las cosas que me asustaban no eran en realidad tan terribles. Me dijo que en el transcurso de las próximas semanas me daría algunos ejercicios para practicar y que si me esforzaba y me comprometía de verdad, vería resultados enseguida. Le dije que me parecía tremendamente improbable, y sonrió. Miré el reloj y vi que eran las 10.27. Había pasado el minuto de la mala suerte y ni me había enterado.

—Lo has hecho muy bien —insistió, y sonrió y cerró el cuaderno—. ¿Qué esperanzas tienes de cara al futuro?

Creo que tenía que responder algo del estilo de viajar por el mundo, casarme, tener un par de hijos, un perro labrador negro y un buen Audi aparcado delante de casa. Cosas de ese estilo. Pero me encogí de hombros con indiferencia.

—No lo sé —dije.

La doctora Rhodes dejó la libreta en la mesa y me dijo que, antes de terminar, quería contarme rápidamente una historia. Se subió las gafas hasta dejarlas descansando sobre el pelo pelirrojo y, recostándose en su silla, me transmitió la impresión de que iba a contarme un cuento.

—Érase una vez un chico llamado Timothy que tendría más o menos tu edad y que era similar a ti en muchos sentidos. Cada mañana se preparaba para ir al colegio, como la mayoría de los chicos, y después de decirle adiós a su madre, cogía una gorra de lana con borla de color naranja que tenía colgada en una percha junto a la puerta. Se la ponía, se miraba en el espejo y se iba al colegio.

»Como bien imaginarás, ir a clase con una gorra de lana con borla de color naranja todo el día y cada día lo convertía en el blanco de las burlas de sus compañeros. No se cansaban de señalarlo, de reírse de él y de machacarlo con

palabras groseras por los pasillos, pero Timothy ni se inmutaba. Cada vez que salía de casa se ponía la gorra, y nunca la olvidaba.

»Una mañana, antes de que entrara el profesor para impartir una clase de geografía terriblemente aburrida, una niña muy desagradable que se llamaba Tabitha se levantó con las manos en las caderas y le gritó a Timothy, que estaba sentado en el fondo de la clase con su eterna gorra con borla:

«—¡Oye tú! ¡Timothy! ¿Por qué llevas siempre esa gorra?

»Toda la clase rompió a reír y todos los niños miraron a Timothy, que estaba sentado en su rincón con la gorra tapándole la frente hasta las cejas. Timothy levantó la vista, sonrió y todo el mundo se quedó en silencio.

«—¿Que por qué la llevo? La llevo para protegerme de las serpientes venenosas, claro está.

»A la clase entera le dio un ataque de risa histérica y cuando por fin se calmaron, Tabitha dijo:

«—¡Eres un imbécil! En el colegio no hay serpientes venenosas, ¿verdad?

»Todos volvieron a reír y esperaron con impaciencia la respuesta de Timothy. El niño les sonrió.

«—¡Efectivamente, tienes razón! —dijo con una sonrisa astuta—. Pero si no las hay, es porque llevo mi gorra naranja, ¿no te parece?

La conversación con papá y mamá

Aquella noche me asomé a la escalera y oí que mamá y papá estaban viendo la tele. Debía de ser alguna comedia, pues papá reía de vez en cuando.

Entré en la oficina para echar un vistazo a la calle. La lámpara de la Vieja Nina estaba encendida, y ella también debía de estar viendo la tele, pues el salón parpadeaba con el resplandor. Pensé en lo que me había dicho, en que no había que esperar a que pasara la tormenta, sino salir y bailar bajo la lluvia. Entendía lo que había querido decirme. No podía seguir ignorándolo. Tenía que afrontarlo. Respiré hondo y bajé.

—¿Matthew? ¿Qué pasa? —dijo mamá mirándome sorprendida cuando me planté delante del televisor.

—Lo siento, pero tengo que hablar con vosotros —dije—. Tengo que contaros algo.

Papá apagó enseguida la tele y ambos me miraron impacientes. Uní las manos y clavé el pulgar de una en la palma de la mano opuesta.

—Limpio porque... limpio porque pienso que, si no lo hago, alguien podría morir.

Mamá contuvo un grito y se agarró al brazo de papá.

—No te entiendo, ¿qué quieres decir? —dijo papá.

No podía mirarlo. Sabía que, si lo miraba a los ojos, dejaría de hablar y me largaría corriendo. Continué.

—En mi cabeza tengo la idea de que si no limpio, si no me libero de todos esos gérmenes, podría ponerme enfermo y... —Tosí para aclararme la garganta y poder seguir—. ...Y si me pongo enfermo, entonces vosotros podríais ponerlos

enfermos y morir. Como le pasó a Callum.

Mamá se llevó una mano a la boca. Tragué el nudo que se me había formado en la garganta, todavía incapaz de mirarlos directamente.

—Me puse enfermo una vez. Cuando tú estabas embarazada, mamá, ¿te acuerdas? Te vomité encima cuando tenía la varicela.

Mamá asintió sin apartar la mano de la boca.

—Después de aquello, fuiste al hospital y... y... perdiste al bebé. —Rompí a llorar—. No sé cómo ni por qué, pero a partir de entonces empecé a creer que había sido por mi culpa. Que Callum había muerto porque yo estaba enfermo.

Empecé a llorar a lágrima viva. Mamá corrió hacia donde yo me había quedado y papá se levantó.

—¡Oh, Matthew!

—Y por eso limpio tanto. Por eso necesito los guantes, para no tener gérmenes en las manos. Siento lo de los guantes, papá. Sé que los odias.

Papá no podía hablar y se limitó a asentir.

—Pero los necesito, ¿entiendes? Los necesito para no matar a nadie más del mismo modo que maté a Callum.

Me temblaba el cuerpo de tanto llorar y me dio la impresión de que no podría parar nunca.

—Matty, aquello no fue culpa tuya —dijo mamá presionándose la barbilla—. Fue una de esas cosas que pasan y no tuvo nada que ver con que estuvieras enfermo o vomitaras o tuvieras la varicela. Yo la tuve también de pequeña y era inmune.

Dio un paso hacia mí, pero yo me aparté.

—¿Por qué has guardado todo esto en secreto durante tanto tiempo? —preguntó papá—. ¿Por qué no nos lo habías contado?

Me sosegué un poco.

—Porque no... porque no podía contároslo. Y entonces, cuando Hannah, la vecina, se quedó embarazada... todo fue a peor.

Mamá también estaba llorando, aunque sonreía entre lágrimas y hacía gestos de asentimiento por lo que yo estaba contando.

—Le escribí una nota, mamá —dije—. La dejé al lado de su ángel un día antes de ir al colegio.

—¿Hiciste eso? —dijo mamá secándose las lágrimas—. No sabía que lo hubieras hecho.

Moví la cabeza afirmativamente.

—Le dije que si no estaba aquí era por mi culpa y le dije... le dije que lo sentía muchísimo.

—Oh, Matthew.

—Me pondré mejor, mamá, papá. De verdad. —Respiré hondo y me sequé los ojos—. La doctora Rhodes va a ayudarme. Me ha dicho que tendré que trabajar muy duro pero dice que puedo conseguirlo.

—Por supuesto que puedes, hijo.

Papá, con una gran sonrisa y las lágrimas rodando por sus mejillas, extendió los brazos para darme un abrazo.

—Aún no estoy curado, papá. No me fuerces.

Reí y me aparté.

Y entonces, mamá y papá rieron conmigo. Reímos por algo que había convertido mi vida en una tortura durante los últimos cuatro años. Me sosegué un poco más.

—Me siento orgulloso de ti, Matty. ¿Sabes? Muy muy orgulloso —dijo papá con la voz quebrándosele.

Le sonreí.

—Gracias, papá.

—Y si necesitas que haga cualquier cosa, Matthew, solo tienes que decírmelo, ¿entendido? ¡Cualquier cosa! Puedo ir a hablar con el colegio para explicárselo todo. Ya no es necesario que siga habiendo secretos —dijo mamá.

—Vale —dije secándome las mejillas con la manga.

Lo había hecho. Se lo había contado. Se lo había contado de verdad. Dejé caer los hombros y noté que la tensión que tenía constantemente en lo más hondo del estómago se aligeraba un poco. Estaba cansado, muy cansado.

Papá había rodeado con el brazo a mamá y los dos se habían quedado allí, mirándome.

—Pues mira, mamá, creo que en estos momentos podrías hacer algo por mí. —Busqué en el bolsillo de atrás del pantalón y saqué el trocito de papel pintado que había guardado allí para tenerlo sano y salvo. Para estar yo sano y salvo—. ¿Podrías tirarme esto?

Deposité el ojo del León del Papel Pintado en la mano de mamá.

—¿Qué es? —preguntó ella examinándolo.

—No es nada. Ya no lo necesito.

Sonreí al ver sus caras de perplejidad y subí a la habitación.

Ya tenía la respuesta para la pregunta de la doctora Rhodes, la que me había

hecho sobre mis esperanzas de cara al futuro. Abrí mi cuaderno por el final y fijé la vista en una hoja en blanco.

Mis Esperanzas para el Futuro, por Matthew Corbin

Un día quiero bajar y darle un abrazo enorme a mamá. Se pondrá a llorar, imagino, de modo que dejaré que se serene y entonces iré a buscar a papá. Le daré una buena palmada en la espalda y le diré: «¿Qué te parece si jugamos una partida de billar?».

Mamá cocinará su mejor plato y asomará de vez en cuando la cabeza por el porche para ver qué tal va la partida. Nos sentaremos a la mesa a cenar y *Nigel* ronroneará cuando se frote contra mis piernas, emocionado por tenerme allí. Después, llenísimos de tanto comer, nos dejaremos caer todos en el sofá y veremos alguna película antigua de esas que nos hacen reír tanto.

Esa es mi ambición.

Así es como quiero que sea mi vida.

Quiero bajar y reincorporarme al mundo de los vivos.

La barbacoa de Sue

Oía las risas desde mi habitación.

De vez en cuando, pasaba por delante de la ventana una voluta de humo de color gris que se dispersaba enseguida para quedarse en nada. La barbacoa que había organizado Sue para celebrar que Teddy había vuelto sano y salvo estaba en su apogeo.

Debajo de un árbol, en el jardín de atrás de casa de Hannah y el señor Jenkins, había un cochecito vacío. El bebé Maxwell había llegado con tres semanas de antelación el domingo por la noche y había pesado unos robustos tres kilos seiscientos. La pareja estaba feliz a más no poder y Hannah lucía una sonrisa permanente. Desde la ventana, había visto cómo envolvía con cuidado al recién nacido en una mantita blanca para ir a la fiesta.

El señor Charles había salido hacía cuestión de veinte minutos, y mamá y papá poco después. Habían intentado convencerme para que fuera con ellos, pero les había dicho que prefería quedarme en casa.

Con toda esa gente.

Con tantos gérmenes.

No podía.

Miércoles, 6 de agosto. 19.02 h Oficina. Soleado.

Melody y su madre acaban de salir de su casa. Van a la fiesta del número cinco. Claudia lleva una botella de vino, y Melody, una bandeja con brownies de chocolate.

Melody se había recogido el pelo, un tipo de peinado que no le había visto nunca. Llevaba un vestido amarillo claro y sandalias marrones. Estaba guapa. Entraron por el camino de acceso de casa de Jake, rodearon la casa, fueron hacia la parte posterior y entonces se oyó un grito de alegría de Sue. Miré a mi alrededor para ver si había alguna cosa más que anotar, pero la verdad es que no estaba de humor y dejé el cuaderno de lado.

En aquel momento se abrió la puerta de la Rectoría y vi salir a la Vieja Nina con un ramito de flores que debía de haber recogido de su jardín. Empezó a andar con nerviosismo y tocándose la cabeza para comprobar el peinado. Cuando llegó a la verja, me miró directamente. La miré. Vi miedo en sus ojos. Y entonces, colocó los codos formando un ángulo recto y se contoneó.

Pero ¿qué hacía?

Vi que se ruborizaba. Noté que se sentía turbada pero siguió con sus curiosos meneos. Cuando paró, volvió a mirarme y sonrió antes de seguir andando para ir a la fiesta de los vecinos.

Entonces caí. Estaba bailando.

* * *

Pensé que todo el mundo se daría la vuelta cuando me vieran llegar al jardín, pero con la excepción de alguna que otra ceja levantada no hubo ninguna reacción.

—¡Oh, Matthew, cuánto me alegro de verte! ¡Muchas gracias por venir! ¿Te apetece beber algo? —dijo Sue.

Negué con la cabeza y continué con las manos escondidas bajo los brazos.

—No, no, gracias —dije.

Mamá estaba hablando con el señor Charles y sonrió al verme. Papá estaba ayudando a Leo, el hermano mayor de Jake, con la barbacoa y levantó la mano por detrás de la humareda para saludarme. La Vieja Nina dejó las flores en una mesa, me dirigió un gesto de asentimiento, dio media vuelta y echó a andar en dirección a la Rectoría. Al parecer, no pensaba quedarse.

De pronto, Melody se plantó delante de mí y empezó a dar brincos.

—¡Matthew! ¡Has venido!

—Hola, Melody.

—¿Quieres comer algo? ¡Tienes unas hamburguesas fabulosas!

Cuando pronunció la palabra *fabulosas* puso casi los ojos en blanco y me hizo reír.

—No, estoy bien, gracias.

Entonces llegó Jake con su cara colorada. Llevaba en brazos al pequeño Maxwell envuelto en la mantita blanca.

—¡Hannah acaba de colocármelo! ¿Qué se supone que tengo que hacer con él?

Meció con cuidado al bebé.

—¡Nada! Lo estás haciendo muy bien —dijo Melody sin parar de reír.

—¿Y si se despierta? —dijo Jake, que parecía cada vez más preso del pánico—. ¿Y si se pone a llorar?

El señor Jenkins estaba junto a la valla y tenía un ojo controlando en todo momento a su hijo recién nacido. Dudo que estuviera muy contento de verlo en brazos de Jake.

—Me parece que hasta el momento lo estás haciendo estupendamente —dije. Jake se quedó mirando al bebé dormido.

—Me parece que no. Veo que se le mueven los ojos. ¿Querrá eso decir que tiene gases? No me gusta nada. Voy a devolvérselo a Hannah.

Melody y yo lo vimos marchar, esquivando con cuidado tanto a la gente como al mobiliario de exterior, y sin dejar de mecer al bebé.

—Está bien, ¿verdad? —dijo Melody limpiándose la boca con una servilleta—. Creo que quiere hacer amistades, ¿no te parece?

—Sí, creo que sí —dije—. Necesita otra oportunidad.

Desde donde estábamos, vimos que Jake pasaba de nuevo a Maxwell a Hannah y cómo reía cuando se hicieron un lío con los brazos. Jake nos miró, sonrió y, meneando la cabeza, se dirigió a la barbacoa en busca de más comida.

No quería quedarme mucho tiempo. Mi intención era saludar a Melody y a Jake y demostrarles a mis padres que estaba intentando cambiar.

—¿Y tú, Matthew? ¿Cómo va todo? ¿Te vas a poner bien?

Tragué saliva al mirar a mi alrededor y ver que todo el mundo estaba comiendo y charlando. Aquella gente era mi mundo, mis vecinos, mis amigos.

Me volví hacia Melody.

—Creo que me voy a poner bien —dije.

AGRADECIMIENTOS

Este libro no existiría de no haber tenido un equipo tan brillante detrás animándome.

El imprevisto caso del chico en la pecera no habría sido una realidad si no hubiera conocido a la brillante doctora Isabel Rogers. Ella me abrió los ojos a la tremenda enfermedad del Trastorno Obsesivo Compulsivo. Isabel, gracias por compartir conmigo tus conocimientos y provocar tantísimas ideas. Tus mensajes de apoyo en los primeros días fueron esenciales para seguir adelante. La página web de OCD-UK (www.ocduk.org) me aportó también mucha información y ofrece un apoyo increíble para niños y adultos que padecen TOC.

Equipo de Middleditch (Clare, Jeff, Grace y Ella), gracias por leer los primeros borradores y por vuestros ánimos. Gracias a todos los familiares y amigos que me alentaron desde el principio y fueron dándome palmaditas en la espalda a lo largo del camino. No quiero mencionar nombres, pero, de no ser por vosotros, no sé si habría podido lograrlo. ¡Sabéis perfectamente quiénes sois!

Andrew y Sarah Bryce, gracias por dejarme escribir en vuestras preciosas cabañas de madera de Suffolk Escapé en las escasas ocasiones en que quedaba alguna vacía. Un lugar de retiro aislado donde poder escribir sería maravilloso, ¿no os parece?

Dick Kirby respondió a mis numerosas preguntas sobre temas policiales. ¡Gracias! Cualquier error es única y exclusivamente mío por no haber escuchado adecuadamente.

El hecho de que pueda dar las gracias sobre el papel a todas estas personas se debe a un hombre, mi agente, Adam Gaunlett. Adam, jamás olvidaré aquella emocionante llamada que recibí un viernes por la tarde en la que, aun sin haber terminado de leer el borrador, me comunicaste que te encantaría ser mi

representante. Gracias por todo. Gracias también a Silvia Molteni, que ha hecho ondear la bandera de *El imprevisto caso del chico en la pecera* por todo el mundo. Silvia, conservo todos y cada uno de los *emails* con la «oferta» que escribiste, y cada vez que los leo no puedo evitar sonreír.

A mis maravillosos editores, Lauren Fortune, en Londres (¡adelante, equipo Melody!) y Nick Eliopulos, en Nueva York; gracias a los dos por haber mejorado tanto este libro. Vuestro entusiasmo ha sido increíble, y jamás podría haber soñado con contar con dos editores de tanto talento y tan agradables como vosotros. Gracias también a Samantha Smith, Fi Evans, Lucy Richardson, Jenny Glencross, Peter Matthews y a todo el personal de Scholastic que ha trabajado de todo corazón en este libro. Nunca habría imaginado un equipo de edición más alentador que el vuestro.

Mike Lowery realizó las ilustraciones de la maravillosa cubierta junto con el diseñador, Sean Williams. ¡Gracias a los dos! Ver a mis personajes mirándome desde estas páginas fue una experiencia realmente maravillosa.

Mamá, tu apoyo y tu fe en mí han sido cruciales, y si he seguido adelante, ha sido gracias a ti. Confío en que encuentres suficiente la cantidad de León del Papel Pintado y sí, sé lo mucho que te gustan las partes graciosas... A mi hermana Lynne, gracias por leer y releer todos mis borradores sin quejarte ni una sola vez (delante de mí, al menos). Este libro es para vosotras dos, y estoy segura de que papá se habría sentido muy orgulloso de nosotras.

Gracias a mi marido por su amor, su aliento y por animarme a seguir adelante cuando me peleaba por dar con las palabras adecuadas. Gracias por estar a mi lado y por haber creído siempre en mí.

Y finalmente, gracias a mis dos maravillosos hijos, que me proporcionaron grandísimas ideas, me ofrecieron su experta opinión después de leer los primeros borradores y me recibieron con los brazos abiertos cuando crucé la meta. Os quiero mucho a los dos.

Gracias, equipo. ¡Lo hemos conseguido!

Lisa



LISA THOMPSON nació en Essex, Reino Unido, el 5 de mayo de 1973. Su novela debut, *The Goldfish Boy*, fue publicado en el Reino Unido en enero de 2017, convirtiéndose en un *best-seller*.

La segunda novela de Lisa, *The Light Jar*, se publicó en el Reino Unido en enero de 2018.

Antes de convertirse en novelista, Lisa trabajó como asistente de transmisión para BBC Radio 2 y CPL Productions.

Actualmente vive en Suffolk, Reino Unido, con su familia.